



# DE MADRID AL AZIETO

ALFONSO ZAMORA LLORENTE

Lectulandia

Octubre del 2010, Madrid. Nada ni nadie imaginaba que una ciudad cosmopolita, corazón financiero y político de España, fuera arrasada en tan poco tiempo por un virus tan letal que la práctica totalidad de la humanidad se viera reducida a la extinción. Los que antes caminaban normalmente por las calles de Madrid, ahora lo hacen transformados en monstruos resucitados en busca de sus presas, los vivos.

Alfonso y un grupo de amigos, encerrados en una urbanización en el barrio madrileño de Vallecas, tratan de sobrevivir como pueden a esta pandemia mortal, a pesar de no contar con recursos para alimentarse. Un encuentro fortuito con lo poco que queda del ejército llena de esperanza a los chicos, que se unen a ellos para entre todos, tratar de combatir y sobrevivir a esta plaga de resucitados.

Pero un giro imprevisto en los acontecimientos, una misteriosa chica y una realidad que no espera, hace presagiar que todo ha terminado para Alfonso y los suyos, que se verán atrapados en una situación más que límite.

**Lectulandia**

Alfonso Zamora Llorente

# **De Madrid al Zielo**

**De Madrid al Zielo - 1**

ePub r1.3  
WAIF 30.10.14

Título original: *De Madrid al Zielo*  
Alfonso Zamora Llorente, 2013  
Diseño de cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: WAIF  
Corrección de erratas: Rega, lucaslobo y dekisi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

¿Qué decir en estas líneas sin desvelar nada sustantivo? Dado que la labor de prologuista no es nada sencilla, empecemos por el principio.

Conocí al autor de este libro, Alfonso Zamora Llorente, a través de internet hace ya más de un año. Teniendo en cuenta la distancia que separa nuestras ciudades, Madrid y Málaga, las redes sociales eran la mejor forma de establecer contacto. Gracias a ellas hoy en día no hay distancia demasiado grande. Desde el primer instante me percaté de que el entusiasmo de Alfonso por el género zombi era directamente proporcional a su necesidad por terminar una novela en que demostrase todo lo que sabía acerca de los muertos vivientes. Aquella obra es esta que tienes entre tus manos, amigo lector.

He visto crecer el proyecto casi desde su mismo inicio, desde cuando era tan sólo un puñado de capítulos en un blog personal. Su recorrido ha sido largo, arduo pero también venturoso, pues no en vano hace poco ha recibido el premio al mejor blog-novela de temática zombi.

Por fin en julio de 2011 tuvimos la oportunidad de conocernos personalmente. Fue una mañana a eso de las once, y aunque el encuentro bien pudo ser más largo, fue suficiente para conocer de primera mano el entusiasmo de nuestro autor. Entonces me confirmó que ya había finalizado la novela y que la había registrado. Ese era ya un gran paso.

El título enseguida me llamó la atención: *De Madrid al Zielo*. Sin descubrir ningún secreto ni añadir detalle alguno, he de señalar que el título responde a la perfección con las intenciones de su autor.

Como se comprobará a lo largo de la lectura, la obra es cien por cien madrileña, porque sus escenarios también lo son: aparece por supuesto todo el centro histórico de la ciudad, así como el barrio de Vallecas donde viven los protagonistas, sin olvidarnos de lugares tan señeros como la Castellana, el Museo del Prado o el estadio Santiago Bernabéu. Y por si no fuera suficiente atractivo el casticismo del escenario de este drama, la novela es, además, cien por cien romeriana. Nada de infectados por rabia o de redivivos con una pizca de conciencia. En esta ocasión los zombis que asolan la Tierra son tan lentos y torpes como aquellos otros que filmara George Romero para *La noche de los muertos vivientes*. Otra cosa es el verdadero origen de la infección, que queda para que lo descubras, estimado lector.

En los primeros capítulos todo se muestra tranquilo, acaso demasiado. Aunque no es del todo cierto: una noticia alarmante llega a través de la radio y de la televisión. Son los medios de comunicación quienes hablan de un extraño virus, originado en una empresa farmacéutica de Alemania. Dados los tiempos que vivimos y las distintas amenazas que hemos sufrido —gripe aviar, gripe A... —o que todavía sufrimos— amenaza terrorista, da igual del tipo que sea—, la actualidad del mensaje

encerrado en estas páginas es más que vigente, es más que actual. Por si no fuera bastante, tal como acontece en nuestra realidad, la política y la retórica del gobierno español negarán la evidencia: la gravedad del asunto. Una vez más, como acostumbran a hacer. Una manera como otra cualquiera de engañar al pueblo.

Alfonso Zamora se regusto durante la primera parte de la novela en este clima caótico donde las mentiras y las negativas oficiales se mezclarán con los miedos incipientes de Alfonso y su familia. Lorena, Araceli, Javi, David, Soraya... sin olvidarnos de las mascotas, acompañarán al protagonista en esta huida constante. Mejor eso que servir de desayuno a quienes han regresado de la muerte. De otros personajes mejor no hablar, no por apatía sino por prudencia. Cualquier palabra de más podría desvelar parte del secreto.

El resto, todo el horror que encierra este Madrid caótico, medio muerto, queda para ti, amigo lector. Yo me bajo en esta parada. Ya he sufrido bastantes sobresaltos. Prefiero dejarte solo. Si eres lo suficientemente temerario, si te ves con fuerza y ánimo, sigue camino. Verás lo cerca que está el infierno de nuestras vidas, a sólo un paso.

Quedas en manos de Alfonso Zamora. Suerte con el viaje.

Alejandro Castroguer  
Septiembre 2011

# DE MADRID AL ZIELO

Los muertos en Cristo se levantarán y se juntarán con los que estemos vivos y nuestros cuerpos serán cambiados por cuerpos vestidos de inmortalidad y nos iremos con Jesús de la tierra.

1 Tesalonicenses 4:14-16 12

A Lorena e Iker.

*Os amo*

# I

Se asoma una vez más por el balcón mientras a duras penas trata de terminar la pancarta. No es fácil porque sabe que no tiene tiempo, ya están ahí y vienen directamente a por ella. Un estremecedor alarido hace que el rotulador se le escape de la mano.

## S.O.S

Los segundos corren en su contra y se conforma con este breve mensaje para dedicarle a la pancarta, así que simplemente la deja tal cual. Hasta hace unos minutos la enorme sábana de 1'35 reposaba tranquila en la cama de la muchacha. Ahora, vuelve a trompicones desde la mesa del salón hasta el pequeño balcón de su casa que tiene en la avenida Ciudad de Barcelona. Con las manos temblorosas, la chica intenta atar lo más fuerte posible la sábana a la barandilla, sujetando la pancarta por los cuatro costados para que el viento no le dé la vuelta.

Otro grito desgarrador retumba por la escalera; ya han entrado en el edificio y los gritos de los pobres vecinos se mezclan con los de ellos. Los golpes son muy fuertes y las puertas que dan acceso a las casas van cediendo como si fueran de papel. Los ruidos de cristales rotos y de muebles aplastados por sus demoledores puños hacen temblar las paredes.

No están dejando a nadie con vida.

Su objetivo principal es ella y lo sabe muy bien, ya desde hace mucho tiempo se lo habían avisado, pero jamás pensó que fueran capaces de hacerlo. Y lo tenían tan bien preparado que no los vio venir, pero ya es demasiado tarde y solamente su sábana escrita por su rotulador le sirve de pequeña esperanza.

La muchacha suda como si fuera un deportista de élite en pleno esfuerzo, no tiene ninguna salida pero aun así corre por toda su casa para ver si se le ocurre algo rápido.

Está atrapada y vuelve al balcón. Miles de ellos abarrotan las calles destrozándolo todo a su paso. A todos. Y allí, subido en lo alto de un coche y mirándola fijamente a los ojos, está él. Su mirada no ha cambiado lo más mínimo desde la última vez que se vieron, sólo que la situación era bien diferente. Pero ahora es él el que disfruta, y su media sonrisa provoca aún más a la chica, que aprieta la barandilla con tanta fuerza que los nudillos van tomando una tonalidad blancuzca.

Ha encontrado lo que buscaba y disfruta por ello, pero no se entretiene en ver su final. Desaparece entre sus ejércitos como si fuera un pastor caminando tranquilamente entre su rebaño de ovejas.

Su figura se va desvaneciendo al igual que lo hace el sol cada anochecer.

Un primer golpe seco en su puerta ayuda a la chica a salir de su trance, al ver que sus sospechas se están cumpliendo. Un grito sale de su boca sin darse cuenta, mientras sigue agarrada al balcón de espaldas a la calle. Corre hacia la entrada pero es demasiado tarde, son demasiados. Un par de golpes más y todo habrá acabado.

Entra en su habitación y se asoma por la ventana. El patio interior inunda sus pupilas, pero la altura es considerable. Con un sonoro golpetazo, un trozo de puerta se rompe con un espeluznante crujido de madera, dejando asomar por el enorme agujero varios brazos de esas cosas.

La chica, al girar la cabeza en todas direcciones buscando una solución, abre la puerta de su armario y se mete dentro haciéndose un hueco entre tanta prenda arrugada. Cierra la puerta y permanece en un silencio sepulcral, sólo roto por el inconfundible sonido de la madera destrozada al caer contra el suelo.

Por fin, los goznes que sujetan la hoja de la entrada ceden ante la insistencia de los golpes, y esta cae formando una enorme polvareda causada por las virutas de madera.

A base de manotazos al aire y gruñidos, todos avanzan a la vez empujándose unos a otros. Algunos tropiezan con la puerta y caen de bruces contra el suelo sin tener la posibilidad de poner los brazos para impedirlo. Todos los demás pasan por encima de ellos sin importarles lo más mínimo. Recorren sin pausa toda la casa golpeándose con las paredes, en busca de algo que finalmente no van a encontrar. Más de uno cae precipitadamente por el balcón tras desequilibrarse con la barandilla, al no saber frenar en su frenética carrera.

Tras unos largos minutos, los gritos y los ruidos guturales cesan levemente acabando en unos desagradables y leves ronquidos, fruto de la inactividad que empiezan a experimentar.

En unas horas, lo único que se aprecia desde el interior del oscuro armario es el inconfundible ruido de decenas de pies arrastrándose por toda la casa.

Está atrapada. Sólo un milagro podrá acabar con todo esto, y Él le estaba fallando.

## 2

La luz clara y tenue asoma perezosa por los agujeros de la persiana de mi habitación, y en mi cabeza a medio despertar ronda la duda de si hoy madrugo o es el bendito y esperado sábado. Todo queda resuelto de pronto con el estridente sonido de mi móvil a modo de despertador. Son las siete de la mañana y eso quiere decir que tengo que ir a levantar el país, una vez más. Aun así, una vez que el mecanismo de mi cerebro comienza a funcionar después de una larga pausa nocturna, me doy cuenta del día que es. Viernes, ¡por fin viernes!

Con un ojo abierto y el otro luchando por hacerlo, me voy al baño. Hoy es 8 de octubre y ya va quedando menos para mi cumpleaños; este año creo que cae en viernes, aunque para eso tendría que mirarlo en algún calendario. En la cocina intento preparar a duras penas un café. No me acostumbro a madrugar, a pesar de llevar haciéndolo más de diez años. El microondas gira obediente tras la orden de mi mano, programando un minuto exacto, y mientras el pequeño pero inteligente aparato hace su trabajo voy a saludar a mis perritos. Están en la terraza deseando que les abra, para salir disparados a chuparme las manos y pedirme que les baje a la calle.

Aún recuerdo cuando me tiraba las horas muertas navegando por internet, intentando elegir la raza adecuada para convivir conmigo en un piso. Ni un perro enorme ni uno enano tipo chihuahua, quería la raza ideal. Al final, un magnífico macho de la raza carlino llegó a mi casa. Muchos lo conocían como «pug», que según leí en un libro sobre la raza significa «chato». Desde luego carece completamente de hocico.

Así fue como Bitxo entro en mi particular mundo de independencia. Su compañía en los primeros días fue bastante tormentosa, pero no porque fuera un mal perro, sino porque llegó enfermo. Un parvovirus letal para el 99% de los perros sacudía violentamente su pequeño cuerpecito de cachorro. La veterinaria, al diagnosticarle la terrible enfermedad, simplemente me dijo que me despidiera de él, que no pasaría de esa noche. Y allí se quedó Bitxo ingresado. Mi aventura como principiante dueño de mascota estaba fracasando estrepitosamente.

Recuerdo que cuando llegué a casa lo único que deseaba era que mi pequeño amiguito luchara por su vida. Lo deseé con tantas fuerzas que me quedé dormido abrazado al collar azul que le había comprado esa misma tarde.

Al día siguiente una llamada al móvil a las nueve de la mañana me despertó sobresaltado. Era de la clínica veterinaria.

Ya te has ido, amiguito, buen viaje, pensé abatido.

Pero lo que me transmitió la auxiliar de la clínica fue del todo inesperado.

—No sé cómo lo ha hecho ni cómo ha pasado, pero su perro está correteando por toda la sala de curas. Puede venir a por él cuando quiera.

No esperaba aquella noticia, ya me imaginaba enterrando su cuerpecito flácido en algún campo alejado de la ciudad. Desde ese día comprendí lo mucho que necesitaba

a ese animal, y cuando Bitxo cumplió su primer año, el regalo fue una hembra de la misma raza. Luna entró en nuestras vidas llenándolo todo de nuevo de una alegría propia de un cachorro y, a partir de entonces, jamás se separaron ni un solo minuto. Tienen dependencia el uno del otro.

Ahora me observan mientras engullo las galletas y me bebo el café; siempre están expectantes por si cae algo al suelo para dar buena cuenta de ello. Acabo y me pongo lo primero que pillo en el armario, un chándal para bajar a los perros antes de ir a trabajar.

Y allí estoy con ellos en el descampado de enfrente de casa, con las luces de las farolas aún brillando, y con el cielo con un azul muy oscuro, ya amaneciendo.

Todas las mañanas mis pequeños amiguitos se juntan con Chispi, un macho de color negro azabache de tamaño mediano, y también con Nala, una perrita preciosa cruce de pastor alemán y husky siberiano de increíbles ojos grises. A la cita diaria también acude puntual Blanca, una cocker americano bastante juguetona. Tres perros que, al igual que los míos, eligen para hacer sus necesidades y como zona de juegos la enorme extensión de terreno sin urbanizar que rodea el edificio donde vivo. Este descampado hace frontera con las vías del tren, que separan mi pequeña urbanización de la de mi hermana Araceli.

El frío es intenso a esta hora de la mañana, pero a ellos no parece importarles mucho. Entre matorrales y hierbajos hacen sus necesidades olisqueando todo lo que les sale al paso, a la vez que juegan y se persiguen por todo el terreno.

Los perros ya están exhaustos y ahora toca subir a vestirme. Aún tengo tiempo de encender un rato la tele y ver el telediario de la mañana, aunque a estas horas no sé qué noticias pueden dar. Seguramente el tiempo, el tráfico, noticias del día anterior... Si no veo nada interesante elegiré uno de los refritos que suelen dar para rellenar la programación.

Al final pongo CNN+, pero según van pasando los minutos no dan nada nuevo. Un accidente de tráfico en Huelva bastante aparatoso, que si «la Esteban» podría ser alcaldesa si se presentara a unas elecciones municipales, o que una farmacéutica alemana está siendo investigada por un incidente ocurrido la semana pasada con uno de sus empleados. Por lo visto tuvo que ser hospitalizado tras protagonizar un episodio violento con alguno de sus compañeros.

Es curioso, pero creo que soñé con algo parecido anoche. Veía cómo mucha gente corría en todas direcciones y no entendía nada de lo que decían. Sólo recuerdo que gente vestida con trajes especiales acordonaba un enorme edificio blanco con unas grandes cristaleras en la entrada.

No creo en las casualidades ni en las premoniciones, por lo que apago la tele y que investigue bien quien tenga que hacerlo. Ya es la hora y me voy a trabajar. Voy con el tiempo justo para tomarme un cafecito con mis compañeros, a ver qué se cuece en la magnífica empresa en la que trabajo, y después de la jornada me gustaría planificar el fin de semana.

Sinceramente, cada vez me gusta menos el trabajo que realizo, tengo ganas de cambiar de aires y poder crecer en otra empresa sin tener que aguantar ciertas cosas o a ciertas personas; no sé por qué, pero necesito algo nuevo en mi vida, desde hace un tiempo lo noto. Noto algo raro cada día que pasa y no sé describirlo, supongo que será cuestión de épocas que uno pasa en la vida.

—Adiós, perritos, no me echéis de menos.

En el metro la gente parece hipnotizada, absorta en sus lecturas, en sus mp3 y en sus conversaciones. Allí dentro parecemos todos autómatas programados para la misma rutina diaria, mismo camino, mismas caras, uf, siempre lo mismo. Siempre la misma historia.

Ya he llegado y allí está mi querida compañera del alma, esa que tan simpática me cae y tanta gracia me hace con sus idioteces mañaneras. Lleva el *20 Minutos* en la mano y como cada día nos comenta la repetición de la jugada, es decir, nos lee todas las noticias que a ella le parecen interesantes.

—Mira, Alfonsito, ¿has visto lo que ha dicho Zapatero sobre las pensiones? ¿Tú qué opinas?

Ella es Raquel, una chica de aproximadamente metro sesenta, rellenita y con bastante maldad en lo que al trabajo se refiere. Es la típica compañera que tienes que aguantar por decreto ley, y encima se sienta a mi lado. Cada vez la aguanto menos pero es parte del trabajo. No sólo tengo que aguantarla a ella sino también a mi enternecedora jefa.

No dudó ni un solo instante el día en que la jefa la sentó frente a ella en su despacho y le propuso ocupar un puesto de responsabilidad en la sombra sin llamar la atención. Sería la chivata de la empresa. Un pequeño sobre doblado y arrugado se caía cada fin de mes de la mano de Laura, la jefa, para acabar en lo más profundo del bolso de Tous que Raquel se encargaba siempre de restregar a sus compañeras. Ese sobre la ayudaba a pagar sus caprichitos y, de paso, a algún que otro currante de las oscuras calles madrileñas.

El tiempo pasa lento allí dentro pero no todo es malo, también tengo compañeros que merecen la pena. Y uno de ellos es Juan Carlos, un padre de familia fuera de lo normal. No es lo que aparenta ser, es un tipo simpático donde los haya. Escondida detrás de un traje y una corbata aparece una persona muy divertida y con un marcado síndrome de Peter Pan que comparto sin duda. Muchas noches madrileñas nos han visto cerrar algún que otro bar, mientras despellejábamos a las arpías que inundan los pasillos de nuestra mierda de empresa. Juan Carlos, «Chisku» para los más cercanos, siempre tuvo especial conexión conmigo, prácticamente desde el principio de entrar a trabajar en la compañía. Me ayudó y apoyó en mis inicios, no dudó jamás en regalarme su amistad y compañerismo.

Hoy hemos quedado después del trabajo para tomarnos unas cervezas, charlar un poco y poner verdes a las de siempre.

Son ya las seis de la tarde, por lo que salimos disparados hacia el bar de enfrente

del curro tras fichar religiosamente en esa estúpida maquinita. Este es nuestro pequeño rincón de desahogo, antes de ir para casa y poder descansar un poco.

Entre risas y cañas, se nos ha echado el tiempo encima para variar; al fin y al cabo, a mí no me espera nadie, pero lo que es a él, solamente su mujer y sus tres hijos, casi nada.

—Bueno, Juan Carlos, que pases un buen fin de semana y cuidado con las fieras que te esperan en casa.

—Venga, Alfonso, cuídate y descansa.

—Un momento, Chisku.

—Dime, Alfonso.

—Ten cuidado, me pica la nariz y ya sabes lo que eso significa.

—¿Que te has resfriado? —contesta Juan Carlos provocando la carcajada de los dos.

—Te lo he contado muchas veces: siempre que me empieza a picar la nariz ocurre algo malo. Y me pica horrores.

—Vale, paranoico, iré vigilante y me esconderé en las sombras de la noche para que no me pase nada —responde mi amigo sarcásticamente mientras desaparece tras la esquina de la calle.

Al escuchar estas últimas palabras un tremendo escalofrío me recorre la espalda. Últimamente no hago más que tener sensaciones un tanto extrañas, pero mi miedo no es por Juan Carlos. Una sombra crece en mi interior, a veces no me deja dormir, y desde hace unos días es más intenso ese temor.

En el metro me vuelvo a encontrar de nuevo a los autómatas de cada mañana, pero esta vez regresando a sus hogares.

«Próxima parada»... la mía, por fin en casa.

### 3

Madre mía, la cabeza me va a reventar. Hace un buen rato que estoy dando vueltas en la cama y ya no consigo seguir durmiendo. Es la una y media de la tarde y, a pesar de mi persistente mareo, me levanto para intentar llegar a la cocina y prepararme algo de desayunar, aunque no sé si por la hora esperarme a comer, pero mi café es mi café y eso no lo perdono.

Las cervezas de ayer no me sentaron del todo bien, ya que no soy mucho de alcohol, pero Chisku siempre me acaba liando de tal manera que al final acabo bebiendo hasta el agua de los ceniceros. Y ahora lo pago.

Enciendo la tele a ver si ponen un *zapping* de esos en algún canal nuevo de TDT. Mi dedo pulgar baila de botón en botón, buscando algo interesante entre tanta opción, pero los sábados por la tarde son horribles si quieres ver la tele. Me paro en el canal de noticias, en el que veo que están dando otra vez la noticia que vi ayer por la mañana de Alemania. Por lo visto el incidente no ha pasado a mayores, aunque mantienen la investigación aún. Supongo que lo controlarán, desde luego los alemanes en industria y medicamentos no tienen rival.

Después de un rato viendo cómo acordonaban la farmacéutica, algo me llama poderosamente la atención. El edificio de la empresa alemana me suena de haberlo visto anteriormente, pero no recuerdo dónde. Quizás en algún periódico o en algún reportaje.

Es hora de que mis pequeñas bolas de pelo salgan a su descampado, que ellos no salieron anoche y parece que están un poco histéricos por bajar. Con un chándal y las deportivas me basta y me sobra para sacarlos, allí no hay más que hierbajos secos y cacas de perro.

Esta vez el paseo se alarga un poco más de lo normal; los sábados tengo más tiempo para poder dedicarles y nos hemos ido un poco más allá de la antigua estación de Villa de Vallecas, actualmente abandonada. Bueno, en parte, ya que una antena de televisión vieja adorna el tejado en ruinas del edificio, lo que evidencia la «ocupación» por parte de algún «sin techo». Allí nos reunimos unos cuantos vecinos con los perros y, mientras los animales corren y juegan, nosotros charlamos de todo un poco, la mayoría de las veces cotilleos.

De vuelta a casa no sé qué hacerme de comer, mi nevera me echa la bronca cada vez que la abro: se siente sola y vacía. Tranquila, pienso, el lunes te traigo compañía del Mercadona. Unas patatas fritas y unas salchichas me apañan el cuerpo. Debería pensar un poco más en mi alimentación porque, como siga así, comenzaré a engordar y no me gustaría, sinceramente.

Con la tranquilidad que te dan los sábados doy cuenta de ello viendo el informativo. Cómo echo de menos la comida de mi madre... Vuelvo a poner la tele, esta vez las noticias de Telecinco me acompañan, aunque los sábados los informativos no hacen más que hablar de los accidentes de tráfico típicos de los fines

de semana. Lo más destacado son de nuevo las noticias que llegan desde Alemania, esta vez introducen la palabra «cuarentena»; supongo que lo que les afecta no es demasiado bueno y han declarado la zona como restringida. En las escasas imágenes han mostrado cómo varios operarios acordonaban el edificio con unos trajes especiales... Esos trajes... Ha salido hablando Angela Merkel diciendo que no pasa nada, que la situación está controlada y que cuando esté el asunto aclarado darán más datos al respecto.

Ya está bien de tele y malas noticias, el sueño y la resaca pueden conmigo y mi cama lleva un rato llamándome a voces. No quiero hacerla esperar, además esta tarde he quedado con unos colegas para tomarnos algo y contarnos la fantástica semana de trabajo que hemos «disfrutado».

Tengo mucho sueño.

Un inesperado ruido agudo y muy molesto me hace dar un bote en la cama. El puto despertador.

—Joder, si ya son las siete y treinta y cinco.

Nunca me ha sentado bien dormir la siesta, pero si luego quiero quedar, no tengo más remedio o acabaría dormido en cualquier barra de bar como si fuera un zombi. He quedado a las ocho y me parece que una vez más muy puntual no seré, pero, bueno, ya me conocen mis amigos. La confianza, ya se sabe.

Me tiro a la ducha literalmente. El agua caliente me hace sentir mejor aunque ahora me da pereza salir de la bañera, pero ya estoy bastante despejado y con ganas de salir a divertirme. He quedado con Cristian y David, que en principio quieren ir al cine. Me parece bien, pero también necesito un poco de fiesta madrileña, así que ya les he dicho que después del cine nos vamos por ahí a ver que se «cuece».

Arranco el coche. Hemos quedado en el centro comercial La Gavia; menos mal que lo tengo cerca de casa y en diez minutos ya estoy por allí.

Las ocho y doce —je, yo en mi línea—, pero otros son peores. David aún no ha llegado pero veo a Cristian dando vueltas por la entrada del centro con su típica cara de mosqueo, seguramente eligiendo las palabras adecuadas para echarnos la bronca por nuestra impuntualidad.

—Ya era hora, tronco, llevo aquí ya un rato. Sois muy pesados con eso de la puntualidad, eh, y David es peor que tú.

Cristian me tenía que echar la bronca, es algo automático y tradicional, por mucho que pasen los años. Si no lo hubiese hecho, le llevaría a urgencias.

A las nueve menos cuarto David hace acto de presencia por el aparcamiento, se le ve venir a lo lejos con su típica forma de caminar sorteando los coches aparcados. Según se acerca, algo dentro de mí se estremece. No sé qué coño me está pasando últimamente pero no me encuentro del todo bien. Al final tendré que ir al «matasanos». Quizás una baja larga solucione estas sensaciones tan extrañas.

—Buenas. ¿Qué pasa, chicos? ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

—Lo suficiente como para que encima te lo tomes a guasa —responde Cristian

mientras enseña el reloj en un claro gesto de desacuerdo.

—Bueno, tío, lo siento, esta vez ha sido por mi madre que está muy pesada. Por el hijo de una amiga que ha venido a verla. Trabaja en Alemania, y han estado de cháchara con el tema de una farmacéutica en la que ha pasado algo o no sé qué; en la redacción hoy ha pasado casi desapercibido.

—Sí, lo he visto en la tele. La presidenta alemana ha dicho que ha sido un incidente sin importancia. —Ni yo mismo me creo mis propias palabras.

—Pues ha empezado a decir que su hijo vive cerca del lugar del incidente, y que allí había demasiado movimiento de policía y un par de ambulancias, que algo raro estaba pasando.

—Ni caso, David, son cosas de viejas. Ya sabes lo que les gusta chismorrear sobre este tipo de noticias, ¿no ves que se aburren mucho?

Cristian ya comienza a estresarse y empieza a andar hacia la entrada del cine. No hace falta ser muy inteligente para captar su falta de paciencia. Nunca ha sido su virtud, desde que le conocí hace ya unos años en mis comienzos laborales. Su fuerte carácter siempre ha chocado con casi todo el mundo, pero tiene un corazón tan grande que no le cabe en el pecho. Siempre ha estado a las duras y a las maduras, tanto conmigo como con David, y jamás ha tenido una mala palabra para ninguno de nosotros.

Ya teníamos compradas las entradas y, con las palomitas y refrescos en la mano, nos acomodamos en las butacas. Luces fuera; David suelta una de sus payasadas típicas, que provocan risas en la sala y un sonoro chisteo de una pareja que está delante de nuestras butacas. Sé que suele ser molesto, pero yo me parto siempre de risa con este tipo de cosas. Soy así... Terminan los tráilers y empieza nuestra película; a ver qué tal se portan los chicos de Avatar.

## 4

El lunes nace lentamente, el sol se asoma tímido por el horizonte y, al levantarme, más de lo mismo. El solo hecho de tener que revivir la historia de todos los días me hunde un poco más en mi colchón viscoelástico. Está claro que necesito vacaciones, porque estoy llegando a un punto de «no retorno».

Este verano apenas paré una semana, totalmente insuficiente para lo que se me exige en el trabajo; no está pagado lo que tengo que aguantar y sobre todo a quiénes.

Ayer, domingo, no hice absolutamente nada, disfruté del día mundial del pijama y del sofá. Por no hacer, no puse ni la tele, solamente para ver una película con unas palomitas.

Me he levantado un poco con la hora pegada, así que no me da tiempo ni a poder ver un rato las noticias, pero para ver lo de siempre, prefiero que la señorita Raquel me lo cuente nada más llegar a la empresa.

Eso sí, los perritos no perdonan su paseíto matinal y, acortando un poco la ruta mañanera, consigo que hagan sus cosas en un tiempo récord. Buenos perros, buenos perros, pienso.

El repartidor del periódico de esta mañana no es el mismo de siempre y hoy no recibo mi saludo mañanero junto con mi ejemplar; la amabilidad últimamente brilla por su ausencia. Mirando las páginas que tengo ante mí, no es que venga precisamente muy rico en noticias. El tema de la crisis en portada, más Belén Esteban —por Dios, qué pesadez de tema— y lo de Alemania. Por lo que he leído en el artículo, la cosa se ha complicado un poco, ya que ahora hablan de virus y de que ya se han presentado casos fuera de la farmacéutica. Han acudido a la zona varios equipos médicos de diferentes partes del mundo para echar una mano, incluidos españoles. Desde luego, nos apuntamos a un bombardeo, con la que está cayendo en España y encima metiéndonos en camisas de once varas. Esperemos que no se traigan el «regalito» de vuelta...

Este tipo de periódicos suelen exagerar bastante las informaciones, hay mucha competencia entre ellos y tienen que sacar las noticias más impactantes.

Mi parada se presenta ante mí sin remedio alguno, por lo que no me queda otra que dar el callo y ver la cara de las dos arpías que controlan el «cotarro».

Ahí las tengo, con su típica mirada de superioridad y repasándome de arriba abajo estudiando cómo voy vestido y viendo si pueden sacarme algún tema «picajoso» para joderme la mañana. Pero la mirada cómplice de Chisku me reconforta, ¡y de qué manera! Su puntualidad le hace tener que aguantar durante el café sus cotilleos y críticas hacia los compañeros, por lo que mi presencia es más que bienvenida.

Hoy las seis llegan demasiado tarde. Un día cometo una locura con estas dos «personajes», me tienen hasta las narices y eso un lunes ya es demasiado. Hoy me voy directamente a casa de mi madre, que andaba la mujer un poco pachucha y ya se sabe qué pasa con las madres. Hay que cumplir.

—Hola, mamá, ¿qué tal lo llevas? ¿Fuiste al médico al final?

—Hola, niño. Pues ya ves, estoy algo mejor, pero no he ido al médico, no me apetecía salir a la calle, hace ya frío y no me quiero resfriar más de lo que ya estoy. Además, no sé si estás al tanto de las noticias: hay otro virus nuevo como el año pasado con la gripe A.

—Mamá, ¿no te das cuenta? Todo es marketing de las farmacéuticas. Crean el «bicho» para luego sacar la vacuna y llevarse una auténtica pasta, son unos listos.

—Bueno, quizá tengas razón, pero yo por si acaso he llamado a tus tíos de Alemania para preguntarles qué se «cuece» por esas tierras.

—¿Y? —pregunto intrigado poniendo los brazos en jarras.

—Pues nada, que nadie dice nada y que no le dan la mínima importancia, que sólo ha habido un caso o dos y que están tratándolo en el hospital.

Bueno, sinceramente veo bastante clara la estrategia de las vacunas carísimas y el pánico de la población para hacerse con ellas, por lo que prefiero zanjar el tema.

—Bueno, mamá, me voy que tengo que hacer cosas... los perros, ya sabes.

—Tómalo más en serio, hijo, que tu tía me ha dicho que habían cerrado la frontera hasta que se aclarase un poco el tema.

¿Que han cerrado la frontera? Eso ya no me hace gracia, creo que está exagerando. No sé si hacerle caso: nadie cierra la frontera de un país así como así.

Mi madre siempre ha sido una luchadora desde que tenía uso de razón. Mi abuela la obligó a trabajar desde que tenía doce años, sacándola del colegio y poniéndola a coser pantalones sin dejar de ocuparse de sus cuatros hermanos.

Fue cuando conoció a mi padre cuando empezó a tener algo de libertad. Una palabra que sólo conocía de oírla a la gente que pasaba por la calle o por los seriales de la radio.

La Guerra Civil destrozó sus vidas para siempre cuando un obús, lanzado desde las líneas de la División Azul, cayó en los alrededores del Museo del Prado, donde mi abuelo combatía. La metralla le destrozó por dentro y a los pocos días falleció, dejando a mi madre huérfana y sin uno de los principales y escasos ingresos que percibían. A partir de ahí fue cuando supo realmente lo dura que sería su vida y lo mucho que tendría que sufrir. Vivió una posguerra marcada por el hambre y la miseria, teniendo que renunciar a casi todo para salir adelante. Al casarse, emigró junto con mi padre y sus hermanos a Alemania para tratar de construir un futuro mejor. Allí montaba relojes en una fábrica ante la mirada cruel de su capataz alemán, el cual no dejaba de meterse con ellos simplemente por ser españoles. Mis tíos se quedaron, pero ella regresó junto con mi padre para establecerse definitivamente en España. Y aquí formó una familia, a la cual estoy muy orgulloso de pertenecer.

Ya me voy a casa y mi madre ha conseguido que dude. Voy con mis perros, que estarán como locos por ir a su retrete particular: el descampado. No sé si telefonar a David para preguntarle si saben algo en la redacción, pero si lo hago, me habré creído todo lo que me ha contado y me convertiré en un paranoico más. Y con mi madre ya

he tenido bastante. Me ahorro la llamada, prefiero no pensar en bobadas. Me acuerdo del año pasado lo preocupada que estaba la gente con la dichosa gripe A. Que si los asmáticos, las embarazadas, que si hay que utilizar un jabón seco para las manos... ¿y luego qué? Luego, nada de nada, unos cuantos casos esporádicos y la muerte de algún anciano con problemas respiratorios que ya arrastraba. Además, la gripe normal acarrea más muertes al año que la nueva gripe.

Qué tarde se ha hecho, seguro que alguno de los chuchos se me ha hecho pis en la terraza. Esta vez es por mi culpa, sin duda se librarán de la regañina.

Vuelo surcando Madrid, bajo mis pies veo las azoteas de los enormes edificios acristalados de la mejor zona financiera de la capital. El aire acaricia mi cara suavemente y me produce una sensación de paz indescriptible. Pero algo no va bien ahí abajo; la gente corre, grita, se esconde. Suena la sirena de una ambulancia a lo lejos, pero lentamente se nota más cercana. Más cercana...

El tono del móvil casi me hace caerme de la cama, estaba soñando y todo parecía muy real. Son las siete menos cuarto de la mañana, lo que suena no es el despertador. ¿Quién cojones me está llamando a estas horas?, pienso. No podía ser otra persona que mi madre, y que me llame mi madre a estas horas sólo puede significar una cosa: ha pasado algo.

—Hola, hijo, siento llamarte a estas horas, ¿estabas ya levantado?

—Ummmm —aún medio dormido—, pues sinceramente no, mamá. ¿Qué pasa?

—Pues entonces no te has enterado. Están dando en las noticias lo de Alemania, pon la tele.

Me levanto tambaleándome, con un ojo medio cerrado por las legañas, e intento llegar hasta el salón a tientas, menos mal que conozco bien mi casa. No quiero encender la luz por no quedarme literalmente ciego. Pongo la televisión con el móvil en la oreja; en el telediario de la mañana se ve la imagen tomada desde un helicóptero, enfoca los alrededores del complejo de la farmacéutica de Alemania, mucha policía por las calles, mucho descontrol y gente corriendo. No entiendo nada y, además, aún estoy con la almohada pegada a la cara. Pero de nuevo reconozco ese edificio, claramente es el del sueño que tuve el otro día. No puede ser.

—¿Lo estás viendo, Alfonso?

—Sí, pero ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué corre la gente?

—Pues corren porque, por lo visto, la situación se les ha escapado de las manos. Los médicos que acudieron para ayudar están infectados y hay muchos heridos, hijo.

—¿Cómo que heridos? Pero, ¿un virus puede causar heridas? ¿Qué es entonces, el ébola? No entiendo nada, mamá, explícate mejor.

—Ay, no lo sé, niño, eso han dicho en el telediario: que hay heridos y que los han mandado a sus países de origen.

—Pues qué bien, me parece perfecto que te preocupes y eso, pero yo hasta las siete de la mañana no me levanto, y si me llamas antes, me asustas, aparte de que me quitas un ratito de sueño.

—Perdona, Alfonso, pero si llamo a tu hermana me llama histérica, y ayer te vi preocupado por el tema.

Lo reconozco, en el fondo es graciosa, «preocupado» dice. La verdad es que prefiero darle la razón.

—Pues gracias, mamá, pero tú no te asustes que no pasa nada; además, si han cerrado la frontera no hay problema. Pero, ¿y los heridos? ¿Les han permitido volver?

—Sí, porque son los médicos que han investigado. A quienes han encerrado es a los turistas. Bueno, te dejo, ya me he desvelado. Luego hablamos.

—Vale, si pasa algo, me llamas.

—Adiós.

Tengo una mezcla de sueño, mosqueo, y dudas —¿heridos?, ¿gente corriendo?—. Voy a llamar a mi amigo David, es periodista y trabaja en un periódico nacional, a ver si él sabe algo más del tema. A saber desde cuándo estará esta mujer viendo la tele, seguro que apenas ha dormido.

—¿Al habla el reportero más dicharachero?

—¿Tú a estas horas? Je je, ¿qué te pica, Alfonsito? Seguro que me vas a pedir un favor.

—Bueno, más o menos, David, lo que te quería preguntar es si sabes algo de lo de Alemania, de lo de la farmacéutica.

—Pues algo nos llega, pero a «regañadientes». El gobierno alemán está poniendo muchos impedimentos a los corresponsales de allí, están ocultando datos y está prohibido acceder a la zona de infección. Lo peor es que un compañero del periódico dice que una persona vinculada a la farmacéutica ha confirmado que se han presentado casos de infección fuera de la localidad donde se ha manifestado el virus.

—¿Tan rápido? Pero, ¿cómo se transmite?

—Pues no lo sabe nadie, o al menos no lo quieren decir; yo creo que no lo saben ni ellos. Lo único que te puedo decir es que está la cosa muy revolucionada. Hace un rato mi compañero Juan ha entrevistado a un conductor de ambulancia que había trasladado a un infectado al hospital, dice que el paciente presentaba signos de delirio y una extrema violencia, como si hubiera perdido la cabeza. Comenta incluso que llegó a morder en el brazo a uno de los camilleros e hizo falta una camisa de fuerza para meterlo al hospital.

No doy crédito a lo que oigo, ¿por qué no llegan esas noticias desde allí? ¿Por qué el gobierno alemán no da explicaciones de lo sucedido?

—Bueno, David, muchas gracias por la información. Si sabes algo mas, llámame, por favor, mi madre ya esta histérica y me pone nervioso a mí. Además, tiene familia allí.

—Ok, no te preocupes que esto tiene pinta de ser la noticia del día y estaremos toda la mañana recibiendo novedades. Un saludo, Alfonso.

Ahora realmente estoy preocupado. Será mejor no llamar a mi madre, sería preocuparla más de lo que ya lo está.

Me quedo mirando las imágenes que salen repetidamente una y otra vez en el telediario matinal, no se ve nada claro. Pero desde luego no parece que sea lo que parece ser.

Abro el portátil en busca de más información, seguramente la gente de allí haya colgado imágenes desde sus móviles en Youtube y ya estén circulando por la red.

Tras poner la palabra clave «virus Alemania» en el buscador, me salen varios

resultados absurdos que nada tienen que ver con lo que pasa en realidad. Pero uno de ellos me llama soberanamente la atención. En el vídeo, de muy mala calidad por cierto, se aprecia cómo una persona es brutalmente reducida por policías germanos y, con enorme esfuerzo, tratan de mantenerla quieto en el suelo. Pero el hombre en cuestión no se tranquiliza y muerde en un brazo a uno de los policías, que lo suelta inmediatamente. El vídeo acaba con el sujeto dirigiéndose a la persona que está grabando, después se corta.

Al echar para atrás el vídeo y volver a verlo, detengo la imagen justo cuando se ve la cara del infectado. Esos ojos... no son normales, es como si les faltara algo. No tienen... vida...

Me voy a trabajar, a ver si me distraigo un poco. Aunque esa imagen creo que me acompañará durante todo el día.

## 6

Por fin es viernes, ya son las seis de la tarde y acabo de salir de trabajar; mi jefa hoy, por lo que se ve, no tenía mucha prisa por salir ni por que los demás salieran, y eso que es viernes.

Pero como casi siempre, Raquel ha salido a las tres porque «tenía que hacer unos papeles urgentes». Todos los viernes la misma historia, me gustaría verla salir a su hora aunque sea una sola vez. Por lo que veo, a parte del sobrecito mensual bajo la mesa también consiguió una pequeña reducción de jornada.

El mp3 logra que me evada entre estación y estación de los problemas del trabajo de toda la semana. Pero ni la música consigue quitarme de la cabeza las imágenes que vi ayer por internet. ¿Qué le pasaba a aquel hombre?

Me entretengo mirando los rostros de los viajeros. Cada uno es diferente; unos más bajitos, más gordos o más flacos, pero todos llenos de vida.

Me pregunto qué pasaría si todo se fuera a la mierda por culpa de algún experimento absurdo de algún científico chiflado con ganas de protagonismo.

Ya he llegado a Vallecas y me siento liberado, parece que hasta ando más ligero, con otro aire.

Saludo a mis amiguitos; si pudieran, abrirían el cajón de sus correas y se las pondrían ellos mismos, así que no les hago esperar más y me los bajo a dar una vuelta. Hoy no hay ninguna prisa, mañana no madrugo y el paseíto será más largo de lo normal.

Me ha llamado Cristian al móvil para quedar, pero le he dicho que estoy tan relajado que hoy prefiero quedarme en casa, me pondré alguna peli y ya está. Aun así, me dice que se apunta, que se trae unas *pizzas* y que llame a David. Un poco de compañía tampoco es malo. Pero lo que realmente me apetecía era que viniese Lorena; hace ya unos cuantos días que no sé nada de ella y debería llamarla.

Cristian ya ha llegado, está en la cocina trasteando por los armarios a ver qué encuentra para comer.

—Vaya mierda de nevera, tío, ¡si hasta tienes telarañas!

—Qué gracioso eres, Cris. Ya que has venido, también te podrías haber traído alguna bolsita de patatas o algo así, ¿no?

—Se supone que el anfitrión eres tú, Alfonso, así que a mí no me eches la bronca. Por cierto, ¿y David? ¿No le habías llamado?

—Pues no coge el móvil, tío, le llevo llamando un buen rato y nada, y eso que se supone que los viernes sale un poco antes. Ya debería estar fuera de la redacción.

—Tú insiste, que a ti hay que aguantarte en pareja.

Cristian ya esta acoplado al sofá y las *pizzas* un poquito frías, les toca sesión de horno. Después de una hora, por fin llama David.

—Hola, Alfonso, perdona por no cogerte las llamadas, pero estoy todavía en el curro y la cosa va para largo.

—¿Todavía? —pregunto intrigado mientras trato de coger una porción de *pizza* del plato.

—Pues sí, además están llegando noticias constantemente desde Alemania y no damos abasto. Nos dicen que se está extendiendo por los pueblos limítrofes, incluido a otros países vecinos. Además, hay rumores de que mañana Zapatero dará una rueda de prensa para tranquilizar al país —concluye David.

No me puedo creer lo que está diciendo, no puede ser tan grave para que tenga que salir el presidente hablando en la tele.

Cristian se lo toma a broma, dice que me tranquilice, que tenemos tanta crisis que ni los virus quieren entrar en el país. Me parece bien un toque de humor entre tanta tensión.

Nos toca una porción más de *pizza*. Tenía pensado poner una peli de miedo, pero dadas las circunstancias, hemos puesto la de *Híncame el diente*; vaya tela, aunque un poco de humor absurdo nos vendrá bien.

Un fuerte dolor de espalda me hace despertar; en la pantalla, la imagen del menú de la película está congelada a la espera de que alguien apriete algún botón para comenzar de nuevo.

Nos hemos quedado dormidos. Era «muy buena» la película por lo que veo. Cristian aún dormita en el sofá apoyado en el cojín; me da cosa despertarle, pero por la hora que es y su postura imposible, lo haré muy a mi pesar.

—Venga, tronco, levántate y acuéstate mejor en la cama, quédate esta noche aquí si quieres.

Cristian se despereza como si fuera un gato después de salir del regazo de su dueño y, tras un sonoro bostezo, se intenta poner en pie.

—Gracias, Alfonso, pero mejor me voy. No te preocupes, estoy bien para conducir.

—Como quieras, Cris. Mañana te llamo para ver si esta vez podemos quedar los tres, ¿ok?

—De acuerdo, majo. Hasta mañana.

Cristian se rasca la cabeza de manera perezosa mientras abandona mi casa. Ya se ha ido. Mañana me apetece ir al centro a un bar a tomar algo, pero ahora yo me voy a la cama aunque no tengo sueño. Tengo más ganas de quedarme viendo el canal de noticias veinticuatro horas, pero sé que, si no me acuesto ya, mañana no estaré para muchos bares.

Hasta mañana.

Hace ya bastante tiempo que me he levantado; apenas he podido dormir, y cuando lo he logrado, la misma pesadilla se repetía una y otra vez.

Me ha dado tiempo a sacar a los perros, pero hoy el descampado estaba vacío para ser sábado. Noto el ambiente raro: hay menos coches, menos niños... bueno, más bien ninguno. Es como si la ciudad mantuviera la respiración.

Los nervios los tengo a flor de piel y realmente no tendría por qué estar así, no entiendo cómo una noticia que realmente podría ser como otra cualquiera me produce tanta angustia.

David me ha mandado un SMS esta mañana donde me confirmaba que el presidente saldría a mediodía en todos los telediarios. Mi corazón no se ha relajado desde entonces y noto una presión en el pecho que no puedo describir.

Mi paranoia de nacimiento ya me ha hecho buscar en internet estos síntomas, incluso descartando un posible fallo cardíaco. Pero para mi tranquilidad no es un infarto ni nada parecido, se aproxima más a un cuadro de estrés que a otra cosa.

No aguanto más la tensión; llamaré a mi madre porque no me apetece prepararme hoy la comida, me iré con ella y de paso veremos juntos la rueda de prensa de Zapatero. Cada vez me voy pareciendo más a ella.

—Mamá, soy Alfonso, te llamaba para decirte que luego iré a comer, ¿vale?

—Vale, hijo, ya sabes que a mí nunca me vas a pillar sin comida. Vente cuando quieras, pero no muy tarde, ya sabes que a tu padre le gusta comer pronto.

—Ok, mamá, luego te veo.

Mientras me visto, voy escuchando las noticias en la radio. Antes escuchaba Cadena 100 o RadioVallekas, que solían entretenerme bastante, pero ahora parece que tenga setenta años: Radio Nacional es ahora mi acompañante número uno, hasta la he programado en la radio del coche.

Bueno, ya estoy listo. Me voy, que si no mi padre no espera a nadie y cuando quiera llegar ya estará sentado en el relax echándose su sueñecito de después de comer. «La siesta de la burra», como decía mi abuela.

Durante el trayecto observo detenidamente en cada semáforo lo que tengo alrededor. La gente pasea por las calles como si tal cosa, algunos van con sus perros y otros con los niños camino del parque. Pero como he podido ver esta mañana, hay menos gente de lo habitual, incluso el tráfico es más fluido.

He aparcado a la primera en la misma puerta donde viven mis padres, cosa que tampoco es muy normal.

Mi madre está sentada junto a una de mis sobrinas; Paula está jugando a las cartas encima de la mesa, que ya tiene el mantel puesto, y mi hermano Javi, aún en pijama, prepara su ropa para cambiarse.

—Hola, Javi, ¿qué tal andamos?

—Pues aquí estoy con más sueño que un tonto; no hace mucho que me he

levantado, que ayer salí hasta tarde —comenta Javi buscando la mirada de mi madre por si le está escuchando.

—Dirás más bien que has amanecido por ahí. —Mi madre le ha escuchado. Siempre he pensado que tenía un sexto sentido para escuchar estando incluso en la otra punta de la casa.

A pesar de la conversación, he percibido el mismo ambiente que he vivido en la calle: caras de preocupación y silencio solamente roto por los cánticos de la niña repasando sus cartas en la mesa. Y mi hermano discutiendo con mi madre por la hora de llegada, hay cosas que nunca cambian y que ya tenía olvidadas con la independencia. La tele está puesta, ya pasan diez minutos de la hora prevista y tengo el móvil en la mano por si David me llama.

Y allí está, el presidente aparece por la puerta trasera que da a la sala principal del Palacio de la Moncloa.

Mi madre sube el volumen instintivamente y se atusa el pelo como si Zapatero la fuera a mirar directamente a ella. Cosas de mi madre.

—Queridos conciudadanos, el motivo de la comparecencia ante los medios seguramente ya lo sepan. No obstante, ante los rumores y noticias que llegan desde Alemania, he preferido salir a tranquilizar a la población y a transmitirles las novedades que nos han llegado desde allí.

»Alemania está en alerta bacteriológica debido a un virus de origen desconocido, al parecer muy contagioso y que ha causado alguna baja entre las personas infectadas.

»Algún país vecino como Bélgica, Luxemburgo, Polonia o Austria ha presentado ya algún caso aislado, pero todo debido a la proximidad con el país alemán y, por supuesto, perfectamente controlado.

»Alemania ha decidido cerrar sus fronteras por motivos de seguridad y ha declarado el nivel naranja por alerta sanitaria, prohibiendo el paso a todo transporte terrestre de mercancías o personas, incluyendo también el cierre de los veinticuatro aeropuertos de los que dispone Alemania en todo su territorio.

»Varios de los efectivos médicos que han participado en las tareas de investigación del virus, y fuerzas de seguridad del estado alemán que han colaborado en el control del mismo, han causado baja debido a que se han visto infectados en su mayoría.

»Quiero pedirles que tengan cautela y que no cunda el pánico porque la situación, aunque presente aspectos de preocupación, está bajo control por las autoridades alemanas, trabajando las veinticuatro horas del día para poner fin a esta situación de emergencia.

»Mantenemos las comunicaciones con la presidenta Angela Merkel y con la Unión Europea. En cuanto tengamos más noticias, el portavoz del gobierno comparecerá ante ustedes para compartir dicha información.

»Buenas tardes a todos.

Por supuesto, no permite ninguna pregunta a los periodistas, quienes las empiezan

a lanzar como dardos envenenados, pero Zapatero desaparece ante una nube de *flashes*, seguido de tres guardaespaldas.

Imagino que David está allí o en la redacción pegado a la tele. Mi madre no ha dicho nada, se ha limitado a escuchar con una mano apoyada en la cara como señal de atención. Mi hermano criticaba cada frase del discurso, decía que nos estaban ocultando la verdad y que se notaba que estaba nervioso.

Yo no sé qué pensar; a decir verdad también pienso en parte como él, le he notado la mirada nerviosa y titubeaba, no sé. Supongo que el tiempo nos dirá qué está pasando realmente.

—¿Veis lo que os decía? Ha dicho claramente que el virus ese ya ha traspasado la frontera, y si ha llegado a esos países, no veo por qué no va a llegar al nuestro.

—Mamá, no empieces, ¿acaso no has escuchado que no tenemos miedo, que lo tienen controlado? —Javi trata de quitar hierro al asunto mientras pincha con el tenedor la jugosa ensalada preparada por mi madre.

—Eso son bobadas —por fin habló mi padre—. Poneos a comer que se enfría todo.

Sinceramente, yo sí que veo el motivo de la preocupación, y al menos podrían decir los síntomas de la enfermedad, si es muy rápido el virus o cómo se contagia.

David no me llama; supongo que ahora mismo estará comiendo también, aunque sea un bocadillo delante de su teclado sin dejar de estar pendiente de las últimas novedades que llegan desde allí.

La pobre Paula no ha abierto la boca desde que ha salido el presidente, se limita a comer en silencio, sin levantar la mirada del plato.

Y creo que voy a hacer lo mismo, porque de nada sirve preocuparse por algo que está sucediendo a miles de kilómetros de aquí.

Vamos a comer, que ya es hora, que después Paulita querrá jugar a las cartas, como cada sábado.

Tengo poco tiempo para ducharme y vestirme; acabo de llegar de casa de mis padres y he quedado con Cristian en la chocolatería San Ginés, cerca de la Puerta del Sol, allí nos reuniremos con Lorena y unas amigas.

Mientras el agua de la ducha va calentándose voy preparando la ropa para tenerlo todo a punto y no perder el tiempo.

El agua va cayéndome mientras consigo por un instante relajarme con la agradable sensación que me produce la reconfortante ducha. Sé que voy mal de tiempo, pero quiero disfrutar unos instantes del agua caliente recorriendo mi cuerpo.

Por un momento, todo parece detenerse y dejo de percibir el ruido que hace el agua al caer. No puedo abrir los ojos y mi cuerpo parece paralizado.

De pronto todo vuelve a la normalidad, sólo han sido unos segundos pero es como si hubiese pasado horas detenido en el tiempo.

Asustado, salgo de la bañera con un temblor de piernas que apenas me deja tenerme en pie. Me siento en el váter para tratar de tranquilizarme, el calor producido por la ducha logra mantenerme a buena temperatura a pesar de no cubrirme con la toalla. Pero ahí fuera hace frío.

Las gotas resbalan por mi cara hasta caer al suelo, provocando un pequeño charco a mis pies. Tengo miedo.

A los pocos minutos ya me encuentro secándome a conciencia y tratando de ganar en velocidad para irme cuanto antes a la cita con mis amigos.

Como temía, David no viene. Me ha llamado diciendo que tiene que quedarse indefinidamente en la redacción hasta nueva orden, ya le he dicho que más vale que le paguen bien ese esfuerzo que está haciendo.

A pesar de que no me gusta ir al centro de Madrid con el coche, esta vez lo cojo porque no me veo con ganas de meterme en ningún túnel ni nada que se le parezca. La sensación que he vivido en la ducha me ha provocado terror.

Durante el trayecto mi cabeza piensa en todo lo que está ocurriendo, porque estoy convencido de que algo está pasando y algo muy grave. Esta vez no son paranoias mías, de alguna manera estoy notando cosas que jamás había sentido y cada día que pasa se acentúan.

Me ahorro dar vueltas como un tonto y meto el coche en el parking que hay debajo de la Plaza Mayor.

Nada más llegar la veo. Lorena está sentada en una de las mesas del local junto con Marta y Soraya. La última vez que nos vimos fue durante una escapada casi secreta al cine para ver una de esas «americanadas» románticas que tanto inundan las salas de cine últimamente.

Ya estamos todos. Como no podía ser de otra forma, el tema de conversación es la noticia del momento. Ni siquiera en los momentos de relax me libro de pensar y de preocuparme.

Las chicas se muestran muy despreocupadas. Marta y Soraya son amigas de David y compañeras de facultad. Lorena también es amiga común de los tres. Y bueno, se puede decir que amigas nuestras también, ya que hace bastante que nos conocemos.

De una de esas quedadas surgió un algo especial entre Lorena y yo. Primero fueron las miradas, después vinieron las anécdotas y las cosas en común, y por último llegó la chispa que nos dejó atrapados en el tiempo durante unos maravillosos instantes. En esos segundos, ninguno de los dos articuló palabra alguna pero nuestros ojos se quedaron unidos en una misma mirada. Desde entonces, parte de los latidos de mi corazón lo hacen para ella y la sangre que logra bombear es para calmar las ansias de volver a verla.

Soraya trabaja como periodista, pero en una radio local, RadioVallekas, por lo que no tiene demasiadas noticias del tema. Solamente por algún compañero de su promoción que está en el mismo caso que David, encerrado en su oficina sin poder salir. Es la única que sí que muestra algo de sentido común en todo este asunto.

—Sinceramente, creo que estáis exagerando un poquito, y sobre todo tú, Alfonso; no creo que haya motivo de alarma, ni mucho menos —Soraya siempre ha sido bastante escéptica y su comentario era de esperar.

—Pues yo creo que algo pasa y no nos lo están diciendo, como siempre. A lo mejor ha sido un ataque terrorista con algún agente químico o algo así.

—Marta, esa teoría es muy tuya, desde luego. Si fuera un ataque terrorista, ya hubieran salido los cabecillas en algún comunicado como siempre hacen.

—Dejaos de fantasear, lo que aquí sucede es una evidente estrategia de la farmacéutica esa para promocionar su «nuevo virus», como hicieron con la gripe A el año pasado —Lorena lo tiene claro.

—Pues opino lo mismo que tú, Lorena; además, eso mismo se lo dije a mi madre comiendo hoy con ella. Pienso que sacan el virus para luego comercializar los fármacos. Y un día se les va a escapar de las manos, como parece ser el caso ahora.

Ni yo mismo me creo lo que estoy diciendo; prefiero no entrar en discusiones tontas, pero algo dentro de mí me dice que estamos en peligro. Me muestro observador y distante, inmerso en mis pensamientos hasta evadirme de la conversación. Estoy tan concentrado que apenas me doy cuenta de que Lorena trata de sacarme una mirada, como otras tantas veces ha conseguido, y hoy no es capaz.

Su preocupación es evidente porque sabe que mi manera de ser dista bastante de lo que hoy soy. Y se le nota claramente en la cara.

—Creo que todo es una tomadura de pelo, no me creo una palabra de lo que dicen desde Alemania, pero de todas formas pienso que podríamos hablar de otra cosa, ¿no os parece? —dice Cristian mientras coge su jarra de cerveza bien fría.

—Tienes razón, vamos a hablar de otros temas, no sé, contarme cómo os va en el curro —trato de desviar la conversación.

—Pues yo he hecho esta semana un proyecto para mi programa en la radio —

explica Soraya cambiándole completamente la cara—. Vamos a hacer un concurso de chavales del barrio que tengan algún proyecto y quieran promocionarlo, de música o de lo que quieran.

—Oh, eso está muy bien, Soraya, y ¿cuándo lo pensáis sacar en antena?

—Pues supongo que la semana que viene, Alfonso, cuando «los de arriba» den luz verde al proyecto. Estoy muy ilusionada y nerviosa.

—Seguro que sale todo bien, Sory. Me parece una idea genial dar oportunidades a la gente que empieza, y si encima son del barrio, mejor que mejor.

—Pues la verdad es que sí. A ver si no nos ponen trabas y empezamos rápido.

Soraya está bastante ilusionada. La verdad es que es ejemplar lo que hace; me gustaría mucho poder hacer algo por los demás alguna vez, pero con mi trabajo rutinario lo veo difícil. Y luego, al llegar el fin de semana, no me apetece hacer nada nuevo salvo quedar con ellos, con Lorena y poco más.

Las grandes radios y televisiones tienes cien mil veces más presupuesto y posibilidades de crear programas para ayudar a los que tratan de hacerse un hueco en estos mundos artísticos, y no lo hacen. Por eso es tan ejemplar e importante la labor que hacen desde esa radio local, que apenas cuenta con unas limosnas de presupuesto para poder volver a salir en antena al día siguiente.

Soraya luchó desde que entró en la empresa para tirar del carro hasta levantarla de lo más profundo. Siempre ha sido así, desde pequeña, desde que era una niña ha tenido que lidiar con la vida para salir adelante. Y nunca aceptó la derrota, no está en su vocabulario, por lo que cada vez que la vida la tiraba al suelo, ella siempre caía de rodillas para volver a levantarse.

Me he dado cuenta de que Lorena trata de sacarme una mirada una vez más, pero hoy no tengo ganas de nada.

Toca la hora de la despedida. Cada uno habla de lo suyo en un corro a la salida del local y, con un gesto, me voy hacia mi coche. Lorena me acompaña.

—Bueno, chicos, nos vemos, nos llamamos, ¿ok?

—Vale, Alfonsito, cuando quieras ya sabes.

—Ok, Cristian. Chao.

Mientras cruzamos hacia la otra acera, ella me mira con cara de circunstancias.

—¿Qué te pasa, Alfonso? Llevas toda la tarde bastante raro.

Creo que lo sabe, pero quiere que se lo diga. Le seré sincero.

—Tengo miedo, Lorena. Algo me dice que esto es más grave de lo que parece, me da miedo que se propague y llegue hasta aquí y nos afecte a nosotros.

Ella trata de quitarle hierro al asunto; hasta ahora no le había dado importancia al tema, no hasta que me ha visto expresarme con esa preocupación que tanto le ha sorprendido.

—No, Alfonso, no te preocupes, no va a pasar nada, y si ocurre, tampoco creo que sea algo tan grave como para que corramos peligro.

La voy a llevar a su casa. Me sorprende su entereza porque, sin dejar de ser

fuerte, es una chica bastante sensible y normalmente suelen afectarles las cosas más que a otras personas.

Ya estamos saliendo del centro, me encamino por la Castellana. Siempre me ha encantado esta vía emblemática de Madrid.

—Alfonso, ¿qué te parece si vamos a mi casa a ver una peli en plan tranquilos? Me apetece estar a solas contigo, al final has logrado acojonarme.

Me hace gracia el comentario, pero más me ha gustado la propuesta.

—Claro que sí, vamos mejor a mi casa y nos cogemos unas *pizzas*. En mi disco duro tengo cientos de películas, puedes elegir la que quieras. Pero avisa a tus padres primero por si llegas muy tarde.

—Soy mayorcita, Alfonso. De todas formas le daré un toque a mi madre.

—Vale, dale recuerdos a Anabel y a José de mi parte, que no se te olvide, ¿eh?

Ya hemos llegado, ella saluda a mis perros mientras yo saco algo de beber.

Enciende la tele, están echando una película en un canal nuevo de TDT, pero cuando ya estamos sentados en el sofá, un avance informativo corta la emisión. El presidente vuelve a comparecer ante los medios. Una pantalla más pequeña muestra imágenes de Alemania donde sólo se ve caos en la ciudad.

Empieza a hablar:

—Buenas noches a todos. Como ya saben, la situación en Alemania era delicada debido a un incidente en una farmacéutica.

»Pues bien, las noticias que nos han llegado desde allí esta misma noche son bastante más desagradables. Las autoridades pertinentes encargadas de la seguridad de los ciudadanos han ordenado la evacuación total de la población alemana.

»Al parecer, la situación se ha descontrolado de tal manera que no han sido capaces de retener el virus, por lo que se ha decretado el toque de queda.

»Aquí en España hemos decretado el cierre de nuestras fronteras, tanto por tierra como por mar o aire.

»Las consecuencias del virus son más letales de lo que nos habían comentado en un principio. Nuestro embajador ubicado en Alemania ha corroborado las informaciones y en estos momentos se encuentra a salvo en la embajada española.

»Por lo visto, los infectados reaccionan de forma violenta hacia otras personas, atacando a todo lo que les sale al paso.

»A pesar de esta mala noticia, queremos pedir calma a la población, ya que en España no se han dado casos de infección, salvo los médicos que fueron enviados a Alemania para cooperar con los servicios médicos del país. Pero para tranquilidad de todo el mundo, he de añadir que se encuentran debidamente atendidos y aislados en los diversos hospitales de Madrid.

»Desde el gobierno, recomendamos que no salgan de España en los días venideros hasta que todo este incidente haya concluido.

»Ante cualquier eventualidad, serán informados debidamente. Buenas noches.

Y con estas palabras, el presidente abandona los micrófonos, una vez más sin

atender a los medios presentes.

Lorena esta vez parece que no sabe qué decir ni qué hacer, ha habido unos minutos de silencio con la mirada perdida en el suelo, por lo que he apagado la tele. No quiero seguir escuchando más.

Inmediatamente, suena el teléfono. Es mi madre, supongo que habrá visto el comunicado.

—Hijo, ¿has visto el parte? Lo sabía, nos van a meter en un lío estos alemanes, te lo dije esta mañana.

Está tan nerviosa que ni la entiendo, está histérica y hasta tartamudea.

—Hijo, vente para casa, por favor, no estoy tranquila si no sé por dónde andas. Además, tú eres el único que tienes coche por si ocurre algo.

—No puedo, mamá, y lo sabes. Creo que ya soy lo suficientemente independiente desde hace mucho tiempo para que tenga que ir allí sólo para que te quedes tranquila.

—Está bien, como quieras, pero si ves alguna cosa rara, o lo que sea, me avisas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mamá, y tranquilízate. Un beso.

Lorena me abraza para tranquilizarme. No me apetece ni película, ni cena, ni nada. Tengo miedo, se me nota demasiado y estoy cansado de disimularlo, pero supongo que medio país también.

Otra vez el móvil, esta vez es David. Me imagino lo que me va a decir, casi ni me atrevo a descolgar.

—Hola, Alfonso. Oye, lo primero pedirte perdón por daros plantón, pero es que no sabes la que tenemos montada en la redacción.

—No pasa nada, David, ya lo sabía. Tienes que descansar, que te va a dar algo de tanto curro.

—Sí, ya me iba para casa, el jefe nos ha «abierto la reja» para tratar de dormir un poco. ¿Has visto el comunicado?

—Sí, acabo de colgar a mi madre que también lo ha visto. ¿Cómo está la cosa?

—Pues mal, Alfonso. Zapatero no ha dicho ni la mitad, están ocultando información, mucha información. Aún tenemos a gente de los nuestros en Alemania, al cerrar las fronteras se han quedado atrapados entre el caos que reina allí.

—¿Y qué ha ocultado?

—Pues que los infectados sufren convulsiones, fiebre muy alta y delirios, y que al cabo de un tiempo, fallecen.

—Joder, ¿o sea que el virus es letal?

—Más que letal, Alfonso. Tenemos a gente que asegura que, una vez que mueren, son capaces de volver a levantarse y ahí es cuando se vuelven locos, como si hubieran perdido completamente la cabeza.

—¿Cómo? ¿Cómo que vuelven a levantarse? Explícate mejor.

—No sé más, Alfonso, no hemos sido capaces de confirmar ese dato, pero no lo ha dicho sólo una persona, sólo que no tenemos imágenes ni nada parecido, es como

si hubieran censurado todas las imágenes de internet. Si lo compruebas, Youtube está clausurado desde hace una hora.

—Uf, pues no me extraña que casi lleves veinticuatro horas en la redacción, pero ahora descansa que seguro que el lunes tienes mucho más lío.

—¿Lunes? Mañana a primera hora tengo que estar ahí, una noticia como esta no se da todos los días.

—Bueno, pues no te entretengo más, acuéstate ya y descansa. Avísame si pasa algo nuevo.

Se me han puesto los pelos de punta, es imposible que pase algo así por una mierda de virus. Sólo espero que, pase lo que pase, se solucione pronto.

Lorena me abraza como si fuera lo último que fuera a hacer en su vida, noto cómo tiembla. No soy el más indicado para tranquilizarla ahora, por lo que su abrazo me reconforta más de lo que imaginaba.

Lo mejor es acostarse porque los ánimos no están para ver ninguna película.

Por lo menos hoy no duermo solo. La noche será larga y espero que el sol salga como cada mañana, aunque sea una sola vez más.

## 9

Ya han pasado dos días desde el comunicado de Moncloa, el ambiente sigue muy enrarecido y en el barrio la gente no hace más que comentar lo que está sucediendo.

Mi cabeza es un cúmulo de sensaciones y de sentimientos, no podría concentrarme ni para hacer un puzle de cuatro piezas. Así que he decidido no ir a trabajar.

«Me duele la tripa, doctora». No me ha hecho falta decirle nada más a mi médico de cabecera: los lunes está muy acostumbrada a dar bajas por gastroenteritis.

No hace ni diez minutos que me ha llamado mi querida jefa para saber qué me pasaba, pero se ha llevado una respuesta bastante borde por mi parte. Me da igual mi trabajo.

Tengo la necesidad de salir a la calle y comprobar con mis propios ojos cómo está todo, si la gente sigue con sus vidas o si soy yo el que está obsesionado con este tema.

Algo dentro de mí me aconseja tomar precauciones; seguramente esté exagerando, pero tengo la necesidad de protegerme a mí y a los míos.

Durante mi recorrido con el coche, me he percatado de la cantidad de gente que está en los supermercados y, para ser un lunes en horario laboral, me parecen demasiados. Veo que hoy la gastroenteritis ha sido la enfermedad del día.

No he podido evitar acercarme para aliviar mi curiosidad y he ido al Mercadona que tengo cerca de casa; conozco a una de las cajeras, ya que hago la compra allí.

—Hola, Michelle, ¿cómo va la mañana? Veo que bastante ajetreada, ¿no?

—No me hables... llevamos toda la mañana despachando como locas. ¿Te puedes creer que nos han dejado ya dos veces sin agua de garrafa?

—¿Y eso?

—Pues suponemos que es por lo de las noticias. Ya sabes que en cuanto la gente siente miedo, lo primero que hace es lanzarse a los supermercados a llenar sus despensas. Son muy exagerados, ¿no crees?

—Bueno, no te creas, eh. Lo último que ha llegado desde Alemania desde luego no pinta nada bien, aunque llevarse las garrafas por cajas me parece exagerar. Ya me voy para casa. Que te sea leve el día, Michelle.

—Gracias, chiqui. Hasta luego, guapo.

En casa no sé qué hacer. A estas horas debería estar «dándole a la tecla» en la oficina, y una mañana de lunes en casa aburre bastante.

No quiero poner la tele por no agobiarme más, pero mi lado masoca me hace encenderla. Afortunadamente, no están dando nada del «caso virus», sólo la programación matinal destinada a las amas de casa.

Suena el teléfono, es Lorena.

—Hola, niño, ¿cómo estás esta mañana? He leído el mensaje que me mandaste, veo que te has escaqueado del trabajo.

—Bueno, sí, no quería ir. Llevo dos días sin dormir y estoy nervioso, no me apetece ver las mismas caras de siempre. Además, no tengo cabeza para estar concentrado en lo que tengo que hacer en la oficina.

—Qué morro tienes. Bueno, también te llamaba para decirte que esta tarde he quedado con David, por si te quieres venir también. Me apetece mucho verte.

—A mí también me apetece. ¿Así que al pobre David le han dado unos días libres? El hombre trabaja más que un tonto, no debe de haber más periodistas en España.

—Sí, por lo visto no estaba en condiciones de ir. Me ha dicho que está bastante «tocado».

—Lorenita, te veo esta tarde, ¿vale?

—Vale, no tardes.

Ya son las siete y media de la tarde. Hemos quedado con David en un bar de la avenida de la Albufera, en Vallecas.

He tenido que aparcar un poco lejos del bar, justo en la misma calle del estadio del Rayo Vallecano. Pero no me queda otra si quiero llegar a tiempo, la zona no es que sea demasiado buena para el estacionamiento.

Antes de entrar al bar miro por el ventanal y allí está, sentado tomándose una cerveza. Solo.

Lo primero que me llama la atención es su aspecto. Barba de varios días, ojeras y el rostro un poco pálido. Su mirada esta fija en la bebida, como si todo lo de su alrededor no existiera.

Entro y al tocarle en el hombro casi tira el vaso. Le he asustado, se vuelve y dirige su mirada a la mía. Sus ojos están enrojecidos por el cansancio.

Me estrecha la mano volviéndose hacia la barra para volver a agarrar el vaso.

—Hola, Alfonso. Perdona, no te había visto llegar.

—No pasa nada, David. ¿Qué tal estás? Te veo un poco desmejorado.

—Es que llevo más de dos días sin dormir, y las pocas veces que lo he conseguido las pesadillas me han hecho despertarme sudando y muy asustado.

—Bueno, chico, deberías cogerte unos días en el curro, al final acabarás hablando con los árboles del parque.

—Es que he visto imágenes muy duras, Alfonso, imágenes que a vosotros se os están ocultando, y todavía no sé por qué.

Justo en ese momento aparece Lorena por la puerta. Al bajar los tres escalones que dan acceso al bar, provoca las miradas lascivas de los parroquianos. Lleva un vestido negro que le llega por debajo de las rodillas y ensalza su esbelta figura. El abrigo lo lleva en la mano, seguro que es porque la boca del metro está justo en la puerta del bar y ahí abajo está puesta la calefacción bastante alta. Unas botas negras con algo de tacón completan su atuendo, perfectamente conjuntado como siempre.

Observo cómo la siguen con la mirada hasta que llega a mi posición, y cuando me da un beso, todos giran sus cabezas rápidamente hacia sus vasos como si fueran

absurdos robots.

—Hola, Lorena, ¿cómo estás? —pregunta David dándole dos besos a su amiga rubia.

—Acalorada, no veas cómo está la calefacción en el metro.

—David estaba hablando de unas imágenes que le han mandado desde Alemania —le explico mientras hago un gesto con la mano al camarero para que venga a tomar nota.

—¿Qué tipo de imágenes? —pregunta Lorena intrigada.

—Imágenes que no podrías imaginar, Lorena. Mejor que no sepas más, sé que tú eres muy sensible y luego tienes malos sueños. Y os voy a decir una cosa a los dos —prosigue David—: Todo eso dentro de poco se verá en Francia, y en unos días, en nuestras calles. Debemos tomar medidas, Alfonso, ya que nosotros sabemos algo más que el resto de la gente.

—¿Medidas en qué sentido, David? —pregunta Lorena.

—Coger provisiones, las suficientes como para poder estar una temporada sin salir prácticamente de casa hasta que todo esto pase.

—¿Propones que compremos comida y bebida y encerrarnos en un sitio a esperar? ¿Y nuestras familias? —Lorena plantea la pregunta con un claro gesto de sorpresa y duda.

—Nuestras familias serán avisadas igualmente, Lorena, pero comprende que con todo el mundo junto en una misma casa sería prácticamente imposible garantizar un mínimo de calidad de supervivencia.

Nos quedamos en silencio, lo que acaba de decir no es ninguna tontería. Mi preocupación va en aumento, más de lo que ya lo estaba. Si el propio David nos cuenta este tipo de cosas, que las conoce de primera mano, podemos asustarnos y esta vez con razón.

La televisión del local se confunde con las voces que la gente da entre cerveza y cerveza, aumentando la incertidumbre entre nosotros.

—Alfonso, te lo diré una sola vez y quiero que me respondas pensándotelo muy bien. ¿Qué te parecería si nos quedáramos en tu casa todos, las chicas y Cristian, hasta que pasara lo más gordo? —David rompe el silencio bruscamente con una pregunta directa.

—Puf, David, me pides que llenemos mi casa de alimentos y garrafas de agua, y que permanezcamos atentos a la jugada. Creo que me lo tengo que pensar bastante.

—Pues a mí me parece una buena idea, David —comenta Lorena—. Yo me apuntaría sin problemas, mis padres son ya mayorcitos como para cuidarse ellos solos. Además, no creo que les dé por salir si de verdad viene el virus ese hacia aquí.

—Bueno, supongamos que digo que sí, ¿tú estás seguro de que Cristian, Marta y Soraya aceptarían dejar sus casas para venirse con nosotros?

—Pues creo que sí. Soraya vive sola, Cristian se apunta a un bombardeo y la duda es Marta, no sé qué dirá ella. Yo me encargo de llamarles, Alfonso, no te preocupes

—dice David apurando su cerveza.

Y apenas sin terminar de decir la frase, el camarero del bar sube repentinamente el volumen de la tele. En ella, se producen una serie de imágenes que están emitiéndose con el cartelito en la parte superior izquierda que reza «directo», y en esas imágenes se puede ver lo que David trataba de contarnos.

Centenares de personas caminan por las calles de París, aparentemente sin un rumbo fijo y con unas ciertas dificultades al andar. Pero lo sorprendente es que se aprecia a la policía disparándoles a discreción sin apenas afectarles lo más mínimo, sólo alguno cae ante la fuerza de las balas.

Absolutamente todo el bar mira perplejo al plasma. Una reportera informa en directo micrófono en mano y, mientras habla, las imágenes van saltando entre varias ciudades europeas, pero sin cambiar el contenido.

En todas ellas, esas personas renqueantes son abatidas por los disparos de la policía. La reportera informa de que todos los países europeos cercanos a Alemania están completamente infestados de las personas «reanimadas» después de caer víctimas del virus. Han parado fábricas, colegios, comercios... todo. Es el caos.

Mientras repiten una y otra vez las imágenes, el bar entero ha entrado en estado de shock. Nadie habla, incluso gente que pasaba por la calle mira por los cristales del local. No sé qué decir; después de lo disparatada que me ha parecido la oferta de David de permanecer juntos, ahora no me lo parece tanto.

Pagamos las consumiciones aunque perfectamente nos podríamos haber marchado del local sin pagar, el camarero no quitaba ojo de las impactantes imágenes.

—David, creo que ya me lo he pensado mejor, me parece buena idea que vayamos a mi casa. Pero antes vayamos al súper a por la comida y la bebida, espero que no hayan arrasado con todo.

Salimos del bar como alma que lleva el diablo en dirección a los coches. Lorena viene conmigo y David viene detrás con el suyo. Estamos cerca de mi casa y del supermercado, pero nunca un camino tan corto me pareció tan largo.

De camino al súper, Lorena se ha encargado de llamar a Cristian. Por suerte también ha visto las imágenes, ya que han interrumpido la programación en todos los canales. No ha dudado ni un minuto en unirse a nuestro plan, y mientras hablaba con ella ya bajaba por las escaleras de su casa.

El Mercadona está frente a nuestros ojos y lo primero que vemos son las interminables colas en las cajas; la gente acumula varios carros y parece que tardaremos un poco en salir de allí. Es impresionante ver cómo la gente responde ante una situación de emergencia, no hace ni media hora que salió la noticia y ya están ahí.

Finalmente hemos tenido suerte, el almacén que tienen es bastante grande por lo que reponen género constantemente.

Hemos hecho una megacompra: cada uno de nosotros ha llenado fácilmente un

par de carros, sobre todo de garrafas de agua y latas de conserva, que es lo que más tarda en caducar. También hemos comprado bastantes pilas y herramientas, y Lorena se ha emocionado con las velas. Dice que nunca se sabe si nos quedaremos sin luz en algún momento.

Menos mal que tienen servicio a domicilio, porque si no, no sé cómo hubiéramos metido todo eso en el coche.

Al volver a casa, observamos como mucha gente carga maletas y enormes cajas atropelladamente en sus coches. Están abandonando la ciudad.

No sé si es la decisión más acertada: si todo el mundo toma la misma determinación, colapsarán las salidas de la ciudad y nos pondrán en peligro a todos.

Ya estamos en casa, y lo primero que hago nada más llegar es poner el canal veinticuatro horas de informativos a la espera de alguna novedad o algún comunicado del Estado.

Dios mío, esto no puede estar pasando.

## IO

Amanece un nuevo día en Madrid y, a pesar de la fecha, octubre aún nos regala algún que otro día soleado.

La noche la hemos pasado prácticamente en vela, no hemos parado de hablar del tema y de lo que pasaría si llegase el virus a España, a Madrid. Sólo muy de madrugada nos hemos acostado para ver si podíamos dormir algo, pero ha sido difícil. Lorena no hacía más que dar vueltas en la cama.

Ahora ya estamos todos en pie de nuevo. David prepara el desayuno como me imaginaba, ya que a las seis de la mañana ya estaba otra vez con la tele puesta mientras Cristian roncaba plácidamente a su lado en el sofá. Supongo que porque aún no es muy consciente de lo que pasa.

En el telediario matinal avisan de un mensaje del Rey a las nueve de la mañana, lo van a retransmitir en todas las cadenas que emiten en TDT a día de hoy.

¿El Rey? Esto ya se está poniendo muy feo. Todos callamos, a mí desde luego no me apetece ni desayunar, aunque será mejor alimentarse, algo me dice que dentro de poco estaré harto de comer latas frías en cualquier sitio.

—¿Qué creéis que va a decir el Rey? Algo que no sepamos seguro, este sólo sale en situaciones de emergencia o en Navidad. —Cristian trata de desperezarse exageradamente estirando sus brazos hasta lo imposible.

—Pues no sé qué dirá, pero me huele mal. La cosa está fea —le respondo.

Por fin dan las nueve, estamos todos pegados a la pantalla. El emblema de la Casa Real aparece acompañado del himno nacional. Un primer plano de Su Majestad el Rey ilumina mi salón. Se encuentra sentado, vestido de gala con el uniforme militar y detrás de él está el Príncipe de Asturias, puesto en pie. Los rostros de los dos son un auténtico poema. Por fin, el Rey Don Juan Carlos comienza a hablar:

—Estimados compatriotas. De todos es sabido la situación delicada que están atravesando nuestros vecinos europeos. No hace falta que les diga la gravedad del asunto, dada las informaciones que nos llegan desde los principales países afectados.

»El virus se ha presentado ya en diferentes continentes, y aunque en menores casos, ya está presente en la mayoría de países del mundo.

»En España, las zonas más afectadas son las fronterizas con Francia, así como las provincias vecinas.

»Estados Unidos está preparando una ofensiva a nivel mundial, y ha pedido la colaboración de Naciones Unidas.

»En estos instantes, viajan hacia Washington representantes de los ejércitos de varios países de todo el mundo, incluido el nuestro, para elaborar un plan de acción contra la infección.

»Las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado están trabajando sin descanso en las zonas donde se han presentado más casos, y trataremos de controlar la situación lo más rápidamente posible.

»Tanto la Familia Real, como el Gobierno de España y sus instituciones, serán evacuados en el menor tiempo posible a un lugar protegido hasta que se pueda garantizar la seguridad de los mismos, quedándome al mando de todas las Fuerzas de Seguridad españolas.

»Recomiendo a todos los españoles que procuren no salir de sus casas si no es estrictamente necesario; eviten los hospitales y zonas de posibles aglomeraciones de personas, como transporte público, grandes superficies o lugares públicos.

»Estamos ante la peor situación que ha vivido nuestro país desde la Guerra Civil, y por ello les animo a mantenernos unidos y, sobre todo, a no perder la esperanza de que todo pase pronto.

»Me despido no si antes recordarles las recomendaciones anteriormente aconsejadas, y desear suerte a todos aquellos que vayan a combatir esta epidemia tan inesperada como cruel.

»Buenos días.

El himno nacional despide su discurso; después, pantalla en negro. El programa cortado por el mensaje sigue su curso.

Repentinamente suena el timbre de la calle. Es el repartidor del supermercado. Casi me da un infarto, qué oportuno.

Y sin dar opción a que suban los muchachos del súper, el móvil suena desde la otra punta de la casa. Es mi madre.

—Hijo mío, esto es el fin, es el fin del mundo, el apocalipsis que anunciaba la Biblia.

—Mamá, deja de decir bobadas, por favor, aquí nadie va a morir. Y deja de pensar que es el fin del mundo, ¿no has oído lo que ha dicho el Rey? Están preparando algo para solucionarlo, no creo que los líderes de todos los países se queden de brazos cruzados.

—Pues yo creo que no están preparando nada, para mí que lo que hacen es huir como perros a sus respectivos escondites.

—No pienso lo mismo, mamá. El Rey dice que él se queda al mando, eso que dices es una sandez. Escúchame, vete ahora mismo al súper de la esquina, llévate contigo al tío Goyo y a papá, y compra todo lo que se te ocurra como para pasar una temporada sin tener que bajar a la calle para nada. Y pídeles que te lo acerquen a casa hoy mismo, ¿de acuerdo?

—Vale, hijo. De todas formas ayer ya hice una compra de urgencia con algunas cosillas, pero ahora le digo a tu tío que nos bajemos. Alfonso, prométeme que estarás en contacto conmigo hasta que todo esto pase.

—Te lo prometo. Estate tranquila y llama a Javi, dile que, esté donde esté, que vaya para casa ya y se quede contigo.

—Ahora le llamo. Venga, hijo, ten cuidado.

—Adiós, mamá.

Mientras ha durado la conversación, los repartidores del súper han ido subiendo

poco a poco la compra de ayer. Desde luego, han alucinado con la cantidad de cosas que hemos comprado, y sus pobres riñones también.

Los chavales son ajenos a las palabras del Rey, están currando mientras todo el mundo trata de prepararse para lo peor.

—Chicos, no sé si os habéis enterado, pero yo que vosotros me iría directamente a casa... al menos es lo que yo haría.

—Antes de subir me estaba llamando mi madre. Tengo la furgoneta llena todavía, pero me parece que se va a quedar sin repartir. Gracias de todas formas por avisarnos —nos responde el repartidor mientras nos muestra el móvil.

—Pues me puedo considerar afortunado de que me subieras la compra. Muchas gracias y que tengáis suerte.

Los chicos salen de mi casa rumbo a su furgoneta de reparto. Espero que no tengan consecuencias en el trabajo por preferir ponerse a salvo. Aunque con los jefes de hoy en día seguro que sí, porque les importa más lo laboral que lo personal.

Estoy realmente acojonado, tenemos prácticamente enfrente de mi casa el Hospital Infanta Leonor, precisamente un posible foco del virus.

Estoy asomado a la ventana. Se me ocurre ir a por mis prismáticos, a los que habitualmente no hago ni caso. Ya no sé ni cómo funcionan, pero a base de dar vueltas a una ruedecita, consigo meterme prácticamente dentro del hospital.

Lo primero que veo son las vías del tren que dan a la estación de Renfe de Vallecas. Y tras la estación, asoma el hospital, majestuoso y nuevo.

En el parking no hay movimientos raros, parece todo normal; sigo subiendo por la fachada. Me ha parecido ver a gente correr por la zona de urgencias, quizá sea un paciente grave.

—¿Qué estás mirando, Alfonso? —pregunta Lorena.

—El hospital. Según el Rey, hay que evitarlos porque son un foco de infección y lo tenemos justo enfrente de casa —respondo sin quitar ojo de la blanca fachada del Infanta Leonor.

—¿Y ves algo?

—Nada raro. En urgencias se ve algo más de movimiento, supongo que lo normal. Pero espera un momento...

—¿Qué pasa? —pregunta David, que se acaba de unir a la conversación.

—Veo a gente correr en todas direcciones, no logro ver el porqué, pero por una urgencia no es, desde luego.

—Trae aquí un momento los prismáticos —Cristian me los arrebató.

—Los que corren no son médicos, son pacientes; algo está pasando allí.

—¿Qué dices, Cristian?! —Lorena está asustada y ya empieza a dar muestras de ello.

—Míralo tú misma.

Cristian le pasa los prismáticos a Lorena, que acercándose a la ventana, se dispone a adentrarse en el hospital.

—En una de las plantas se ve movimiento de gente paseando, pero no veo a los que corren —explica Lorena inmersa en la profundidad que le ofrecen los binoculares.

—Trae un momento, Lorena —le vuelvo a quitar los prismáticos.

Tras un momento observando los movimientos de aquella gente, entiendo perfectamente lo que está pasando.

—Esa gente que has visto no pasea. Son ellos, los infectados, y están frente a mi casa.

## II

Ya no hay tiempo que perder. Nos tenemos que poner en marcha, tenemos que trazar un plan más concreto para ver cómo podemos afrontar esta situación.

Por lo que veo, la gente aún no es muy consciente de lo que pasa. Los coches siguen circulando por la avenida de la Albufera, que se ve desde mi ventana, y veo gente pasear, pero ni rastro de policía. No entiendo nada.

Son las doce de la mañana y seguimos intentando ponernos de acuerdo. Marta está en camino, pero a Soraya aún no la hemos localizado.

Se escuchan las primeras sirenas de policía, desde mi ventana puedo ver que están rodeando el Hospital Infanta Leonor. Mis prismáticos me dicen que la situación ha empeorado considerablemente. Están disparando contra la gente, y aunque sean infectados, no deja de impresionarme. Son personas, o al menos lo fueron, y lo peor de todo es que no caen, siguen avanzando hacia sus víctimas.

Veo un choque entre varios coches en la calle. Creo que ha empezado el caos. El conductor que lo ha provocado no se baja del coche; se acercan para pedirle que mueva el vehículo del asfalto, pero la persona que trata de hablar con él, al asomarse a su ventanilla, es agarrada con fuerza por la cabeza e introducida en el coche de una manera impresionante. El pobre diablo patatea con tanta fuerza que pierde los zapatos, pero lo que sea que hay en el interior no suelta su presa. A los pocos segundos no se aprecia movimiento alguno del transeúnte, sus piernas cuelgan flácidas e inertes por la carrocería del utilitario. Dentro se están pegando un buen festín, las lunas manchadas de un rojo espeso así lo delatan.

Los demás, al contemplar la dantesca escena, salen corriendo en todas direcciones, mientras que los conductores que no cesaban de hacer sonar el claxon dan media vuelta con sus vehículos, despavoridos y quemando goma.

El atasco que se ha montado es monumental, convirtiéndose en un auténtico laberinto de hierro y una trampa mortal para los asustados conductores.

Todos estamos contemplando la escena desde casa. Se escuchan frenazos, gritos y desde el hospital aún llegan los ecos de los disparos efectuados por la policía.

El coche de Marta aparece por la esquina de mi calle a toda velocidad, casi se estampa contra los coches aparcados por la inercia de la curva. Lleva un piloto colgando, no sé si se habrá dado cuenta. Voy a abrirle.

Marta se encuentra sentada en el sofá, su cara está completamente desencajada y su tez es muy pálida. Sus manos tiemblan y no es capaz de sostener la tila que le hemos preparado. Sus ojos reflejan terror al igual que su expresión, el rictus de su rostro parece haberse detenido al contemplar el mismísimo infierno.

—Vamos a ver, Marta, lo primero tranquilízate, que parece que has visto un fantasma —le comenta Cristian levantándole la cara suavemente por la barbilla.

Marta le sostiene la mirada con los ojos cristalinos y llenos de lágrimas.

—Un fantasma no, Cristian, pero sí he visto cómo un muerto de esos intentaba

morder a un señor que le ha ido a prestar su ayuda. ¡Se lo estaba comiendo, joder!

—Lo hemos visto desde la ventana, pero ¿qué ha pasado al final? —le pregunto, con las ganas de saber a qué nos enfrentamos realmente.

—Pues si lo has visto, no hace falta más explicaciones. Supondrás que lo que ha pasado es lo que ocurre por toda la ciudad. Todo está lleno de ellos. —Marta se echa a llorar desconsolada, le tiembla todo el cuerpo.

—Toma —Lorena le acerca un vaso de agua—. Bebe un poco y serénate.

—Después de eso —prosigue Marta—, los demás coches han ido frenando en seco, los más distraídos se han golpeado con los que se detenían de golpe, y entre esas personas me he visto yo, ¡y todo por quedarme mirando!

—Bueno, por lo menos has sido capaz de salir de ese atolladero que se ha formado después. Si llegas a tardar en reaccionar, aún estarías allí intentando salir —dice David para tratar de tranquilizarla.

—Eso es verdad, se puede considerar que encima he tenido suerte, aunque un faro me ha costado.

—Eso se arregla, hombre, no te preocupes. Por cierto, ¿sabes algo de Soraya? —aprovecho la situación, ya que ellas son muy buenas amigas.

—Pues no, la verdad, no la he llamado. ¿Por qué?

—No coge las llamadas y nos extraña mucho, era por si sabías tú algo. De todas formas, supongo que en cuanto vea las llamadas nos las responderá.

—Tratemos de calmarnos. Aquí por ahora estamos seguros, la película está fuera y tenemos comida y bebida por si las cosas se ponen muy feas.

No creo que tengamos problemas estando aquí sin salir, pero la cercanía del hospital me hace dudar un poco. Supongo que al ser una zona más conflictiva las autoridades pondrán más efectivos en los alrededores.

Suena el móvil. Es mi hermana Araceli, supongo que el caos se ha debido de extender más allá de Vallecas.

—¿Sí?

—Alfonso, ¿estás viendo lo que está pasando?

—Sí, Ara, como para no verlo. Ya sabes que enfrente de mi casa tengo el Hospital Infanta Leonor, aunque está cercado por la policía ahora mismo. Por lo que vemos desde aquí, hay muchos más casos de infectados de los que hablaba la televisión.

—Pues aquí estamos igual. Me voy del trabajo ahora mismo y acabo de llamar a Pedro para que recoja a los niños del colegio, que lo tiene muy cerca de su zona. Yo tengo cerca el Hospital 12 de Octubre y lo han acordonado, estoy muy asustada.

—No te preocupes. Si quieres, vente a casa, que hemos comprado comida y bebida por si la cosa se pone muy fea.

—¿Y mamá y los demás? —pregunta Araceli con cierta angustia.

—Bueno, si me han hecho caso, habrán hecho una compra grande. Les he pedido que no salgan de casa bajo ningún concepto hasta que todo esto pase.

—Vale, llamo a Pedro para que vaya directamente a tu casa. No tardo.

—Un besito, Ara. Date prisa, por favor, y sobre todo ten cuidado. La Albufera está muy congestionada, vente por el polígono industrial, por Camino de Hormigueras.

—Gracias por el consejo. ¡Adiós!

Corto la llamada. Mi hermana vive enfrente de mi casa, al otro lado de las vías del tren, en una urbanización cerrada con piscina, pistas de pádel, zonas infantiles y portero veinticuatro horas.

Me pregunto si aquello no será mejor que mi casa para refugiarnos; aunque mi casa es bastante grande para todos, la urbanización está cerrada con verjas metálicas. Pero ya es tarde para pensar en eso, mi hermana viene hacia mi casa y no nos vamos a poner a mover cosas de un lado a otro.

—¿Le has dicho a tu hermana que venga con Pedro y tus sobrinos? —pregunta Lorena.

—Sí, ¿por qué?

—Pues porque ya seremos cinco más, y ellos podrían ir a su casa, ¿no te parece?

—Podrían, pero le ha parecido bien venir aquí. Además, Pedro es policía y nos vendría bien por si necesitáramos ayuda.

—Tú mismo. Si piensas así, bien, pero yo no estoy de acuerdo.

—No voy a discutir, Lorena, son mi hermana y mis sobrinos. Si estuvieras en mi lugar, harías lo mismo.

—No lo sé, yo también tengo a mis padres por ahí y me gustaría que se vinieran conmigo, pero no se puede tener todo en la vida, Alfonso.

—Bueno, vale ya los dos —interrumpe David—. Vienen y punto. Dejadlo ya, que al final vais a salir mal.

Lorena se va a la cocina visiblemente enfadada, no ha tratado de disimularlo. Prefiere calmarse antes de soltarme cualquier burrada.

La espera se hace eterna, las horas no pasan y la angustia comienza a crecer en mi corazón. Araceli ya tendría que haber llegado, seguro que le ha pasado algo.

Tocan el timbre. El sonido estridente casi provoca que dé con mis huesos en el suelo. De un salto, me levanto del sillón directo al auricular.

Gracias a Dios es mi hermana. A los pocos segundos ya está subiendo en el ascensor y, al abrir la puerta, se me abraza con lágrimas en los ojos. Otra que viene temblando como Marta.

—Pedro ya viene de camino con los niños y yo vengo histérica, no imaginas la que se está formando ahí fuera, es un infierno.

—Lo sé, Ara, no tardarán mucho en venir. Estate tranquila y siéntate un poco.

—Llama a Javi y a Lola, anda, quiero saber si están ya con mamá —me pide Araceli agarrándome con fuerza las manos.

—Ya lo hice y puedo confirmar que Javi está ya con ellos. Pablo, Lola y Paula aún no han llegado, tenían que hacer no sé qué y después irían.

»Chicos, vamos a comer algo antes de que vengan los niños. Si lo hacemos por

turnos, ocuparemos menos espacio —aconsejo a los demás.

David y Marta se ocupan de poner la mesa, mientras Lorena sigue en la cocina preparando los platos. Creo que todavía está un poco resentida conmigo; luego hablaré con ella. Araceli le ayuda mientras conversan de sus cosas.

Yo permanezco asomado a la ventana intentando distinguir el Honda negro de Pedro con mis prismáticos. Lo único que veo son decenas de coches de policía cercando el hospital.

Ahí vienen por fin; han tardado un poco, pero supongo que todas las calles estarán igual, con miles de coches tratando de llegar a sus casas.

Voy a abrirles la puerta. Supongo que los niños tendrán un hambre impresionante.

Y tras la puerta, llega el terremoto. El pequeño Rubén, de cuatro años, se me abalanza al cuello. Como siempre.

—¡Tío! He visto muchos coches de policía como el de mi papá, todos juntos.

—¿De verdad? Qué suerte tienes, Rubén, desde aquí también se ven. Ven, mira.

Le aúpo a la ventana para que los vea. Sus ojos se iluminan de pronto, como si estuviera contemplando un espectáculo circense.

Pedro se acerca por detrás y echa un vistazo al exterior. Su gesto es muy serio y su evidente preocupación me inquieta bastante.

—Hola, Pedro. ¿Te has encontrado con mucho lío? —le pregunto para tratar de romper el hielo.

—Ni te lo imaginas, llevan toda la mañana llamándome para que me incorpore, aunque hoy es mi día libre. Pero cuando he visto la situación, he preferido quedarme con los niños.

—Has hecho bien, créeme —le tranquilizo.

Sergio y Eva están en el salón, son mis otros dos sobrinos. Eva tiene once años y Sergio, trece, y parecen más preocupados que su hermano Rubén, que lo único que quiere es ver los coches de la policía y sus sirenas.

A las cinco y media ya hemos comido todos. Pedro y los niños están en una habitación aparte. Mi cuñado Pedro es policía nacional y se supone que debería estar ayudando a los demás compañeros en los diferentes puntos calientes de la ciudad, pero sus hijos son sus hijos y su decisión, para mí, es la acertada. Yo hubiese hecho lo mismo.

Marta no hace otra cosa que telefonar una y otra vez a Soraya, pero nada de nada, el móvil da señal pero no contesta.

La tarde se está acabando y el sol parece también huir, aterrorizado de lo que está viendo.

Toca organizarse para dormir. Mi cama es de matrimonio, por lo que dormiremos Lorena y yo. En la otra habitación del fondo, dormirán los niños, ya que tiene dos camas de noventa y supongo que estarán cómodos los tres. En la habitación que queda, dormirán mi hermana y Pedro en un colchón hinchable. La tengo un poco de trastero, pero estarán cómodos. Marta y David, cada uno en un sofá del salón, y

Cristian se conforma con tirar una manta al suelo y acostarse sobre ella. Esto parece un Tetris, pero desde luego estaremos mejor que mucha gente que ahora mismo estará ahí fuera muy asustada.

Al cabo de un buen rato apenas se escucha nada en la casa, el silencio es total. Y como me suponía, no puedo dormir; las imágenes que he visto con mis prismáticos me rebotan en la cabeza una y otra vez, nunca había visto algo así tan de cerca, solamente en películas y, en los últimos meses, también en pesadillas.

La habitación se me va a caer encima, por lo que me levanto y me voy al salón, donde Marta, David y Cristian parecen tres niños pequeños ajenos a lo que pasa. Duermen plácidamente.

Me asomo al mirador. Las luces del hospital están encendidas pero no parece haber ningún movimiento extraño, no se ven disturbios, aunque veo muchos coches de policía con sus luces apagadas. El famoso coche que se cruzó en la carretera sigue ahí. Han cortado el tráfico con una valla situada al fondo de la calle. No distingo bien, pero veo gente pasear por la zona como si se tratase de una noche veraniega. ¿Qué hacen a estas horas con el peligro que corren?

Daría lo que fuera por unas gafas de visión nocturna, de esas que se ven en las películas de acción, pero me tendré que conformar con forzar la vista o acostumbrarme a la oscuridad.

Tengo unas ganas terribles de bajar a ver cómo está el barrio, penetrar en la oscuridad con mi linterna y adentrarme en las inmediaciones del hospital sin ser visto, pero sé que si lo hago, tal vez no vuelva, por lo que decido no obedecer a mis pensamientos y quedarme donde estoy.

De pronto, otra vez la misma sensación que viví en la ducha. No escucho nada, solamente mi propia respiración. Los ojos me fallan y me sumerjo en las tinieblas sin poder hacer nada por impedirlo. Siento como si mi cuerpo flotara, como si me llevara el viento como a una hoja en otoño.

Una imagen viene a mi cabeza en un *flash*, en ella sólo veo un armario cerrado y lleno de manchas de sangre. A continuación, una potente luz brillante me ciega completamente hasta hacerme caer de rodillas.

Cuando me quiero dar cuenta, me encuentro arrodillado en medio del salón. Miro a mi alrededor y todo parece normal, mis amigos continúan durmiendo como si nada. No sé por qué me están pasando estas cosas, tengo miedo a caer enfermo.

Vuelvo a mi cuarto, donde Lorena está enroscada como un gato, se ha llevado toda la manta y respira tranquila. No la quiero despertar, me acuesto a un lado y me arropo con la chaqueta del chándal. Sólo espero dormir aunque sea un par de horas.

Además, algo me dice que el amanecer no será como el de todos los días.

## I 2

Por fin amanece, los primeros rayos de sol atraviesan los agujeros de la persiana de mi habitación. Lorena sigue sumergida en un sueño profundo; desde luego, si el mundo se fuera a la mierda, ella sería la última en enterarse.

Me voy al salón. Veo a David levantado, está mirando por el balcón, tiene las manos apoyadas en la cabeza, de sus labios escapan palabras que no llego a entender. Me acerco a él, le miro; no me devuelve la mirada, sus ojos están fijos en la calle, su expresión de horror me hace temblar.

Entonces miro yo también. Los alrededores de mi casa parecen tranquilos, no entiendo qué está mirando, y entonces me doy cuenta. Los alrededores del hospital son un hervidero de personas, deambulan de un lado a otro, no consigo distinguir ni sus caras ni qué hacen allí. Cojo los prismáticos, David aún los tiene en la mano. Lo que me muestran es algo dantesco: la gente que pasea, en realidad no lo hace, andan sin sentido, chocan unos con otros y cambian de dirección; hay policías, médicos, pacientes aún con su bata azul, gente vestida normal, todos ellos ensangrentados, alguno mutilado. La escena es bastante desagradable.

El único motivo por el cual esos bichos no están en mi calle son las vías del tren que separan el hospital de nuestras casas.

—Aún no ha pasado ningún tren, ni de cercanías ni de mercancías —comenta David.

—Por la hora que es, ya deberían estar circulando los trenes. Esto no me gusta nada, David —le comento.

—Alfonso, has visto lo mismo que yo. En el hospital están todos muertos, y ahora caminan sin rumbo, en busca de algún vivo. Es lo mismo que vi en las imágenes de Alemania.

Sus palabras retumban dentro de mí como si hubiera metido la cabeza dentro de un tambor en pleno concierto.

Sé de lo que habla, yo también vi esas imágenes, y soy consciente de lo que está pasando. Ya no es a través de una televisión, es a través de mis ventanas, a unos cuantos metros de mí, de mi gente.

El barrio parece muerto, es como si se hubiese parado el mundo. Los coches tampoco circulan, las calles las cortaron ayer debido al colapso de accidentes que se produjeron a última hora.

Marta se une a nosotros. Al igual que me pasó a mí, no entiende nuestras caras de miedo. Los prismáticos le aclaran las dudas. Ella no es tan fría como David, sus manos empiezan a temblar, no quiere seguir mirando y se da media vuelta tapándose la cara. Sentada en el sofá, empiezan a brotar las lágrimas de sus ojos.

—E... esos de ahí, ¿son... son...? —a Marta no le salen las palabras.

—Sí, Marta, son ellos, están todos muertos —le confirmo.

Se echa a llorar nada más escuchar mis palabras. Todos sabíamos lo que pasaba,

pero tenerlo delante de nuestras narices es duro de asimilar.

No me había dado cuenta, pero Pedro también ha sido testigo de todo. No dice nada, se limita a observar pensativo, como si estuviera trazando algún plan. Está vestido, tiene la pistolera debajo de una de sus axilas, parece que ha sido el más madrugador.

Una mancha en su camisa me llama la atención, parece sangre a simple vista, y su gesto es más serio de lo habitual.

—Pedro, ¿te ha pasado algo? Tienes la camisa manchada. ¿Eso es sangre?

—No me ha pasado nada, déjalo —contesta.

—Eso es sangre, Pedro, a mí no me la das —insiste Marta.

—He dado un pequeño paseo al amanecer, nada más —contesta Pedro.

Todos los que estamos en el salón le miramos automáticamente, el silencio se vuelve protagonista una vez más.

—Explícate mejor, Pedro. ¿Cómo que has dado un paseo esta mañana? —le pregunto.

—No preguntes tanto y llama al resto, tengo que comentaros algo. Y date prisa. —Sus ojos desprenden fuego.

Inmediatamente abandono el salón y me voy a despertar a Lorena y a los demás. No entiendo nada, a saber qué nos querrá decir, pero lo peor de todo es saber qué coño ha hecho para venir ensangrentado de la calle.

Araceli prepara la leche para los niños, el café ya está listo también. Lorena ya está en el sofá; ha pasado por los prismáticos, al igual que mi hermana. Las dos están bastante nerviosas. Lorena es bastante sensible y esto le está empezando a pasar factura, sólo espero que sea fuerte, lo necesitaremos todos.

Ya estamos todos en el salón, expectantes. Pedro mira por la ventana hacia ningún lado, tratando de elegir bien las palabras. Los niños están en la terraza de la cocina con mis perros, los pobres llevan dos días sin salir y necesitan algo de atención.

Parece que por fin se decide a hablar, nos mira uno a uno como si supiera que sus palabras no van a ser una buena noticia.

—Esta mañana, antes de que amaneciera, he cogido las llaves de Alfonso y he decidido bajar a la calle a analizar cómo estaba realmente la situación. Aparentemente todo parecía bastante tranquilo y silencioso, pero nada más lejos de la realidad. He avanzado por el callejón que da a la estación de Sierra de Guadalupe ocultándome en las sombras, y me ha llamado la atención el movimiento de gente que allí había.

—¿Tú estás loco o qué te pasa, Pedro? —recremina Araceli.

—Déjame terminar, por favor —contesta Pedro—. Las personas que allí se encontraban eran infectados por el virus. Sus ojos estaban apagados, sus piernas apenas podían sostener el peso del cuerpo y sus movimientos eran bastante torpes. Están muertos.

—¿Y la sangre? ¿Por qué vienes manchado de sangre? —Araceli está muy

nerviosa.

—Al ver que eran demasiados, he decidido volver a casa, y al torcer la esquina me he encontrado cara a cara con uno de ellos. Inmediatamente se ha dirigido hacia mí levantando los brazos para intentar agarrarme. Le he pedido varias veces que se retirase, pero no me ha hecho caso, ha intentado mordirme, y ha sido cuando le he empujado y ha caído; he sacado mi pistola y le he encañonado advirtiéndole que dispararía. Pero el muy cabrón se ha vuelto a levantar y se ha abalanzado sobre mí, he tenido que dispararle. Le he dado en el pecho y ha caído a plomo al suelo.

—Por eso la sangre, ¿no? —pregunta David.

—En parte sí. Con una bala atravesándole el pecho, se ha vuelto a levantar como si le hubiera hecho cosquillas, y ha vuelto a atacarme. Un segundo disparo le ha volado la cabeza, y ahí es cuando ha caído fulminado, dando espasmos hasta que ha permanecido inerte. Esas cosas están muertas, nada les mata, sólo destruirles la cabeza por lo que he visto. Deben de reaccionar a impulsos eléctricos del cerebro o algo así, porque si no, no lo entiendo.

—Pedro, ¿por qué te has arriesgado de esa manera? Tu condición de policía no te obliga a tener que estar jugándotela siempre, debes pensar en el grupo. Si te hubiera pasado algo, ¿qué haríamos los niños y yo? —señala Araceli.

—Tenía que saber a ciencia cierta a qué nos estamos enfrentando, y si tenemos alguna posibilidad de salir de esta —contesta Pedro—. El problema es que el ruido de los disparos ha atraído a más seres de esos, que deben de orientarse por el sonido, y han aparecido algunos más por la esquina de enfrente, por lo que he tenido que retroceder y volver a la casa.

—Cojonudo, o sea que ahora les tenemos en nuestra calle gracias a tu ocurrencia —Cristian está enfadado.

—Les hubiéramos tenido de todas formas, más tarde o más temprano; ahora sólo queda esperar a que se vayan y ya está, no le deis más importancia de la que tiene y tranquilizaos un poco —contesta Pedro.

Un silencio inunda el salón. Cada uno de nosotros imagina en su cabeza la escena, y ninguno damos crédito a lo que nos acaba de contar.

Entiendo el enfado de la gente, pero también entiendo a Pedro. Anoche yo también tenía ganas de bajar a ver qué pasaba, pero claro, ni soy policía, ni tengo pistola para defenderme.

Al menos hemos llegado a una conclusión, y es que las balas no les matan, salvo que les des en la cabeza. Lo malo, que sólo tenemos una pistola, la de Pedro, y que yo sepa, aquí nadie ha utilizado ninguna, y yo lo máximo que he llegado a disparar es con una pistola de aire comprimido que un amigo me regaló hace tiempo; eso sí, el pego da, pero a estos no creo que les amedrente una réplica de una real.

Suena mi móvil, Lorena pega un bote en el sofá con la inesperada música del teléfono. Es mi madre otra vez.

Me dice que están emitiendo un comunicado oficial, que si lo estoy viendo.

Inmediatamente pongo la tele. Está en todas las cadenas, la persona que habla no es el presidente, es del gobierno pero no sé quién es.

Todos callamos, subo el volumen. Aquel hombre presenta una cara demacrada, como si hubiera estado un mes sin dormir. Se llama Mario Gómez. A ver si nos da alguna explicación que nos sirva de algo, que nos ayude a saber a qué nos enfrentamos.

El señor Gómez lleva un rato hablando. Habla de caos, de pandemia, explica que toda Europa esta asediada, Estados Unidos, África, toda la zona asiática. Explica que el virus se contagia con la saliva o la sangre, es decir, por un mordisco o que sangre infectada entre en contacto con una herida abierta o una zona del cuerpo donde pueda entrar dentro y mezclarse con la sangre de la persona sana. La persona infectada muere a las horas. Indica que también hay casos en los que la gente muere rápidamente, por lo visto todo ello depende de la genética o de la gravedad de la herida causada por un infectado. Una vez muerto, el infectado vuelve a levantarse, pero en realidad sigue muerto, no tiene ningún signo vital. Cuando se ha producido ya esta reacción, el infectado ataca a los individuos vivos con gran agresividad. La única manera de acabar con ellos es destruyendo su actividad cerebral.

Nos indica las precauciones que debemos tomar, que inmediatamente nos pongamos a salvo y evitemos salir de nuestras casas. Todo se ha parado y, por lo tanto, llama a los ciudadanos para que colaboren en lo posible.

Por último, indica que tanto la Casa Real como el Gobierno Central se encuentran refugiados, y declaran el estado de emergencia nacional en el nivel más alto. Su Majestad el Rey seguirá al mando de la situación y será la máxima autoridad en ausencia del Gobierno Central.

Se despide deseándonos suerte y esperando que todo se solucione lo más rápidamente posible.

El comunicado acaba, y le siguen imágenes tomadas desde varios puntos del planeta, grabaciones de videoaficionados que muestran la realidad que asola la Tierra.

Marta apaga la tele, no quiere seguir viendo más, deja el mando en la mesa y se asoma a la ventana, mirando al horizonte. Hace una mañana bastante soleada; si no fuera por lo que sabemos, parecería un día cualquiera.

—He visto demasiadas cosas durante mis años de policía, cosas bastante duras, pero jamás me imaginaba que me tendría que enfrentar con la muerte cara a cara, porque eso es lo que son, muertos —comenta Pedro—. Aquí no podemos seguir, eso está claro. Tenemos que largarnos de esta casa e ir a nuestra urbanización, al menos estaremos más seguros que aquí; está totalmente rodeada de verjas metálicas, tenemos garaje y la casa es bastante más grande.

—Estoy de acuerdo —señala Araceli.

—Supongamos que nos movemos de sitio, la pregunta sería: ¿cómo nos llevamos todo lo que compramos el otro día? —pregunta Marta.

—Pues lo bajaríamos a los coches poco a poco, comprobando primero que la

calle está despejada —responde Pedro.

—No me convence, Pedro. Somos diez personas ahora mismo en esta casa sin contar con mis perros, y tú propones que bajemos toda la compra, la carguemos en los coches y salgamos de aquí como si tal cosa —le indico a Pedro.

—Efectivamente, Alfonso, veo que has entendido mi plan. A ver, he pensado que, si marchamos con dos coches a modo de caravana, no tendremos problemas. El trayecto a recorrer es muy corto, la urbanización está ahí enfrente, tardaríamos cinco minutos en llegar. Y por la compra no te preocupes, en mi maletero entrará todo; lo que más ocupan son las garrafas de agua, y mi coche es grande.

—Tardaremos un buen rato en bajarlo todo, y tenemos que tener cuidado de que no haya ningún infectado en la calle —apunta Lorena.

—De eso me encargaré yo. Vamos a prepararlo todo y dejarlo en la entrada de la casa mientras bajo por la escalera por si tuviéramos «visita».

Todos nos ponemos manos a la obra, hacemos una cadena humana para tardar lo menos posible. Los niños siguen jugando con los perros como si tal cosa.

Lorena y Marta se encargan de llenar bolsas con las latas y conservas, y también con las herramientas que compramos en el supermercado.

La situación se complica por momentos. No me imaginaba que tan pronto tuviésemos que empezar a tomar decisiones, y decisiones que implican el tener que ponernos en peligro.

Más allá de todo miedo, dentro de mí permanece una sensación de ahogo constante, como si algo me estuviera obstruyendo el pecho y no me dejara respirar. Tengo miedo de perderlo todo, de que hagamos lo que hagamos, este sea el final, un final que puede llegar demasiado pronto.

Llevamos fácilmente una hora moviendo trastos de un lado a otro. Entre garrafas de agua y bolsas, tenemos el pasillo ocupado; no sé si esto entrará todo en el maletero del Honda de Pedro.

Otra vez suena un móvil, esta vez es el de Marta, que está en la otra punta de la casa.

—¡Soraya! —se oye gritar a Marta.

Todos salimos disparados al oírla. Está sentada en mi cama, sujetándose la cabeza con una mano, y el móvil con la otra.

—¿Estás bien? ¿Por qué no cogías las llamadas?

—Marta, tengo mucho miedo. Están por todas partes y no puedo ni moverme, cada vez que me levanto hacen ese espantoso ruido.

—Tranquilízate, Soraya, y dime, ¿quiénes no te dejan moverte? —Marta trata de calmar a su amiga.

—Ellos, los muertos, están aquí mismo, en la calle, y son muchos, son mis vecinos.

—Cálmate de una vez y deja de llorar. A ver, por lo que me dices ellos saben que estas ahí, ¿no es así?

—Claro que lo saben, no dejan de aporrear la puerta. Cada vez que sonaba el móvil se ponían más y más nerviosos, por eso he tenido que apagarlo. Lo siento mucho, Marta.

—No tienes por qué disculparte, no has hecho nada malo. Y ahora escúchame bien: apaga las luces y baja todas las persianas de la casa, no hagas ruido y, sobre todo, no entres en pánico, es muy importante que permanezcas tranquila y en silencio.

—Vale, Marta, eso haré, pero tengo mucho miedo.

—Iremos a por ti en cuanto podamos, te lo prometo, Soraya. Pon en silencio el móvil y ten paciencia, guapa. Te veo en nada, ya lo verás. Un besito, rubia.

Marta corta la llamada. Todos permanecemos mirándola como si hubiésemos visto un fantasma, ella llora por la mentira piadosa que acaba de decir a su amiga del alma. Sabe que difícilmente podremos ir a por ella, y ahora se siente mal por engañarla, pero ha hecho bien, mejor así, alguna posibilidad más tendrá.

—Marta, siento ser yo el aguafiestas una vez más, pero eso que le has dicho a tu amiga es muy arriesgado. No sabemos aún como vamos a llegar a mi casa como para ponernos en plan rescates. Lo entiendes, ¿verdad? —comenta Pedro.

—Sé de sobra que lo que acabo de decirle es prácticamente mentir, pero ¿qué quieres que hiciera? ¿Decirle que no iremos y que morirá entre cuatro paredes de inanición? —responde Marta furiosa.

—Has hecho bien, Marta, no te atormentes —intenta tranquilizarla David.

—Iremos a por ella —digo mirando a Pedro a los ojos—. En cuanto nos

instalemos en la urbanización, saldré con mi coche a buscarla. El que quiera venir conmigo que venga; el que no, lo entenderé, pero lo que no voy a consentir es dejar a una amiga a merced de esos bichos. Ella vive en un bajo y es cuestión de tiempo que derriben la puerta. ¿Queréis esa muerte para Soraya?

Como me suponía, todos callan. Marta me dirige una mirada llena de esperanza y agradecimiento por mis palabras, y levantándose, mira a los demás.

—Yo iré con él —dice.

—¡No, Marta, tú no! —grita Lorena.

—Lorena, Soraya es mi amiga, no pienso dejar que se la coman viva, no si tengo una posibilidad de impedirlo.

—Marta tiene razón, Lorena, y tienes que entenderlo, tenemos que intentarlo al menos —comento.

Lorena se va de la habitación visiblemente contrariada, le siguen Marta y Araceli, mientras los demás nos quedamos pensativos mirando a una cama ahora vacía.

—Estáis locos —dice Pedro abandonando la habitación también.

Está claro que la desunión no nos favorece en absoluto, debemos permanecer juntos porque, si no, estamos perdidos. Lo que no mate la infección, lo terminará de matar el hombre, es nuestra naturaleza y eso me da miedo.

—Soraya no vive lejos, en el barrio de Entrevías, podemos llegar en quince minutos —David interrumpe mis pensamientos.

—Ya lo sé, David, lo había pensado. Tenemos que tener cuidado con lo que hacemos y decimos, porque lo peor que nos podría pasar ahora es que el grupo se rompiera y que cada uno quiera coger su propia opción, y ese sería el peor error que podríamos cometer, sería nuestra sentencia de muerte.

Todo está preparado ya. Pedro se asoma a la ventana con los prismáticos. Parece que la calle está totalmente despejada de infectados, es el momento de bajar.

—El ascensor aún funciona. Bajaremos lo más pesado en él, y mientras, los demás bajarán por las escaleras con las bolsas menos pesadas —indica Cristian.

—Un momento —interrumpe Pedro—. Primero bajaré para ver si en la escalera hay algún problema imprevisto, ya os lo había dicho antes.

Pedro saca de la funda su pistola reglamentaria de la Policía Nacional y abre la puerta que da acceso a la escalera. Arma en mano, va bajando piso a piso hasta llegar al portal. No hace ni el más mínimo ruido, apenas se distinguen sus pasos.

Ahora está subiendo; esta vez el arma la tiene ya en su funda, su gesto muestra tranquilidad.

—Despejado —dice Pedro mientras coge un par de garrafas de agua y las deja en el descansillo de la escalera—. Vamos, no os quedéis mirando como pasmarotes, ayudadme a traer el agua, venga. —Está claro que le gusta dar órdenes.

Poco a poco, vamos llenando el ascensor de garrafas de agua y bolsas, mientras Araceli y Lorena se afanan en comprobar por toda la casa si nos dejamos algo que nos pueda servir. Marta trata de entretener a los niños, que están ajenos a todo, salvo

Sergio que tiene doce años y es consciente de que pasa algo malo, aunque trata de disimular delante de sus otros dos hermanos.

Lo más pesado ya está en uno de los laterales del portal, lejos de la visión de cualquier vivo o muerto que pase por ahí. Sólo queda cerrar arriba y que todos bajen para poder cargar el coche. Sergio se encarga de bajar a los perros; espero que a Luna no le dé por ladrar, sería bastante inoportuna.

Ya llevamos más de diez minutos en el portal, y aunque no se ve movimiento en la calle, aún pensamos en cómo ir a por los coches y cargar.

Pedro se asoma, muy despacio, mirando de un lado a otro. Su coche lo tiene prácticamente en la misma puerta, y a una treintena de metros aproximadamente está el mío. David y Marta lo dejaron en la esquina, más retirado. No nos hacen falta más que dos coches, así que los otros los podemos dejar aquí por si ocurre cualquier imprevisto.

Desde el portal, con el mando, Pedro abre su coche. Las luces de los intermitentes parpadean, la cerradura ha hecho su particular ruido, normalmente insignificante, pero ahora me ha sonado como si resonara en toda la calle. Guardamos silencio absoluto, esperamos a ver si alguna cosa de esas ha percibido el ruido del coche. Parece que hemos tenido suerte, no se aprecia nada ahí fuera.

Pedro vuelve a asomarse con cuidado. Nada. Ha salido bien por ahora, por lo que lo siguiente es meter todo en el coche. La única solución es hacerlo de una sola vez y muy rápido, así que cada uno de nosotros debemos coger las cosas, sin dejar nada en el suelo, y meterlas directamente en el coche.

—Bien, ahora lo que haremos es coger la mayor cantidad posible de bultos y meterlos en el maletero lo más rápidamente posible, ¿entendido?

—Ok, Pedro, espero que todo salga bien. —Tengo miedo.

—A mi señal, salimos todos —dice Pedro sin quitar la vista de la calle.

Una vez recogido todo, una última mirada afuera; esperamos la orden de Pedro, y un gesto de su cabeza nos hace reaccionar a todos y salir disparados hacia el coche.

David abre el maletero y los demás vamos metiendo las cosas apresuradamente. Los perros ya están dentro, y los niños van entrando por las puertas traseras, salvo Sergio, que porta una de las bolsas con latas de conservas.

Las prisas, los nervios, o quizás el miedo, le hacen tropezar, y todas las conservas ruedan por la calle, con el correspondiente ruido, parecido al que producen las latas atadas al parachoques de un coche de recién casados.

—¡Sergio, coño! —le recrimina Pedro.

—Shhhhhh... —Araceli manda callar.

Silencio. Todos contenemos el aliento, nadie se mueve, sólo aguzamos el oído por si nuestra presencia ha atraído a los infectados.

Parece que todo sigue igual. Nos ponemos a recoger las latas y meterlas en el maletero. Sergio ya está dentro del coche, disgustado por su torpeza, mi hermana trata de quitarle hierro al asunto.

Pero todo estaba saliendo demasiado bien. Entre lata y lata, no nos hemos dado cuenta de que, al fondo de la calle, la silueta de una persona está parada, fija en nosotros. Es Pedro el que se ha percatado de su presencia. Parece inmóvil, pero es evidente que nos está mirando.

De pronto, un gemido bronco y espeluznante sale de la garganta de aquella silueta, y extendiendo sus brazos, avanza hacia nosotros, a pasos muy lentos y temblorosos.

—¡Me cago en la puta! —maldice Pedro.

—¡Meteos en los coches ya, vamos! —les grito a todos.

Desde luego, la escena acojona a cualquiera, y salimos en estampida hacia los coches. En el mío ya están los niños, mi hermana y los perros; en el de Pedro entran Marta, Lorena, Cristian y David.

—Sergio, te has lucido chaval —comento mientras me vuelvo hacia los asientos de atrás en busca de la mirada triste de Sergio.

—Déjalo, Alfonso, bastante tiene con tener que vivir todo esto, es sólo un crío.

—Lo siento, tienes razón. Perdona, Sergio, no pasa nada. —Me vuelvo y miro hacia el frente.

Imaginaba que algo saldría mal. Detrás de aquel personaje que se acerca lentamente, se aproximan unos cuarenta o cincuenta más. Sus gemidos son insoportables, ocupan toda la calle.

Pedro maniobra y se pone a mi lado, los dos coches estamos en paralelo con el motor en marcha. Pedro baja la ventanilla, yo también, con la mirada nos lo hemos dicho todo, no nos queda más remedio.

Y pisamos el acelerador a fondo...

—Agarraos todos, que sea lo que Dios quiera...

Las ruedas giran a gran velocidad acompañadas de un fuerte chirrido. Un ligero tufillo a goma quemada sale del coche de Pedro, que se dirige como un torpedo hacia aquel horrible grupo de transeúntes. Salgo detrás de él, pero mi habilidad con el coche no es la misma, se nota que Pedro ha aprendido a conducir en situaciones de persecución.

Y llega el primer impacto. Uno de los cuerpos golpea contra la luna delantera del coche de Pedro, rebotando después en el techo, para finalizar cayendo bajo mis ruedas.

Ha sido espeluznante. A pesar de estar muertos, no dejan de ser cuerpos humanos, y me impresiona ver su atropello como si fueran muñecos de trapo.

Mi hermana trata de impedir la visión a los niños, pero los traqueteos del coche les están asustando en exceso.

Pedro parece que está jugando a los bolos con esos pobres infelices, uno a uno van cayendo golpeados por la fuerza del Honda, saliendo despedidos en todas direcciones. Yo trato de esquivar los cuerpos.

La imagen que me chiva el retrovisor es aún más aterradora: la mayoría de ellos se levantan como si tal cosa.

Hemos emprendido marcha hacia la estación de Sierra de Guadalupe. En la primera rotonda de la plaza de San Jaime giramos por la tercera salida y parece que está más despejada la calle. Los infectados se aproximan al lugar de nuestra salida por una de las aceras.

Logramos esquivar a un numeroso grupo que se encuentra bajo el puente de la estación, y ya encaramos la avenida de la Albufera en dirección a la urbanización de mi hermana.

—Pedro lleva la luna delantera totalmente astillada por los golpes, Araceli —le comento a mi hermana.

—Ya lo he visto, por lo menos no se ha roto del todo. Ha sido horrible, no había visto nada igual jamás.

La cara de Araceli lo dice todo, apenas unos días atrás estaría trabajando después de llevar a los niños al cole y ahora se encuentra tratando de sobrevivir a una pandemia mortal y destructora.

Pero así estamos todos, y tenemos que tratar de salir adelante como sea y pase lo que pase.

Una vez más, el retrovisor me muestra una realidad fantasmagórica. Cientos de muertos avanzan desde las inmediaciones del Hospital Infanta Leonor; alguno se arrastra por el suelo aún lleno de cables y desnudo, a otros les delata la bata blanca estropeada por la sangre negruzca que ahora les adorna.

La visión me ha hecho detener el coche sin darme cuenta, un codazo de mi hermana me hace reaccionar. Pedro está unos metros más adelante, se ha detenido al

verme parado.

—¿Qué haces, Alfonso? ¿Estás bien? —pregunta Araceli contrariada.

—Sí, perdona, sólo miraba lo que pasa detrás. Mejor que no mires. —Y avanzo soltando el embrague de golpe, provocando los espasmos de mi Opel.

Me acerco a Pedro, que no avanza, y me sitúo en paralelo a su coche. Delante de nosotros se encuentran varios vehículos cruzados, pero despacio podremos avanzar, no están en posición de bloquear la calle.

—Alfonso, ten cuidado, en uno de los coches hay uno de ellos. Subid las ventanillas y dile a tu hermana que procure distraer a los niños —me comenta Pedro.

Efectivamente, delante de nosotros se encuentra el ya famoso coche que colisionó y cuyo conductor trató de morder a la persona que se acercó en su ayuda. Su ocupante ahí sigue, sin poder siquiera quitarse el cinturón; estas criaturas son verdaderamente estúpidas.

Al pasar a su lado, no puedo evitar mirarle. Él enseguida extiende sus brazos hacia mí tratando en vano de alcanzarme. Sus gemidos son nauseabundos, ya que van acompañados por unos borbotones de sangre coagulada que sale de su boca. Sus ojos están totalmente apagados, sin expresión. Su piel blanquecina por la falta de riego sanguíneo ya no sé si me da asco, miedo o simplemente pena.

Araceli tiene en su regazo a los niños, pero también contempla la escena, no le quita ojo al infectado. Será mejor que avance porque creo que ya hemos visto suficiente.

Pasamos a ralentí por entre los coches, muy despacio, observando a un lado y a otro por si se nos presenta algún imprevisto. Nada. Una vez pasado este obstáculo, seguimos la marcha; ya vemos el edificio y nos dirigimos a él.

Pedro tiene llave para abrir el garaje, así que lo mejor es meterse dentro y desde allí subirlo todo a casa. Estamos enfrente de la puerta. Pedro ya ha activado el botón de apertura. Según sube la puerta, lentamente, la oscuridad va abriéndose paso detrás de ella. No vemos nada. Las luces del coche iluminan la entrada; no parece apreciarse ningún movimiento extraño, así que avanzamos lentamente hasta el interior. Todo vacío, parece que aquí todo el mundo se ha largado y ha abandonado sus casas, solamente se ven un par de coches al fondo.

—No hay ni Dios, todos se han marchado —comenta Araceli.

—Casi lo prefiero, nunca se sabe cómo puede reaccionar la gente si nos vieran cargados de provisiones.

Es mejor así, de esa manera podremos subirlo todo sin provocar ninguna molestia.

Dejamos los coches lo más cerca posible de la entrada que da acceso a los ascensores. Formamos una cadena humana con las bolsas y bultos y vamos dejando todo en el ascensor, hasta vaciar el coche.

—¿Estáis todos bien? ¿Y los niños? —pregunta Pedro preocupado.

—No han visto nada si es a lo que te refieres, tranquilo —contesta Araceli.

—Bueno, voy a subir a ver si la escalera está despejada. Esperadme aquí, enseguida vuelvo.

Pedro se dispone a subir, arma en mano, por las escaleras. Esta vez sólo es un primer piso. No queremos sustos, los niños ya están lo bastante atemorizados como para que tengan que ver cómo nos ataca una de esas cosas.

Todo parece despejado. Por el hueco de la escalera Pedro nos da la señal, y llamo al ascensor. Funciona. Metemos las garrafas de agua rápidamente y las demás bolsas. Cristian y David suben por las escaleras para recibir la carga arriba, los niños suben junto con los perros en el ascensor.

Las puertas del ascensor se abren. Pedro ya está dentro del piso y los niños salen disparados hacia sus habitaciones, seguidos de unos nerviosos perros que no saben exactamente dónde están ahora. Quieren comprobar si están todos los juguetes tal y como los habían dejado el último día.

Parece que han pasado horas, aunque en realidad sólo han pasado unos minutos, pero lo más importante es que por fin lo hemos conseguido. Estamos en la urbanización.

Ya estamos todos en la casa. Marta y Lorena ayudan a Araceli a desembolsar las latas, mientras Pedro almacena las garrafas en la pequeña terraza que tienen en la cocina.

Cristian me ayuda a distraer un rato a los niños, que, ansiosos, empiezan a sacar todos los trastos que se les ocurre, salvo Sergio, que permanece sentado en su cama cabizbajo. El incidente de las latas aún le pesa, sólo tiene doce años.

La extraña ausencia de David me hace ir en su busca. Está en el salón, oculto entre las cortinas, observando el exterior. Él mejor que nadie sabe perfectamente a qué nos enfrentamos, lo sabe desde mucho antes que el propio gobierno. Su condición de periodista a veces no es tan gratificante como parece, a veces es mejor vivir en la ignorancia.

Le paso la mano por el hombro, y con un gesto amable, le invito a que deje de observar el dantesco paisaje que tenemos enfrente.

—No te tortures más, David, ahora descansa un poco. Tenemos que pensar en el modo de ir a por Soraya, pero si no nos relajamos, no saldrá bien, créeme.

—Sí, ya lo sé, Alfonso, no hace falta que me lo digas, pero no dejo de pensar en mi familia, en si estarán a salvo o no. Es horrible esta sensación.

—Te entiendo, y aquí estamos todos con la misma sensación que tú. Yo también tengo a mis padres y hermanos ahí fuera, aunque tenga aquí conmigo a Araceli y los niños.

—Por lo menos tienes a alguien —lamenta David.

—David, mírame. Te prometo que cuando todo esto se calme un poco, iremos en busca de tus padres, ¿me has entendido? Te lo juro.

David, al escuchar mis palabras, no puede evitar que dos lágrimas asomen por sus ojos; necesita un abrazo y no seré yo quien se lo niegue.

Su cuerpo tiembla como el de un niño pequeño, se ha derrumbado, sus sollozos llaman la atención de los demás, que se asoman al salón curiosos, pero con un gesto les invito a salir de nuevo para que le dejen desahogarse tranquilo.

Enseguida se levanta para ir al baño, le da vergüenza que le vean con esos ojos hinchados. Ante todo, siempre quiere mantener las formas, aunque a veces sea tan difícil.

—Lorena, ven un momento —la llamo.

—¿Qué le pasa a David? —pregunta preocupada.

—Le pasa lo que nos pasa a todos, que tiene miedo. Bueno, te quería comentar algo: acostad a los niños, y dile al resto que descansen y que en un par de horas hablaremos de lo de Soraya. ¿Te encargas de hacerlo?

—Sí, claro, sin problemas. Además, los nervios están empezando a pasar factura a todo el mundo, nos vendrá bien un poco de descanso.

Lorena abandona el salón en busca de los niños, y yo ya tengo a los perros encima; tardaban mucho en venir conmigo, son muy pesados.

Marta viene con el móvil en la mano y con cara de circunstancias.

—¿Qué te pasa, Marta? Vaya cara traes.

—Acabo de llamar a Soraya, me dice que no paran de golpear la puerta, de gemir, alguno incluso golpea las verjas de las ventanas. Saben que ella está ahí dentro, y no pararán hasta darle caza.

—Ok, no te preocupes que iremos a por ella, pero ahora todo el mundo debe descansar un poco, cálmate.

—Yo voy a ir contigo, que lo sepas, eh —comenta Marta poniendo cara de valiente.

—Y yo quiero que vengas conmigo, pero ahora vete a dormir.

Marta desaparece por el oscuro pasillo, dejando un silencio sólo roto por el jadeo de Luna tumbada entre mis piernas. Me tumbo en el sofá, no puedo más, los ojos se me cierran, la oscuridad me transporta lentamente a los brazos de Morfeo.

Todo está oscuro, apenas entra luz entre las persianas bajadas. Sentada en el suelo de la habitación, su respiración es cada vez más acelerada. Golpes y más golpes, incesantes, no paran, no duermen, nada les detiene y la situación es insostenible.

Sale de la habitación gateando —no se atreve a ponerse de pie por si notan algo raro—, siempre con el móvil en la mano y el cargador en un bolsillo.

Ahí fuera sólo se escuchan sus horribles gemidos y sus golpes; a veces se distingue algún que otro grito de alguien que aún está vivo y trata de ponerse a salvo, otras veces se escuchan disparos lejanos. Son muchas horas sin poder dormir, uno aprende a distinguir cada uno de los sonidos que se producen en la calle.

Conoce su casa a la perfección. Es un bajo de dos habitaciones bastante pequeño, pero acogedor. Hace poco hizo una reforma que convirtió su piso en una especie de casa moderna y futurista.

Ahora la sensación que tiene es la de estar en una tumba, enterrada entre un sinfín de miedos y siniestros pensamientos. Atrapada en su propio hogar, esperando a que la Muerte llame a la puerta y se acomode en su recién estrenado sofá para que la infeliz le sirva una taza de té antes de llevársela con Ella al fuego eterno.

Soraya no aguantará mucho más tiempo sin volverse loca, o sin caer en manos de esos monstruos malditos y hambrientos. Agazapada entre su cama y el armario, mantiene la respiración, trata de calmarse pensando en que pronto pasará todo, aunque sepa que es mentira.

A pesar de la oscuridad, se ve reflejada en el espejo que recorre de arriba abajo la puerta corredera de su armario. Casi no se reconoce, su imagen parece fantasmagórica, aprovecha para atusarse un poco su pelo rubio. Vaya pintas que tengo, piensa la pobre.

Un golpe seco hace saltar el polvo de la puerta de entrada. Un golpe más con esa fuerza y conseguirán romperla sin ningún problema. Ahora se arrepiente de no haber comprado aquella puerta blindada que el dependiente de la tienda de muebles trataba de venderle casi rozando la pesadez más extrema.

Qué más da, en vez de con unos pocos golpes, la acabarían tirando con unos cuantos más, piensa mientras apoya la cabeza en la cama.

A unos pocos kilómetros de esa casa recién reformada, seguimos pensando en alguna forma segura de presentarnos allí y traerla con nosotros sin correr ningún riesgo.

Evidentemente, los niños se quedarán aquí junto con su madre y Lorena. No ha habido manera humana de convencer a Marta de que se quede. Soraya es su amiga del alma y no va a permitir que nos larguemos sin ella. Yo ya le comenté que por mí no había problema, pero las demás chicas se habían cerrado en banda.

Quiénes vamos está claro, el cómo y el cuándo ya es más difícil de decidir. Pedro quiere que vayamos todos en un mismo coche con algo de comida y bebida por si

algo falla y tenemos que pasar más tiempo del necesario fuera. Me parece bien, pero estaría mejor contar con algún plano de la ciudad, no sólo para calcular bien las rutas posibles para llegar a su casa, sino también para poder tener una visión más global de Madrid a nivel de carreteras y calles.

Como no podía ser de otra manera, nadie tiene una guía de la ciudad disponible, y la única que hay la tiene David en su coche, y claro, nadie va a volver a mi casa a por ella, bajo ningún concepto.

—¿Os parece si en el momento de ir a por Soraya, paramos un momento en la gasolinera que hay al salir hacia la avenida de la Albufera para coger una guía de carreteras? —pregunta Cristian.

—Pues me parece una sandez como una casa, tío —replica Pedro—. En el caso de que fuésemos a la gasolinera, sería al volver, no al ir precisamente, y no sólo a por una guía de carreteras, sino a ver si podemos coger algo más de comida y, si es posible, llenar el coche de gasolina.

—Bueno, sí, me parece más lógico lo que dice Pedro, creo yo —comenta David.

—Bueno, pues no se hable más, cuando tengamos ya a Soraya, nos acercaremos a la estación de servicio a ver qué nos podemos llevar —comento—. Además, es cierto que para ir a casa de Soraya no nos hace falta plano alguno, yo conozco por lo menos tres caminos diferentes para llegar hasta allí.

—Pues no se hable más, en cuanto queráis, nos ponemos en marcha —comenta Pedro.

De pronto, Eva grita desde su habitación, todos corremos hacia ella. Se encuentra asomada a la ventana. Automáticamente mi hermana la abraza y la sienta en la cama. Me asomo para ver qué ha hecho gritar a mi sobrina, y lo que veo me deja sin palabras.

Cientos de personas infectadas abarrotan los alrededores de la urbanización, seguramente el ruido de los coches ha atraído a esos desgraciados que siguen llegando poco a poco. Alguno empieza a golpear la verja de la entrada. Menos mal que es fuerte y resistirá por ahora el asedio.

La cosa se complica: son demasiados, no sabemos si podremos salir de aquí entre tanta marea humana en la calle; aunque consiguiéramos derribar a muchos de ellos con el coche, la masa lo detendría y estaríamos completamente perdidos, sin ninguna posibilidad de sobrevivir.

La única solución que se me ocurre es llamar la atención de los infectados en una dirección opuesta a la de nuestra huida, pero ¿cómo?

Araceli vuelve al salón después de lograr calmar un poco a Eva; anda nerviosa de un lado a otro, con la mirada perdida.

—¿Y ahora qué hacemos, Alfonso? —me pregunta Marta con cara de preocupación.

—Creo que si les distraemos en otra dirección, podremos salir del garaje con un poco más de seguridad.

—¿Distraerles cómo? —pregunta Pedro.

—Pues unos que bajen a la verja para atraer su atención, ya que rodea toda la urbanización, y como es redonda en su estructura, ellos avanzarán en dirección opuesta a la de la salida del garaje. ¿Creéis que funcionará? —pregunto.

—Pues creo que no nos queda otra opción —contesta Cristian.

—Vale, pues como ya sabemos quiénes vamos a ir en el coche, los demás serán los que bajen al patio a distraerles, pero alguien se tendrá que quedar con los niños, están muy asustados —le indico a Cristian.

—Yo bajaré junto con Araceli, y Lorena que se quede con ellos. ¿Os parece bien? —pregunta Cristian.

—Perfecto, ya lo tenemos todo claro, ahora sólo queda ponernos en marcha.

—¡Venid todos, corred! —grita Araceli desde el salón.

Todos salimos en estampida hacia allí, llevamos un buen rato de sobresaltos.

Araceli se encuentra sentada en el sofá con el mando aún en la mano, su mejilla reposa en la otra mano en señal de preocupación, y en sus gafas se refleja la imagen proyectada por la televisión.

—¿Qué ocurre, Araceli? —pregunta Pedro.

—Mirad, están transmitiendo en directo desde Madrid, es una reportera de *La Primera*.

La 1 está emitiendo en directo desde la azotea de una de las Torres de Europa, por lo visto no pueden bajar de allí debido a que el edificio se encuentra totalmente invadido por esos seres. Desde allí arriba enfoca los alrededores del paseo de la Castellana, los alrededores del estadio Santiago Bernabéu y las calles cercanas, y lo que muestran las imágenes es desolador.

Miles de muertos caminan libremente sin oposición ninguna, la policía y el ejército se atrincheran en una de las esquinas de Padre Damián y tratan de reducir a la mayor parte posible de infectados, pero les resulta imposible parar a las hordas de muertos que avanzan hacia ellos.

Muchos de ellos caen, aún se ven coches particulares en plena huida, algunos no lo consiguen y son víctimas de los hambrientos seres.

La reportera está histérica, casi no se le entiende, repite una y otra vez que Madrid está totalmente perdida, que la infección ha ido demasiado deprisa y que no se puede hacer nada para salvar a la ciudad. Pide que nos refugiemos en nuestras casas y que no salgamos para nada.

—No salgan de sus casas, repito, no salgan de sus casas. Madrid está completamente invadida por personas infectadas totalmente fuera de sí. Nosotros nos encontramos atrapados en la azotea de Torre Europa, ya que el edificio está lleno de «ellos», no tenemos posibilidad de bajar. Aprovechamos la posibilidad que tenemos de emitir en directo para pedir a las autoridades que nos vengán a rescatar. Repito: no podemos salir, cada vez están más arriba y es cuestión de tiempo que entren aquí, no tenem... ggggggggggggggggssssshhhhh.

La señal se interrumpe sin dejar terminar de hablar a la asustada reportera. Inmediatamente, la imagen de S.M. el Rey Don Juan Carlos 1 aparece congelada en la pantalla. A continuación, su voz se hace presente en todo el salón. Es un comunicado oficial, otro más.

—España ha sido víctima del virus A-24, al igual que todo el planeta, y la humanidad tal cual la conocemos ha sido gravemente dañada. Ya son millones de muertos en todo el mundo, y por tanto, millones de muertos vagando por esto que antes llamábamos «Tierra».

»Todos los supervivientes de las Fuerzas de Seguridad están tratando de reorganizarse e intentar reclutar a la mayor cantidad de civiles posible para hacer frente a esta invasión.

»Animo a todo el que tenga la posibilidad de escuchar este mensaje a unirse a esta nueva fuerza para ayudar en lo posible. Han sacado los tanques a las calles, recorrerán la ciudad en busca de supervivientes.

»Ya no sólo deseo suerte a nuestra nación, sino a toda la humanidad. Que Dios nos perdone por nuestros pecados, que hoy pagamos.

Su imagen desaparece para dar paso a la niebla. La señal se ha perdido, creo que ya definitivamente, su mensaje ha sido lo último que seguramente veamos o sepamos en mucho tiempo.

Araceli mira fijamente la pantalla, lo que acabamos de oír es mucho peor de lo que imaginábamos: el mundo que conocíamos se ha ido a la mierda en menos de un mes.

No sabemos si Soraya tendrá puesta la tele. Ojalá que no, mejor que no sepa la realidad de ahí fuera, ni tampoco sería muy inteligente que la tuviera puesta sabiendo que les pondría aún más nerviosos.

La duda ahora es si auxiliar a Soraya o esperar a que uno de esos tanques llegue hasta nosotros y unirnos a la ayuda que propone el Rey.

Será mejor que pensemos en frío. Ahora, decidamos lo que decidamos, seguro que nos equivocamos.

Las mochilas están listas con las provisiones, y David, Pedro, Marta y yo estamos listos para salir en busca de Soraya.

Ha pasado un día desde que vimos el comunicado del monarca, y nos ha dado tiempo a pensar bien las cosas, y a pesar que ya lo teníamos muy claro, el mensaje del Rey nos hizo dudar más de la cuenta.

Entre tanto pensar, trazamos el plan definitivo para engañar a los muertos para que dejen libre la salida del garaje. Esperemos que salga bien.

Mientras nosotros bajamos al aparcamiento, Cristian y Araceli saldrán al patio de la urbanización para dejarse ver, y si todo sale según lo previsto, los inocentes seres los seguirán como borreguitos, despejando la salida y dando vía libre a nuestro arriesgado plan. Tenemos poco tiempo, así que debemos ser capaces de actuar de forma sincronizada.

Lorena ya está en la habitación con los niños y los perros, por lo que podemos salir a la escalera. Pedro encabeza la marcha, tiene el arma preparada, pero su cara no refleja precisamente tranquilidad.

—Me cago en la puta —reza Pedro por lo bajo.

—¿Qué te pasa, Pedro? —le pregunto.

—Pues que apenas me quedan balas, la otra noche disparé un par de veces y no reparé en la munición que me quedaba.

—¿Y cuántas te quedan? —pregunto.

—Dos o tres, no sé si tendré más en el coche. Al ir directamente de comisaría a tu casa, de lo último que me acordé fue de traer cargadores. Como normalmente apenas utilizamos el arma, pues no solemos reparar en estas cosas.

—Madre mía, pues sí que representáis seguridad, vaya tela con la Policía Nacional —critica David.

—Oye, cierra el pico, que a ti nadie te ha dado vela en este entierro. Bastante es que contáis con una pistola, ahí fuera casi nadie tendrá ni un triste cuchillo con el que defenderse —replica Pedro bastante enfadado.

—Bueno, bueno, tengamos la fiesta en paz, que lo malo lo tenemos fuera. No quiero tonterías entre nosotros —les contesto a los dos.

Pedro lanza una última mirada desafiante a David mientras comienza a bajar lentamente por la escalera, porta una mochila negra a la espalda cargada con varias botellas pequeñas de agua y algunas latas de conservas.

Todo parece despejado, todos hemos seguido en riguroso silencio a Pedro hasta la puerta del garaje.

Araceli y Cristian se acercan a la puerta que da salida al patio; en el mismo momento en que la atraviesen, estarán a la vista de los infectados, y en ese preciso instante es cuando nosotros tenemos que salir disparados hacia el coche y activar la puerta del garaje.

Miro a mi hermana para indicarle el momento exacto. Cristian permanece detrás de ella esperando la señal.

—Mucha suerte, Alfonso, ten cuidado y volved de una pieza —me dice Cristian casi en susurros. Y tras estas palabras, salen rápidamente al patio dejando una claridad casi cegadora al abrir la puerta.

Pedro abre la puerta del garaje y abre el coche con el mando, y sin mediar palabra, todos nos vamos introduciendo en el interior del vehículo.

Pedro activa la llave de arranque, y tras unos jadeos interminables, el motor arranca entre acelerones.

—Esperemos un momento. Cristian me ha dicho que si en un minuto los infectados no pican el anzuelo, vendrá a avisarnos para abortar el plan e intentar otra cosa —les indico a todos.

Cristian y Araceli se acercan a la zona de más visibilidad para los infectados, las verjas abarrotadas de muertos automáticamente se ponen a temblar por el zarandeo de estos al paso de los dos. Los gemidos son insoportables, los brazos de los muertos se asoman por la valla tratando de agarrarles aun estando bastante retirados de ellos.

Araceli se está empezando a bloquear, la impresión de ver a tanta gente que en realidad está muerta ha conseguido aterrorizarla. Está parada frente a la verja, mirando fijamente a los monstruos que pretenden llegar hasta ella con el fin de saborear su apetecible cuerpo.

—¡Araceli! ¿Pero qué estás haciendo? Ven de una vez, vas a conseguir ponerles más nerviosos —le grita Cristian preocupado.

Pero ella no reacciona, parece hipnotizada ante tanta exhibición de dientes desafiantes. Avanza un poco hacia ellos, es como si quisiera unirse al horror, o como si se sintiera atraída por algo que sólo ella estaría sintiendo en estos momentos

—¡Araceli, coño! —y tras un tirón del brazo, Cristian logra que la chica salga del momentáneo trance—. ¿Se puede saber qué cojones estabas haciendo? ¿Qué querías, dejar sin madre a los niños? —la bronca de Cristian es descomunal.

—No lo sé, perdona, por un momento no sé qué me ha pasado, no me acuerdo de nada —se disculpa Araceli.

—Bueno, déjalo, sígueme que tenemos que conseguir que vengan tras nuestros pasos —tranquiliza Cristian.

Parece que el plan funciona. Según van avanzando, la masa les va siguiendo lentamente, moviendo sus mandíbulas al unísono; la comida la tienen delante de sus apagados ojos, pero una verja metálica les impide pegarse el festín.

La ausencia de noticias indica que ya podemos salir. Pedro arranca y activa el control remoto de la puerta del garaje. Las ansias de comida de esos monstruos han logrado despejar la calle, aunque sabemos que por poco tiempo, ya que no creo que nuestros compañeros aguanten mucho más las miradas asesinas de los muertos deseando poder atraparles.

El chirrido de las ruedas del Honda de Pedro retumba con gran eco dentro del

garaje, salimos disparados a la calle, y al girar por la esquina, vemos a la horda de bichos aporrear la parte trasera de la verja, atraídos por los apetitosos cuerpos de Cristian y Araceli.

Por ahora todo marcha según lo esperado, ya hemos dejado atrás la urbanización y avanzamos por la carretera. El paisaje es desolador, no se ve un alma en la calle, parece que la ciudad ha sido abandonada en plena actividad: los coches parados en plena calle, algunos con las puertas abiertas; los comercios presentan su aspecto de siempre, salvo que vacíos de gente y alguno saqueado.

—Voy a llamar a Soraya, tenemos que avisarle de que vamos hacia su casa para que esté preparada —le digo a Pedro mientras saco mi móvil del bolsillo.

Tras unos interminables tonos por fin responde.

—... ¿Sí? —la voz de Soraya apenas es perceptible.

—Soraya, vamos hacia tu casa, en unos minutos estaremos ahí. Estate atenta al móvil porque, cuando esté en tu calle, volveré a llamar. ¿Cómo está la cosa por ahí?

—¡Gracias a Dios! Está peor que cuando hablamos la última vez; si tardáis mucho, no sé si lograrán tirar la puerta —contesta Soraya.

—Vale, ahora permanece como estabas, ya llegamos. Por cierto, si tienes latas de conservas o comida que pueda servirnos, prepáralo en una mochila. Hasta ahora —corto la llamada.

Pedro sigue las indicaciones de Marta, tratando de esquivar las decenas de coches que entorpecen la marcha y que se encuentran parados en mitad de la calzada.

Estamos llegando por fin. Al fondo se ve su calle, y según nos vamos acercando, comprobamos que no exageraba nada: decenas de muertos rodean su casa, sus gemidos se escuchan a distancia.

Paramos el coche, no queremos que de pronto su objetivo seamos nosotros. No parece que vengan más, y parece que no se han dado cuenta.

Lentamente avanzamos por la calle paralela, a ralentí. Nos detenemos justo en la esquina, desde aquí se ve una de las ventanas de Soraya.

Antes de bajar, una última mirada a nuestro alrededor. Vamos a por ella.

—Madre mía. ¿Y pretendéis que nos metamos en pleno infierno? —pregunta David.

—Efectivamente, lo pretendemos —contesta tajante Pedro sin dirigirle la mirada.

—No empecéis, por favor. Voy a llamar a Soraya. —Marco su número—. Sory, estamos en la calle paralela ala tuya, justo debajo de la ventana de tu habitación. Vete para ella y sube la persiana muy despacito, ¿de acuerdo? Después, intenta salir por ahí, te estaremos esperando justo debajo. No te preocupes, que todo va a salir bien.

Por lo que veo, todos los infectados están concentrados en el mismo sitio, parece como si supieran de sobra que dentro tienen la comida asegurada, que sólo es cuestión de tiempo el disfrutar de una carne tierna y jugosa.

Me he percatado de que en el edificio no sólo está ella, hay más vecinos, alguno haciendo demasiado ruido, y de ahí la concentración masiva de muertos en el portal.

Mejor, que sigan así, nos están haciendo un favor, y lo siento por el que sea, pero en nuestro coche no entra nadie más.

Al cabo de unos minutos, veo moverse tímidamente la persiana de la habitación. El piso es un bajo y tiene rejillas que se abren desde dentro. Nosotros permanecemos en silencio total. Marta y David están dentro del coche, Pedro y yo estamos agachados, ocultos entre los vehículos aparcados.

Poco a poco, la persiana va elevándose. Ya está a una altura razonable para poder salir, y entre las cortinas se distinguen los cabellos rubios de Soraya, que está tratando de abrir la rejilla. Lo consigue, pero el óxido o la falta de mantenimiento producen un estridente chirrido que resuena por toda la calle.

Soraya tira una mochila al suelo y Pedro la recoge. Al intentar salir, un gemido ensordecedor nos hace girar la cabeza hacia su origen.

Por entre los coches, avanzan tres individuos atraídos por el sonido oxidado de la rejilla, están lo suficientemente cerca como para que no nos dé tiempo a salir huyendo del lugar. Y tras ellos, la «manada» avanza inexorable hacia nosotros como alma que lleva el diablo.

Como ya saben que estamos aquí, Pedro y yo cogemos de los brazos a Soraya y tratamos de hacerla salir, pero está histérica, patatea y grita, y así se nos hace muy complicado.

—¡Soraya, coño, tranquilízate y trata de colaborar! —el potente grito sale de lo más profundo de la garganta de Marta.

Todos nos quedamos mirándola un tanto sorprendidos, pero es lo que logra hacer reaccionar a Soraya, que ahora sí trata de salir por todos los medios. No esperaba ver a su amiga Marta.

La fuerza que ejercemos hace que la chica se nos caiga encima y los tres acabamos en el suelo. Uno de los muertos está literalmente pegado a nosotros. Pedro echa su mano a la funda de la pistola, pero no está, al caer se le ha soltado y no la ve.

—¡Me cago en la puta! ¡Mi pistola! —maldice Pedro.

Estamos perdidos, el muerto se abalanza contra nosotros moviendo la boca y enseñando los dientes, desafiante. Ha logrado agarrarme un brazo, trato de librarme de él, y cuando ya me temo lo peor, un disparo retumba en nuestros oídos.

El infectado cae desplomado salpicándonos de una especie de sangre marrón viscosa. La sorpresa nos hace enmudecer, y automáticamente miramos hacia el origen del disparo. Marta aún mantiene el arma humeante apuntando al frente, las manos le tiemblan, y en sus ojos brotan las lágrimas. Deja caer la pistola, e inmediatamente Pedro la recoge y apunta hacia los otros dos muertos que siguen avanzando.

—Joder, Marta, me has salvado el culo, le has dado en plena frente —la felicito mientras introduzco a Soraya en el coche.

—Pues apuntaba al pecho... —me dice Marta con media sonrisa de pilla.

Nos metemos en el coche, me pongo al volante, arranco y mantengo la puerta del copiloto abierta para que entre Pedro, que sigue apuntando a los que se acercan.

—¡Pedro! Déjalos, no malgastes más balas, métete en el coche de una vez, coño. Al final nos van a alcanzar.

Los ojos de Pedro proyectan fuego, está rabioso por no poder volarles la cabeza allí mismo a esos desgraciados, pero por una extraña razón permanece de pie mirando fijamente a los otros dos muertos que están más cerca.

—¡Pedro! —vuelvo a insistir.

Este último grito parece que le ha servido para meterse en el coche, inmediatamente doy marcha atrás toda la calle hasta alcanzar el cruce.

Todos permanecemos en silencio, mirando por las ventanillas para ver lo que estamos dejando atrás. He logrado distinguir a una mujer que movía los brazos desde una de las ventanas del edificio, nos estaba pidiendo auxilio, pero no podemos hacer nada. Lo siento mucho por ella, ojalá consiga sobrevivir.

—Muchas gracias, chicos, de verdad —dice Soraya aún con el rostro desencajado.

Marta la coge de la mano tratando de mostrarle tranquilidad, aunque es bastante difícil después de lo que acaba de vivir.

—No tienes por qué dar las gracias, tú hubieses hecho lo mismo, estoy segura de ello —le contesta.

David llama a Lorena, le comenta la buena noticia, pero lo que nos cuenta desde luego no es muy alentador. La zona alrededor de la urbanización está completamente infestada, y al volver a la casa de nuevo, los muertos volvieron a replegarse en torno a la verja principal. Nos anticipa que lo tenemos realmente difícil para regresar sin ningún incidente.

Todos lo han escuchado. Me da rabia el pensar que, si nos pasa algo, dejaremos a las chicas y a los niños totalmente indefensos ante cualquier imprevisto.

La proximidad de la urbanización es cada vez mayor, nos estamos acercando. La gasolinera que tenemos cerca de la casa parece vacía, propongo parar allí por si se puede entrar y coger «prestado» algún mapa de carreteras, llenar alguna garrafa con gasolina o lo que nos pueda servir.

Todos están de acuerdo, así que nos aproximamos lentamente, primero pasamos alrededor de la gasolinera para evitar sustos. Parece que no hay señales de vida o muerte en sus alrededores, por lo que paramos en uno de los surtidores más alejados de la entrada de la tienda.

Vámonos de compras.

Avanzamos despacio por si se nos presenta algún imprevisto, el corazón se me sale del pecho. La tienda de la gasolinera está abierta pero no presenta ningún movimiento sospechoso, aunque se aprecia claramente que ha sido saqueada con anterioridad.

Pedro es el primero como de costumbre, casi dependemos de él en exclusiva en caso de emergencia, aunque ha sido Marta la que nos ha salvado el pellejo ante esos bichos.

Entramos muy lentamente, mirando de un lado a otro. Todo parece tranquilo y abandonado, las máquinas de refrescos siguen funcionando, me parece extraño entrar de esta manera después de tantas y tantas veces haber repostado aquí. ¿Qué habrá pasado con los dependientes?

Ante la ausencia de movimiento, podemos relajarnos un momento, y sin hacer ruido, las chicas dan vueltas por los pasillos en busca de algo útil, mientras nosotros nos acercamos al mostrador para ver si hay algo que nos pueda aclarar un poco la situación, aunque sin suerte.

Yo ya tengo en mi poder la guía de carreteras que necesitaba, y de paso me he apropiado de un lote de herramientas bastante completo que supongo que en algún momento nos vendrá bien.

He descubierto cómo abrir el surtidor de la gasolina. No ha sido complicado, está explicado en post-it pegados a la pantalla del ordenador, como si el dependiente de turno fuera un novato.

He abierto el que está al lado del coche, el número ocho, y le indico a Pedro que llene el depósito y unas cuantas garrafas de agua previamente vaciadas.

Todo parece estar saliendo bien, no tenemos más qué hacer por aquí. Mientras dure el suministro eléctrico, podremos repostar en caso de necesidad.

David se adentra en la zona de refrigerados; hay una puerta que da al almacén, donde pueden tener cajas de conservas y agua. La abre, y sin casi darle tiempo a reaccionar, uno de los empleados de la gasolinera se le abalanza al cuello. David grita y en un momento nos presentamos a su lado para ayudarlo.

—¡Quitádmelo de encima, me va a morder! ¡Ayudadme! —grita desesperado.

De una patada, David consigue quitárselo de encima, y el muerto cae de espaldas contra una de las estanterías de bebidas. Por supuesto, se levanta de nuevo. Soraya no para de gritar, lo cual nos hace ponernos más nerviosos. David sigue en el suelo tratando de arrastrarse hacia el otro pasillo.

Un sonoro disparo sale de la pistola de Pedro, la bala recorre el local a una velocidad endiablada hasta alojarse en plena cara del infectado, haciéndole volar unos cuantos metros.

—¡Me cago en la puta! He fallado, no le he dado en la cabeza —maldice Pedro.

El infectado se incorpora de nuevo con un tremendo agujero en pleno rostro, no me puedo explicar cómo pueden sobrevivir a esas heridas.

«Clic», suena un sonido seco de la pistola de Pedro. No tiene balas, justo ahora.

—¡Salid de aquí ahora mismo! —grita Pedro.

Las chicas echan a correr. David se levanta por fin, y aún con el susto en el cuerpo, logra salir de la tienda. Pedro y yo permanecemos dentro, pero alejados del infectado lo suficiente para que no pueda pillarnos otra vez por sorpresa.

Es un individuo de mediana edad, aproximadamente de un metro setenta, delgado y con entradas, juraría que es el tipo que hace quince días me puso el combustible. Aún viste el uniforme de trabajo; eso sí, ensangrentado y con un terrible desgarró que le hace tener un brazo medio colgando. En el uniforme se lee su nombre en una chapita, «José Miguel», y el muy cabrón viene directo hacia mí.

—No te asustes, Alfonso, dale en la cabeza con lo primero que veas.

—¡No me jodas, Pedro, no tengo nada a mano, hostias! —contesto histérico. El miedo me hace retroceder y refugiarme detrás de la estantería.

Desde luego, Pedro no se anda con contemplaciones, y José Miguel cae desplomado con un martillo clavado en la cabeza. Este ha sido su último día de trabajo.

—A tomar por culo. Eres un cagado, tío —me recrimina Pedro con aire chulesco.

—Y tú, un salvaje. No todos somos como tú —le contesto malhumorado.

Los demás nos están esperando en el coche, salimos por fin y arrancamos en dirección a la urbanización; eso sí, con mucho cuidado, ya que nos dijeron desde allí que los muertos se habían vuelto a replegar por toda la manzana.

Desde una distancia prudencial, observamos lo que nos habían advertido: centenares de ellos caminan despacio por los alrededores, pero no se alejan de allí.

—¿Y ahora qué? —pregunta Marta.

—Pues no nos queda otra que hacerlo en plan bruto: tenemos que lanzarnos contra ellos y rezar —contesta Pedro mirando al frente.

Todos nos miramos, silencio total. Soraya no para de llorar, Marta la abraza con fuerza, y todos nos abrochamos los cinturones.

—Quiero que os agarréis con todas vuestras fuerzas. Allá vamos.

Pedro acelera y el coche sale disparado hacia la calle que da a la puerta del garaje. Las ruedas giran a una velocidad endiablada mientras avanzan impasibles hacia su objetivo inmediato.

Al llegar a la zona, Pedro se sube a la acera para evitar a un gran grupo que tapa la entrada a la calle. Todos tratan de seguirnos, como era lógico. Un frenazo en seco nos indica que estamos delante de la puerta, que lentamente se va elevando a la orden del mando a distancia de Pedro. Demasiado lentamente, ya que una horda de muertos ha torcido la esquina y avanzan hacia nosotros no con muy buenas intenciones. Los gemidos son insoportables, no me acostumbro a ese horrible ruido.

Entramos dentro, Pedro para a mitad de la rampa, la puerta alcanza su altura máxima, a continuación vuelve a bajar, y nosotros nos dirigimos hacia la entrada al edificio.

—¡Van a entrar, Pedro, van a entrar! —grita David.

Por el retrovisor, nos damos cuenta de que la puerta ha aplastado a unos cuantos pobres diablos al bajar de nuevo, pero por desgracia, un par de ellos han logrado pasar dentro. A partir de ahora, tendremos que tener en cuenta que la próxima vez que cojamos el coche tendremos visita asegurada.

—Venga, subid todos por las escaleras y dejad las garrafas de gasolina en el maletero, ya sabéis que aquí abajo no estamos solos —grita Pedro.

Uno a uno, vamos subiendo por las escaleras mientras Pedro cierra la puerta que da acceso al garaje; los gemidos se escuchan tras ella, retumban con el eco del aparcamiento vacío.

Apenas hemos alcanzado la puerta de entrada al piso cuando los primeros golpes de puñetazos empiezan a retumbar por toda la escalera. Ya están ahí abajo, pero sólo son dos, no podrán entrar, gracias a Dios.

Ya estamos todos a salvo. Lorena nos espera tras la puerta completamente fuera de sí, ha escuchado los acelerones y frenazos del coche, y ha sido testigo de las embestidas que hemos tenido que hacer contra los infectados.

Soraya se funde en un abrazo con ella, llora desconsolada, todo lo que acaba de vivir ha sido muy traumático y difícil de olvidar.

—Lo habéis conseguido, chicos, ya somos uno más. ¿Os habéis encontrado con muchos problemas? —comenta Araceli.

—¿Problemas? Salir ahí fuera supone ya un serio problema, Araceli —responde Pedro, sentándose en el sofá.

—Lo imagino, cariño. Ahora lo que tenéis que hacer es descansar y relajarnos un poco de tanto ajeteo —Araceli muestra un tono conciliador.

Los niños están durmiendo, y los perros han aparecido en el salón para mostrar su alegría por nuestra presencia.

Una imagen me llama la atención. Mientras todos están hablando a la vez y cuentan a Cristian y a los demás lo que ha pasado, una persona permanece de espaldas al grupo, mirando por el mirador de la casa de Araceli y Pedro.

Es David, parece como si estuviera hipnotizado con el baile de muertos que abarrotan la calle. Tiene una extraña mancha en la manga del jersey y parece sujetarse el brazo.

—David, ¿estás bien? —le pregunto preocupado.

De pronto, todos callan al escuchar mi pregunta y dirigen su mirada hacia la posición del muchacho.

David nos mira con los ojos llenos de lágrimas. Una herida le sangra en el brazo, José Miguel le ha mordido.

Todos estamos petrificados, la cara de David refleja la derrota. No puede ser que esto esté pasando justo en este momento, ahora no.

Sus ojos permanecen fijos en los míos, me están diciendo de todo, no paran de decirme cosas, su expresión grita en silencio.

Nos conocemos desde que estábamos en el colegio, después llegó el instituto, y junto con Cristian, vivimos nuestra adolescencia juntos, somos los mejores amigos. Cada uno eligió su propio camino, pero siempre permanecemos unidos a pesar de las profesiones tan distintas que ejercíamos.

David es un tío noble, muy divertido y muy profesional. Sus interminables horas en la redacción le valieron para ganarse varios ascensos, y también para ganar una experiencia inolvidable realizando varios viajes como corresponsal. Estuvo en Irak en plena guerra, se la jugó varias veces metiéndose por medio en pleno enfrentamiento, y todo por contar la noticia al minuto de que se produjera. Muchas veces he temido por su vida, su ambición y sus ganas de hacerlo bien han dejado a más de uno al borde del infarto.

Es bueno jugando al fútbol. En nuestro equipo de la adolescencia era nuestro portero estrella. Su carácter ganador nos hacía correr más, nos contagiaba de su optimismo, e incluso los rivales le respetaban. No creo que olvide sus broncas bajo los palos en pleno partido.

El mes pasado cumplió los treinta y dos años, y no lo pudo celebrar como él quería; el seguimiento de las elecciones en Brasil le obligaron a viajar para cubrir la noticia, como siempre.

Ya no habrá más viajes, no habrá más fútbol, no nos correremos más juergas. David ya está muerto, aunque se siga manteniendo en pie y sea consciente de su fatal destino.

Ahora mismo, dentro de él corre un virus letal, destrozando todo a su paso, y no parará hasta llegar hasta su destino: el cerebro.

No sé exactamente cuánto tiempo necesita el virus para matar a su portador y volver después a levantarlo convertido en un monstruo, pero lo que está claro es que aquí no se puede quedar, y aunque me parece muy cruel tener que hacerlo, tenemos que aislarlo inmediatamente.

—David, yo... —le comento.

—Déjalo, Alfonso —me interrumpe—. Sé que no puedo quedarme aquí, sería un peligro para vosotros y para los niños.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto cogiéndole de la mano.

—Tengo frío, me duele mucho la herida —responde.

Pedro le pone la mano en la frente, y tras unos segundos, nos mira a los demás.

—Está ardiendo, tiene fiebre —dice—. David, te tienes que ir ya, la reacción es muy fuerte en ti, dentro de poco tiempo serás como uno de ellos.

—Ya lo sé, no me agobies, dejadme unos minutos a solas, por favor —responde David.

Todos salimos del salón, le dejamos mirando de nuevo por el mirador, con la mirada perdida en ningún sitio. Es mejor dejarle tranquilo unos instantes, no debe de ser nada fácil saber que en poco tiempo estarás muerto.

Lo que tengo claro es que bajo ningún concepto le voy a entregar a las bestias hambrientas, y Cristian tampoco lo desea, todos estamos de acuerdo en eso.

La puerta del salón se abre, tras ella aparece David, su mirada es bastante más serena que antes y su gesto transmite una paz que no me esperaba.

—No quiero que discutáis más por mí, he tomado una decisión: me voy.

Marta comienza a llorar, no puede soportar ver cómo se va, y acercándose lentamente, acaricia con sus manos la mejilla del muchacho.

—Estás ardiendo, David. Por favor, no dejes que te atrapen, vete con dignidad. Prométemelo —le pide entre sollozos.

—Te lo prometo, este cuerpo serrano no lo probarán esas ratas —bromea para tranquilizarla—. Cruzaré las vías e intentaré llegar hasta mi coche que está en la calle de Alfonso. Si lo consigo, me gustaría llegar hasta la casa de mis padres, aunque no sé si me dará tiempo.

—David, no creo que tus padres lo hayan conseguido y lo sabes. No volvieron a contestar al teléfono —intento razonar.

—Lo sé. Me gustaría morir donde lo hicieron ellos —responde.

Ni nos podemos negar, ni le podemos retener y mucho menos ayudar, su vida acabará en poco tiempo y tiene derecho a acabarla cómo y dónde quiera.

Nos deja todo lo que nos pueda servir, y a continuación, echa una última mirada a todo lo que deja atrás. Muy pocas personas tienen la oportunidad de poder despedirse antes de partir; desde luego, yo preferiría no tener que hacerlo jamás, no quisiera ser consciente de que me voy, sólo el pensarlo me hace morir de pena.

No puedo evitar llorar, David es mi amigo de toda la vida, y sé que ya no le voy a volver a ver. Me abrazo a él llorando, no quiero que se vaya.

—David, joder, tú no te mereces esto. Esto ya no merece la pena si tú no estás, todo se ha acabado.

—Te equivocas, Alfonso, esto no acaba aquí, tenéis la oportunidad de sobrevivir. Y no me digas que ya no merece la pena continuar luchando. Tienes a tu familia, los niños, tu novia. No seas egoísta. Júrame que sobrevivirás —me dice mirándome a los ojos vidriosos.

—Te lo juro, David, cuenta con ello. Allá donde estés, échanos una mano —le respondo.

Lorena está destrozada; sentada en el sofá, se tapa la cara con las manos, sus sollozos se escuchan por todo el salón, y Marta la abraza fuertemente. Soraya no está mucho mejor, se siente culpable, ya que, si esto ha pasado, es por ir a rescatarla. No hay consuelo posible para ellas.

David es un tipo fuerte, se muestra frío y está manteniendo el tipo con nota.

—No se os ocurra seguirme, no me gustaría utilizaros como cena —bromea.

Logra sacarme una sonrisa de los labios, y con un último abrazo, se dispone a salir de la casa, no sin antes despedirse de los demás.

La puerta despide a mi amigo, y al cerrarse, da por finalizada una historia de muchos años, y todo por culpa de un virus que ha mandado el mundo a la mierda, que ha destrozado las ilusiones de toda una civilización que nos creíamos invencibles.

Con él, se va también parte de mi esperanza y parte de mi vida, y aunque le he jurado que voy a sobrevivir, mi corazón me traiciona constantemente.

No quiero asomarme a ver cómo se va, porque seguramente no llegue ni a poder cruzar la calle, la masa enseguida lo abordará y no quiero ni imaginarme lo que harán con él.

Qué más da uno más, lo que realmente me duele es que David no podrá descansar en paz, permanecerá por siempre vagando entre las calles que un día le vieron crecer.

La desolación se apodera de nosotros. Lo que le ha ocurrido a David, el que la única arma de que disponemos esté sin munición y el hecho de que la situación ahí fuera es insostenible nos hace perder la esperanza. No puede ser que tengamos que acabar así.

En la habitación del fondo están los niños, ¡unos niños!; aún no les ha dado tiempo a vivir la vida, no saben lo que nos espera, son ajenos a la realidad, salvo Sergio, que tiene doce años y empieza a darse cuenta de que lo tenemos realmente difícil.

El chaval sabe perfectamente que ahí fuera hay cientos de personas que antes tenían sus vidas, sus familias, sus trabajos, y que ahora, por alguna extraña razón, nos acosan para devorarnos.

No sabe por qué pasa esto, sólo piensa en cuándo va a terminar y en poder volver a salir a jugar al fútbol con su equipo, como no hace mucho tiempo hacía. Piensa en sus amigos, dónde estarán, y si ellos también estarán escondidos como él. Se imagina que, si pudiera, él solito acabaría con la amenaza, como un superhéroe.

Araceli sigue con los pequeños, que totalmente ajenos al desastre, juegan con los cromos de fútbol y los intercambian entre ellos. Ella llora, no sabe si les va a poder salvar, quiere permanecer con ellos el máximo tiempo posible, ya que probablemente no les quede mucho.

Pedro revuelve en un armario, está buscando su *walkie*, que tomó «prestado» de la comisaría. No sabe si dará resultado, pero va a intentar contactar con alguien, si es que existe ese «alguien» para poder hacerlo.

Por fin da con él, tiene batería suficiente —lo tiene junto con un cargador—, lo enciende y pone el canal que la policía de Madrid tiene asignado.

—Estoy emitiendo desde una urbanización de Vallecas. Somos supervivientes, necesitamos ayuda. Si alguien escucha esto, por favor, contestad a la llamada.

El mensaje lo repite varias veces, prueba con diferentes canales, lo único que consigue recibir es un ruido de interferencia muy molesto.

Lo seguirá intentando cada media hora, desde luego es muy tozudo y no descansará hasta que llegue su mensaje.

No sabemos si las antenas que sostienen este modo de comunicación funcionan o si estamos perdiendo el tiempo, pero no tenemos otro modo de comunicarnos. Desde que llegamos a casa de la aventura del rescate de Soraya, los móviles no funcionan; se ve que las operadoras han caído y sus empleados seguramente estén vagando por sus pasillos.

La imagen en mi cabeza me aterra, espero que en algún lugar de Madrid la gente superviviente haya podido crear algún tipo de campamento aislado, y que hayan logrado impedir que los muertos entren en él.

Con la caída de las líneas de teléfono e internet, se acabaron nuestras esperanzas de volver a hablar con los nuestros.

La televisión tampoco nos sirve de mucho. De los casi cincuenta canales de TDT, sólo parece funcionar la cadena pública nacional, aunque sin emisión: el logotipo en grande de la cadena está fijo en la pantalla con un escueto mensaje debajo que pone «Permanezcan atentos a la emisión». En los demás canales, niebla y ruido. Toda la tecnología del siglo XXI se ha ido a la mierda, hemos vuelto de un plumazo a la época de la Edad Media.

No sé nada de mis padres y hermanos, lo último que supe antes de cortarse las líneas era que ya estaban todos juntos a falta de mi hermana Lola y con la despensa llena. Sólo espero que no se les haya ocurrido salir bajo ningún concepto.

Cristian empieza a desesperar, lleva más de una hora dando vueltas por la casa, con la cabeza baja e inmerso en sus pensamientos. La verdad es que me está empezando a dar miedo la situación personal de cada uno de nosotros, aunque él es un tío bastante tranquilo, muy consecuente con lo que dice y hace.

Pero no es eso lo que me preocupa realmente. Lo verdaderamente preocupante es la debilidad física y psicológica que presentan Soraya y Lorena. Ambas han vivido un episodio bastante traumático, sobre todo Soraya, y no sé si aguantarán cualquier decisión que tengamos que tomar.

Me asomo al mirador, en el horizonte se aprecian varias cortinas de humo, el fuego está devorando varios edificios. El paisaje cada vez es más desolador, parece que estamos en guerra.

Nadie habla, el silencio sólo es roto por el incesante sonido de las interferencias que el *walkie* de Pedro produce. Lo golpea una y otra vez con la mano, como si de esa manera alguien al otro lado fuera a reaccionar y decirnos que vienen a rescatarnos.

—Mierda de aparato, siempre falla cuando más lo necesitas —protesta Pedro.

Se me ha ocurrido hacer un inventario de las provisiones que tenemos, más que nada por entretenerme, y de paso ver de cuánto tiempo disponemos antes de que todo se acabe y realmente tengamos un serio problema.

Lorena me ayudará, y así de paso le servirá para distraerse un poco. Como siga así, caerá en una depresión y no podrá hacer nada.

Aún tenemos electricidad, no sabemos hasta cuándo, así que ponemos música no muy alta para amenizar un poco la estancia en nuestro particular búnker. Parece que un sonido que no sea el de los gemidos de los infectados estimula un poco a la gente, que se muestra más animada, incluso Soraya tararea la letra de una de las canciones de Estopa. Veremos a ver hasta cuándo dura este pequeño relax.

Han pasado ya dos horas y el inventario está terminado. Según mis cálculos, tenemos comida y bebida para unas cuatro semanas más, siempre y cuando respetemos las cantidades a tomar por cada uno de nosotros, salvo los niños, que evidentemente no se van a quedar con hambre o sed.

La radio no da señal, ni la televisión emite nada nuevo que no sea esa imagen congelada, y el *walkie* de Pedro sólo nos da ruido y más ruido.

He estado pensando entre canción y canción que sale del equipo de música de Pedro y creo que quedarnos aquí todos sería a la larga un suicidio colectivo, y no estoy dispuesto a ello ni mucho menos.

Con los niños en su cuarto, he reunido a todos los demás en el salón. Tengo que explicarles qué es lo mejor que podemos hacer para garantizar la supervivencia de todos, o al menos de la mayoría.

—Vamos a ver, después del inventario que he realizado, nos queda para aguantar un mes encerrados aquí dentro contándonos a todos —comento.

—Muy bien, ¿y qué quieres decir con eso? —pregunta Pedro.

—Lo que quiero decir es que, si salimos alguno de nosotros en busca de ayuda o provisiones, podríamos aumentar este tiempo al ser menos bocas para alimentar —contesto.

—Tú estás loco, tío. ¿Qué pretendes? ¿Que nos devoren en el intento? —vuelve a protestar Pedro.

—No, Pedro, no estoy loco. Podríamos intentar buscar esas fuerzas de rescate que nos dijeron en el comunicado de la tele y, de paso, buscar más provisiones en alguna tienda que esté sin saquear —respondo con seguridad.

Todos callan y se miran los unos a los otros, están pensando en mis palabras fríamente, dejando a un lado los miedos y las inseguridades que les provocan sus conciencias.

—Yo pienso ir. Si alguien se quiere unir, que lo haga, pero lo que no voy a consentir es quedarme aquí esperando una ayuda que con toda seguridad no llegará nunca —comento levantándome de golpe del sofá.

Una vez más, silencio, nadie se atreve a protestar ante mi rotundidad. Lo tengo muy claro, y aunque me cueste la vida, lo tengo que intentar.

—Yo voy contigo —Cristian se une a mi plan poniéndose en pie.

—No me dejáis opción, necesitáis al único de aquí con algo de preparación para situaciones de emergencia —dice Pedro.

—Sólo quiero deciros que, vaya solo o acompañado, yo me iré seguro —añado antes de que nadie vuelva a protestar.

Como era de esperar, las chicas no están de acuerdo, no quieren separarse de nosotros en estos momentos tan difíciles, y es normal.

Araceli tiene miedo de que a Pedro le pase algo y se quede ella sola con los niños, aunque debido a su condición de policía nacional, ya estaba acostumbrada a vivir con el peligro y la incertidumbre de si llegará o no llegará del trabajo.

Lorena no dice nada, simplemente me mira con los ojos vidriosos, esos mismos ojos azules que en su momento me cautivaron y me hacen perder la razón. Ella es una chica muy buena, muy frágil y cariñosa, le hace mucha falta el contacto, el abrazo, sentirse protegida, y con mi posible marcha, esa protección aparente se esfuma, quedándose a merced de una despensa y un techo donde protegerse, pero sin un hombro donde poder desahogar sus miedos.

Soraya lo entiende, pero ya ha vivido demasiadas experiencias y prefiere quedarse en la casa a la espera de noticias y así garantizarse un refugio, aunque sea por poco tiempo. Al menos no correrá el peligro de tener que enfrentarse a las hordas de muertos que pueblan las calles.

—No voy a permitir quedar como la cobarde, yo también quiero ir con vosotros y no aceptaré un no por respuesta —comenta Marta.

—Pues creo que harás más falta aquí dentro, eres la más fuerte de las chicas y probablemente te necesiten más que nosotros —comenta Pedro.

—Eres un machista, tío. ¿Qué te crees? ¿Que una tía no es capaz de salir ahí fuera y afrontar la situación como tú? —responde Marta desafiante.

—No he querido decir eso, sólo que aquí harás más falta, nada más —contesta Pedro.

—Me da igual lo que penséis, iré y punto —apuntilla Marta. Y tras sus palabras abandona bastante enfadada el salón seguida de Soraya y Lorena, que corren para tratar de calmarla.

No tenemos opción, Marta quiere venir y creo que es lo mejor para todos hacerle caso, tendríamos más posibilidades de tener éxito en la salida. Ahora lo que debemos hacer es preparar bien la huida de la urbanización, elegir con el mapa de carreteras que le cogí prestado a José Miguel —«el dependiente»— el itinerario a escoger y preparar los elementos básicos para llevar con nosotros.

Hemos pensado que no llevaremos nada de provisiones, que nuestra primera parada será algún supermercado y allí repondremos víveres, ya que si nos llevamos algo de lo que disponemos actualmente, los cálculos que hemos hecho para que las chicas aguanten no servirían de nada.

Nos ponemos manos a la obra. Pedro tiene más experiencia en este tipo de mapas, y aunque este barrio no era de su jurisdicción, conoce la zona y sabe guiarse perfectamente.

Cristian cree que es mejor esperar un par de días para marchar. La noticia ha caído como una losa en las ya de por sí deprimidas chicas, por lo que lo hemos pensado un poco mejor, y sí, esperaremos hasta pasado mañana para partir.

A Lorena, desde luego, le hemos alegrado el día, no se separa de mí ni para ir al baño, lo cual me preocupa mucho, no sé si podrá aguantar la presión por mucho tiempo sin estos abrazos.

Sólo nos toca esperar, y ahí fuera la situación es cuanto menos preocupante. Media ciudad arde, la otra media se desangra.

Ya han pasado dos días desde que tomamos la decisión de marcharnos en busca de ayuda. Ha llegado el momento de partir.

Durante esta espera de cuarenta y ocho horas, nos ha dado tiempo a descansar, dormir y, sobre todo, pensar. Se ha creado un vínculo especial entre todos, nos hemos sincerado los unos con los otros, hemos compartido experiencias e intimidades, nos hemos conocido aún mejor, a pesar de tantos años juntos.

Quizás ahora es más difícil marchar, pero después de estos dos días las chicas tienen más confianza en que todo saldrá bien, y aunque en el fondo siguen pensando que todo está perdido, nos dan ánimos para nuestro viaje.

Mis perros son otros de los damnificados. Hace más de quince días que no han salido a la calle, con el correspondiente perjuicio que provoca a los presentes, pero no deja de ser un mal menor. Ellos son ajenos a todo y lo único que les preocupa es recibir su sesión de mimos diarios, menos mal que los niños los satisfacen plenamente.

De vez en cuando gimotean dirigiéndose a las ventanas, están muy asustados porque saben que lo que hay detrás de esos cristales es algo malo, muy malo. A Bitxo alguna vez se le escapa algún ladrido desafiante tratando de subirse a una de las sillas que hay debajo de una de las ventanas del mirador del salón. No sé si es en defensa nuestra o porque algo ahí fuera no es lo que parece ser.

Es la hora, debemos irnos ya. En estos días hemos planificado la ruta de escape, hemos tenido en cuenta todo, incluso los dos visitantes «non gratos» que nos esperan en el aparcamiento.

A falta de armas de fuego, llevamos objetos contundentes, desde un hacha hasta unas tijeras de podar enormes, cortesía de Pedro y su afición al campo y a las plantas que tiene.

No sé si haremos o no el tonto, pero hemos decidido vestir lo más oscuro posible; no sabemos si a estas criaturas el color llamativo las atrae o no, pero mejor no arriesgarse.

Y por último, Pedro le ha dejado el *walkie* a Araceli. Tenemos la esperanza de hacernos con otro igual de cualquier agente caído, en el hospital hay muchos.

Emitiremos desde el canal cinco, y si todo sale bien, el invento funcionará, siempre y cuando la batería del *walkie* incautado aguante. De esta manera, podríamos estar en contacto permanente, ya que el alcance de la radio de la Policía ocupa toda la ciudad.

—Si tenemos la suerte de encontrarnos con algún compañero de la Policía, no sólo le cogemos el *walkie*, trataremos de conseguir munición y su arma reglamentaria —comenta Pedro.

—Pero no creo que esos policías estén tendidos en el suelo, seguramente traten de atraparnos ellos a nosotros primero, tendremos que tener muchísimo cuidado —le

comento a Pedro.

La despedida es dura, pero menos de lo que pensaba, en el fondo de mi corazón brota una pequeña llama fruto de la esperanza y las ganas de poder ayudar a la gente que quiero. Siento algo especial, una fuerza nueva reconforta mis músculos y mi mente está más despejada que nunca. Desde luego, estas sensaciones son nuevas para mí.

—Tened mucho cuidado, por favor. Al más mínimo indicio de peligro volveos inmediatamente, no os hagáis los héroes —aconseja Soraya.

—Ya sabes que no vamos en plan aventuras, sólo trataremos de encontrar algo de ayuda, si es que existe esa ayuda —contesto.

Un último abrazo a Lorena y abrimos la puerta que da acceso a la escalera. Pedro se encarga, como siempre, de cerciorarse de que no haya ninguna sorpresa en el rellano. Todo parece tranquilo. La mirada de Araceli se mantiene fija en la oscuridad de la escalera, con la mano se tapa la boca para evitar que veamos su evidente temblor, fruto de los nervios.

Un gesto de Pedro nos indica que ya podemos avanzar, la puerta se cierra detrás de nosotros. El sonido de la mirilla es evidente y la lucha por hacerse con el pequeño agujero también. Me siento observado.

La escalera está muy oscura, pero no encenderemos la luz, no queremos llamar la atención ni bajar por el ascensor. Poco a poco, descendemos los peldaños en fila india sin hacer apenas ruido. Marta es la última a petición suya, no quiere ser la primera en bailar en caso de que llegue la fiesta.

Como no podía ser de otra manera, Pedro encabeza el grupo linterna en mano, con una luz potente de esas largas que usan en la Policía. En la otra mano, un hacha no muy grande, pero letal en el caso de un cuerpo a cuerpo con uno de esos bichos.

Nos hemos dado cuenta de que en la barandilla de la escalera hay restos de sangre, al igual que en el suelo, en forma de gotas. Parece ser que David se fue por la escalera porque son bastante recientes.

Bajamos muy lentamente, apenas se sienten nuestros pasos y la respiración agitada de Marta se distingue claramente entre tanto silencio.

Estamos ya en zona caliente, sólo nos separa una puerta del aparcamiento y está cerrada con llave. Pedro introduce con cuidado la llave en el bombín y, muy lentamente, la gira. Se abre con un leve clic, y detrás de ella, silencio y oscuridad. La puerta se queda entornada, todos aguantamos la respiración, un leve sonido se aprecia desde lo profundo de la oscuridad. Son pasos arrastrados, sin rumbo, aún no se han percatado de nuestra presencia.

Trago saliva, vamos a por los «nuevos vecinos».

La oscuridad se abre ante nosotros, profunda, misteriosa e implacable. El sonido de los pasos en el garaje interrumpe el profundo silencio que se respira en aquel siniestro lugar. Nuestras respiraciones se aceleran según van pasando los segundos, sabemos que en cualquier momento nos tocará enfrentarnos a ellos, ver de nuevo esos

horribles rostros desencajados por el hambre y la rabia.

Pedro es el primero en penetrar en la oscuridad. Mantiene la linterna apagada para no llamar la atención de los dos infectados que deambulan entre las columnas del aparcamiento. En la otra mano lleva el hacha, siempre al frente, desafiando a las tinieblas que le separan de la luz del sol.

Agarrándonos de las manos y caminando en fila india, los demás le seguimos muy lentamente, asegurando los pasos, evitando tropezar con algún obstáculo inesperado.

Un leve gemido delata la posición de uno de los muertos. Por el tono, parece que nos ha descubierto por el olfato; no puede vernos, pero es evidente que se ha puesto nervioso, sus pasos son más rápidos y torpes.

Pedro enciende la linterna el tiempo suficiente como para verle la cara a ese desgraciado.

—Maldito cabrón —grita Pedro.

El hacha se hunde profundamente en plena cabeza del muerto, el impacto es muy fuerte y bastante desagradable y, lo peor de todo, el hacha se ha quedado clavada en el individuo.

La linterna sale rodando por el suelo oscuro del garaje. Pedro la ha soltado en un gesto reflejo al lanzar el brazo contra el infectado. Su caída ha provocado que se desparrame por el suelo, pilas por un lado, la carcasa por otro. Consecuencia: ya no tenemos luz, y ahora estamos a merced de la oscuridad más absoluta y de un monstruo que, debido al jaleo montado con la linterna, se dirige hacia el origen del ruido.

—¡No me jodas! ¿Y ahora qué hacemos? —protesta Cristian.

—¡Silencio! Dejádme escuchar a ver si averiguo dónde está el otro —replica Pedro.

Marta está empezando a perder los nervios, permanece agarrada con las dos manos al cuerpo de Cristian, no es capaz de acostumbrarse a la oscuridad, no ve absolutamente nada y eso le aterra.

Cristian no es que sea precisamente un carámbano de hielo, tiembla más que ella, aunque intenta aparentar valentía y tranquilidad. Las enormes tijeras de podar arbustos que lleva le sirven de aliciente en caso de una embestida del infectado.

Yo permanezco quieto, justo detrás de Pedro. Trato de zambullirme en lo profundo del abismo en el que estamos metidos, intentando averiguar a qué distancia se encuentra el muerto que trata de utilizarnos de cena.

Se me ocurre utilizar las llaves del coche de Pedro: al activar el mando a distancia, las luces se activarán por unos segundos, segundos que tendríamos que aprovechar para localizar el coche y salir corriendo en su dirección.

—Pedro, activa las puertas con el mando del coche. En cuanto veamos las luces, corremos todos a la vez hacia él, ¿de acuerdo? —comento.

—Vale, estad todos preparados —contesta mi cuñado.

Pedro tiene las llaves en la mano, levanta el brazo y aprieta el botón de apertura de puertas. Inmediatamente a la derecha de nuestra posición, unas luces anaranjadas parpadean varias veces, con un leve sonido de cerraduras al abrirse.

Sin perder un solo segundo, corremos hacia el Honda de Pedro. Las luces del interior del vehículo permanecerán encendidas sólo unos segundos, vitales para que nos garanticemos la supervivencia y la salida de este garaje maldito.

Evidentemente, la verbena de luces, ruido y un grito de Marta, que no puede evitar al correr, llama la atención del infectado, que casi se nos ha echado encima.

Pedro se hace con los mandos del coche, sentándome yo a su lado, mientras Marta y Cristian hacen lo propio en los asientos de atrás.

El infectado alcanza el coche y golpea con los puños la luna lateral donde se encuentra Cristian. Menos mal que no le ha dado por golpear la luna delantera, ya que está bastante dañada por los atropellos de nuestra primera huida de mi casa.

—¡Joder! ¡Lo tengo a mi lado! ¡Pedro, arranca de una vez! —grita Cristian.

Pedro enciende las luces, arranca y da marcha atrás, dejando al infectado a un lado del garaje. Al maniobrar para dirigirse a la puerta principal, atropella al muerto dejándolo bajo las ruedas. Desde luego, no creo que lo vaya a detener, pero al menos ahora tendrá algún hueso roto y le será más difícil moverse.

Sólo queda apretar el botón de apertura de la puerta del garaje para poder salir al exterior. El momento sucede, la puerta tiembla un segundo, para después empezar a elevarse lentamente, demasiado lentamente.

La luz se abre ante nuestros ojos, como un latigazo en las retinas que nos hace a todos mirar hacia otro lado. Nos ha cegado completamente por un breve instante, lo cual nos deja un poco a merced de los infectados que hayan contemplado la escena ahí fuera.

—Vamos, vamos... —susurra Pedro impaciente.

Por fortuna, son lentos y torpes, y Pedro logra acostumbrarse a la luz y sale disparado hacia la calle, dejando atrás oscuridad y huesos rotos.

En el camino, un par de cuerpos rebotan contra la chapa del Honda, pero por lo demás todo parece más despejado de lo que pensábamos.

Ya estamos en dirección avenida de la Albufera. Esperemos que sigamos teniendo la misma suerte que hasta ahora hemos tenido.

## 2I

Madrid, 12 de noviembre de 2010. 11:00 horas.

Iker está repasando la lista de voluntarios que se han presentado esta mañana. Esta vez no han tenido tanta suerte como la semana pasada, solamente seis personas han llegado para echar una mano.

Nada más llegar, se activa de inmediato un protocolo que obliga a todo aquel que entra en el recinto a someterse a un férreo y estricto control sanitario para prevenir que la infección entre dentro y ponga en peligro a todo el grupo. Cada parte del cuerpo es revisada al detalle para descartar cualquier tipo de herida o mordisco que evidencie la presencia de la enfermedad.

Además de la revisión médica, los nuevos vecinos se ven obligados a permanecer unos cuantos días aislados de todos los demás supervivientes para así descartar definitivamente la posible presencia infecciosa del virus A-24.

No sería la primera vez que un superviviente presenta la enfermedad sin recibir previamente un mordisco. La simple salpicadura de una gota de sangre que entre en contacto con alguna parte del cuerpo que sea vulnerable, como, por ejemplo, boca, ojos o cualquier zona de mucosa, provoca a largo plazo la misma reacción de un mordisco.

Iker Salvatierra, teniente de la Brigada Paracaidista del Ejército de Tierra, está al mando de una de las mayores fuerzas de seguridad que aún resisten en la ciudad de Madrid. Muy pocos efectivos del ejército han sobrevivido al letal virus; de hecho, son uno de los grupos de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, junto con la Policía, que más bajas presentan en sus filas.

Entre ejército profesional y supervivientes, suman apenas unas doscientas personas, un número desde luego muy bajo pensando que en Madrid viven, o vivían, varios millones de personas.

Afortunadamente, no todos los que faltan han caído, o al menos eso se cree. Muchos huyeron de la ciudad en cuanto las cosas se pusieron feas, kilométricos atascos en las salidas de la capital así lo demostraron, y aun permaneciendo muchos coches en la carretera parados o accidentados, lograron salir la mayoría. Aunque no se sepa nada de ellos, se espera que muchos hayan sobrevivido en sus casas y refugios.

La única ventaja que tienen son las armas. Muchos militares han caído, pero sus armas siguen ahí, por lo que el arsenal del que disponen es lo suficientemente grande como para abastecer a un ejército bastante importante.

Debido a que la mayoría de los cuarteles de Madrid están completamente infestados de muertos, toda la artillería y armas las tienen confinadas dentro del estadio Santiago Bernabéu, que tienen tomado como cuartel general de lo poco que queda del Ejército español.

Después de un mes de batalla, lograron que este mítico campo de fútbol, antes una seña de identidad de la ciudad, se convirtiera en un fortín prácticamente impenetrable y seguro, refugio de todos los supervivientes que se fueron acercando a la zona.

Dos tanques Leopard y un helicóptero Tigre completan este pequeño pero importante cuartel improvisado.

Iker y sus hombres no han salido a la «zona caliente» en toda la mañana, solamente se han aproximado a la puerta que da a la calle para recibir a los más que bienvenidos valientes que de alguna manera han logrado burlar las mandíbulas desafiantes de los infectados que pueblan la ciudad.

Todo el que entra cuenta historias horribles: todos han perdido a algún ser querido, han perdido sus casas porque jamás podrían volver en estas condiciones, tienen hambre, sed, y están cansados de huir y de esconderse a cada momento.

Los hombres de Iker lo saben, y les dan todo lo necesario para que puedan ir asumiendo la realidad, a la vez que les preparan para volver a salir ahí fuera, a defender lo suyo, su ciudad.

La radio de la que disponen aún logra captar de vez en cuando algún sonido parecido a una voz humana, pero sin poder distinguir nada claro. Lo único que queda patente es que en algún lugar todavía permanecen supervivientes y que estos están pidiendo ayuda.

La una y media, toca recuento de personal y revisión de armamento. Mañana a las nueve partirá una unidad con Iker al frente en uno de los Leopard. La misión, la misma que realizan cada cinco días, peinar la ciudad en busca de supervivientes.

El estadio permanece en un continuo estado de alarma, las zonas más altas que dan a las calles están vigiladas las veinticuatro horas del día por militares que se turnan cada cierto tiempo.

Iker está convencido de que, tras los muros del Bernabéu, aún quedan muchos supervivientes asustados e indefensos en sus casas, o escondidos en cualquier rincón esperando a ser devorados.

Ya ha pasado más de un mes desde que estallara esta crisis mundial, y en apenas ese tiempo todo se ha perdido y la humanidad se ha visto sometida a una extinción en cadena muy difícil de detener.

Apenas se sabe la suerte de otros países, salvo Alemania, donde con toda seguridad ha caído prácticamente la totalidad de la población.

Todos los ciudadanos que han logrado llegar hasta aquí han relatado que para sobrevivir han tenido que matar a algún infectado, y en alguna que otra ocasión, la víctima era conocida. Su gente, su familia, ha tratado de comerles vivos, con lo que ello conlleva psicológicamente hablando.

Ahora toca la dura tarea de ayudarles en todos los sentidos, antes de que lo den todo por perdido o de que voluntariamente se unan al ejército de muertos.

13 de noviembre de 2010. 8:30 horas.

El teniente Salvatierra pasa lista del total de todos los inquilinos del estadio en lo que en su momento era la sala de trofeos del Real Madrid, que aún permanecen allí ajenos a lo que ha pasado fuera de sus hermosas y transparentes vitrinas. Años de historia y de gestas deportivas condenadas al olvido más absoluto, y con el tiempo, seguramente, una capa de polvo apenas permitirá ver su brillo. Ya no tienen ningún valor, los jugadores que en su día los consiguieron es fácil que ahora estén ocultos en algún lugar paradisiaco y seguro, o probablemente estén ahí fuera, caminado errantes y sin rumbo, movidos por la rabia y el hambre.

Están todos, ya están preparados para marchar por las calles infestadas de Madrid en busca de algún superviviente desesperado.

Ahora toca la difícil tarea de abrir el portón trasero del estadio, por donde antes solían entrar el autobús del equipo, ambulancias y demás vehículos oficiales.

La última vez que salieron se encontraron con unos «aficionados» que no esperaban. Dando cuenta de ellos provocaron el inevitable ruido de los disparos. Este hecho tuvo consecuencias fatales, ya que el potente ruido de los fusiles llamó la atención de cientos de infectados de los alrededores del estadio, llegando en masa por el paseo de la Castellana y calles adyacentes.

El soldado que se encuentra en una de las torretas de acceso a las gradas está alerta vigilando la puerta de salida del Leopard, no quieren más imprevistos ruidosos.

Parte del equipo que llevan dentro del tanque, que proviene de la Brigada de Infantería Acorazada Guadarrama XII, son armas silenciosas: varios arcos olímpicos que aportó uno de los voluntarios y tres ballestas. Lo demás son armas de fuego, varias ametralladoras MG-3 del Ejército de Tierra.

Lentamente, el pesado vehículo va saliendo poco a poco de su escondrijo. Varios soldados a pie cubren la salida del enorme blindado con su fusil siempre encañonando al infinito. Todo parece despejado, tienen la calle libre para poder maniobrar sin ser molestados. Una vez que entre en la Castellana, llegarán los nuevos vecinos a recibirles con cariño.

El momento llega, cientos de muertos giran al unísono sus cabezas hacia el tanque, sus gemidos producen una melodía siniestra y oscura, capaz de helar la sangre a cualquiera. Sus ojos desprenden furia, rabia, mucha hambre. Su obsesión es su carne, saborearla, despedazarla, e ir a por otra víctima.

Según avanzan, los infectados más desesperados van cayendo bajo el pesado tanque, aplastados por su gran tonelaje, mientras que otros consiguen subirse al vehículo a duras penas. Los soldados se encuentran en el interior observando la dantesca escena, no es la primera vez que los ven tan de cerca ni desde luego será la última. Desde que empezó todo ya han pasado unas cuantas semanas y bastantes

salidas, pero no terminan de acostumbrarse a este horror que cada día tienen que soportar.

El tanque toma dirección hacia la estación de Atocha. Hoy toca recorrer la zona del distrito de Retiro; unas últimas señales de radio captadas hace unos días alertaban de unos supervivientes atrapados en un edificio de la zona, o eso al menos dieron a entender esas voces angustiadas.

La velocidad del Leopard no es la de un Fórmula 1, pero es bastante rápido para lo que pesa y, a pesar de su tracción de oruga, mantiene una velocidad constante de cincuenta kilómetros por hora que permite poder librarse de los miles de infectados que salen al paso, ya sea esquivándolos o pasando literalmente por encima de ellos.

Madrid es una autentica pesadilla; sorprende ver las calles llenas de coches atravesados, incendios en los edificios y monumentos solitarios, parece que ha caído una bomba atómica.

Llegando por el paseo de Recoletos, una imagen demoledora hace que el equipo de Iker se detenga. El Museo del Prado es una bola de fuego, las llamas salen por todas las ventanas rotas del antiguo edificio, todas las obras de arte y cuadros de un valor incalculable destruidos.

Los militares permanecen en silencio, contemplando la escena sin poder hacer nada por evitarlo. Es seguro que algún cortocircuito ha provocado semejante catástrofe.

La escotilla superior del tanque se abre y de ella emerge el teniente Salvatierra para poder observar mejor lo que acontece delante de sus ojos. El chasquido de las llamas se mezcla con los incesantes gemidos lejanos de los numerosos grupos de infectados que tratan de llegar hasta ellos. A pesar de tener la cara iluminada por el reflejo del fuego, no termina de creerse lo que está viendo. Si algún día la vida vuelve a ser lo que era, la pérdida es irreparable.

Iker ordena continuar con la marcha. Atrás quedan siglos y siglos de historia hechos cenizas, parece ser que el arte también ha sufrido su letal «virus».

La glorieta del Emperador Carlos V se abre ante ellos. La estación de Atocha queda a la derecha, completamente abandonada, siniestramente oscura. El monumento en honor a los caídos del 11-M permanece en pie, majestuoso, recordando la tragedia que vivió Madrid y toda España. Ojalá la ciudad levante algún día otro en honor de todos los caídos víctimas del virus A-24.

En el interior de la estación pueden apreciarse cientos de sombras deambular de un lado a otro, recordando el enorme tránsito de pasajeros que no hace mucho albergaba una de las mayores terminales de viajeros de este país. Lo único, que ahora no tienen un destino. Tienen hambre.

Ya se encuentran en la zona de conflicto. A partir de ahora, toca salir al exterior por la escotilla y permanecer atentos, en lo alto del tanque, a cualquier movimiento tanto de vivos como de los muertos.

El Teniente Salvatierra recorre los edificios con sus prismáticos, alerta a cualquier

señal que muestre evidencias de vida.

—Permaneced atentos a cualquier movimiento que apreciéis —ordena Iker.

El equipo continúa la marcha muy lentamente observando todo al detalle, ya que las casas, los coches y las calles son puntos calientes donde no se puede desviar la atención.

—Teniente, mire allá arriba, en aquel edificio —comenta uno de los soldados.

Iker alza sus prismáticos hacia la dirección donde señala su compañero, enseguida comprende lo que ha llamado su atención.

En una de las terrazas de la tercera planta, en el número 35 de la avenida Ciudad de Barcelona, se divisa una pancarta que pone «S.O.S» pintado sobre una sábana blanca.

—No sé si la gente que escribió ese mensaje aún permanece con vida, pero desde luego tenemos que averiguarlo —indica Iker—. Dejemos el Leopard lo más cerca posible y subamos.

El tanque para en la misma puerta. La avenida parece tranquila. Se divisan varios cuerpos al fondo de la calle, andan hacia el lado contrario de donde se encuentran los soldados, quizá no les han escuchado, aunque el blindado hace un característico y sonoro ruido.

Una vez comprobado que todo está despejado, uno a uno van bajando del tanque para agacharse bajo la protección del blindaje del mismo. Apenas hacen un solo ruido, los gestos aprendidos en años de formación militar les permiten comunicarse sin articular una sola palabra.

El portal está abierto; desde luego, no es una señal alentadora para el grupo, ya que cualquiera de esos bichos ha podido entrar dentro y encontrarse aún en el edificio.

Iker lanza una señal con su brazo para dar orden a cuatro de sus hombres para que avancen y se coloquen a los lados del portal. Los otros dos soldados permanecerán en el tanque vigilando la zona por si surgiera cualquier complicación, y en caso de emergencia, salir lo más rápidamente posible del lugar.

Otro gesto de Iker mueve a Aitor hacia el interior del portal alumbrando la escalera para confirmar que todo está despejado. Este utiliza el código Morse con la linterna para indicar al teniente que todo está en orden y que pueden comenzar a subir.

Todos entran, seguidos de Iker, que deja la puerta del portal entornada para evitar que alguien más se pueda unir a la expedición.

Oscura la escalera, sangre en las paredes, la linterna se desliza por la profunda oscuridad del miedo.

Pedro acelera a fondo, el pedal no da más de sí, las ruedas giran desesperadamente, casi sin poder hacer contacto con el asfalto. Aún queda gasolina suficiente como para recorrer Madrid y poder volver a casa.

La idea, en un principio, es hacernos con el *walkie* de algún policía caído en el hospital, y de paso, cogerle prestada el arma reglamentaria y sus cargadores. No va a ser tarea fácil, debido a que el Hospital Infanta Leonor es uno de los principales focos de la zona y estará plagado de muertos deseando hincarnos el diente.

—Madre mía, cómo está el barrio, parece sacado de una de las peores películas de terror —comenta Cristian.

Bajamos por la avenida de la Albufera dirección Villa de Vallecas. La fila de coches atravesados sigue ahí, pero el Honda de Pedro es ágil y sorteando los vehículos con habilidad, teniéndonos que subir a la acera en algunos tramos. Como temíamos, la zona es un caos, está completamente invadida por esos seres repugnantes, cientos de ellos se agrupan como si se sintieran más protegidos caminando juntos.

Pedro frena en seco, su mirada se queda clavada observando al frente, apenas parpadea.

—¿Por qué paras, Pedro? Tenemos a varios infectados viniendo hacia nosotros —indica Marta.

Delante, una auténtica manada de cuerpos humanos renqueantes se nos acerca muy lentamente pero sin pausa alguna. Fácilmente, y a simple vista, habrá más de quinientas personas avanzando, sin contar con los miles que se ven en los alrededores del hospital, justo por la entrada de urgencias.

—¡No me jodas! Eso no lo podemos atravesar ni en sueños, necesitaríamos un tanque o algo parecido —comento.

—Tenemos que dar la vuelta y buscar otro camino, es un riesgo absurdo y no lo vamos a correr —comenta Pedro.

Todos estamos de acuerdo, así que Pedro da marcha atrás golpeando a los dos o tres podridos que habían logrado llegar hasta el vehículo.

En las caras de mis amigos se refleja el miedo y la incertidumbre, el no saber a lo que nos enfrentamos hace aflorar la desesperanza en nosotros.

Pedro para el coche a la altura de la rotonda que delimita la salida del hospital con Sierra de Guadalupe, sus ojos están fijos en el volante, parece pensar qué hacer. Los demás guardamos silencio. No estaba previsto fallar en nuestra primera «misión», y menos, nada más salir de la urbanización. La decepción es evidente.

Por fin, Pedro reacciona y de un volantazo cogemos la carretera que enlaza Vallecas con la A-3 y con Madrid centro.

—¿A dónde vamos? —pregunta Cristian.

—A la vía de servicio de la carretera de Valencia. Seguramente esté todo más despejado por allí y tendremos más posibilidades de llegar hasta el centro de Madrid

y poder buscar ayuda.

Los demás asentimos sin dejar de mirar por las ventanillas, observando lo que vamos dejando atrás; entre muchas cosas, la urbanización, que se distingue desde varios puntos de la zona.

Recorremos la avenida de la Democracia para salir a la A-3. Aquí no hay ningún coche salvo los aparcados en las distintas empresas de la zona, que seguramente no les dio tiempo a coger dada la proximidad del hospital.

De nuevo, un frenazo en seco interrumpe nuestros pensamientos.

—¿Y qué pasa ahora, Pedro? —pregunta enfadado Cristian.

—Un momento, no os mováis del coche y guardad silencio, por favor —responde Pedro.

Se baja del coche, buscando debajo del asiento el hacha que cogió de su casa. Se dirige hacia el enorme descampado que llega hasta las inmediaciones del Hospital Infanta Leonor.

Un coche de la Guardia Civil permanece detenido a unos metros de nosotros. La puerta del conductor está abierta, pero no se aprecia ningún movimiento en el interior.

Pedro, desde luego, ha visto algo, pero su carácter introvertido le impide a veces poder expresarse con naturalidad. Aún guardo los prismáticos en la cazadora; no entiendo nada, pero oteo el horizonte para poder comprender algo.

Y encuentro la explicación. Allá al fondo, entre las zarzas y los matojos, un guardia civil, o más bien lo que queda de él, avanza lentamente entre el follaje seco, con el uniforme ensangrentado y una pierna a rastras.

Enseguida todos entendemos las intenciones de Pedro, y mientras Cristian y Marta se quedan en el coche por si nos lo roban, decido acompañarle a una distancia prudencial, por si ocurriera algo imprevisto.

De inmediato, como si nos hubiera oído, el muerto gira la cabeza bruscamente en nuestra dirección, y soltando un gemido ronco, avanza hacia nosotros moviendo la boca ensangrentada.

Pedro le espera con el hacha en la mano, impaciente por enviarle definitivamente al mundo de donde no debería haber vuelto nunca.

—¡Madre mía! No sé cómo podéis tener tanta sangre fría —comenta Marta, asomándose tímidamente por la ventanilla del coche.

Yo sigo unos metros detrás, me siento ridículo con las enormes tijeras de podar, pero no tengo otra cosa con la que poder defenderme.

El guardia civil renqueante se encuentra a pocos metros de nosotros cuando un certero hachazo de Pedro le vuela media cabeza, salpicándonos de un líquido que mejor no saber qué es. El agente cae desplomado, derramando lo que queda de él por la mala hierba que nos rodea.

—Joder, qué asco. ¿No podrías haberle golpeado primero para que cayera al suelo? ¡Mira cómo me has puesto de esa mierda! En la noticias dijeron que se podía transmitir también con fluidos corporales, más te vale que no me haya entrado en el

cuerpo algo de esa cosa —protesto.

—No creo necesario tener que correr riesgos. De esta manera es más rápido y certero, y si no te gusta, la próxima vez le golpeas tú mismo. Y tranquilo, no creo que sea verdad eso que dijeron en la tele. Las mordeduras son a lo que tienes que temer —responde Pedro malhumorado.

Una vez comprobado que ya jamás volverá a poner más multas, Pedro le arrebató el arma y su munición, el *walkie* y unas esposas. Lamentablemente, el *walkie* no nos sirve, la Guardia Civil no usa el mismo modelo que la Policía Nacional ni la misma frecuencia, pero la pistola ha supuesto un hallazgo de lo más productivo.

Registramos el coche patrulla a conciencia, sólo encontramos una pistola de esas eléctricas paralizantes y otro juego de esposas. Menos es nada. Las llaves del coche están aún puestas; compruebo el depósito, está lleno, por lo que me guardo las llaves y cierro el coche. En caso de necesitarlo, ya sabemos dónde tenemos una posible escapatoria, siempre y cuando no venga alguien antes y le haga un puente.

Nos quitamos los restos del monstruo con un trapo sucio que Pedro guardaba en el coche, las arcadas comienzan a aparecer ante el olor repulsivo que desprenden.

—¿Pero qué os ha pasado? Tenéis trozos de ese cabrón hasta en el pelo —ironiza Cristian.

—Pregúntaselo a «Rambo» —contesto aún más irónico.

—Por cierto, será mejor que ocultemos el coche patrulla por si nos sirve más adelante, nunca se sabe —comenta Cristian.

—Vale, apárcalo entre esos arbustos y ciérralo —responde Pedro.

Lentamente, Cristian oculta el coche de tal manera que desde la carretera apenas se distingue que está ahí.

Después de esta parada técnica, por fin arrancamos y cogemos la carretera de Valencia en dirección a Madrid.

En un principio, la carretera está llena de vehículos atrapados en un atasco eterno que perdurará por el resto de los tiempos. Entre el arcén y los pequeños huecos entre coche y coche vamos avanzando demasiado lentos. Varios de ellos nos siguen con la mirada desenfocada, provocando un miedo oscuro en nuestros corazones. Al fondo se distingue el edificio de Torrespaña, el famoso «Pirulí», y los edificios altos de Moratalaz se presentan a la derecha de nuestra posición.

A cada metro que avanzamos, más me convengo de que la idea de salir a la carretera no ha sido muy buena precisamente.

La oscuridad es total, el reflejo de la linterna rompe la negrura que invade aquella escalera siniestra, una escalera que seguramente hace pocos meses era un constante fluir de vecinos arriba y abajo, ocupados en sus asuntos sin imaginarse ni por lo más remoto cuál iba a ser su cruel destino.

El equipo de Iker avanza lentamente. La pancarta desplegada corresponde al tercer piso. Toda precaución es poca, las manchas de sangre seca que adornan las paredes del portal explican lo sucedido, al igual que en miles y miles de portales en toda España. Las manos marcadas en rojo fuego por todos lados revelan la crueldad provocada por esos horribles seres.

Un ruido proveniente de detrás de una de las puertas del segundo piso hace detenerse al grupo. Inmediatamente, todos empuñan sus armas, preparadas para abrir fuego al más mínimo indicio de muerte andante. Es evidente que dentro de aquel piso se arrastra algo, y ese algo les ha olido y se dirige hacia la puerta.

Iker levanta el puño para que el equipo no dispare, la puerta detendrá momentáneamente al infectado.

—Vamos, subid como si nada, pero daos prisa, esa cosa no tardará en liarse a dar golpes —ordena Iker.

El equipo sube más deprisa, dejando atrás el piso donde meses atrás alguna familia vivía tranquilamente, ajena al destino que se les avecinaba.

Tercero A, esa es la puerta que en teoría alberga aún vida. El B es un interior, por la estructura del edificio, por lo que el margen de error es mínimo. Aitor, uno de los brigadas que vinieron desde la base de Alcalá de Henares, prepara una ganzúa para abrir la puerta y así poder comprobar si aún sobreviven los autores de la famosa pancarta. Lentamente, se afana en ir girando el alambre sin apenas hacer ruido, mientras mantiene apoyada la oreja en la puerta para poder identificar cualquier sonido por pequeño que sea.

El resto del equipo espera tras su compañero, saben que en cuestión de segundos estarán expuestos de nuevo a un peligro que todavía no dominan.

El sudor recorre la mejilla de Aitor, un movimiento en falso puede provocar que toda la operación se vaya al traste, pero años de entrenamiento y una dilatada experiencia en situaciones límite le han convertido en el hombre de confianza del teniente Salvatierra.

«Clic», el sonido que certifica que su trabajo ha tenido éxito. La puerta de madera vieja se entorna un poco, Aitor la sujeta por el pomo para evitar que se abra y pueda chirriar, pues es bastante antigua.

A un gesto de Iker con la mano, abre la puerta lentamente y dos de los soldados apuntan con sus armas al interior de la vivienda. No parece haber signos ni de vida ni de muerte, la casa permanece a oscuras, algo a lo que los chicos ya se están empezando a acostumar.

En fila india, van avanzando, comprobando cada habitación que les sale al paso. Es un piso muy antiguo, típico del centro de Madrid, por lo que es enorme, por lo menos tendrá unos doscientos metros cuadrados. Los suelos son de madera, al igual que parte de la estructura del edificio, es fácil que cualquier tablón pueda crujir, por lo que mantienen un paso lento pero firme.

Iker avanza por el pasillo hacia la terraza de donde cuelga el aviso que alertó al equipo; se distingue desde lejos gracias a que, a pesar de las persianas bajadas, entra algo de claridad del día, lo que le permite tener una visión más global de lo que tiene enfrente. Un salón bastante grande, con dos sofás, uno en forma de «L», y una mesita baja en el medio. A la derecha se encuentra una mesa enorme rodeada de seis sillas perfectamente colocadas. El televisor de plasma desentona con la decoración un tanto antigua, y los cuadros que adornan las paredes acumulan un dedo de polvo.

Parece que si allí hubo vida en algún momento, se debió de desesperar y lanzarse al infierno de la calle a merced de los muertos hambrientos.

No parece que haya nada de valor o que pueda servir al equipo de Iker, sólo queda buscar algo dentro de la vivienda que les pueda servir para la gente del estadio, ya sea alguna herramienta o comida enlatada.

Un leve golpe procedente de uno de los armarios de la habitación de matrimonio hace que los soldados instintivamente apunten a la vez hacia la dirección del ruido, provocando un chasquido metálico al amartillar las armas.

—Chsssssss... ¡Silencio, joder! Tenemos a uno en la habitación. Aitor, saca mejor la ballesta, que no quiero ningún ruido —ordena Iker.

Según se aproximan, claramente se aprecia movimiento dentro. Ahora tienen que ir con sumo cuidado, ya que si lo que se esconde dentro es uno de ellos, el tiempo de reacción que tienen será mínimo y podría suponer una baja innecesaria en el equipo.

A la cuenta de tres, Aitor abre de golpe el armario, iluminado por las linternas de los demás, encontrándose con una mujer en posición fetal que se cubre la cabeza con las manos sin apenas moverse.

—Apartaos, no quiero sorpresas —Iker aparta al equipo—. Hola, somos el ejército y hemos venido a rescatarte, estate tranquila que ya estás a salvo —la tranquiliza.

El teniente no obtiene respuesta alguna, la chica sigue en posición fetal y ni siquiera levanta la cabeza para devolver el gesto a Iker.

Presenta una deshidratación considerable y está muy delgada, tendrá unos veintiocho o treinta años, pelirroja y con el pelo muy largo y sucio. Malviste un camisón azul celeste manchado por los restos de su propia orina.

El olor que sale del armario es insoportable, por lo que el equipo de Iker trata de sacarla para bajarla hasta la calle. Apenas se mantiene en pie. No parece que pueda contar nada de lo sucedido en estos momentos, por lo que proceden a su evacuación y salida del edificio.

Cuando dos soldados la ayudaban a caminar, un fuerte golpe acompañado de un

gemido retumba por la escalera. El «amigo del segundo» parece que ha llegado a su destino, la puerta.

—¡Mierda! ¡Venga, venga, vengaaaaaa! —el teniente mete prisa a su equipo.

Rápidamente, Iker se echa al hombro a la chica y salen disparados escaleras abajo; ya no importa el sigilo, ahora prima huir de allí antes de que llamen la atención de más infectados. Al pasar por el segundo, los golpes son más violentos y la puerta tiembla, soltando un polvillo mezcla de madera y suciedad. Tiene hambre y ellos son su comida, por lo que nada ni nadie le va a detener en su empeño por derribar la puerta.

—Aquí Salvatierra, tened listo el tanque, que nos vamos cagando leches —ordena Iker por *walkie* a sus compañeros que esperan fuera.

—Afirmativo, teniente, aquí todo despejado —responde el soldado.

Iker respira aliviado, al menos la calle está despejada para que la salida sea sin ningún tipo de imprevistos.

Una vez atravesado el portal, el tanque espera con los motores en marcha y la escotilla abierta, y mientras tres soldados vigilan con sus armas la escena, Iker y Aitor levantan a la chica para que el soldado que se encuentra encaramado en lo alto del blindado la recoja y la meta en el interior.

Ahora toca salir de allí inmediatamente; finalmente han provocado demasiado ruido, y ahora la zona ya no es muy segura, si es que antes lo era.

El tanque toma dirección a la Castellana, por hoy ya han tenido bastante y la recompensa ha sido muy buena, inmejorable. Según están las cosas, un superviviente es un motivo de alegría, poco a poco van aumentando el número y la esperanza de salir adelante crece, aunque sólo sea en sus corazones.

—No habla y no reacciona a ningún estímulo, teniente. No parece estar infectada, pero el estado de shock que presenta me preocupa —comenta Aitor.

—Seguramente haya vivido una experiencia muy desagradable. Dale tiempo y verás como poco a poco sale adelante con la ayuda de los demás. Intenta darle agua a ver si la tolera —responde Iker.

El tanque vuelve sobre sus pasos y recorre el paseo del Prado en dirección plaza de Castilla. Allá al fondo, la bola de fuego en la que se ha convertido el Museo del Prado nos hace permanecer en silencio, un silencio sólo roto por los chasquidos de las destructivas llamas.

La entrada al estadio se produce sobre las siete. El sol ya ha apagado sus luces y las tinieblas cubren por completo la ciudad de Madrid, las azoteas de los edificios más altos de la capital han desaparecido ante la fuerza de la noche, y solamente los pequeños murciélagos revolotean ajenos a todo sorteando con habilidad las enormes estructuras de acero y cristal...

Nunca se le había hecho de noche al equipo del teniente Salvatierra, el peligro que eso conlleva siempre se ha tenido muy presente; con sólo las luces del blindado no es suficiente y los muertos son bastante más activos de madrugada y, por lo tanto, más peligrosos.

El resto de los soldados que se han quedado en el cuartel improvisado les reciben con evidentes gestos de preocupación. La hora no es la habitual ni mucho menos. Uno de los responsables del grupo se acerca al tanque, esperando la apertura de la escotilla. De ella emerge Iker, con gesto serio y clavando la mirada en el hombre.

—¿Qué ha pasado, teniente? Estábamos realmente preocupados —comenta el soldado.

Iker desciende del Leopard, y tras él, los demás soldados, entre ellos Aitor, que ante la sorpresa generalizada, porta en brazos a la joven rescatada de aquel piso lúgubre y siniestro.

Le ayudan entre tres personas a bajarla del tanque e inmediatamente van a buscar una camilla de las que disponen en el almacén. La chica permanece en silencio, la mirada sigue perdida, su rojo pelo juega con la pequeña brisa que corre en esta noche llena de esperanza.

—Espero que esto te sirva de respuesta —contesta Iker señalando con la cabeza a la chica.

Ya se la han llevado al interior del estadio, una compañera se ocupará de ella a partir de ahora. Pero a pesar de su estado, tiene que pasar por el mismo protocolo que los demás supervivientes soportaron en su día, por lo que inmediatamente es trasladada a la zona de aislamiento, curiosamente, el vestuario de los equipos visitantes, ahora convertido en una pequeña e improvisada celda.

Una vez allí, la soldado le va quitando la ropa lentamente, y mientras lo hace, trata de observar cualquier signo de violencia, herida o arañazo sospechoso.

—Muy bien, cariño, lo estás haciendo muy bien. Estate tranquila, que aquí estás a salvo, todo ha pasado ya para ti —le susurra cariñosamente para ganarse la confianza de la chica.

Una vez completamente desnuda, la acompaña a duras penas hacia las duchas para asearla en condiciones. Presenta llagas en la piel por la falta de higiene y por tener que hacerse sus necesidades encima.

Las arcadas afloran en la garganta de la soldado por el desagradable olor que desprende la pobre desgraciada. Trata de disimularlas haciendo que tose para no

hacer sentirse violenta a la chica.

La soldado se enfunda unos guantes, y mientras la va lavando, revisa cada centímetro de su cuerpo a conciencia deteniéndose en cada marca que se encuentra. Ella es uno de los pocos médicos de los que disponen en el estadio, pero por fortuna, uno de los supervivientes que llegó hace apenas un mes también lo es.

Aparentemente no se aprecian signos de mordiscos o heridas, sólo una evidente desnutrición y los enrojecimientos típicos en estos casos de falta de higiene.

—Madre mía, cielo, no sé cómo has podido aguantar en este estado —le comenta la soldado, acariciándole el pelo.

La chica sigue sin decir nada. Ahora está limpia y procede a vestirla con uno de los uniformes verdes de invierno del Ejército español, le queda un poco grande pero abriga. Hay que seguir el protocolo, y debe permanecer allí al menos cinco días. Le han dado algo de comer y de beber. En un principio, ha ignorado los ofrecimientos de sus salvadores, pero finalmente el hambre puede más que el estado de shock que presenta.

Ahora hay que dejarla descansar, seguramente lleva demasiado tiempo sin poder hacerlo. Al menos ahí estará segura sin el miedo constante a que alguno de esos horribles seres derribe su puerta y la devore viva.

Iker se reúne con los soldados en la sala de prensa, aquella en la que Mourinho dejaba sus «perlas» a los periodistas después de cada partido. Ahora la rueda de prensa es bastante diferente y sus protagonistas también, el motivo de la reunión ya nada tiene que ver con los árbitros o con las alineaciones del Real Madrid. Se reúnen para explicar cómo ha sido la expedición, lo que se han encontrado y las consecuencias de su salida.

—Señores, el exterior cada vez está peor. Miles de infectados campan a sus anchas por toda la ciudad y cada vez son más —explica Iker.

—¿Dónde habéis encontrado a la pelirroja? —pregunta Paco.

—Cerca de la estación de Atocha, es lo único con vida que ha quedado por allí, es una auténtica catástrofe —responde cabizbajo—. Es la primera vez que llegamos tan lejos y creíamos que nos encontraríamos con algo más positivo. Pero supongo que según bajemos más hacia el sureste, peor será la situación.

—El Prado se ha incendiado y toda la Castellana está plagada de esos bichos. También Recoletos, Cibeles y la estación de Atocha —comenta Aitor.

Todos callan, sus caras reflejan claramente los pensamientos oscuros que crecen según el teniente Salvatierra va relatando la situación. Algún día tendrán que salir ahí fuera para tratar de limpiar las zonas más infestadas de muertos, y eso implica tener que entrar dentro de edificios. Alguno traga saliva sin poder evitar que se le oiga hacerlo.

—Una pancarta nos alertó y de inmediato fuimos al edificio en busca de supervivientes. Sé que una de las normas básicas es no penetrar en ningún inmueble por lo peligroso que resulta, pero la alta probabilidad de poder encontrar a gente con

vida hizo que nos arriesgáramos —explica Iker—. Afortunadamente, todo salió bien y ahora somos uno más, pero reconozco que hemos asumido un riesgo totalmente innecesario. Pero lo hecho, hecho está, y ahora toca preparar la siguiente salida, que será mañana por la mañana a primera hora. Recorreremos la misma zona, aunque esta vez nos acercaremos más a la zona de Pacífico.

Saben que es una zona límite con las denominadas por Iker «zonas cero», es decir, que existe un hospital por los alrededores, y además, esta en concreto tiene dos cerca: el Gregorio Marañón y el Infanta Leonor, en Vallecas, bastante cerca de Pacífico.

Todos son conscientes de que los alrededores de los hospitales son zonas prácticamente impenetrables, y que el día que tengan que intervenir en alguno tendrá que ser con artillería pesada y desde el aire, con el único helicóptero del que disponen.

Su objetivo es conseguir que los alrededores del estadio sean lo suficientemente seguros como para que la gente pueda establecerse por la zona, restablecer los servicios de luz y cercarlo todo para que los infectados no puedan penetrar en ella. Y para ello se necesita tener controlado el Hospital de La Paz y el Ramón y Cajal, muy cercanos al Bernabéu y dos de los principales focos de infección.

El equipo de Iker lleva mucho tiempo preparando el asalto a la zona, pero necesitan que el número de supervivientes vaya aumentando lo suficiente como para poder garantizar el éxito de la operación.

Además, una vez reunida la cantidad necesaria de gente, hay que prepararlos y adiestrarlos por lo menos con unas nociones básicas del manejo de armas y técnicas de combate.

Otro punto del día es el cultivo de frutas y hortalizas en el césped que antes era pisoteado por millonarias estrellas del fútbol mundial. Desde hace unas semanas, un grupo de ciudadanos que vinieron desde uno de los barrios de la zona se ha dedicado a plantar diversas hortalizas por todos los laterales del campo, ya que el equipo de Iker no sólo ha patrullado para buscar supervivientes, sino también para poder traer comida y víveres para abastecer a la gente, aunque ya disponían de bastante comida enlatada del ejército. Y uno de los botines recaudados fue un cargamento de semillas y árboles frutales que cogieron de un vivero que estaba por la zona de plaza de Castilla.

Y en eso se afanan estas personas, en intentar hacer del campo de fútbol una huerta que les permita sobrevivir sin necesidad de latas ni salidas arriesgadas al exterior. Como unos siglos más atrás, ahora toca empezar de cero, alimentarse de la tierra y sobrevivir con lo más básico.

Ya es tarde y mañana tienen que volver a salir, es hora de descansar. A los que no han salido les toca guardia en las torres de acceso al estadio. La noche se presenta más oscura de lo normal y un extraño silencio encoge sus corazones.

Aún permanecemos tirados bajo los asientos del coche, no sé exactamente cuánto tiempo llevamos así pero mis huesos empiezan a decir basta. Hemos tenido que pasar aquí la noche desde que ayer nos rodearan los infectados al quedarnos parados en el gran atasco.

Nos las dimos de triunfadores al inicio de la marcha, todo estaba saliendo a pedir de boca: pistola cargada y coche llenito de gasolina, unas esposas y toda una carretera lista para nosotros. Todo se fue a la mierda en cuestión de minutos.

Ellos siguen ahí fuera. No sé si son capaces de olerlos, pero no se separan del coche ni un momento, aunque el hecho de que no golpeen los cristales me da a entender que no saben que estamos aquí dentro.

Un movimiento brusco y todo habrá terminado para nosotros, lo sabemos, y por eso permanecemos en un silencio sepulcral.

Hemos cometido un error, teníamos que haber previsto que todo el mundo habría tratado de huir de sus barrios, de sus casas, y por tanto, que la carretera estaría colapsada, con los coches detenidos en una hilera interminable de chapa y asfalto.

Como es de suponer, no se distingue rastro alguno de vida. Los que pudieron salir de sus coches cayeron a manos de los infectados que en ese momento ya invadían la zona, los que decidieron permanecer dentro fueron cazados uno a uno por esa manada hambrienta de muertos.

Hace apenas dos horas, un grupo de pequeños monos parecidos a lémures ha pasado por encima de nosotros, saltando sobre los capós e introduciéndose curiosos en algún coche abierto en busca de comida.

Hemos tenido que frotarnos los ojos para comprobar que era cierto, que no era una alucinación por la noche en vela que hemos pasado aquí dentro.

No es del todo raro, seguramente provienen del parque temático de la naturaleza Faunia, prácticamente a un par kilómetros de nuestra posición. Supongo que los encargados de las instalaciones de los animales ahora están ocupados en comerse a los visitantes, o a lo que quede de ellos.

Lo que más me ha llamado la atención es que han pasado entre los infectados sin provocar ninguna reacción en ellos, ni buena ni mala; alguno les ha dedicado una mirada curiosa y ha vuelto a sus andares sin rumbo.

Si hay alguien en el mundo tratando de averiguar qué ha pasado y cómo solucionarlo, debería tener este dato en cuenta; no sé si será trascendente o no, pero por comprobarlo no pasaría nada, aunque supongo que ya lo habrán pensado.

—Alfonso, mira con cuidado por la ventanilla. El grupo más numeroso se ha dirigido hacia el sentido contrario, el que va hacia Valencia. Creo que algo les ha llamado la atención —comenta Pedro entre susurros.

—Creo que sí, hay una persona en un coche que no para de moverse y van hacia ella. Más le vale que salga de ahí cuanto antes —respondo sin dejar de mirar la

escena.

—Pues entonces tenemos una oportunidad de oro para salir de aquí. Vamos a esperar por si acudieran más a por ese tipo —susurra Pedro.

Las lunas tintadas del Honda nos dan una mínima seguridad de no ser vistos, pero no tendremos oportunidad de fallar: si no conseguimos salir de aquí, estaremos muertos.

El grupo de infectados ya ha llegado a la posición del coche en cuestión. Su ocupante, al verles, ha dejado de moverse y permanece agazapado en su interior, supongo que aterrado.

Le han visto, un gemido horrible de uno de ellos lo confirma, y el resto comienza a golpear el vehículo con todas sus fuerzas. El coche se mueve de un lado a otro como si de un balancín se tratara.

No creo que tenga la más mínima oportunidad, está encajonado entre varios automóviles y eso hace imposible la huida. A pie tampoco lo conseguiría, son demasiados.

Solamente sus ventanillas le hacen las veces de escudo. Escudo que dura unos segundos, ya que uno de los infectados consigue romper la luna trasera con un fuerte golpe de su puño.

Al pobre hombre, víctima de la desesperación y del pánico, no se le ocurre otra cosa que abrir la puerta del conductor para tratar de huir a pie. Evidentemente, la masa de muertos lo aborda enseguida dando cuenta de él en cuestión de segundos.

La imagen es desgarradora. Marta no ha querido mirar ni un solo instante, se imagina que podrían hacer lo mismo con nosotros si cometemos el mismo error que ese pobre infeliz.

—Dios mío, si no lo veo, no lo creo —comenta Cristian.

—Esta es la oportunidad de salir de aquí, tenemos vía libre ahora que la mayoría de ellos están ocupados —añade Pedro.

Al ser los últimos en llegar, no tenemos tráfico detrás de nosotros, por lo que tenemos que hacer la maniobra de marcha atrás y girar el coche lo suficientemente rápido como para que no logren echarse encima de nosotros los que aún nos rodean, que todavía son bastantes.

—¿Estáis listos? —pregunta Pedro.

Todos estamos de acuerdo. Marta y Cristian permanecen inclinados en los asientos traseros, mientras que Pedro sigue al volante. Esperemos que su pericia nos vuelva a sacar de un buen aprieto.

Arranca el coche y, en una milésima de segundo, pone la marcha atrás acelerando lo más que puede, soltando el embrague hasta que las ruedas del coche empiezan a girar desorbitadas desprendiendo el característico humo blanco de la goma quemada. El vehículo sale disparado unos metros y, en una maniobra muy brusca, Pedro consigue girarlo y situarlo en el sentido contrario. Por un momento, el coche se ha puesto a dos ruedas, aunque levemente, pero lo suficiente como para tener que

agarrarnos todos a lo que hemos podido.

Huele a goma quemada en el interior del coche, mientras Pedro se dirige a toda velocidad hacia la salida de la autopista, que en realidad es la entrada, y por el camino no podemos evitar llevarnos por delante a más de uno de esos seres, pero ya estamos fuera.

—Yehaaaaaaa... ¡Toma ya! —grita. La adrenalina acumulada durante toda la noche explota en el interior de Pedro, que no duda en mostrar su excitación por la maniobra realizada y que nos ha librado de una muerte segura.

Ahora nos toca deshacer el camino recorrido, lo mejor será avanzar hacia el centro de Madrid por la ciudad y probablemente callejear; seguramente no habrá tantos coches bloqueando las calles y siempre tendremos la posibilidad de las aceras.

Suponemos que los muertos se dirigirán a zonas más abiertas y Vallecas es un barrio en el que, desde luego, no abundan las grandes avenidas.

Recorremos la avenida de la Democracia en dirección a Villa de Vallecas. Aún sigue ahí nuestro «coche de emergencia» oculto tras los árboles, y el Hospital Infanta Leonor nos vigila a nuestra izquierda.

—Ha faltado poco, muy poco —comento mirando hacia el infierno en el que se ha convertido el hospital.

—Sí, pero lo hemos conseguido, que es lo importante. Lo siento mucho por aquel hombre, pero sin saberlo nos ha salvado la vida —responde un seguro Pedro.

En la rotonda de entrada al barrio giramos hacia la derecha, pero en sentido contrario, ya que aún permanecen los restos del famoso accidente que pudimos ver desde el mirador de mi casa. Los muertos recorren la avenida de la Albufera como meros transeúntes, parece que se dirigen a sus trabajos o a sus casas, vagan de un lado a otro girando sus cabezas al paso de nuestro coche y posteriormente dirigiéndose hacia nuestra dirección.

Subimos hasta Miguel Hernández y allí nos tenemos que detener. Por lo visto, los vecinos de la zona, en un intento de retener a los infectados, hicieron una barricada cortando el paso en ambos carriles y aceras, provocando que mucha gente que huía de Villa de Vallecas se quedara atrapada sin poder pasar.

—¡No me jodas! ¿A quién se le ocurre hacer semejante barbaridad? ¿Salvarse a costa de encerrar a los demás? —protesta Pedro observando la enorme barricada.

Coches, cubos de basura llenos de sacos de tierra, contenedores metálicos de obra. Todo puesto a conciencia para asegurar el perímetro de la zona.

Desde luego, un error: lo único que consiguieron fue que mucha gente agonizara sin tener oportunidad de escapar del horror que tenía a sus espaldas proveniente del Infanta Leonor.

A nosotros no nos va a detener una barricada, conozco bien la zona y sé cómo sortear esta barrera que tenemos frente a nosotros.

—Pedro, da la vuelta y yo te digo cuando parar, por favor —le indico.

Hago retroceder a Pedro hasta una salida que comunica el área de Miguel

Hernández con la avenida de la Albufera; es la calle Fuengirola, que tiene una gran pendiente de subida utilizada únicamente por los vecinos de la zona, ya que está un poco escondida. La recorreremos en sentido contrario y subimos hasta la calle Rafael Alberti. Por lo que podemos observar, la barricada desde luego no sirvió para librarse de los infectados, ya que miles de ellos campan a sus anchas por las amplias calles de la zona.

Seguimos subiendo por las calles paralelas a la Albufera, esta vez por la calle de los Riojanos para desembocar en la avenida de Pablo Neruda, que tomamos a la derecha para volver a incorporarnos de nuevo a la avenida de la Albufera a la altura de Alto del Arenal.

La barricada está superada. Los vecinos que la montaron, aparte de no pensar en los demás, no tuvieron en cuenta las decenas de calles adyacentes que llegaban hasta ellos. Los centenares de cuerpos mutilados y destrozados que llenan las calles así lo demuestran. Varios de ellos aún sirven de alimento para algunas de esas alimañas, que arrodilladas ante ellos, continúan con su desesperada tarea de desgarrar su carne.

Ya han pasado casi treinta horas desde que salimos de casa y, a lo lejos, aún puedo ver la urbanización donde se han quedado, esperando una ayuda que no sabemos si vamos a conseguir, Lorena, Araceli, Soraya y los niños.

A este paso llegaremos al centro de la ciudad dentro de tres días, contando con que tengamos suerte.

Según vamos avanzando, vamos comprobando el estado en el que se encuentra la zona: muchísima suciedad en las calles, coches abandonados, comercios saqueados y algún edificio ardiendo.

Llegando a Buenos Aires y Poztargo, observamos el estadio Teresa Rivero; su fachada que da a la calle Payaso Fofó está parcialmente derruida, parece como si hubiese sido bombardeada.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? Parece Sarajevo cuando la bombardearon — comenta Pedro, frenando ligeramente el coche para observar la escena.

—Pues que no te extrañe que haya sido alguna bomba lanzada desde cualquier avión del ejército, a lo mejor el estadio estaba lleno de ellos — respondo.

No sólo el estadio del Rayo está en ruinas, varias casas de los alrededores también han sido alcanzadas por lo que suponemos que han sido bombardeos.

Es increíble ver cómo ha quedado mi barrio, las calles que tantas y tantas veces he recorrido con los amigos, en la adolescencia, en la infancia. Ahora, los cascotes y la destrucción son los protagonistas de esta escena dantesca y horrible.

No queda más remedio que dejar los recuerdos atrás y seguir con nuestro camino antes de que formemos parte de este paisaje desolador.

Después de casi dos días, por fin hemos abandonado el barrio y nos dirigimos por la avenida Ciudad de Barcelona en dirección a la estación de Atocha. Una vez allí, giraremos hacia el paseo del Prado y hacia la Castellana y entonces buscaremos a alguien que nos pueda echar una mano. Suponemos que allí habrán tenido más

posibilidades de sobrevivir, los barrios más ricos son siempre los que primero reciben las ayudas.

Son las nueve de la mañana, el sol ya está en todo su esplendor y sus rayos rebotan en la cristalera del monumento que Madrid un día dedicó a los caídos en los atentados del 11-M.

Aunque sólo sea por ellos, tenemos que sobrevivir, no murieron para vernos rendidos así. El monumento representa a la Libertad, esa que nos tenemos que ganar luchando.

Son las ocho y media de la mañana, Aitor revisa el depósito de combustible del Leopard. Todo en orden, los niveles son correctos y está listo para su salida inmediata.

Iker ya ha repasado a la pequeña tropa que hoy le acompañará en su inspección del perímetro de la zona de Retiro, concretamente la zona que se dejó por mirar debido al rescate inesperado de la joven aún desconocida, ya que continúa sin articular palabra.

La soldado médico permanece con ella en todo momento, tomándole la temperatura, la tensión, incluso dándole conversación para entablar con ella algo de confianza. Todo ello sin éxito alguno, pero con la esperanza de poder establecer pronto contacto con esa mente perdida en lo más profundo del miedo. Esperan que pronto se recupere y pueda dar algún detalle de lo que vivió, a lo mejor sirve de ayuda tener ciertos datos más específicos de los que tienen en la actualidad.

Están listos, esta vez los soldados que ayer acompañaron al teniente Salvatierra se quedan en la base, y el resto sube al tanque. Iker lo hace así para no tener que someter a tanta presión a la misma gente, ya que salir ahí fuera supone tener que vivir ciertas cosas bastante desagradables, aun estando entrenado para ello.

—Teniente, todo listo para la salida a la espera de su orden —comenta Aitor.

—Vámonos pues. Deseadnos suerte, chicos —dice Iker.

La gran compuerta lateral se abre lentamente; luego, mientras el pesado tanque avanza, la puerta se va cerrando poco a poco a su paso. No quieren intrusos no deseados, un caso de infección dentro de la base y seguramente todo se vaya al traste.

Enseguida el blindado coge dirección sur por la Castellana. Las majestuosas Torres de Europa se erigen ante tanta crueldad y horror, apenas tienen ningún desperfecto, aunque se distingue algún cristal roto en las plantas superiores.

Una de las últimas emisiones de televisión se realizó desde allá arriba, en una de las azoteas, pero no se ha sabido nada de aquel equipo de reporteros, no se sabe si intentaron huir o simplemente siguen ahí metidos sin poder salir.

Es una duda que no van a despejar: entrar en esas torres es entrar en el infierno, ya que en los últimos días de caos, antes de que todo estallara definitivamente, miles de personas luchaban por entrar en el edificio, al igual que en otros de la zona, sin saber que se estaban metiendo en la boca del lobo. Allí dentro la infección se propagó de manera incontrolada, ya que muchos de los que entraron estaban ya infectados, sin saber que la mordedura que tenían provocaría su muerte y posterior carnicería.

A Iker se le pone el vello de punta con sólo imaginar lo que ha vivido toda esa pobre gente, completamente indefensa y a merced de esas insaciables bestias ávidas de carne humana.

En este mundo en el que ahora viven, la supervivencia pasa primero por no cometer errores, por mucho que piensen que no pasa nada por arriesgarse por una

vida humana, una vida más, o mejor dicho, una muerte menos. Una cosa es entrar en un edificio antiguo de tres o cuatro alturas y otra muy distinta es jugarse la vida absurdamente en un edificio de tal magnitud.

Dejada atrás tan emblemática construcción, nos encontramos a la derecha la Torre Picasso, igualmente sitiada por los muertos, que deben recorrer su interior como antiguamente lo hacían miles de ejecutivos atareados y superocupados en sus cosas.

Todo el eje financiero de Madrid presenta el mismo aspecto que antes, eso sí, sin vida alguna en sus alrededores, al igual que pasa con El Corte Inglés de Castellana. Resulta raro verlo de esa manera, completamente saqueado. Cientos de bolsas con su logo invaden los alrededores del edificio; su último cartel publicitario cuelga peligrosamente de la fachada, es cuestión de tiempo que caiga, y si hay un poco de suerte, logrará aplastar a algún que otro infectado.

El imperio del comercio yace en el suelo como lo hacen ahora todos sus antiguos clientes.

Se aproximan a la zona de Recoletos, son las nueve menos cuarto y por allí empieza a mostrarse más actividad de los infectados. Las llamas del Museo del Prado se agitan al viento cada vez más vivas, parece que tienen «efecto llamada» para estos pobres desgraciados que, lentamente, se agolpan en sus alrededores contemplando el rojo fuego y el sonido de los chasquidos de las llamas. Más de uno arde sin inmutarse apenas, se están acercando demasiado. Es como si se sintiesen atraídos por el movimiento de las llamas, como las polillas van a la luz y las abejas al polen.

—No tendremos tanta suerte de que se quemen todos a la vez —comenta uno de los soldados sin dejar de mirar.

—¿De qué nos serviría? Sólo serían trozos de carne chamuscada y el problema seguiría estando delante de nuestras narices. Seguid con la marcha —ordena Iker.

Llegan a la zona de la glorieta del Emperador Carlos V, un brillo lejano obliga a detener en seco el Leopard. Rápidamente Iker abre la escotilla y con sus prismáticos otea el horizonte en busca del origen de ese reflejo extraño.

—No puede ser. ¡Es un coche! —exclama Iker sin separar sus ojos de los prismáticos—. ¡Vamos! ¡Poned rumbo hacia el vehículo avistado!

Pedro mantiene el rumbo estipulado mientras yo trato de no perder detalle de la zona. Pasaba muy a menudo por aquí. El tráfico, los atascos mañaneros, los taxis de Atocha... no queda nada de eso. Es una sensación extraña y curiosa al mismo tiempo.

Un frenazo en seco hace que casi me coma el cristal del coche. Pedro se ha quedado inmóvil mirando al frente, poniendo la mano a modo de visera. No entiendo nada.

—Ya me estoy empezando a cansar de estos frenazos tan bruscos. Si ves algo, podrías avisar al menos, ¿no crees? —protesto.

Y una vez más, Pedro no articula palabra; primero tiene que sumergirse en sus ocultos pensamientos, para después contarlos a los demás.

Trato de mirar al frente; tengo mis prismáticos, pero el sol no me deja ver casi

nada. Pedro avanza ahora lentamente, en primera, sin quitar ojo de lo que tiene delante.

—¿Qué coño has visto, joder? —Cristian ya está enfadado.

—Mirad al frente por las lunas tintadas, así podréis ver mejor —responde por fin Pedro.

Seguimos sin entender nada, Cristian es el primero que consigue distinguir algo.

—Es un vehículo o algo parecido, no logro distinguirlo claramente, pero lo que sí puedo confirmar es que se mueve —comenta.

El grito de Marta provocado por las palabras de Cristian casi nos deja sordos, ella se afana por asomarse a la ventanilla para distinguir de quién se trata.

Los vehículos están ya a poca distancia y, ahora sí, claramente se ve que es un tanque del ejército. No me lo puedo creer, hemos dado con el famoso grupo de protección que nos anunciaron por televisión aquel día, o al menos espero que no sea un loco que ha cogido «prestado» el tanque para divertirse.

—Espero que no se trate de ningún chiflado —comenta Pedro sin quitar ojo del enorme blindado.

Se sitúan frente a nosotros. Permanecemos dentro del coche con el motor en marcha —nunca se sabe qué puede pasar— cuando de lo alto del tanque emerge una figura humana. Es un soldado de apariencia joven, de unos treinta años, y comienza a hacernos gestos con la mano.

De la parte trasera del blindado salen dos soldados con sus ametralladoras y cada uno vigila todos los ángulos de la calle. El ruido del motor es muy fuerte, por lo que lo apagan para poder hablar.

Nosotros hacemos lo propio y lentamente bajamos del coche mirando a los alrededores para comprobar que todo está despejado.

—Hola a todos. Somos parte del Ejército español, o más bien lo que queda de él. Necesitamos saber si alguno de vosotros ha sido mordido, arañado o puesto en contacto explícitamente con alguno de esos seres —pregunta Iker mirándonos a los ojos.

—No, no hemos sido atacados en ningún momento, no estamos infectados —contesta Pedro.

—Pues volvedos a meter en el coche y seguidnos, tenemos tomado un lugar donde estaréis momentáneamente a salvo. Nosotros os ofreceremos protección hasta llegar allí, no os preocupéis —comenta Iker.

Nos miramos unos a los otros, tengo una sensación de euforia contenida que no sé si podré retener en mi interior por mucho más tiempo.

Obedecemos y nos metemos en el coche para seguir al blindado del ejército.

No puedo creer que todavía haya gente viva y, lo mejor de todo, preparada para sobrevivir en este infierno.

La alegría se desata en el coche, los gritos y los abrazos se suceden entre nosotros como si nos hubiese tocado la lotería. Esto, desde luego, es mucho mejor.

Avanzamos tras el tanque militar por el paseo del Prado; lo primero que vemos es el museo ardiendo, nos pegamos a las ventanillas como si fuéramos chiquillos en un autobús escolar viendo pasar a un deportivo. La imagen es impactante, miles y miles de obras de arte ardiendo sin poder hacer nada, pero lo que más me sorprende es la invasión de infectados que rodean las llamas, parecen hipnotizados por el baile siniestro del fuego.

Toda la Castellana está desierta, salvo algún coche abandonado, sólo rompen la tranquilidad los infectados, como no podía ser de otra manera. El silencio es ahora la banda sonora de este agónico viaje por una de las principales arterias de Madrid.

Al fondo a la izquierda, las Torres de Europa; de frente, las torres KIO, una de ellas visiblemente dañada en la parte más alta, y a nuestra derecha, el Bernabéu. El tanque gira a su derecha y se dirige a una de las entradas del estadio. Extrañados, les seguimos sin rechistar; confiamos en ellos, no nos queda más remedio.

Uno de los portones se abre lentamente saliendo de inmediato varios militares armados para cubrir la entrada de los vehículos. Entramos muy despacio y a nuestra espalda se cierra el portón.

El militar que en Atocha nos hizo las señas se baja el primero del tanque, nosotros también nos bajamos del coche; se dirige hacia nosotros y nos estrecha la mano.

—Bienvenidos a nuestra base. A partir de ahora, esta será vuestra casa.

Son las diez y media de la mañana y aún permanecemos en una sala aislados del resto de la gente que nos ha encontrado. Esto parece que es el vestuario del Real Madrid, las fotografías de los jugadores en cada taquilla lo confirman, jamás pensé que entraría aquí dentro aunque sea en esta situación.

A Marta se la han llevado a otra sala donde estaba otra chica pelirroja y con una especie de pijama verde; no le ha hecho nada de gracia, pero no han dado opción a réplica. Cristian, Pedro y yo permanecemos todavía juntos, esperando a que se decidan a entrar aquí dentro y explicarnos quiénes son, qué ha pasado aquí y cómo lo vamos a solucionar.

—Es increíble lo que nos ha pasado. Todavía no me explico cómo hemos tenido la suerte de encontrarles —comenta Cristian aún excitado.

—Di más bien que han sido ellos los que nos han encontrado a nosotros. Si en ese momento deciden buscar por otra zona, todavía estaríamos dando vueltas por Madrid como unos tontos —responde un preocupado Pedro.

—Qué más da el cómo haya sido, el caso es que estamos a salvo y tenemos una posibilidad de rescatar con éxito a las chicas y los niños —comento.

A las once se presenta ante nosotros un soldado que parece tener un rango; la mili pasó de largo para mí, por lo que no distingo bien cuál es su estatus. Creo que es el mismo que se dirigió a nosotros al llegar al estadio, debe de ser la persona al mando. Entra en el vestuario y se sienta frente a nosotros en uno de los bancos de madera.

—Bueno, supongo que aún estaréis bastante confundidos con todo lo acontecido, ¿verdad? —pregunta Iker.

—Pues un poco sí —contesto.

Los demás permanecen callados, impacientes por saber algo más sobre todo esto que está pasando.

—Soy el teniente Iker Salvatierra, pertenezco a la Brigada Paracaidista con base en Alcalá de Henares. Soy uno de los pocos mandos que ha sobrevivido en Madrid y, que sepa, en España. El resto de los soldados vienen de varios destinos de Madrid, desde Getafe, El Goloso o Torrejón —explica Iker.

—¿Quiere decir que el ejército que tenemos en estos momentos son sólo ustedes? —pregunta Pedro sorprendido.

—Pues si le soy sincero, no lo sé a ciencia cierta, pero desde luego, desde hace mucho tiempo no hemos vuelto a tener contacto con nadie más, lo que nos hace suponer que estamos solos en esto —responde contundente Iker.

El silencio reina en el vestuario durante unos segundos interminables, la esperanza que llenó nuestros corazones va desapareciendo poco a poco según Iker nos va relatando la situación.

—Las personas cualificadas que estamos aquí pertenecemos a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado: unos cuantos policías nacionales y municipales y

un grupo de la Guardia Civil que prestó ayuda cuando el frente del ejército empezaba a resquebrajarse. El resto somos todos militares. No sumamos más de cincuenta efectivos —comenta Iker rompiendo el silencio.

—Dios mío. ¿Y el resto dónde están? —pregunta Cristian.

—Muertos, desaparecidos o vagando sin rumbo ahí fuera —contesta cabizbajo.

Su historia continúa. Todos los demás supervivientes que viven dentro del estadio son personas anónimas que lograron esquivar a la muerte y llegar hasta aquí, y a otros tantos los rescataron en las centenares de salidas que realizaron en busca de vida.

Nos explica que debemos seguir un protocolo de seguridad, que debemos permanecer aquí dentro unos cuantos días, para asegurar que todo va bien.

—Lo que no entiendo es cómo habéis llegado hasta aquí, y sobre todo viniendo desde Vallecas, una de las zonas que nosotros llamamos «caliente» —dice Iker.

—Bueno, digamos que hemos tenido bastante suerte, sobre todo la última noche. Seguramente le costaría creer nuestra historia —explica Pedro.

—Supongo que tendremos tiempo más que suficiente para hablar largo y tendido de todo eso y de más —añade Iker.

—Sí, pero lo que nos preocupa en estos momentos es que tenemos a unas amigas y a unos niños aún encerrados en nuestra casa de Vallecas, y tenemos que rescatarles como sea —digo.

—Lo tendremos en cuenta, pero de aquí no podéis salir al menos en cinco días. Es por la seguridad del estadio, tenéis que comprenderlo —comenta Iker.

—¿Cinco días? ¿Está usted loco? Son nuestras mujeres y mis hijos los que están allí encerrados y muertos de miedo. Si tardamos tanto en acudir, perderán toda esperanza y nos darán por muertos —protesta enérgicamente Pedro.

—Lo siento mucho, pero son las normas. Tenemos que garantizar la seguridad de todo el mundo. En cuanto pase todo, acudiremos de inmediato, le doy mi palabra —Iker trata de tranquilizarle.

Pedro se levanta y golpea fuertemente con el puño una de las taquillas adornada con la foto de Sergio Ramos. Cristian trata de calmarle agarrándole por los brazos, pero sólo consigue ser empujado contra la pared.

—¡Ya está bien, por favor! No me obligue a tener que apartarle de sus amigos. Más tarde volveré con la comida y para seguir hablando. Y trate de calmarse —dice Iker—. Desde luego, no es tarea fácil acudir a la zona, tendríamos que sacar dos de los Leopard, con lo que eso supone de gasto de combustible, más acercarse a Vallecas, que fue una de las primeras zonas que cayeron víctima del virus A-24.

—¿Y el resto del país? ¿Se sabe algo de cómo está la situación? —pregunto a Iker.

—No lo sabemos, ya les he dicho que hemos perdido todas las comunicaciones con el exterior. Llegamos a saber que había zonas seguras y, en teoría, limpias de infectados. Se decía que pueblos de la sierra de Madrid eran prácticamente inexpugnables. Cortaron carreteras y aislaron esas localidades para impedir que nada

ni nadie se acercara, el ejército custodiaba esas zonas, pero la caída de Madrid, Cuenca, Toledo y Segovia les obligó a abandonar sus puestos y salir en defensa de las grandes ciudades —responde Iker.

»Barcelona no lo logró. Valencia y toda la costa de Levante, llegando hasta Murcia y Almería, fueron invadidas una tras otra. Fue como una reacción en cadena: de Barcelona huyeron a Valencia y así sucesivamente hasta que provocaron una auténtica masacre.

»Al poco tiempo de esto, Andalucía entera ya era un hervidero de muertos, todas las provincias estaban sitiadas por los infectados. Todas menos Cádiz. Debido a su peculiar situación en el mapa, lograron volar los puentes que conectan la capital con los pueblos de San Fernando y Puerto Real y resultó prácticamente imposible que entraran más infectados, y a los que ya estaban dentro se intentaba ponerles freno. Fue ahí cuando se cortaron las comunicaciones definitivamente y se quedaron totalmente a oscuras.

»No se sabe si Cádiz ahora es una zona segura o no, ni tampoco lo podremos saber, ya que sería un viaje imposible dada la escasez de gasolina y medios de transporte, a parte de la peligrosidad —concluye Iker.

Yo, desde luego, me he quedado bastante desanimado: sabía que la cosa estaba muy fea, pero no tanto. Y supongo que si España está así, el resto del mundo no estará mucho mejor precisamente.

El teniente se retira dejándonos a los tres solos. Cristian está sumergido en sus pensamientos mientras Pedro no para de dar vueltas por la sala, frotándose el puño por el golpe que ha dado a la taquilla. Me está poniendo nervioso, pero entiendo que cada uno reaccione a su manera.

Tengo la sensación de que el peligro real está por venir, de que todo lo que hemos vivido hasta ahora ha sido una pequeña aventura comparado con lo que se nos viene encima.

Sólo espero que podamos tener unos cuantos días de relax, tranquilos, sin tener la sensación de que en cualquier momento uno de esos bichos entrará a por nosotros.

Los días van pasando demasiado lentos. Aún no podemos salir de esta sala, toda decorada de blanco, con sus fotos de los jugadores del Madrid, que si ya antes los conocía, ahora mucho más. Podría recitar de memoria la plantilla al completo y sus trofeos, citados en un mural al fondo de la sala.

Me pregunto qué habrá sido de ellos; supongo que si han sobrevivido estarán en alguna isla de esas que tienen compradas o alquiladas, pescando en alguno de sus lujosos yates o encerrados en sus mansiones sin poder salir de allí.

En este tipo de casos, ¿para qué sirve tener tanto dinero? Ya no vale de nada, ahora sólo es papel tintado con unos números y colores, sin ningún valor. El dinero que ahora funciona es el de la comida, la gasolina y, por supuesto, las armas.

En este tiempo que hemos estado aquí, las conversaciones con el teniente han sido bastante frecuentes. En el fondo siente una admiración profunda hacia nosotros por haber conseguido llegar hasta aquí, sobre todo viniendo de donde venimos. Le hemos contado desde nuestra huida de mi casa a la urbanización de Pedro hasta el rescate accidentado de Soraya en su casa, pasando por nuestro desafortunado encontronazo con ese empleado putrefacto de la gasolinera, donde perdimos a nuestro amigo David.

Pero lo que más le ha sorprendido es cómo pudimos sobrevivir a aquella noche encerrados en el coche. Por mucho que se lo explicamos, no logra entenderlo; la verdad, tuvimos mucha suerte en esa ocasión.

Son momentos duros de recordar, y aunque aquí todo el mundo ha perdido a alguien, no deja de doler, y a cada uno le duele lo suyo y no por eso dejas de ser persona.

Aún tengo en mi cabeza la imagen de David abandonando la casa, con el brazo ensangrentado y sin mirar atrás. Tras el portazo, vino la frustración, la impotencia de no poder ayudarle, de sentir que le había fallado en el momento más crucial de su vida.

Fríamente, sé que no tuvimos la culpa ni él tampoco, y que no podríamos haber hecho nada; lo único, haberle ahorrado la agonía de enfrentarse a ellos quitándole la vida rápidamente, sin dolor, sin sufrimientos. Pero que alguien me explique cómo le quitas la vida a tu amigo de la infancia, aun sabiendo que ya está muerto. ¿Cómo?

Es demasiado tiempo encerrados en este antro y en silencio como para no pensar y pensar, es inevitable. Las imágenes de todo lo vivido hasta ahora, desde que empezó el caos en Madrid, se repiten una y otra vez en mi mente, y siempre pienso que tendría que haber hecho las cosas de otra forma en determinadas ocasiones.

Demasiado tiempo, necesito salir de aquí.

Debe de ser la una, más o menos. La iluminación de emergencia del vestuario no nos permite adivinar en qué momento del día estamos, pero el ruido de mi estómago me hace pensar que el mediodía está cerca.

Nos quitaron todas las pertenencias —relojes, el arma, todo—, según ellos para hacerles una desinfección exhaustiva, al igual que a nuestra ropa.

Parecemos reos, los tres vestidos de verde militar, y Marta desde luego parece cualquier cosa menos un soldado. Afortunadamente, de vez en cuando la permiten venir a visitarnos y así nos quedamos todos más tranquilos, aunque para dormir y comer cada uno tiene que estar en su sala.

Según nos dice ella, esta conviviendo con una chica joven, pero su presencia no resulta muy agradable, ya que apenas come y duerme y tampoco dice ni «mu». Supongo que algo gordo le debe de haber pasado a la pobre, el tiempo lo dirá, o no.

Hoy el teniente nos ha reunido a los cuatro en la sala de prensa. Nos dirigimos hacia ella expectantes por lo que nos pueda comunicar, ojalá sea que por fin hemos acabado con esta tontería de la cuarentena.

La sala está vacía, nos acompaña uno de los militares de confianza de Iker, creo que se llama Víctor. El teniente Salvatierra entra en la habitación y se sienta frente a nosotros. Marta ha llegado también junto con la chica que cuida a su extraña compañera de vestuario.

—Chicos, hoy finaliza vuestro periodo de precaución, o como lo queráis llamar. A partir de ahora formaréis parte del grupo activo que ya convive dentro del estadio —explica Iker.

—Entonces ya podemos salir a por nuestra familia, ¿verdad? —pregunta Pedro.

—No tan rápido, amigo Pedro. Primero tendremos que explicaros cómo funciona todo esto y daros a conocer al resto de la comunidad. La estancia aquí no es del todo gratuita, por decirlo de alguna manera —responde Iker.

—¿Qué quiere decir con eso de «gratuita»? —pregunta Cristian.

—Aquí todo el mundo tiene algo que hacer, un trabajo, vamos. Tenemos gente trabajando en el césped cultivando hortalizas y demás productos del campo, otros se encargan del mantenimiento del estadio y de su limpieza —responde Iker.

—Me parece lógico, entre todos tendremos que colaborar para poder sobrevivir lo mejor que podamos —comento.

—Efectivamente, Alfonso, tú lo has dicho. Por eso tenemos estipulados unos turnos de trabajo que nos permiten organizarnos de una manera justa y equitativa para todo el mundo —añade Iker—. Por supuesto, en los turnos que vosotros tendréis he procurado manteneros juntos, ya que al principio os costará acostumbraros a todo y a todos.

A continuación, nos enseña todo lo que tienen tomado del estadio en un enorme plano del mismo, para después acompañarnos por las instalaciones para que podamos comprobarlo in situ. Desde luego, impresiona ver el terreno de juego con la hierba descuidada y con casi un metro de altura; una de las porterías permanece en su sitio, la otra no está; todos los laterales del césped son ahora terrenos de cultivo, donde se ve a unas personas trabajar en ellos. En el centro del campo, un enorme helicóptero duerme tapado con una lona, dejando ver las hélices de la cola.

En las gradas no se ve nada, sólo los asientos y las palabras «Real Madrid» que forman varios de ellos pintados de otro color.

En los palcos privados se ve movimiento; según nos comenta Iker, son dormitorios de varios de los militares —entre ellos, el suyo— y también de parte de los supervivientes.

—Vosotros tendréis palco, ya que quiero teneros cerca dadas las circunstancias de vuestra llegada al estadio —comenta Iker mirando hacia las estancias.

Los demás duermen en diferentes zonas: unos, en la zona de las lavanderías; otros, en la antigua cafetería, y alguno, en las cabinas de prensa que rodean el estadio.

Bajamos unas escaleras que conducen al aparcamiento. Esto ya me suena, allí está nuestro coche aparcado entre dos columnas y dos inmensos tanques presiden el fondo del parking. También puedo ver varios jeep del ejército y un camión de transporte grande con una enorme cisterna en su remolque, supongo que llena de combustible o agua, todos pintados con los colores típicos del Ejército de Tierra.

Desde luego, lo tienen bien montado, y se me hace raro ver cómo han conseguido transformar un estadio de fútbol en una especie de refugio, con su propio huerto y todo.

El portón de entrada está permanentemente vigilado por dos hombres, que se van relevando con otros compañeros cada cierto tiempo.

—No es la primera vez que tratan de entrar, pero siempre hemos conseguido reducirlos, gracias a Dios son bastante torpes. Los cabrones nos huelen y saben que estamos aquí, el hambre les puede y su rabia crece día a día —comenta Iker.

En las torretas de acceso al campo también tienen algún vigilante por si la cosa se pone fea, y todas las demás entradas al estadio las sellaron a conciencia, dejando únicamente el portón del parking como entrada y salida.

Lo que el teniente teme es que, si un día se reuniera el suficiente número de infectados delante del portón, no se pudiera garantizar que aguantara los envites desesperados de esas cosas furiosas y hambrientas.

—Esperemos que eso no suceda, porque si no, estaríamos perdidos y la única esperanza que tenemos se desvanecería por completo.

Iker cambia de tema radicalmente; nuestras caras son un poema ahora mismo y se ha dado cuenta, por lo que nos hace subir a la parte más alta del estadio para que podamos ver una perspectiva de Madrid.

Desde luego, es increíble el estar viendo esto: simplemente ver cómo deambulan cientos de muertos por los alrededores, sin un rumbo fijo, hace helar la sangre a cualquiera, pero ver cómo unas docenas de infectados golpean sin cesar una de las entradas de las taquillas del estadio preocupa bastante más.

—Nos os preocupéis, llevan golpeando esa puerta desde hace días, pero es porque tras ella está uno de los generadores de electricidad que suministran los servicios más mínimos que tenemos dentro del estadio. El ruido que genera los atrae —nos tranquiliza Iker.

—¿Y no se cansarán de dar golpes? —pregunto extrañado.

—Jamás se cansan, jamás duermen y jamás dejarán de perseguirnos. Algunos se han fracturado los brazos e incluso han perdido la extremidad de dar tantos golpes. Tendremos que poner una solución al respecto, ya que es bastante molesto el ruido que provocan y encima seguramente atraigan a más de ellos al lugar —responde Iker.

—Pero, ¿la puerta está asegurada? —pregunta Marta asustada.

—Tranquila, dentro tiene dos barras de hierro apuntalando la entrada, soldadas a una estructura metálica y anclada al suelo. Necesitarían un explosivo o una excavadora para poder entrar por ahí —Iker sonríe para tranquilizarla.

Todas las entradas tienen la misma seguridad, fue lo primero que hicieron al tomar el estadio: asegurarlo todo para poder establecer, en principio, una base temporal para atender las necesidades del ejército y para organizar un plan para defender la ciudad.

Más tarde, cuando la cosa se les escapó de las manos, decidieron convertirlo en cuartel general permanente, habilitando zonas comunes para el descanso de los civiles que lograban llegar. Poco a poco, han ido modificando las diferentes zonas del estadio hasta lograr que parezca una especie de casa cuartel, cubriendo las necesidades más básicas de la gente que lo habita.

Aunque hay zonas que todavía presentan cierta dificultad para ser protegidas y habilitadas como las otras; por ejemplo, la zona de entrada de mercancías y un almacén donde solían guardar las porterías, material deportivo y cuando se hacían conciertos de algún grupo conocido. Por lo visto, allí las paredes no ofrecen una seguridad tan sólida como la de las otras áreas y el frío es intenso. Además, consideran innecesario poner vigilancia en aquella zona, dadas las condiciones en las que se encuentra, ya que está en la otra punta, en la parte opuesta del estadio, y desde allí es difícil acceder a la posición donde nos encontramos.

Los soldados se ocupan de la logística, de la seguridad y de la vigilancia, y los civiles de las tareas más propias de una casa.

Iker nos dirige ahora a una puerta que presenta una fuerte cadena, muy gruesa, y con dos candados enormes cerrando la entrada a cal y canto.

Antes de abrirla, nos dirige una mirada desafiante y, muy serio, nos avisa de que este lugar es una zona restringida, que no todos los civiles la han visto y que, por lo tanto, procuremos guardar silencio.

—Os lo enseño a vosotros porque tarde o temprano tendremos que salir juntos a por vuestra familia y tendremos que bajar aquí alguna que otra vez —comenta.

Iker saca un manojito de llaves de uno de los múltiples bolsillos de su traje militar, cada una de ellas lleva un llaverito con el nombre de la cerradura que abre. Eligiendo una, abre los dos candados y retira la gran cadena, dejándola en el suelo. La puerta queda abierta y, encendiendo una pequeña luz de emergencia, nos hace entrar tras él.

Lo primero que veo es un montón de cajas de madera rectangulares, apiladas una encima de otra al fondo de la habitación; a su izquierda, unas docenas de bolsas de

deporte negras, también apiladas en un rincón, y al otro lado, más cajas de madera, pero estas son cuadradas, todas ellas selladas con grapas.

No entiendo el secretismo del teniente, no sé qué tienen esas cajas dentro, debe de ser el almacén de la comida.

—Armas —dice Pedro mirando hacia una de las bolsas negras.

—Efectivamente —contesta Iker mirándole a los ojos—. Todo esto es el arsenal que poseemos: cientos de armas, fusiles, pistolas, munición y artillería. También tenemos misiles para el helicóptero que tenemos en el campo.

»Creíamos que íbamos a ser bastantes más soldados de los que somos, prácticamente vaciamos la armería que teníamos en los almacenes del ejército. Lamentablemente, no fue así y muchos de ellos cayeron en las calles como perros, murieron cruelmente por que no sabían realmente a lo que se estaban enfrentando, por culpa de la mala información del gobierno.

»Los miles de muertos que atacaban al mismo tiempo hacían inútiles las balas de los soldados, que uno a uno iban cayendo a merced de las bocas hambrientas de los infectados. Muchos de ellos volvieron heridos a la base del Bernabéu, y lo peor era saber que, aunque aún vivos, ya estaban muertos.

»Algunos de ellos lo sabían y una ola de suicidios sacudió el recinto; con otros hubo que tomar medidas duras, muy duras.

»Jamás podré olvidar las caras de los chavales antes de que un compañero apretara el gatillo, no podré perdonarme nunca por ello, pero no quedó más remedio, eran ellos o nosotros, no podíamos permitir que la infección se propagara por la base. —Iker relata los hechos visiblemente emocionado—. Tuvimos que retirarnos los que éramos en ese momento, y recluirnos en el estadio y esperar a unos refuerzos que no llegaron.

»Y os digo todo esto para que sepáis a lo que nos enfrentaremos juntos, y os muestro lo que hay aquí porque ahora vamos a daros un equipamiento completo y nos iremos al césped del estadio para que probéis vuestras armas y os familiaricéis con ellas.

»Pedro y Alfonso vendrán conmigo y el brigada Aitor en uno de los Leopard, y el otro equipo de soldados irá en el otro.

»Con esto quiero decir que, cuando estéis preparados, iremos a por vuestra familia.

Iker cierra de nuevo la armería.

Ya ha pasado más de una semana desde que Alfonso y los demás se fueron en busca de ayuda. Una semana llena de miedos, incertidumbre, insomnio, dudas y desesperación.

Ahí fuera la situación es insostenible, cada vez hay más infectados rodeando la urbanización, ya saben que están ahí y el hambre insaciable les hace acudir lentamente a por su comida.

Allá en el horizonte, por los alrededores, se les ve subir lentamente por la avenida de la Albufera, unos desde el hospital, otros acuden desde la zona de Palomeras, donde se encuentra el polideportivo y la piscina de verano.

En la verja metálica ya son miles los que están golpeando con fuerza, y con cada golpe, un gemido que le acompaña, atrayendo a los demás.

Dentro de la casa, Araceli trata por todos los medios de mantener a los niños lo suficientemente ocupados como para que no tengan la oportunidad de asomarse a las ventanas, o para que no les entre la curiosidad propia de su edad.

Sergio es el único que se da cuenta de todo. Su única meta es imitar a su padre y salir a la calle a poner solución al problema, por lo que continuamente está haciendo dibujos en folios ambientando su aventura imaginaria en cómics, y viñeta a viñeta, va matando a los muertos con su «ametralladora supersónica».

Araceli es consciente de ello y mantiene bien escondidas las llaves de la casa, ha echado la llave en la puerta y un gran mueble de cajones la mantiene bloqueada; nunca se sabe lo que la imaginación de un niño puede provocar y, si algún infectado logra entrar por la escalera, tampoco lo tendrá fácil para penetrar en la casa.

Por lo demás, Soraya y Lorena ven pasar los días a través de sus pensamientos, y mientras Soraya trata de mantenerse ocupada con los juegos de los niños y con los perros, Lorena se pasa las horas muertas tras las cortinas del salón, con el *walkie* de Pedro en la mano, mirando al exterior sin dejarse ver, observando cómo las hordas de muertos invaden la zona sin remisión, mirando de un lado a otro en busca de un Honda negro que traiga de vuelta a su chico y, con él, la esperanza de la supervivencia.

Pero, por el momento, eso no ocurre. El tiempo transcurrido ha caído sobre las chicas como una auténtica losa; cada hora, cada minuto, es una pura pesadilla, saben que ya tendrían que saber algo de ellos. Vivir alrededor del mismísimo infierno es demoledor.

La idea de la huida cada día es más fuerte, el coche de Alfonso aún está en el garaje y tanto Araceli como Soraya conducen.

Lo único que saben es que lograron salir del edificio, ya que les vieron marchar a toda prisa hacia la sierra de Guadalupe, desapareciendo entre los edificios de la zona.

El frío de diciembre hace más difíciles las cosas. Sin calefacción y sin agua caliente, Araceli se ve obligada a tener que calentar el agua en la vitrocerámica para

poder lavar en condiciones a los niños. El suministro de agua y luz aún sobrevive, aunque en los últimos días el parpadeo de las bombillas hace temer lo peor.

En el momento en que la luz se vaya definitivamente, todo será muy complicado y tendrán que hacerse con el camping gas y lumigas que tienen en el trastero, comprados hace mucho para las escapadas al camping de El Escorial. Pero la sola idea de tener que bajar a los trasteros hace que se pongan a temblar de puro miedo, sin luz en la escalera, a merced de las linternas y sin ningún tipo de protección ni arma para defenderse.

Por ahora, no tienen intención de bajar a menos que la situación se les vaya de las manos, pero saben que tarde o temprano tendrán que tomar una determinación; la ausencia de noticias, tanto del gobierno como de los chicos, hace crecer la sombra en la mente de ellas.

Hoy a Soraya se le ha ocurrido hacer una excursión por la escalera, quiere saber si en el bloque todavía queda gente con vida y ver si pueden hacerse con más comida. A pesar de la negativa de las demás, ha insistido tanto que le han tenido que dar la razón, no quieren dar voces para no llamar más la atención.

Un gran cuchillo de cocina sujetado con la mano derecha acompaña a la chica y, en la otra mano, la linterna, y junto con Araceli, desplaza el mueble de la puerta muy lentamente.

Lorena se está encargando de los niños, los mantiene en la habitación entretenidos con un puzle. Mientras, las dos chicas se dedican una última mirada y prácticamente no necesitan apenas palabras.

—Ten mucho cuidado. Al más mínimo ruido o peligro que veas te vienes rápidamente —comenta Araceli.

—No te preocupes, Ara, sé cuidar de mí misma —responde Soraya, que sonrío y, tras un apretón cariñoso en el brazo, se sumerge en la oscuridad de la escalera.

Araceli cierra la puerta nerviosa, no entiende la cabezonería de Soraya de tener que ir en busca de vecinos, pero no ha podido con ella esta vez.

La luz de la linterna no es muy potente, pero permite ver con suficiente claridad. Soraya sube lentamente al piso superior y, con mucho sigilo, apoya la oreja en una de las puertas blancas, la primera que ha encontrado.

Nada, lo único que se oye son los incesantes ruidos del exterior, el constante golpeteo de los infectados contra las verjas y sus horribles gemidos.

Soraya repite la operación en las demás puertas, sin obtener ningún resultado.

En el quinto piso descubre una puerta entreabierta y, con sangre fría, se decide a entrar.

Los pisos son todos iguales, por lo que entra directamente en el salón. Todo está en orden, parece que la casa descansa ajena a todo lo que está pasando. La luz entra por las ventanas, no le hace falta la linterna.

Según avanza por el pasillo, encuentra ropa tirada por el suelo, armarios abiertos y las camas deshechas. Es evidente que esta gente ha salido despavorida de su casa,

pero, ¿a dónde? Probablemente a su muerte, directamente al infierno.

Una habitación rosa, llena de peluches y juguetes, evidencia que una corta vida ha tenido que lidiar con una experiencia horrible, saliendo de la protección de su habitación, de sus Barbies, de sus padres. La sola idea de imaginarla entre tanta muerte, tanto dolor y tanto sufrimiento, hace temblar a Soraya, que sentada en la cama, abraza con fuerza a un osito marrón.

Una foto tirada en la encimera pone cara a la niña, que junto con sus padres, posa feliz en una playa, con el mar de fondo. Desiré, el nombre de la inocencia interrumpida, un nombre que firma una nota en la entrada de la habitación prohibiendo la entrada a «mayores». Es una linda niña rubia con cara de traviesa y unos enormes ojos muy expresivos. En la foto viste un simpático bañador rosa estampado con motivos de Disney.

Soraya sale de allí, no quiere seguir pensando en el destino de la niña que antes dormía tranquila entre sus sábanas de Hello Kitty, por lo que se dirige a la cocina en busca de algo aprovechable.

El fuerte olor que desprende la nevera hace presagiar que no se pueda aprovechar nada. En un armario encuentra latas de conservas, pocas, pero algo es algo.

Se hace con el botín, mientras registra los demás armarios y puertas que se va encontrando a su paso. No parece que haya nada más que merezca la pena, por lo que vuelve al pasillo y sale del piso.

Enciende la linterna, otra vez la oscuridad inunda sus pupilas. La adrenalina de estar en una casa ajena, registrándolo todo, la ha animado aún más a seguir buscando, se siente fuerte y con ganas de volver como una heroína, por lo que se afana en encontrar algún indicio de vida en el edificio.

Piso tras piso, Soraya avanza sigilosamente, sin apenas hacer ruido con sus pasos, asomándose de vez en cuando por las ventanas de la escalera y comprobando que los muertos aún siguen ahí.

—No se cansan estos cabrones —dice en voz baja mientras decide volver a la protección de la casa.

Enfocando al fondo de la escalera, Soraya baja apresuradamente; esta vez la adrenalina ha desaparecido y el miedo empieza a penetrar en la cabeza de la chica.

Al pasar la mano por la barandilla, algo húmedo le hace retirarla bruscamente y, dándole luz con la linterna, lo ve.

—¡Sangre! —exclama asustada.

Efectivamente, Soraya se ha manchado la mano con una sangre negruzca y maloliente. El miedo ya se ha apoderado de ella definitivamente y la bajada se convierte en desesperación, la respiración es muy fuerte y la precipitación de sus movimientos provoca la caída de las pocas latas de conserva que guardaba en el abrigo.

El eco provocado por las latas en la escalera retumba por cada rincón del edificio; después, silencio.

Soraya se ha detenido en el cuarto piso sin hacer apenas ruido, sólo se percibe su agitada respiración, presta atención a cualquier sonido que pueda salir de la oscuridad de la escalera.

Parece que, por suerte, está sola, y muy despacio, baja lo que le queda.

Por fin está delante de la puerta y, con unos toquecitos, esta se abre para dejarle entrar en la protección de la casa.

Araceli la espera asustada, ha escuchado el ruido de las latas y ya se temía lo peor. Inmediatamente, sujeta la mano de Soraya, que está manchada de sangre, al igual que el abrigo.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te han mordido, Soraya? —pregunta Araceli muy asustada.

—No es mía, te lo juro. La barandilla está toda manchada de sangre —responde angustiada.

—Pues si hay sangre en la escalera, es que alguien ha sido atacado dentro del edificio y, si eso es así, desde luego no sería una buena noticia —comenta Araceli ya más tranquila.

Lorena acude al salón preocupada por el tono de voz de sus amigas.

—Esto sólo va a peor y, sin noticias de los demás, la esperanza está cada vez más lejos. No habrá un mañana para nosotras, no podremos volver a verles, yo no quiero ver cómo morimos de hambre y solas, con los niños en sus camas, preguntando cuándo podrán tomarse un vaso de leche. No aguanto más, me voy a la cama a ver si puedo dormir algo y ojalá no haya amanecer para mí —comenta, tirando la toalla definitivamente.

—Madre mía, otra vez has vuelto a fallar y no sé cuántas veces llevas ya —comenta Iker.

Empieza a perder la paciencia, sé que mi puntería no es la mejor del planeta, pero creo que estoy mejorando, lentamente, pero mejorando.

—Venga, otra vez, y ahora intenta poner más atención al muñeco —insiste Iker.

El teniente tiene montado un improvisado campo de tiro en el césped y las dianas son las figuras que servían de barrera para los lanzamientos de falta en los entrenamientos.

Seguro que Cristiano Ronaldo tenía más puntería que yo, pero es lo que hay, jamás he disparado con un arma, salvo un día que fui de caza cuando era pequeño y disparé con una escopeta de doble cañón, el retroceso casi me disloca el hombro.

Los fusiles de asalto del ejército son muy ligeros y apenas se nota el retroceso, pero se necesita mucha puntería para acertar en plena frente a esos bichos, ya que de otra manera no caerían. Y acertar, acierto, pero les destrozaría el cuerpo antes de atinar en su podrida cabeza.

Pedro es todo lo contrario, el tío no falla un disparo, y además, se le ve que disfruta con el armamento, bastante diferente al que estaba acostumbrado en la Policía. Le da igual la pistola que el fusil, maneja las armas bastante bien, y ha aprendido a desmontarlas, limpiarlas y a cargar la munición de forma rápida.

Llevamos unos días de entrenamiento, y ya estamos un poco impacientes por salir a por las chicas y los niños. Aunque Iker no confía demasiado en nosotros a nivel profesional, sabe que no le queda más remedio que llevarnos si quiere dar con la casa de los supervivientes.

La misión es arriesgada y cara, ya que supone sacar a los dos tanques, con su respectivo gasto de gasolina, que es uno de los bienes más preciados que tienen en el estadio.

Hemos comido a las tres y media, unas latas de lentejas han sido hoy nuestro menú. Se echa bastante de menos el pan, una coca-cola fresca, o simplemente un vaso de leche caliente.

Durante la comida, hemos establecido ya la fecha para realizar la misión y los integrantes definitivos de la misma.

El 25 de diciembre es el día elegido, y no por casualidad: Iker quiere que ese día sea recordado también por el difícil rescate que tienen que realizar.

Las Navidades pasaron a la historia, cientos de años de tradición han quedado sólo en el recuerdo de los que aún sobrevivimos. Y no sólo eso, también cualquier tipo de celebración o fiesta. Si algún día la civilización sobrevive a esta pandemia horrible, tendremos que encargarnos de volver a recordar al mundo lo que fuimos y lo que somos.

24 de diciembre. Por ser la última noche antes de la misión, Iker nos ha permitido

dormir a los cuatro juntos.

Ha sido bonito, prácticamente no hemos dormido en toda la noche, hemos hablado de cómo nos conocimos, de lo que hacíamos antes de que todo esto estallara, de qué manera tan increíble y surrealista el mundo se ha ido a la mierda. Y sobre todo, por qué, no entendemos cómo ha podido suceder algo así.

Yo me acuerdo mucho de mis padres y hermanos, no se me olvida el consejo que di a mi madre de permanecer en casa con los demás, y de que consiguiera provisiones para una larga temporada.

No tengo ni idea de si lo han conseguido o no, pero lo que tengo claro es que lo voy a comprobar, aunque tenga que aprender a conducir un Leopard y adentrarme yo solo en el barrio.

Todavía no se lo he planteado al teniente, pero lo haré en el momento preciso, cuando volvamos de la misión. Tenemos que pasar muy cerca de su casa, y no creo que le importe si nos acercamos para comprobar si sobreviven o no.

A Marta, desde luego, le parece una buena idea y dice que me apoyará hasta el final. Cristian opina lo mismo, pero es Pedro el que pone la nota negativa. No está de acuerdo en poner en peligro al equipo por saber si unas personas mayores, acompañadas de tres personas más, han sobrevivido o no. No le ve garantías, pero aun así, me dice que no opinará negativamente, que son mis padres y que entiende mi postura.

Entre alguna risa que otra y las anécdotas de Cristian, nos hemos dejado vencer por el sueño, y los sueños nos han hecho volver a ser libres de nuevo.

Son las siete de la mañana del día 25 de diciembre. En una situación normal, hoy nos reuniríamos todos en casa de mis padres para celebrar la Navidad, los niños cantarían villancicos para que mi padre les diera el aguinaldo, y después nos iríamos a mi casa a jugar a la Wii.

Pero hoy es diferente: no hay niños, ni Wii, ni villancicos. No hay Navidad, lo único que hay es muerte, devastación, angustia y miedo.

Las luces del vestuario hoy han brillado más que nunca al encenderse; supongo que debe de ser porque hoy hemos dormido menos que ningún día, no sé si por recordar viejos tiempos o porque parecía que, mientras nos reíamos, no había sucedido nada, que saldríamos después de la conversación a la calle, a tomar algo, como cualquier Nochebuena.

Son ya las ocho, y después de un breve desayuno, permanecemos todos en la sala de prensa sentados, esperando al teniente, que llega tarde.

A los diez minutos se presenta en la sala, perfectamente equipado, con su uniforme de camuflaje de la Brigada Paracaidista y su fusil al hombro. Se sienta en la mesa central dejando el arma en la mesa, ojea un plano brevemente y, por fin, nos mira.

Son unos segundos de silencio e incertidumbre, hasta que se decide a hablar:

—Bueno, supongo que estáis más que preparados para lo que se nos avecina, no

hace falta que os diga a lo que nos enfrentamos, sobre todo vosotros, que venís de allí —nos comenta.

Iker se ha referido especialmente a Pedro y a mí, y a pesar de sus ojos desafiantes, su mirada ha transmitido más bien un tono de súplica, como si supiera que todo depende de nosotros.

—Pedro irá en el tanque con Aitor y los demás soldados, y Alfonso vendrá conmigo, solamente los dos. En nuestro tanque entrarán los supervivientes, por eso iremos solos. ¿Tenéis alguna pregunta? —continúa Iker.

El silencio se apodera de la sala. Pedro y yo nos miramos, no sabemos exactamente si callar o bombardearle a preguntas, ya que no estamos acostumbrados a este tipo de experiencias.

Decidimos guardar silencio, ya preguntaré cuando esté a solas con el teniente, me gustaría proponerle lo de mis padres, espero que sepa ver el lado humano y decida ir a por ellos.

Al no haber preguntas, Iker sale disparado por la puerta, perdiéndose por las escaleras que dan a la sala de armamento, aquella que nos enseñó después de nuestra particular cuarentena.

Aitor entra en la sala y nos pide que le sigamos hasta el garaje, donde se encuentran los Leopard. Allí, un grupo de soldados, ya armados, forman en posición de firme, y nos pide que nos pongamos en la fila junto con los compañeros.

Al rato aparece Iker, con dos bolsas negras a los hombros, y al llegar a nuestra altura las deja en el suelo. Por el ruido deben de pesar bastante. De ellas saca nuestros fusiles, dos para cada uno: uno lo llevaremos a la espalda ya cargado y el otro en la mano. Una pistola en el cinto, machete, y munición para los fusiles y la pistola. Parece que nos vamos a la guerra. Todo el equipamiento pesa bastante, menos mal que hemos estado entrenando con el equipo encima siempre.

Me siento un poco más seguro con todo este arsenal adherido a mi cuerpo, desde luego es bastante mejor que aquellas tijeras enormes de podar que me dio Pedro en su casa.

Creo que ya estamos listos, los tanques han sido llenados y revisados, y uno a uno, van entrando los equipos.

Ayudado por Iker, subo al nuestro, y una vez dentro, compruebo la cantidad de luces e indicadores que contiene, sin entender para qué sirve cada uno. El teniente lo conducirá y yo seré su guía, por lo que iremos delante del convoy.

El portón chirría y los Leopard avanzan uno detrás del otro, a paso lento. La calle se abre ante nosotros por primera vez en mucho tiempo y la claridad inunda mis pupilas.

Nada más torcer la esquina y encaminarnos por el paseo de la Castellana, veo una vez más el horror que dejamos atrás el día que nos rescataron. Los miles de muertos que invaden la calle me hielan la sangre. Verles dirigirse al blindado, en busca de su comida, me hace retirar la mirada de la escotilla.

El sonido ronco del tanque no me deja escuchar sus horribles gemidos, pero estoy convencido de que deben de ser terribles.

Lentamente en un principio, avanzamos Castellana abajo, dejando atrás el refugio, a Marta y a Cristian y, quizá, nuestra última oportunidad de vivir.

El convoy avanza ágilmente por la Castellana; los coches que en un principio estorbaban en la calzada se apartaron con el tanque en las primeras salidas de reconocimiento, y ahí siguen, destrozados contra las aceras y jardines que recorren toda esta vía emblemática de Madrid.

Es el camino más seguro, y aunque la calle está plagada de muertos, ya saben que las autopistas están completamente colapsadas.

Los infectados acuden al paso de los tanques, atraídos por el ruido y el movimiento, y seguramente también por nuestro olor. El hambre puede con ellos, y su rabia también.

Yo voy en el Leopard con Iker, y según me cuenta, cuando la gente empezó a huir, lo primero que eligieron fueron las vías de circunvalación M-30 y M-40.

—Toda la gente que vio que la situación era irremediable cogió lo poco que pudo y a sus familias y se encaminó a las carreteras en dirección a otros pueblos, y en general, a la sierra, ya que desde el gobierno se insistía en la seguridad que esos pueblos ofrecían —comenta.

Iker hace una pausa para observar por la escotilla las llamas del Museo del Prado, ya casi extinguidas, pero aún latentes.

—Pero el lugar donde se cometió el principal error, y sobre todo el más horrible, fue en los túneles de la M-30. La Policía Municipal empezó a desviar el tráfico hacia esa zona, con el fin de aliviar la carretera de Burgos, sin saber que estaban enviando a toda esa pobre gente a su muerte. Por supuesto, el túnel se atascó inmediatamente, y muchos de los conductores de los coches, ante la ausencia de movimiento de la caravana, decidieron abandonar sus vehículos y salir a pie. Muchos de ellos ya estaban infectados y murieron allí mismo, otros fueron atacados por grupos de muertos que entraban como enjambres por las salidas de emergencias. El caos fue total y la masacre, horrible; en ese túnel murieron miles y miles de personas en cuestión de horas, muchos de ellos sin poder salir de sus coches, sin ninguna posibilidad de escapar. Y por supuesto, todos ellos fueron resucitando paulatinamente, convirtiendo el túnel en un holocausto de inocentes y aterrorizados vecinos de Madrid. Fue horrible, no pudimos hacer nada por ellos.

El relato es escalofriante, sólo imaginarme la escena me pone los pelos de punta. Apenas hace unos meses, circulaba libremente por esos túneles, unos túneles que tuvieron a Madrid patas arriba durante varios años. Tantas obras y tanto esfuerzo para convertirse en un matadero en plena calle.

Iker me comenta que lograron bloquear varias salidas de los túneles, pero alguna quedó libre debido a que el ejército empezó a tener innumerables bajas en sus filas, y los que quedaban fueron enviados a la sierra para cortar carreteras y proteger a la gente que salía de la capital.

Les dejaron solos, les dejaron morir como a perros, y cortando las salidas, les

encerraron como a un ratón en el terrario de una serpiente, que lentamente se acerca a su víctima para devorarla sin dar oportunidad alguna a una posible huida.

Estamos atravesando en estos momentos la plaza del Emperador Carlos IV, y a nuestra derecha queda la nueva estación del AVE, que se estaba construyendo para albergar los nuevos trenes que el gobierno tenía preparados para llegar a Valencia, Bilbao y otras provincias españolas. Ahora, vacía y sin terminar, caerá víctima de las llamas, como otras tantas construcciones empezadas, y como otros edificios de la zona.

Los tanques bajan por la avenida Ciudad de Barcelona, dejando la basílica de Atocha a nuestra izquierda. Y a la derecha, en uno de los balcones de un edificio, una pancarta pidiendo auxilio llama mi atención.

—Ya estuvimos aquí no hace mucho, poco antes de encontraros a vosotros — comenta Iker—. La chica que comparte habitación con vuestra amiga Marta procede de ese piso, la encontramos dentro de un armario en unas condiciones lamentables. La pancarta llamó nuestra atención y por eso acudimos, a pesar de tener prohibido acceder a las casas, por lo peligroso que resulta. Menos mal que tuvimos éxito, aunque la chica actualmente sigue sin decir ni pío; el trauma ya le dura semanas, no sabemos ni cómo se llama.

»Con vosotros también haremos una excepción, ya que tendremos que meternos en la urbanización y rescatar a vuestra gente, y encima, en una de las peores zonas de Madrid —añade.

Iker sigue hablando, contándome cómo entraremos y en qué orden, aunque desde hace un buen rato he dejado de prestarle atención. Nos acercamos a mi barrio, el de mis padres, Puente de Vallecas, y según nos aproximamos, más nervioso me pongo. La idea me ronda desde hace varios días y cada vez lo tengo más claro.

—¿Me estás escuchando? —protesta Iker, interrumpiendo mis pensamientos con su pregunta en tono molesto—. No me estás prestando atención y lo que te estoy diciendo es lo bastante importante como para que cojas incluso apuntes —me echa la bronca.

—Disculpa, el rescate me tiene muy nervioso. Si no te importa, repítame lo que me habías dicho —le digo.

El convoy pasa por debajo del puente de Pacífico y ya se encamina hacia la avenida de la Albufera, el principio de una de las «zonas calientes».

Comunicación por radio con el tanque de Aitor y Pedro:

—Tigre Uno a Tigre Dos, necesitamos confirmación de combustible y niveles, acabamos de entrar en zona hostil.

—Aquí Tigre Dos. Niveles ok, combustible al máximo aún, preparamos armamento pesado para el Leopard.

—Recibido, Tigre Dos. Nosotros también procedemos a preparar artillería.

Yo procuro mantenerme al margen de cualquier conversación militar, tengo la sensación de que siempre hablan en clave y no entiendo por qué, probablemente sean

los últimos militares vivos de este país, no tendrían por qué seguir las normas tan a rajatabla.

La avenida de la Albufera es un auténtico desastre, me parece increíble cómo era y cómo está, con los coches abandonados en la carretera, las tiendas saqueadas, la suciedad en las calle y los muertos paseando libremente por las calles de mi barrio. Por la escotilla veo las tiendas por donde solía comprar cuando tenía que hacer un regalo, el colegio donde hice la EGB.

Toda la calle está llena de cascotes y basura que tenemos que esquivar con cierta dificultad, zigzagueando continuamente para que no nos detenga ningún trozo de hormigón.

Entre giro y giro, algún que otro infectado cae bajo el peso del tanque, emitiendo su horrible gemido, que aún tengo grabado en mi memoria.

Informo al teniente de que tenemos que desviarnos y salirnos de la avenida, ya que más adelante, por la zona de Miguel Hernández, los vecinos hicieron una barricada que cruza toda la calle, imposible atravesar.

Iker se comunica con el otro Leopard, que ya tenía constancia de la noticia gracias a Pedro, por lo que los dos tanques giran a la derecha por la avenida de Pablo Neruda. Callejeando, y una vez atravesada la avenida de Rafael Alberti, volvemos a la avenida principal, en dirección a la urbanización.

Aquí la cosa se complica, la cantidad de muertos que invade la zona es inmensa, el equipo de Iker no había visto nunca grupos tan numerosos como los que atraviesan las calles.

La urbanización ya se divisa al fondo, aún queda dejar atrás el polideportivo municipal y las rotondas de acceso a la M-40.

—¡Allí está, Iker, esa es la urbanización de mi hermana! —le señalo con el dedo su posición.

Inmediatamente, Iker habla por *walkie* con Aitor, y después de dar instrucciones, los tanques se detienen uno al lado del otro. Las escotillas se abren y los dos soldados asoman medio cuerpo, cargando cada uno con unos prismáticos. Iker otea el horizonte con los suyos, dirigiendo su mirada hacia la urbanización. Aitor hace lo propio, y tras unos segundos fijos en la casa, por fin hablan.

—La zona está completamente invadida de muertos, es evidente que algo les está atrayendo hacia allí, probablemente los supervivientes que buscamos. —Iker lo tiene claro, y sabe que tiene que pensar algo rápido para no tener que abrir un fuego innecesario contra todo lo que se mueva—. Pienso que podríamos lanzar una carga desde una posición más cercana contra los que están en los alrededores, y así facilitar una entrada con más probabilidades de éxito.

—Sinceramente, no me parece una buena idea, el susto que puede causar la detonación por sorpresa no creo que sea muy recomendable para las chicas, y menos para los niños —le aconsejo a Iker.

Como me imaginaba, mi opinión no vale de nada, el plan está decidido y así se

efectuará, le pese a quien le pese.

Los misiles están cargados y listos para ser disparados, todos permanecemos dentro y con las escotillas cerradas y los cascos puestos para amortiguar el ruido.

El tanque hace un giro para apuntar hacia la rotonda que da acceso a la urbanización, plagada de muertos que avanzan hacia las verjas de la entrada.

Una última comunicación por radio indicando coordenadas avisa del inminente disparo.

—Esperemos que tus amigas aún estén vivas, reza por que todo salga bien —me dice Iker.

Las últimas palabras del teniente no las he terminado de entender, pero su tono me ha transmitido tranquilidad.

Después de unos segundos angustiosos, por fin llega: un espantoso estruendo seguido de una tremenda sacudida, que me hace caer de espaldas, golpeándome con una válvula del interior del tanque.

Y desde el suelo escucho la explosión final. El impacto ha sido brutal y la humareda se eleva al cielo, mientras cientos de cascotes vuelan por los aires.

Aún siguen en el suelo, aturdidas, no saben lo que ha pasado ni de dónde ha salido esa tremenda explosión, lo único que saben es que el edificio ha temblado literalmente hasta los límites de la lógica.

Todo está lleno de cristales, las ventanas han reventado por la onda expansiva, y una enorme grieta se abre camino por la pared que da a la fachada.

Lorena consigue levantarse a duras penas, la explosión le ha hecho caer y se ha golpeado con la mesita del salón. Afortunadamente no sangra, y se asoma por la ventana sin cristal para ver si logra entender qué ha pasado ahí fuera.

Lo primero que divisa es muchísimo polvo que impide cualquier tipo de visión, lo cual dificulta también el averiguar el origen de la explosión.

Araceli y Soraya se unen a Lorena, mientras los niños aún permanecen agachados debajo de la mesa grande. Luna no para de ladrar, se ha puesto muy nerviosa y corre por la casa en una carrera sin sentido, incapaz de controlarse.

Por fin parece que el viento va alejando la nube de polvo, y lo que descubre deja a las chicas con la boca abierta.

La rotonda que da acceso a la urbanización ha desaparecido bajo un increíble cráter, dejando la entrada arrasada y libre de muertos y coches.

Araceli sale corriendo hacia su habitación, ha visto algo a lo lejos, y coge unos prismáticos de Pedro que tiene en un armario. Vuelve con las otras, e inmediatamente otea el horizonte, buscando esa mancha verde que ha distinguido en la lejanía.

—¡Es un tanque! ¡Es un tanque! Han venido a por nosotras, estamos salvadas. No me lo puedo creer, estos cabrones lo han conseguido, no sé cómo, pero estoy segura de que vienen de parte de ellos —grita Araceli.

Lorena coge los prismáticos y observa cómo lentamente se van acercando no uno, sino dos blindados del Ejército.

—¡Son dos, Araceli, son dos tanques! —añade Lorena emocionada.

La alegría ahora ha desbordado a las chicas, que pugnan por los prismáticos para ver cómo se aproximan a la urbanización.

Los muertos que se acercaban sin parar a la verja han sido borrados del mapa, y los que ya estaban aporreando la entrada han vuelto sus terribles miradas hacia los tanques, y poco a poco van despejando la zona.

—No sé de quién habrá sido la idea, pero ha sido bastante buena, aunque el susto ha sido tremendo, creía que se me iba a caer la casa encima —comenta Araceli, que no hace más que dar vueltas por el salón, lo que pone aún más nerviosa a Luna, que la sigue gimoteando en busca de una caricia detrás de las orejas para calmarla.

Soraya, que de las tres parece la más tranquila, sale disparada a la cocina.

—¡A ver, venid aquí! Cargad las mochilas con todas las provisiones que tenemos, también ropa y cosas útiles que nos puedan servir, supongo que donde nos lleven no estarán mucho mejor que nosotros aquí —comenta.

Mete las latas apresuradamente en una mochila rosa de Lorena, las manos le tiemblan y su voz muestra nerviosismo, se afana en abrir armarios y cajones en busca de algo que pueda servir.

Lorena sigue asomada con los prismáticos, siguiendo con la mirada cómo se acercan los tanques, aplastando a los infectados que les salen al paso. Los alrededores están llenos de restos humanos, esparcidos por todos lados, alguno todavía se mueve aun estando desmembrado, es espeluznante verles en ese estado.

A Lorena en el fondo le dan pena, antes eran personas como ella, que vivían sus vidas, ajenas al futuro que les estaba destinado a vivir. Ahora su condena es vagar por el resto de los días, sin saber quiénes son, sin recordar nada, sólo saben que tienen hambre y que su comida está ahí arriba, en algún lugar de ese edificio, y que no descansarán hasta conseguirla.

Se escuchan disparos, ráfagas de metralleta que provienen de uno de los tanques, el que va en cabeza; su objetivo son los infectados que tratan de subirse a los blindados, y uno tras otro van cayendo según reciben el impacto de las balas.

Ya se les puede ver sin necesidad de los prismáticos, están prácticamente entrando por lo que antes era una rotonda, esa que han destruido tan delicadamente.

El cráter dejado por la explosión es grande, pero no para esos bichos de acero, que perfectamente pueden atravesarlo sin inmutarse, y es lo que hacen, a paso lento pero seguro.

El militar que está en lo alto del tanque también lleva unos prismáticos y mira fijamente hacia la ventana donde está Lorena. Es evidente que se ha percatado de la presencia de la chica, y automáticamente baja al interior del tanque para informar al resto.

Los dos tanques paran delante de la urbanización mientras cientos de infectados se les acercan emitiendo su horrible gemido, ya familiar para todos los supervivientes.

Soraya ya ha cargado tres mochilas, una de ellas con las cosas de los niños, y ha puesto a los perros las correas.

Están listas para salir en cuanto sea posible, ahora sólo queda esperar a que suban a por ellas y las escolten a los tanques.

Araceli no puede evitar el llanto, aunque trata de disimularlo por los niños, que están muy nerviosos, salvo Sergio, que ha seguido toda la escena desde la ventana de su habitación, totalmente emocionado por los tanques y los militares, y la sola idea de viajar en el interior de uno de ellos le hace temblar de emoción.

Uno de los blindados se acerca a la entrada del garaje, se avecina el momento esperado. Un leve susurro proviene de los labios de Soraya, está rezando. Es lo único que pueden hacer: rezar y pedir salir de allí como entraron, vivas.

Pedro señala el garaje a Aitor, que dirige el tanque hasta la entrada. Tiene en su mano el mando que anteriormente Pedro le ha facilitado, aunque no saben si va a funcionar, ya que la electricidad puede fallar y dejarles con la puerta cerrada, y la entrada tendría que ser a la fuerza.

Al accionar el mando, la puerta emite un chirrido seco, y como si le costara mucho, finalmente se eleva lentamente ante la mirada de satisfacción de Pedro.

El problema es que el tanque no entra por esa puerta, rozaría con el techo y sería imposible, por lo que inmediatamente van bajando uno a uno los militares del blindado, rodeándolo, mientras Aitor y Pedro se deslizan por uno de los laterales, arma en mano, llegando hasta la puerta.

El tanque, en una maniobra, tapona la entrada del garaje para evitar que entren infectados, mientras se cierra la escotilla del mismo.

Los compañeros empiezan a disparar a discreción contra todo infectado que se les va acercando, que son bastantes, cubriendo la entrada de Pedro y Aitor en el garaje.

La total oscuridad les obliga a encender las linternas, mostrando su interior, completamente sucio y con un olor bastante desagradable.

Van sorteando columnas, hasta llegar a la entrada que da acceso a la escalera.

—A partir de aquí vamos con mucho cuidado; la escalera está oscura y no sabemos si con la explosión han podido penetrar en el edificio —ordena Pedro. Se dirige a Aitor como si él fuera el oficial, pero en esta ocasión domina bastante mejor el terreno que él.

Cuando se disponen a abrir la puerta un gemido les hace girar la cabeza, enfocando directamente la boca de uno de los muertos que quedaron atrapados en el interior del garaje en la huida de los chicos.

Sin poder evitarlo, y sin tiempo de reacción, el infectado hunde sus dientes en el cuello de Aitor, provocándole un desgarramiento lo suficientemente profundo como para dejarle casi muerto al instante. La sangre le sale a borbotones, le ha seccionado todas las arterias, y aunque trata de taparse la herida, es imposible. Aitor cae desplomado al suelo, con su verdugo aún enganchado a él, esta vez del brazo izquierdo.

Pedro ha caído al suelo, la escena le ha dejado completamente paralizado, y sin casi espacio para moverse entre él y el festín que se está pegando el monstruo con el que hasta ahora era su compañero.

—¡Maldito hijo de puta! —dice Pedro apuntando con su arma a la frente del pobre desgraciado.

El sonido sordo de la bala retumba en el eco del garaje, el muerto se desploma sobre Aitor, que yace sin vida en un charco de sangre y con el brazo desgarrado por los mordiscos que le ha propinado el infectado.

Todo está lleno de sangre, y Pedro se ha manchado el traje, pero afortunadamente no está herido y lo puede contar. Ahora toca lo más difícil, tendrá que rematar a su

compañero, porque en cuestión de minutos se levantará y su presa será él.

Apuntando con la pistola a la frente de Aitor, Pedro aprieta el gatillo sin querer mirar, evitando la posibilidad de que se levante y se una a los millones de muertos que pueblan ahora todo lo que antes conocíamos como nuestro hogar.

Inmediatamente, uno de los militares se acerca a Pedro por el sonido de los disparos y, al contemplar la escena, se echa las manos a la cabeza.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado aquí? —pregunta uno de los compañeros de Aitor.

Pedro, aún con el arma humeante en la mano, está mirando al suelo en dirección a su compañero muerto.

—No sé qué ha pasado, se nos ha echado encima de repente, no lo hemos podido esquivar, ha sucedido todo demasiado rápido. Ya perdimos a un amigo de igual manera. Una vez que los tienes encima, es prácticamente imposible deshacerte de ellos —responde Pedro.

—Tengo que informar al teniente Salvatierra de inmediato, tenemos que tomar decisiones al respecto —dice el soldado. Y tras estas palabras, abandona a Pedro en busca de su teniente para darle las desgraciadas novedades.

Pedro permanece sentado en el suelo del garaje, retirado de la sangre, con sus manos apoyadas en las rodillas. A pesar de su profesión de policía y de vivir muchas cosas bastante desagradables, esto se le hace demasiado duro, ni siquiera su carácter frío le ayuda en estos momentos.

Por fin voy a salir del tanque. Tengo ya ganas de ver el exterior y poder volver a reunirme con Lorena y las demás.

Se escuchan muchos disparos; yo también quiero un poco de acción, poder poner en práctica todo lo que he aprendido.

De pronto, uno de los soldados del otro tanque se aproxima corriendo y dando voces. Por lo que he escuchado, hay alguien herido, no sé quién, y requiere la presencia del teniente.

—Prepárate, vamos a salir a bailar ahí fuera —comenta Iker.

Y con estas palabras, sale del tanque disparando hacia uno de los laterales.

—¡Venga! ¡Salta ya, lo tienes todo despejado! —me grita.

Ya no siento las mismas ganas de salir que antes, el panorama es distinto visto desde lo alto del tanque.

No quiero pensármelo más veces, y por fin me decido a salir, con el arma bien agarrada entre las dos manos, y ya amartillada para ser usada si fuera preciso.

Inmediatamente, Iker se pone en marcha, voy detrás de él, y enseguida nos metemos en el garaje.

Las luces de las linternas nos guían en la oscuridad, y allá al fondo distingo una figura sentada en el suelo, no sé de quién se trata.

Cuando ya hemos llegado a la zona de acceso a la escalera, una imagen me hiela la sangre. Ahí, en el suelo del parking, yacen sin vida Aitor y otra persona en un

charco de sangre inmenso, ambos con desgarros y sendos disparos en la cabeza. Junto a ellos, Pedro permanece sentado en el suelo, con la mirada perdida en la oscuridad, con los ojos apagados, sin expresión.

—¿Pero qué ha pasado? ¡Pedro, dime qué ha pasado aquí!

Iker coge de un brazo a Pedro y trata de incorporarlo, sin apenas moverle del sitio.

—¡Venga, coño! Apenas tenemos tiempo para cogerlas y salir de aquí, de nada sirve lamentarnos ahora. Vamos, levántate y llévame al piso de las chicas. —Iker no muestra ningún tipo de sentimientos, debe de ser el entrenamiento al que está sometido, pero el caso es que tiene razón, de nada sirve quedarse aquí mirando un cuerpo que ya no va a volver con nosotros.

Pedro por fin reacciona, y abriendo la puerta, empieza a subir las escaleras. Los demás le seguimos; ya hemos hecho esto otras veces, pero ahora tenemos la seguridad de llevar armas con nosotros, aunque de poco le han servido a Aitor.

En la escalera se ven los rastros de sangre que dejó David, o vete tú a saber de quién es, el caso es que ya nos encontramos en la entrada de la vivienda de Pedro y Araceli.

La puerta se abre directamente, desde la mirilla nos estaban esperando, y tras ella, Araceli se abraza a Pedro hecha un mar de lágrimas.

—Cariño, has vuelto, sabía que volverías, siempre lo haces, como cada día que te ibas de servicio o te llamaban con alguna emergencia en plena noche.

Pedro la abraza mientras los niños salen a recibirle, él les corresponde agachándose y haciendo lo propio.

—Mis chicos, os he echado de menos. ¿Cómo os habéis portado? —Y dirigiendo la mirada a Sergio, el mayor, le dice—: Y tú, campeón, ¿has cuidado de mamá y tus hermanos? ¿Has sido valiente?

El niño le abraza fuerte mientras le va relatando cómo han sido los días de espera, sus planes de rescate y demás.

Y mientras tanto, mi mirada se pierde en el interior de la casa, buscando a mi niña, buscando sus ojos azules.

Y allí está, mirándome fijamente, con los ojos vidriosos, a punto de estallar, mordiéndose el labio para no reventar a llorar.

Saltando prácticamente entre Araceli y los niños, entro en la casa para abrazarla. La he echado tanto de menos que parece que mientras nuestros cuerpos están entrelazados no ha transcurrido el tiempo, que en realidad no ha pasado nada y que ahora, cuando salgamos, el mundo seguirá girando como si tal cosa y nos estarán esperando nuestras vidas.

Pero un grito de Iker rompe la magia, nos pide urgentemente que salgamos de allí de inmediato, nos avisa de que los compañeros no podrán aguantar allí abajo por mucho tiempo el asedio de los muertos.

Antes de salir, aviso a mi hermana de que tape los ojos a los niños al bajar al

garaje.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Araceli antes de coger a Rubén en brazos.

—Hay dos cadáveres en la salida de la escalera al garaje, ya te lo contaré más adelante, y por cierto, te tengo que decir una cosa, pero me tienes que guardar el secreto, al menos hasta que te lo indique yo. Lorena también lo sabe, se lo he dicho mientras la abrazaba.

Araceli me mira con cara asustada e inmediatamente se retira de los demás, y al oído, se lo cuento. Y sin darle tiempo de reacción ni opinión, salimos escaleras abajo con las mochilas y los niños a cuestas, alumbrando con las linternas para no tropezar con nada.

Hemos alcanzado el garaje. Un soldado nos espera con la puerta abierta, ha retirado los dos cuerpos de la entrada y están detrás de una columna, sólo queda el rastro de sangre que han dejado. Es de agradecer, no es una escena digna de contemplar.

—¡Daos prisa, cada vez son más y no queremos desperdiciar tanta munición! — El grito proviene del tanque que taponaba la entrada al garaje, y que, con un rugido, se pone en marcha, haciendo retumbar el oscuro parking.

A los primeros que introducen son a los niños y las mochilas, y después el tanque se retira de la entrada para que puedan subir más fácilmente los demás. Pedro está arriba junto con Iker, ayudando a Soraya y Araceli.

El otro tanque también arranca, todos los soldados ya están dentro, y se encamina hacia lo que antes era una rotonda.

—¿Y Alfonso y Lorena? —Pedro dirige su mirada hacia la negrura del garaje para intentar ver si nos hemos retrasado por algo.

Pero no nos hemos retrasado, estoy llevando a cabo mi plan, algo que me he estado callando durante largos días, pensándolo entre paseo y paseo por el césped del estadio, intentando elaborar un buen plan que pudiese funcionar.

Arranco mi coche, que tanto tiempo llevaba parado en el garaje de Pedro; afortunadamente, la batería resiste. Lorena está a mi lado, con una de las mochilas de comida, y a su lado, las dos armas que portaba Aitor junto con sus municiones.

Acelero a fondo, saliendo por la puerta a toda velocidad y ante la mirada atónita de todos los demás, que desde lo alto del tanque observan cómo esquivamos el blindado y nos vamos alejando sorteando el cráter dejado por la explosión.

—¿A dónde vamos, Alfonso? Espero que no te hayas vuelto loco y sepas lo que estás haciendo —Lorena me mira con cara de espanto.

—Vamos a por mis padres. Agárrate fuerte, no va a ser fácil.

El coche se pierde en el horizonte. A lo lejos, la mancha azul marino se desvanece.

La cara de Lorena es todo un poema. Sé que está muy asustada, pero también sé que entiende mi posición: mientras tenga la posibilidad de encontrar a mi familia con vida, no voy a cesar en el intento.

Pero también me siento culpable: estaba prácticamente salvada y ahora vuelve a estar en peligro, aunque a decir verdad, no se ha negado a venir conmigo, aun sin saber a dónde íbamos.

—No te preocupes, tenemos gasolina de sobra, comida por si la cosa se pone fea y cuatro armas cargadas que algo de seguridad nos darán. Te juro que si no veo indicios de vida en casa de mis padres, regresaremos al estadio lo más rápidamente posible —trato de tranquilizarla.

Durante el trayecto, le explico todo lo que hemos vivido en las últimas semanas, en lo que se ha convertido el estadio Santiago Bernabéu y la cantidad de supervivientes que hay allí.

Está algo aturdida por tanta información, yo creo que está más pendiente del exterior del coche que de lo que le estoy contando. Y es normal, el panorama según voy callejeando por el barrio de mis padres es desolador: coches abandonados, alguna casa ardiendo, y muertos, muchos muertos por sus calles, la mayoría de ellos seguramente antiguos vecinos, que en otras ocasiones me hubieran saludado, y de paso, intentado sacarme algún cotilleo sobre la familia. Ahora más bien vendrían a darme un buen bocado.

La casa de mis padres está a escasas dos manzanas; si me meto por las calles en dirección prohibida, llegaré antes, y aunque me resulta raro circular así, la verdad es que ya da igual, no creo que venga nadie a multarme.

Voy por la calle Martínez de la Riva, estoy llegando ya, solamente me falta girar por la calle Julia Mediavilla en dirección contraria y habremos llegado.

Un momento. De entre una decena de cuerpos medio podridos, una chaqueta me resulta familiar. Detengo el vehículo e inmediatamente los infectados giran sus cabezas hacia nosotros, ya nos han olido, y ya puedo ver sus rostros, y entre caras destrozadas y miradas apagadas veo una familiar... No puede ser...

—Lorena, ¡ese de ahí es mi padre! ¡Mierda! ¿Pero qué ha pasado? Les dije que se quedaran en casa sin salir. Le han mordido salvajemente.

Lorena se tapa los ojos, no quiere verlo, ella le conocía de verle alguna vez por el barrio, y ahora es él el que la ve a ella, y la ve con ojos de depredador hambriento, deseoso de hincarle el diente a la más mínima oportunidad.

Me dan ganas de bajar del coche e intentar salvarle, pero sé que es imposible. Las lagrimas apenas me dejan seguir mirándole. No me lo puedo creer, si él ha caído, ¿qué les habrá pasado al resto?

—¿Qué hago, Lorena? No lo puedo dejar así, humillado durante toda la eternidad, vagando sin rumbo en busca de su presa, pudriéndose lentamente con el paso del

tiempo —pregunto angustiado.

—Alfonso, haz lo que quieras, pero hazlo ya, porque se acercan cada vez más y al final ninguno podremos salir de aquí con vida —responde Lorena muy asustada.

Tengo la pistola en la mano, amartillada, y bajo la ventanilla. Aún están retirados, y afortunadamente, él encabeza el grupo.

—Le tengo a tiro, Lorena, que Dios me perdone.

La bala sale del cañón en medio de un fogonazo y un ruido ensordecedor, atravesando la cabeza del que fuera mi padre, que cae a escasos metros de mi ventanilla.

Los demás prosiguen su camino, les da igual que ahora sean uno menos, no sienten otra cosa que hambre y rabia, y van a por nosotros.

Es el momento de salir de allí lo más rápido posible, y mientras lo hago, aún le puedo ver por los retrovisores, tirado boca abajo en la calle, rodeado de sangre marrón y de otros muertos que ven cómo se les escapa otra vez la comida.

Lorena me coge la mano, aún me tiembla. Sé que he hecho lo correcto, pero no puedo dejar de sentirme mal, al fin y al cabo, aunque ya estaba muerto, no dejaba de ser su cara, su cuerpo, su ropa, la persona que me dio la vida, la que me crio junto con mi madre y hermanos.

—Descansa por fin en paz, papá —susurro mirando aún por el retrovisor.

Ya hemos llegado. El portal está a la derecha y la calle está inexplicablemente desierta; el disparo ha debido de atraer a los muertos que merodeaban por la zona, y el hecho de que la calle no sea muy grande hace que la afluencia de infectados sea bastante menor que la de las grandes avenidas.

Bajo del coche con el fusil entre las manos. Lorena permanece dentro con el motor apagado, ahora debemos guardar el más absoluto silencio.

—¿Alfonso?

La voz proviene del balcón de la casa, miro hacia arriba y entonces la veo.

—¡Mamá! ¿Estáis todos bien? Hemos venido a por vosotros, tengo las llaves, preparad lo que necesitéis que os llevaremos a un lugar seguro que hemos encontrado —exclamo muy alterado.

Mi madre se mete dentro de casa y yo, dentro del coche. La calle sigue despejada, sin rastro de monstruos carnívoros. Lorena ha presenciado la escena y no puede disimular su cara de asombro.

—No me lo puedo creer, Alfonso, está viva. Entonces tu padre... ¿Por qué bajaría? —pregunta Lorena.

—No lo sé, Lorena, supongo que ahora tendremos la explicación.

Con una maniobra, subo el coche a la acera, pegándolo tanto al portal que llego a rozarlo por todo el lateral izquierdo. Sólo se puede salir bajando la ventanilla, pero de esta manera bloqueo la entrada por si las cosas salieran mal.

Salgo yo primero, y en el poco espacio que tengo entre el coche y el escalón de la entrada, saco mis llaves del bolsillo interior del traje militar y abro la puerta.

Por seguridad, Lorena me va dando la mochila y las armas para dejarlas en el portal; nunca se sabe si podremos volver a salir de aquí o no.

Luego le toca el turno a Lorena, que sale sin problemas, y ya estamos los dos en el portal.

La ventanilla se queda abierta, pero desde fuera es imposible que nadie pueda entrar, ni siquiera un vivo, ya que tendría que retirar el coche de la acera. Por si acaso, lo cierro con el mando, es posible que desde algún edificio nos estén mirando y el coche sería un buen método de escape, así que toda precaución es poca.

Según vamos subiendo, se escucha la puerta de arriba. Es mi madre, está impaciente por vernos y baja las escaleras angustiada. El abrazo es de los de romperte las costillas, casi no me deja respirar, mientras llora desconsoladamente.

—Mi niño, creía que tú también habías muerto, estaba convencida de que no lo habíais logrado —solloza mi madre mientras me abraza.

¿También? ¿Qué habrá querido decir con eso? ¿Acaso sabrá lo de mi padre?

Después de los achuchones, subimos al piso, y allí de pie junto a la puerta, mi hermano Javi llora también, con una mezcla de alegría y tristeza.

—¡Javi! Esto ya sí que no me lo esperaba. Después de ver lo que hemos visto, creíamos que todo se había perdido —comento con verdadera alegría.

Necesito explicaciones, saber qué ha pasado y por qué mi padre estaba ahí abajo, convertido en uno de ellos.

—Mamá, necesito que me lo cuentes todo desde el principio, desde la última vez que pude hablar contigo hasta hoy, y no te preocupes, que tiempo es lo que más tenemos ahora mismo —le pido a mi madre.

Ella traga saliva y mira a Javi, no sabe por dónde empezar, las lágrimas se le escapan sin control, pero parece que por fin se decide.

—Bueno, Alfonso, tú también tendrás que contarme muchas cosas, y para empezar, ¿qué haces vestido de militar? ¿Te metiste al ejército, tal y como pedían en la tele?

—¡Mamá! Deja eso ahora y empieza a hablar —Javi le recrimina su comentario inoportuno.

—Está bien, no os enfadéis. La última vez que hablé contigo me pediste que reuniéramos la suficiente comida y agua como para aguantar mucho tiempo, y eso hicimos. Entre tu padre y tu tío, trajeron montones de latas de conservas y muchas garrafas de agua, de las de diez litros. Yo también fui llenando otras garrafas que tenía vacías con el grifo antes de que cortaran el agua definitivamente.

»Todo iba bien, las noticias de la tele eran cada vez peores y Madrid entera huía hacia la sierra, a los pueblos de la zona —explica mi madre—. A tu tío Goyo le pareció que tendríamos que coger más provisiones, decía que le parecía poco para aguantar mucho tiempo y en pleno caos, así que bajó a ver si aún estaban abiertos los supermercados.

»Tardaba mucho en volver, el barrio salía en estampida, la gente saqueaba las

tiendas y dejaba todo destrozado a su paso, por lo que tu padre decidió bajar a buscarlo, en contra de nuestra opinión.

»Nunca volvieron, ninguno de los dos, y de esto ya ha pasado más de un mes. Es más que evidente que no lo consiguieron, si no, hubieran regresado sanos y salvos — termina de explicar la historia.

Tengo que interrumpir a mi madre, he de decirle lo que hemos visto.

—Mamá, papá está muerto. Le hemos visto en la esquina de la otra calle, era ya uno de ellos —le comento abatido.

A pesar de la evidencia de la noticia, mi madre se vuelve a echar a llorar; la confirmación de su muerte ha vuelto a abrir la herida que estaba tratando de cerrar en las últimas semanas.

—¡Fueron unos inconscientes! Les dijimos que se estuvieran quietecitos en casa, que esperaran si acaso a que la cosa mejorase, pero no, no lo hicieron, tuvieron que irse, uno por cabezón y el otro por hacerse el héroe —protesta Javi. Se desahoga con estas palabras, se le ve muy dolido e impotente por no haber podido hacer nada al respecto.

—El caso es que aquí estamos tu hermano y yo —continúa mi madre—, solos y aguantando el frío, la necesidad, los olores que provienen de la calle y los gemidos de esos horribles seres que no cesan de merodear por ahí abajo.

—¿Estáis solos? ¿Y los demás? ¿Dónde están Lola, Pablo y la niña? —pregunto esperanzado.

El corazón me da un vuelco pensando en la respuesta a mi pregunta, les dije que se reunieran todos aquí y me encuentro sólo con los dos.

—Nunca vinieron, Alfonso. Logré llamarles y me dijeron que vendrían en cuanto pudieran, pero que Pablo tenía primero que arreglar unos asuntos en el banco para venir. Creo que quería sacar todo el dinero que tenían —responde mi madre—. El banco, como si hubiera estado abierto para él. El caso es que no aparecieron y las líneas de los móviles ya no funcionaban, así que no sé si aún están en su casa o definitivamente han corrido la misma suerte que tu padre y tu tío.

El silencio ahora es el protagonista, supongo que todos estamos imaginándonos qué ha podido pasarles y si estarán vivos o no.

—Mamá, no todo son tan malas noticias. Araceli, Pedro y los niños están a salvo, hemos conseguido llevarles a un lugar seguro —les comento.

Ahora me toca a mí dar explicaciones de mi vestimenta, de qué ha pasado y de cómo hemos logrado sobrevivir.

—Al principio nos reunimos en mi casa; vinieron algunos amigos, Lorena y ellos. Más tarde, cuando las noticias eran devastadoras, decidimos irnos a la urbanización de Araceli, donde estaríamos más seguros por su ubicación y por su protección. Y allí nos fuimos, no sin antes perder a uno de nuestros amigos en una salida que hicimos en busca de una amiga nuestra, Soraya.

»Permanecemos unos días en la urbanización, hasta que Pedro y yo tomamos la

decisión de salir en busca de ayuda, ya que en uno de los últimos mensajes que dieron en la tele se instaba a la gente a buscar un grupo de resistencia que se había formado en el centro de Madrid, y allí que nos fuimos.

»Tardamos casi dos días en llegar, casi no lo contamos. Tuvimos que pasar una noche prácticamente tirados bajo los asientos del coche de Pedro, menos mal que era más o menos amplio —explico ante la atenta mirada de los dos.

Lorena permanece absorta en la conversación, pero sin querer intervenir, está entre cansada y muy triste por la situación.

—El caso es que logramos dar con ellos —prosigo—, o más bien, nos encontramos mutuamente, y nos dirigieron al refugio que tienen tomado. Aunque te resulte increíble, están dentro del Santiago Bernabéu, y ya lo sé, mamá, sé que eres muy del Atleti, pero es lo que hay —trato de poner una nota de humor ante tanta desdicha.

Mi madre suelta una carcajada, fruto más bien de los nervios que de lo que le acabo de contar, aunque la idea de imaginarse en ese estadio le resulta cuanto menos peculiar.

—No te rías tanto, maja, que lo que antes era para ti un sitio «prohibido», ahora va a ser tu casa y tu protección. —Y ya para terminar, les digo—: Bueno, no quiero enrollarme más, el caso es que salimos desde allí en busca de las chicas y los niños, que se habían quedado en la casa esperando noticias, y una vez que estaban seguros dentro del tanque, nosotros decidimos venir a por vosotros.

—Perdona —interrumpe Lorena—. Di más bien que nos escapamos sin avisar a nadie y sin permiso del teniente. ¡Si ni siquiera yo sabía a dónde íbamos!

—Bueno, Lorena, eso es cierto, pero tampoco hacía falta entrar en detalles, digo yo. Además, qué más da cómo lo hiciéramos, el caso es que aquí estamos y volveremos con dos supervivientes más —trato de corregir las palabras de Lorena.

—Tres —vuelve a interrumpir, esta vez, Javi.

—¿Cómo que tres? ¿Quién es el tercero? —le pregunto intrigado.

—Pues mi gato Kiko, que irá donde yo vaya —apunta Javi.

—Bueno, por mi no hay problema, mis perros también han ido dentro del tanque, y otra cosa no, pero allí tendrán campo para correr a sus anchas, desde luego —le respondo a mi hermano.

La conversación ha terminado. Una vez dadas las pertinentes explicaciones, decidimos cómo salir y qué cosas cargar. Parece que, de lo que tenían guardado, les sobra bastante, ya que compraron cosas para siete personas y al final quedaron sólo dos.

Poco a poco, vamos bajando todo al portal, dejándolo amontonado en la escalera para irlo metiendo en el coche. Agua, latas, cubiertos y varias mantas y ropa, todo entrará en el maletero sin problema, aun llevando muchas garrafas de agua, que pueden ir entre los pies de ellos.

Desde arriba, asomado con discreción desde el balcón, observo cómo está la calle

y si es necesario abrir fuego al bajar. Esta vez se ve un pequeño grupo al fondo de la calle, a unos doscientos metros del coche, por lo que nos daría tiempo de sobra si nos damos prisa en salir de aquí.

Ya estamos todos en el portal. Mi madre se ha empeñado en cerrar la puerta de arriba con llave, costumbres.

Abro con cuidado, todo sigue tal cual lo dejamos, la ventanilla continúa abierta, y por ella, Lorena y Javi, con su gato en brazos, se introducen en el coche y les voy pasando las garrafas de agua. Mi madre no podrá entrar de esa forma, por lo que antes entraré yo para dejar el coche retirado de la acera y así también poder meter lo que queda en el maletero.

Al arrancar el coche, cuatro muertos que no había visto desde el balcón se asoman desde la esquina atraídos por el ruido, están apenas a unos cincuenta metros y la cosa se pone fea.

Mi madre ya está asustada, y al colocar el coche fuera de la acera, logra entrar por la puerta de atrás, mientras yo salgo disparado al portal a coger lo demás y meterlo en el maletero. Javi me echa una mano, hasta que por fin, logramos llenarlo y cerramos el portal.

Uno de los muertos camina demasiado deprisa, al contrario que todos los que he visto hasta ahora, y prácticamente está encima ya del coche.

Por si acaso, echo el seguro, no sea que hayan aprendido a abrir las puertas, y metiendo primera, salgo disparado con el infectado enganchado al retrovisor izquierdo, donde está sentada Lorena.

Al girar la esquina por donde volvimos, el muerto se suelta, rebotando en el asfalto como si de un muñeco se tratara, y levantándose de nuevo, sale andando hacia nuestra dirección.

—Ahí te quedas, ya no nos alcanzarás.

Y girando de nuevo hacia Martínez de la Riva, desaparecemos de la zona, dejando allí tirado a lo que un día fue mi padre.

Lo siento mucho, papá, lo siento de verdad, me digo para mí mismo.

Y encaminando la avenida de la Albufera en dirección Atocha, el rastro del coche desaparece entre edificios y semáforos apagados.

Acabamos de pasar por la rotonda de la plaza de Cibeles, y a pesar de estar apagada y abandonada, la diosa todavía permanece majestuosa ante tanta muerte, como si desafiara a los miles de muertos que sustituyen a los coches que antes contaminaban su blanca piedra. Y a su derecha, el Palacio de Correos, parcialmente andamiado por unas obras que Gallardón ordenó comenzar para adaptar el palacio a la sede del Ayuntamiento de Madrid.

Tarde o temprano, todo caerá. Esperemos que lleguemos a tiempo para detener la muerte de la capital, o al menos la de la mayoría de sus monumentos.

Ya nos aproximamos a Nuevos Ministerios, y por delante aún nos queda el tramo de la Castellana más peligroso hasta llegar al estadio.

Mi madre ha permanecido en silencio todo el trayecto, mirando por la ventanilla como si fuera un niño en un viaje, imaginándose formas extrañas en las nubes. En cambio, Javi no ha parado de hablar ni un instante; después de estar casi dos meses encerrado, no imaginaba en lo que se ha convertido la ciudad.

—Madre mía, míralos. ¡Si hay miles de ellos! Pero, ¿no ha sobrevivido nadie? ¿Esto es el fin del mundo? —pregunta desorientado.

—No, Javi, esto no es el fin del mundo. No van a poder con nosotros, sólo son unos sacos de carne podrida, muy numerosos eso sí, pero sin inteligencia alguna, sin armas, sin recursos —intento calmarle.

—Sí, lo que tú digas, pero han conseguido llevar a la ciudad al más absoluto caos, ni más ni menos que Madrid, la capital. ¿Qué habrá pasado con las demás ciudades españolas? ¿También han caído? —Mi hermano empieza a ponerse bastante nervioso.

—Javi, no sólo en Madrid, en toda España, y en todo el mundo, todo lo que conocíamos y teníamos se ha ido a la mierda. Parece mentira que me hagas esas preguntas si ya sabes la respuesta, tú mismo viste las noticias en la tele antes de que se acabaran las conexiones —contesto.

—Bueno, ya está bien. —Mi madre por fin sale de su letargo para poner orden entre nosotros—. Entre que uno no se calla y el otro que está metiendo más miedo del que tenemos me tenéis aburrida.

—Lo siento, mamá, tienes razón, no todo es tan malo. A donde vamos ahora hay mucha gente, la mayoría de ellos no son del ejército, son supervivientes que lograron llegar hasta el estadio, a otros los rescataron en las numerosas salidas que hicieron los soldados en busca de gente y alimentos —le comento.

—Me parece muy bien, pero desde luego, ya podrían haberse instalado en otro lugar, sabes que no me gusta mucho el Bernabéu, hijo —añade sarcásticamente.

—Espero que delante del teniente no digas esas bobadas, mamá, les ha costado mucho tiempo acomodar el estadio para todo el que venga —digo con cara de pocos amigos.

Lorena permanece atenta a la conversación, mirando hacia atrás, apoyada en el respaldo de su asiento, mientras de vez en cuando suelta alguna sonrisa por algún comentario ocurrente de mi madre.

A punto de llegar a Nuevos Ministerios, un imprevisto me obliga a detener bruscamente el coche. La conversación distendida se ha cortado radicalmente, ahora todos miran al frente, fijos en la carretera.

Y lo que miran es a una auténtica manada de infectados que, al unísono, giran sus cabezas hacia nosotros, soltando por sus asquerosas bocas un sinfín de horribles gemidos. Tienen completamente invadida la calzada, seguramente atraídos por el regreso de los tanques, que habrán pasado hace ya un buen rato.

Por lo menos son más de dos mil o tres mil los que ahora avanzan hacia nosotros; la rapidez de alguno contrasta con el mal estado de otros, que caen bajo los pies de los más fuertes, siendo aplastados y engullidos por el enjambre de muertos que se nos echa encima.

—Dios mío, por aquí no podremos pasar en la vida. Aunque acelerase a tope, la gran masa lograría detener el coche y ya sabéis lo que nos pasaría —comento asustado.

—Pues haz algo, Alfonso, están muy cerca —Lorena está muy nerviosa.

Introduzco la marcha atrás, y con un golpe de volante, pongo al coche en el sentido contrario de la marcha, llevándome por delante a un par de infectados que se acercaban por la retaguardia y no había visto.

—¿De dónde han salido estos dos? —pregunta Javi, observándolos caídos en el suelo.

—Estos cabrones por momentos parecen organizarse, porque cada vez son más sigilosos. Agarraos bien, que vendrán curvas —les aviso.

No sé qué hacer, no podemos volver hacia atrás, sería una locura; tenemos que llegar al estadio sí o sí, no tenemos otra alternativa.

Me he alejado lo suficiente como para pensar más tranquilamente, detengo el coche y reviso los cartuchos de que disponemos.

—¿Qué haces? —pregunta Lorena.

—Estoy tratando de ver de cuántas balas disponemos, para ver si podemos pasar por uno de los laterales de la Castellana abatiendo a los más que podamos —contesto.

—¡¿Estás loco o qué te pasa?! ¿Cómo vamos a salir y dispararles? Y encima hay que tener mucha puntería. A mí no me parece bien, pero haz lo que quieras —suelta a voz en grito Lorena.

La bronca de Lorena es monumental y no le falta razón, pero, ¿qué hacemos si no? No se me ocurre otra cosa; las calles paralelas son aún más estrechas y una trampa mortal, tenemos que pasar entre ellos como sea.

—Javi, toma, este es un fusil de asalto del ejército, está cargado y con el seguro quitado, sólo tienes que apuntar a la cabeza y apretar el gatillo; apenas tienen retroceso, es fácil —le ofrezco el fusil.

—Debes de estar de broma, yo no pienso salir ahí a disparar a nadie. —Javi me lo devuelve con un claro gesto de miedo.

—Pues si no sales, te aseguro que tú serás el primer plato de toda esa mierda andante, y no te anestesiarán primero para devorarte, no sé si me explico. —Le clavo la mirada a modo de orden.

Mi hermano me mira a los ojos fijamente, sabe que tengo razón, y la sola idea de imaginarse morir de esa manera le hace reaccionar cogiendo el fusil y los cargadores.

—Bien, Javi, créeme que es la mejor solución. Cuando se te acaben las balas, dímelo, que te recargo el arma. Vamos a aproximarnos por el lateral de la calle, donde hay menos concentración, y a por ellos. Recuerda que sólo acabas con ellos si les das en la cabeza. ¿Entendido?

—Entendido. Dios mío, ayúdanos —suplica Javi, dedicando una mirada al cielo madrileño.

Mi madre permanece en silencio, cogiendo de la mano a Lorena; las dos están muy nerviosas mientras nos aproximamos al primer grupo.

Detengo el coche y Javi y yo salimos del mismo, pasando Lorena al asiento de atrás sin salir del vehículo. Las lunas tintadas las mantendrán parcialmente ocultas; menos mal que el gato de Javi es negro y no llamará la atención, aunque ya está lo suficientemente asustado y encogido a los pies de mi madre.

El olor a carne fresca está enloqueciendo a toda la multitud de muertos que ahora se dirigen hacia aquí, pero nos tenemos que centrar en los que tenemos enfrente.

Los primeros disparos salen de mi fusil y en su mayoría hacen diana en plena frente de esos pobres diablos. Javi me mira paralizado, alucinando con la puntería adquirida en los últimos días.

—¡Vamos, Javi! ¡Empieza a disparar de una vez! —le ordeno.

Él traga saliva y apunta a uno de los muertos que tiene más cerca, y al apretar el gatillo, la bala sale disparada, alojándose en plena cabeza del sujeto, que cae como un fardo al suelo.

—¡Le he dado, le he dado! —Javi está exultante, su primer disparo y ha dado en la diana.

—Muy bien, Javi, pero sigue disparando, yo solo no podré —trato de que no pierda la concentración.

Y según vamos disparando, retrocedemos para evitar que se acerquen peligrosamente, tenemos que poner terreno entre nosotros y los muertos que aún permanecen en pie y nos persiguen.

La puntería de Javi empieza a fallar; al menos dispara a las piernas, obligando a más de uno a tener que arrastrarse por el suelo.

—¡Alfonso! ¡No tengo balas, recárgame, que no tengo ni idea de hacerlo! —y me ofrece el fusil.

Javi dispara a discreción y agota muy rápidamente los cargadores, demasiado rápidamente. Esta vez le explico cómo tiene que hacerlo.

Poco a poco, van cayendo, mientras el grupo más numeroso se aproxima atravesando la calzada, mostrando sus dientes amarillos y ensangrentados. Entre tanto muerto caído, se abre un pequeño hueco, suficiente como para atravesarlo con el coche y poder salir de esta trampa mortal.

—¡Javi! ¡Sube al coche, nos vamos! —le grito mientras voy retrocediendo.

Y después de ir corriendo hacia atrás a por el coche, nos metemos dentro, arranco y, sin perder ni un segundo, acelero a fondo dirigiéndome hacia los pocos muertos que permanecen aún en pie de esa pequeña horda que avanzaba hacia nosotros.

El coche rebota muy bruscamente sobre los cuerpos caídos, haciendo que se zarandee de un lado a otro como si fuésemos a volcar. Mi madre grita de pánico, agarrada al asa que llevan los coches atrás, mientras con la otra mano se tapa los ojos.

No consigo controlar el coche, que da tumbos entre tanto obstáculo, es como si tuviese que pasar una calle con badenes a toda velocidad.

Con tanto revuelo, no me he percatado de los pivotes de la acera, y al intentar subirme a ella, el coche rebota contra ellos, provocando un espantoso ruido de chapa que se arruga.

El vehículo patina con un espectacular trompo y acabo atravesado en mitad de la calle, eso sí, esta vez por delante de los infectados que no cesan en su lento caminar.

Se me ha calado el coche de tanto golpe y trato de arrancarlo. Un intento, nada. Javi me mira con cara de susto. Segundo intento y nada, y por el retrovisor veo cómo llegan los primeros muertos, los más rápidos.

—¡Dios, no puede ser! —Sólo me queda rezar.

Y por fin, al tercer intento el motor vuelve a rugir, y sin apenas dejar más margen de tiempo, salgo disparado hacia el estadio, a pocos metros de aquí.

—¡No me jodas, Alfonso, casi me muero del infarto! —Javi se agarra el pecho a la altura del corazón.

Mientras avanzo, veo por el retrovisor a la manada de muertos levantar los brazos hacia nosotros, en un gesto de rabia y desesperación por ver cómo su comida se aleja cada vez más.

Ya tengo delante de mis ojos el Santiago Bernabéu, y enseguida el vigía de la torre de acceso da una orden por *walkie*.

Me pongo delante del portón por donde salimos la última vez, y después de unos segundos interminables, las puertas comienzan a abrirse lentamente, hasta dejar ver el interior.

Ya estoy dentro, y mientras los soldados se afanan en volver a cerrar de nuevo, Iker baja a paso firme por la escalera metálica que llega hasta el aparcamiento.

Lorena y mi madre bajan del coche —mi madre lleva en brazos a Kiko— y Javi hace lo propio.

Al salir yo, el teniente se aproxima rápidamente y se detiene delante de mí.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? ¿No sabes que te has puesto en peligro? Y no sólo a ti, sino que también has expuesto a Lorena, después de estar

mucho tiempo luchando por sobrevivir —Iker está fuera de sus casillas.

—Pero escúcheme... —trato de explicarme.

—No te escucho. Has hecho una gilipollez y lo sabes, por lo menos podrías habérmelo consultado y hubiéramos trazado un plan para no cometer errores —me interrumpe bruscamente.

—Lo siento, teniente, era mi familia la que estaba en peligro y creí oportuno ir a por ellos —insisto.

—Me parece perfecto y también lo entiendo, pero aquí todos tenemos una familia, o teníamos, mejor dicho, y no por eso nos hacemos los héroes saltándonos todas las normas que os he explicado —Iker cada vez se altera más.

—¡Bueno, vale ya! —Mi madre se pone delante del teniente—. Mi hijo lo único que ha hecho es venir a salvarme de una muerte segura. No creo que tenga usted que hablarle en ese tono, ¿quién se ha creído que es? —le abronca fuertemente delante de todos.

—Pues soy la persona al mando en este recinto, y si no están contentos con las normas, ya saben dónde está la puerta —grita Iker sin compasión.

—¿Nos está echando, teniente? —Lorena no aguanta más la tensión.

Y girando la cabeza hacia la chica rubia, Iker se dirige a ella:

—No, no os estoy echando, sólo os aviso de que aquí hay unas normas que todos debemos cumplir si queremos sobrevivir, simplemente eso. —Y a continuación se vuelve hacia uno de sus soldados y le ordena—: Víctor, lleva a los recién llegados a los vestuarios; los nuevos en las instalaciones tienen que pasar por el protocolo correspondiente.

—Sí, teniente. —Y con un gesto con el brazo a modo de saludo militar, el soldado indica a los recién llegados que le sigan por las escaleras.

Me despido de mi madre y de mi hermano con un abrazo.

—No os preocupéis, todos hemos pasado por esto. Son unos pocos días, en breve nos volveremos a reunir —trato de tranquilizarles.

Lo peor de todo es que Lorena también tiene que pasar por este trámite, lo único bueno es que estará con Araceli, Soraya y los niños.

—Mi niña, pasaré a verte. Procura descansar y dormir todo lo que puedas, han sido muchas emociones juntas —susurro a Lorena mientras le tomo de la mano.

Y con un beso, me despido de ella, que junto con Javi y mi madre, desaparece tras un pasillo oscuro.

Yo avanzo hacia donde estaba mi habitación y allí me encuentro con los demás.

—¡Coño, Alfonso! ¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Por qué no has vuelto con los demás? —pregunta Cristian dándome un fuerte abrazo.

—Una larga historia, Cris. ¿Te acuerdas lo que te había comentado de ir a por mi familia? Pues eso he hecho, pero por mi cuenta —respondo.

—Estás como una puta regadera —la voz de Pedro suena al fondo de la habitación—. ¿Con quién has contado para ir a por ellos? Con nadie, como siempre.

Has querido ir tú solo arriesgando varias vidas, incluida la tuya.

—Pedro, tenía que hacerlo y lo sabes. Además, todo ha salido bien... Bueno, más o menos, no sé si te has dado cuenta, pero sólo he traído a Javi y a mi madre —le explico.

El silencio toma ahora la palabra, Pedro me mira fijamente pensando en lo que le acabo de contar.

—¿Y Paula? No me digas que la niña ha muerto, Alfonso —pregunta Pedro mientras le cambia completamente la cara.

—No lo sé, nunca llegaron a casa de mis padres, no sabemos nada —respondo.

Nos sentamos en el suelo para que pueda contarles más tranquilamente la aventura que hemos vivido. Marta se une a la conversación, acaba de llegar del baño y, después de un efusivo saludo, se sienta con nosotros.

Mi boca va expulsando palabras mientras los demás escuchan atentamente. Las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. Es ahora cuando la tensión de todo lo vivido me pasa factura.

Ya ha pasado una semana desde que llegamos al estadio, y desde ese día no he dejado de pensar en la gente que ya no volveré a ver más.

La cara de mi padre, ensangrentada, con los ojos fuera de sus órbitas, intentando llegar hasta mí, para hincar sus podridos dientes en mi cuerpo, un cuerpo al que él mismo dio la vida.

Me imagino a mi tío vagando por las calles del barrio, sin rumbo, buscando un trozo de carne viva que echarse a la boca, con su caminar lento y amargo.

Pero lo que no me imagino es a la pequeña Paula, eso sí que no me lo puedo creer, tan pequeña, con tantas cosas por vivir y por soñar. Y aunque no sepa nada de lo que les ha pasado, algo dentro de mí me dice que no lo han conseguido, muy a mi pesar.

Voy caminando por el césped del estadio, alrededor del gran helicóptero que preside el centro del campo, tapado con una gran lona verde de camuflaje que deja libre las hélices de la cola.

En el fondo sur, unos cuantos compañeros están trabajando removiendo el terreno, quitando las malas hierbas para poder plantar semillas de patatas, tomates y alguna que otra hortaliza más.

El trabajo resulta ameno, ya que todos tenemos muchas cosas que contarnos, muchas vivencias y muchos peligros pasados. Pero sobre todo desgracias, tragedias personales que encuentran un consuelo al ser expresadas, aunque sea efímero.

Hoy el teniente nos ha contado que a mediodía podrán salir todas las personas que llegaron el mismo día que nosotros, incluyendo a los niños.

Solamente dos veces he podido verles en esta larga semana, y aunque sólo fueron unos minutos, han sido suficientes, sobre todo ver a Lorena y saber que está bien.

Los únicos que se han librado del aislamiento son los perritos, que ahora han visto el cielo abierto con tanto campo para correr y distraerse, después de estar más de dos meses encerrados entre cuatro paredes.

Por mi reloj son las dos, y yo ya me encuentro en la sala de prensa sentado, esperando a que el teniente entre con todos ellos.

Y tras una larga media hora, por fin entran, flanqueados por Iker. Los primeros que entran son los niños, que en cuanto me ven, salen disparados hacia mí, abrazándome y dándome besos.

—¡Tío! Ja, ja, ja, mira lo que nos han puesto. Somos militares de verdad, ¿a que sí, tío? —Sergio está emocionado, no sólo por su nueva vestimenta, sino por estar por primera vez dentro del estadio de sus sueños.

—Eres todo un soldado, campeón —le respondo acariciándole el pelo cariñosamente.

—¡Hemos estado en el vestuario del Madrid, tío, y yo me acostaba al lado de la taquilla de Cristiano Ronaldo y Rubén donde la de Kaká! —me cuenta Sergio

superemocionado.

—Me alegro mucho, Sergio. Luego te enseñó algún rincón del estadio que seguro que te va a gustar mucho, ya lo verás —le digo, feliz por verles tan bien y tranquilos.

Sergio y Rubén están eufóricos mientras se sientan al lado de su hermana Eva, bastante más callada para lo que en ella es costumbre. Resulta evidente que no le hace mucha gracia su nueva situación.

Detrás de ellos, mi hermana y Soraya entran en la sala con su chándal verde y unas peculiares botas militares negras, visiblemente grandes para ellas.

Pero lo que estaba esperando desde hace una semana está a punto de producirse. Lorena entra la última, acompañada de mi madre y Javi, con cara de incertidumbre y buscando mi mirada.

Por fin la encuentra, y después de unos segundos, nos fundimos en un largo abrazo, añorado desde hace tiempo. Ella me aprieta con fuerza, hasta casi dejarme sin respiración, se le escapan las lágrimas de la emoción.

—Lorena, no llores, ya estamos otra vez juntos, con los demás y por fin a salvo, aunque sea atrapados en un recinto sin salida —la tranquilizo.

—No sabes lo que te he echado de menos, Alfonso, ahí dentro no se estaba muy cómodo y no teníamos nada que hacer. Lo único bueno es que he podido conocer mejor a tu madre, que me ha contado muchas cosas sobre ti —me dice con un gesto muy picarón, bastante característico de ella.

—¡Qué peligro tiene esta mujer! A saber qué te habrá contado, seguro que cosas de cuando era pequeño. —No me lo quiero ni imaginar.

Marta y Cristian están sentados en un lateral de la sala y junto a ellos está Soraya.

Todos los habitantes del estadio van sentándose uno tras otro para escuchar las palabras del teniente. Iker ya está situado en la mesa del centro, sentado junto con otro militar, Víctor creo que se llamaba.

—Bueno, lo primero es dar la bienvenida oficialmente a las personas que rescatamos el otro día. Poco a poco nuestro número aumenta, y gracias a eso, las probabilidades de sobrevivir a este infierno son cada vez mayores. Lamentamos la pérdida del brigada Aitor, ha sido una baja muy importante —explica Iker—. He de decir, en este caso refiriéndome concretamente a Alfonso, que la acción que realizó por su cuenta y riesgo fue una auténtica insensatez; no obstante, he de reconocer la valentía que demostró y la lealtad a su familia. Pero para la próxima vez que intente hacerse el héroe, al menos avísame con antelación para que cuente usted con más posibilidades de sobrevivir.

Iker me dirige su mirada dura y fría, pero su gesto no es de una persona enfadada.

—Por supuesto, teniente, no volverá a suceder, se lo juro, pero tenía que hacerlo, y si se lo hubiera consultado antes, no me hubiera dejado —le explico en tono conciliador.

—Eso no lo sabemos, Alfonso, pero ya sabe lo que tiene que hacer para otra vez. —Y dirigiéndose a todos, continúa—: Bueno, no sólo nos hemos reunido aquí para

dar la bienvenida a nuestros nuevos vecinos, sino para hablar de nuestro futuro próximo.

»Es más que evidente que no podremos estar aquí para siempre, que tarde o temprano tendremos que salir de aquí y buscar ayuda en otro sitio, tratar de encontrar algún refugio o población donde no exista la epidemia o donde hayan logrado controlarla.

»Estamos tratando de contactar con una señal que nos llegó hace dos días por radio. Era completamente ininteligible, pero lo único que nos quedó claro es que eran voces humanas. Si esto podemos comprobarlo, sería la confirmación de que no estamos solos, de que aún resisten en algún otro lugar, lo que nos invita a la esperanza.

—Pero, teniente, aunque logremos averiguar de quién se trata, no podremos salir de aquí con seguridad, cada vez somos más y no contamos con los suficientes medios de transporte para desplazarnos todos.

La persona que ha interrumpido al teniente es Manel, un padre de familia que vino solamente con su hija Macu y su pequeña perrita caniche Paris, uno de los primeros en llegar al refugio, en plena expansión del virus A-24.

—Manel, entiendo su postura y no le falta razón, pero estamos pensando en eso también. Estamos deliberando la posibilidad de coger algún autobús de la estación de Chamartín, donde tenemos constancia de que se encuentran al menos dos autobuses de línea que solían hacer rutas a los pueblos de la sierra —explica Iker.

—Si así se decidiera, habría que ir a comprobar si tienen combustible y si aún podrían arrancar, ¿no? —insiste Manel.

—Con dos autobuses tendríamos más que suficiente, y junto con los tanques, los Jeeps y el camión cisterna, podríamos salir de aquí con todo el equipamiento del que disponemos —continúa Iker.

—No ha contestado a mi pregunta, teniente —Manel vuelve a insistir.

—Eso lo decidiremos internamente —responde Iker con un claro gesto de enfado.

—Me parece demasiado arriesgado, teniente —le interrumpo—. Pienso que si fueran hasta Chamartín, correrían un grave peligro, le recuerdo que tiene el hospital de La Paz y el Ramón y Cajal prácticamente al lado y, como usted dijo, son zonas calientes y repletas de muertos.

—Ya lo sabemos, Alfonso, no me vayas a decir tú ahora cómo está Madrid. Pero al igual que fuimos a por tu familia y despejamos el terreno, también lo podremos hacer allí. Con soltarles varios proyectiles desde los Leopard sería más que suficiente para despejar momentáneamente la zona y hacer las comprobaciones de los autobuses —responde el teniente Salvatierra.

—¿Y el helicóptero? ¿Qué pasa con el helicóptero que hay ahí fuera en el campo? ¿No se podría realizar la operación con el aparato? Creo que sería más fácil y rápido, y si hay problemas, podrían salir de allí rápidamente, ¿no? —trato de poner otras soluciones a mi entender más factibles y seguras.

—A ver, Alfonso, te explico. El helicóptero sólo lo utilizaremos en caso extremo. Y no creo que esta operación sea el caso. Además, uno de nuestros mejores pilotos cayó al principio de la epidemia y solamente yo, de los que estamos aquí, sabría manejar un bicho de estos, y por ahora, no pienso hacerlo, ¿entendido?

—Entendido, teniente, era para saberlo simplemente —me callo resignado.

—Bueno, de todas formas, todo esto que estamos hablando es pura hipótesis. Hasta que no averigüemos de dónde vino la señal de radio y nos pongamos en contacto con ellos, no haremos nada —añade Iker—. Mientras tanto, los nuevos vendréis conmigo ahora para daros las tareas a realizar, menos los niños y la señora mayor, que podrán estar libremente por el refugio.

El teniente se levanta y desaparece por la puerta, seguido de Víctor, que con un gesto invita a los demás a ir tras ellos.

—Lorena, ahora vete con ellos y después te espero en el césped. Estaré en el fondo sur siguiendo con la siembra, ¿vale?

—Vale, Alfonso, luego te veo —contesta Lorena un tanto cabizbaja. Y con estas palabras, sale de la sala junto con Javi, Soraya y Araceli.

Después de permanecer un rato en la sala ya vacía, salgo de allí para dirigirme a la parte más alta del estadio, donde Iker aquel día nos enseñó cómo estaban los alrededores.

Una vez allí, contemplo el horizonte: cuatro montañas gigantes de acero y cristal, grandes colosos que un día fueron el referente de la arquitectura y el poder en España, convertidos en fantasmas transparentes, vacíos en sus interiores, y expuestos a una lenta muerte.

Me pregunto si alguien más estará pensando lo mismo que yo desde algún punto de Madrid, soñando con un futuro libre de muerte.

Una cosa me llama la atención, de la que antes no me había percatado, y es que una autentica legión de muertos se acerca desde la zona por donde vinimos en dirección al estadio.

Son muchísimos, van saliendo de las calles adyacentes, salen por todas partes, y se unen al grupo más numeroso, y en su arrastrar de pies, les acompañan sus gemidos, alguno de ellos levanta los brazos al frente como si tratara de agarrar algo.

No entiendo qué les habrá llamado la atención como para que, de repente, todos a la vez se dirijan hacia aquí. Tengo que avisar a Iker, a ver si entendemos el comportamiento que ahora están teniendo los infectados.

Salgo de allí y bajo las escaleras lo más rápido que puedo sin matarme en el intento. Cruzo un largo pasillo hasta llegar a su despacho, pero no está. Me dirijo a la sala de prensa, pero tampoco está allí. ¿Dónde se habrá metido ahora? Por ahí viene un soldado.

—Perdona, ¿sabes dónde está el teniente Salvatierra? —pregunto extrañado.

—Pues hace un momento estaba en su despacho, pero creo que ha ido al almacén a por algo de comida —responde el soldado muy amablemente.

—Muchas gracias.

Salgo disparado hacia el almacén, lugar que tenemos restringido, pero en esta ocasión creo que merece la pena saltarse las normas.

—Teniente, perdone, necesito hablar con usted un momento —interrumpo a Iker

—Pero bueno, Alfonso, me parece que no acaba de entender bien las normas de este recinto en el que yo estoy al mando —me vuelve a abroncar.

—Lo sé, teniente, conozco perfectamente las normas, pero si he bajado, es por algo urgente. Necesito que me acompañe a la azotea del estadio.

—¿Qué ha pasado? ¡No me diga que han conseguido entrar al recinto! —exclama asustado.

—No, teniente, pero necesito que usted mismo lo vea a ver qué le parece. Coja los prismáticos, por favor.

Iker deja las latas que había cogido y, cerrando los candados de la puerta del almacén, subimos hacia el lugar indicado. A ver si él entiende algo.

Iker otea el horizonte con sus prismáticos, observando lo que ya le había avisado anteriormente. Miles de muertos avanzan lentamente hacia aquí, como auténticas legiones organizadas, y hasta donde alcanza la vista, se puede ver a montones de ellos acercándose.

El teniente está confundido, no entiende nada y sus gestos así lo demuestran.

—No lo entiendo. Ellos saben que estamos aquí, pero los que tenemos en los alrededores, no los que están viniendo en manadas desde el fondo de la Castellana — comenta Iker preocupado.

—Teniente, son demasiados, y como vengan muchos más de los que ya están llegando, me pregunto si nuestras puertas aguantarán tanta avalancha de infectados.

—Claro que aguantarán, Alfonso, no seas pájaro de mal agüero. Y procura no comentar nada por ahí abajo, lo que me faltaba era que la gente tuviera un motivo más de preocupación de los que ya tienen. Así que silencio, intenta no comentar nada... aparte de que no tiene la menor importancia. Es una tontería crear dudas y miedos absurdamente, ¿entendido? —ordena un inseguro Iker.

—Entendido, no se preocupe, de verdad.

Y tras mis palabras, Iker se aleja, no sin antes volver a echar una ojeada a la calle con gesto serio.

Yo prefiero quedarme un poco más, quiero ver si lo que les ha llamado la atención somos nosotros u otra cosa que se nos escapa.

Ya ha pasado más de media hora desde que me di cuenta de la concentración de muertos, y los alrededores del estadio están completamente infestados. Si no estuviéramos en las condiciones en que estamos, juraría que son hinchas del Madrid en un día de partido, acudiendo como cada fin de semana a ver jugar a su equipo.

Pero no, no son aficionados, son máquinas de matar, hambrientas y desesperadas, sin otro deseo que penetrar dentro del refugio y pegarse un festín con nuestros débiles cuerpos.

No quiero ver más, tengo miedo, voy a ver si Lorena ha terminado con su charla laboral y nos podemos ver un rato.

Mientras bajo por las escaleras, escucho al teniente Iker hablar en su despacho. Está reunido con Víctor y los demás soldados que tiene a su cargo, salvo los efectivos que tiene de guardia en los puntos estratégicos del estadio, que por cierto, menuda vigilancia que hacen, mira que no haberse percatado del avance de los infectados hacia aquí... En fin, no quisiera estar en su pellejo, seguro que les cae una buena bronca.

Las voces son fuertes, pero no consigo entender lo que están diciendo. Me arrimo sigiloso a la puerta y pongo la oreja para ver si logro entender algo.

Nada, la puerta es metálica, de esas ignífugas, y es prácticamente imposible

entender nada, lo único que sé es que está nervioso, por la forma de hablar, y los demás no dicen nada. Me voy al campo antes de que me descubra y sea aún peor.

Al entrar por la zona de vestuarios que da acceso al campo, veo al gato de Javi, Kiko, tumbado en uno de los banquillos, intentando coger los rayos de sol que llegan tímidos.

Y mis perros allí están, cómo no, corriendo por los laterales del campo, hasta que se percatan de mi presencia y vienen como locos a saludarme.

Ya estoy lleno de pelos, no podía ser de otra manera, y mientras me dirijo al fondo sur donde quedé con Lorena, observo cómo tres soldados más, los que vigilan la zona alta del fondo norte, bajan corriendo para entrar al estadio en dirección al despacho de Iker. Les va a caer una buena.

Yo, mientras, me quedo con mis compañeros de labranza. Uno de ellos es Tito, un chico gallego que trabajaba en Madrid en una comisaría de administrativo, un tipo bastante extrovertido, muy risueño, y con un profundo y marcado acento gallego. Su casi uno noventa de estatura le hace tener una apariencia muy bruta, nada que ver con la realidad.

También está Ixa, una mujer de unos «cuarenta y algo» según ella, también muy simpática y alegre; tiene el pelo rubio y no para de hablar de su ciudad preferida, San Sebastián, de donde vino en su día a ganarse el pan a la capital.

Y por último, Jorge, un chaval bastante majo, nacido en Extremadura, y en Madrid por estudios. Su historia es cuanto menos un auténtico reto y una demostración de fuerza de voluntad y superación. Nos cuenta que, no hace mucho, superó una leucemia, la cual combatió durante mucho tiempo, logrando vencerla con ayuda de los suyos.

—Esta puta mierda de pandemia no podrá conmigo; si he logrado vencer al cáncer, esto es pan comido —repite Jorge cada vez que saca el tema.

Y bueno, son mis compañeros de trabajo, juntos sembramos esta parte del campo, aunque aquí, hasta que quiera salir algo, ya podemos sentarnos a esperar.

Dependemos del agua de lluvia casi por completo: no sólo nos riega los campos, sino que nos sirve para nuestro propio consumo.

Gracias a la práctica desaparición de la «boina» de polución que cubría Madrid por las emisiones de gases y demás porquerías que salían de los coches y fábricas, el agua que cae ahora es prácticamente bebible, aunque el ejército, por si acaso, echa una pastilla potabilizadora a cada recipiente o cubo de basura, utilizados como «pequeños embalses».

Me pregunto cómo vivían hace dos mil años, cómo lograban subsistir, sin nada parecido a lo que tenemos ahora... bueno, teníamos.

Entre tanto pensamiento, no me he dado cuenta de que Lorena está detrás de mí.

—Hola, Alfonsito. ¿He tardado mucho? —me dice Lorena en tono cariñoso.

—Bueno, la verdad es que he estado entretenido y no me he fijado mucho en el reloj. ¿Qué te han designado como trabajo? —le pregunto curioso.

—Pues a petición propia, me pondré contigo aquí. Se lo he pedido como favor y han aceptado, aparte de que nos han dicho que es lo que más mano de obra necesita y lo más urgente, ya que queda mucho todavía por sembrar. De todas formas, ha llegado Iker dando voces y nos ha echado de la sala, tenía prisa por hablar con Víctor y los demás —contesta Lorena.

—Y tanto, niña, tenemos que llegar hasta casi el centro del campo —interrumpe Tito con su acento gallego.

—Hola. Soy Lorena, llegamos hace una semana más o menos —y le tiende la mano para saludarle.

—Yo soy Tito. Ya os vi llegar, aquí cada vez que viene alguien nuevo se celebra especialmente. Llevo aquí desde prácticamente el principio, la comisaría donde trabajaba está cerca y el ejército me metió dentro porque estábamos siendo atacados salvajemente. Y aquí sigo desde entonces, sin saber nada de nadie de los que conocía —explica el muchacho.

—Pues creo que aquí todos tenemos historias parecidas. Yo lo único que tengo es a él —cuenta Lorena señalándome a mí—, porque no sé nada de mis padres o tíos. Quedamos incomunicados rápidamente, hasta que vinieron a por nosotros. También lo lograron dos amigas mías, y todo fue porque nos juntamos para hacer un plan en casa de Alfonso, pero no sabíamos que todo iría tan rápido, no nos dio tiempo de poder irnos con nuestras familias —explica Lorena.

—Bueno, ahora tu familia somos nosotros. No nos queda más remedio que apoyarnos los unos a los otros, tenemos que aprender a vivir sin ellos y mirar hacia adelante, que bastante oscuro está el panorama —Ixa se suma a la conversación. Se expresa con mucha naturalidad, es la viva imagen del optimismo, siempre tiene una palabra adecuada para alegrar al personal.

—Muchas gracias, me alegro de que pienses así y de que estemos aquí todos juntos. Hemos tenido mucha suerte, muchísima suerte, probablemente seamos los únicos supervivientes de Madrid y quién sabe si del resto de España —dice Lorena.

—No lo creo, Lorena, pienso que habrá más gente que estará escondida como nosotros, o que vivan en sitios recónditos y apartados donde no haya llegado la infección —comento.

—Ojalá, Alfonso, ojalá. Si no, ¿de qué serviría tanto esfuerzo por intentar sobrevivir aquí, dejarnos las manos y la piel sembrando este campo, o haciendo otras labores, como si estuviésemos en el siglo dieciocho? —comenta de nuevo Ixa.

—Dejaos de monsergas, todos sabemos cómo acabaremos si no les hacemos frente. Ellos no mueren naturalmente, hay que matarles, darles en plena cabeza. Y si decidimos quedarnos aquí, los recursos se nos acabarán rápido y habrá que salir de todas formas —la reacción de Jorge es contundente.

—Pues, Jorge, te doy la razón: tarde o temprano tendremos que salir de aquí, pero para eso tenemos que confiar en Iker y en los soldados, y si ellos creen conveniente esperar, esperaremos —dice Tito.

—Y por las armas desde luego que no será, porque una vez el teniente nos enseñó el arsenal que tenían abajo y es impresionante, capaz de armar a un pequeño ejército —comento viniéndome arriba.

—¿Y para qué tienen tantas armas si son un puñado de soldados nada más? —pregunta Jorge.

—Pues porque cuando llegaron hasta aquí eran muchísimos, todos los que estaban en la Comunidad de Madrid, y utilizaron el estadio como base temporal y aquí guardaron todo: armas, comida, material, vehículos y demás enseres militares —respondo—. Pero casi todos murieron en las calles, me lo contó Iker, y muchos de los que están ahí fuera, intentando entrar, seguramente sean ellos.

Todos callan, imaginándose la escena: si unos militares cualificados y entrenados para cualquier situación límite caen de esa manera, ¿qué no harán con nosotros?

Parece que no tendremos posibilidad, pero algo dentro de mí me dice que sí; no sé por qué, pero la esperanza se ha escondido en mi cuerpo y no la dejaré salir.

Será mejor que empecemos a trabajar un poco, porque llevamos un buen rato de cháchara y las semillas no salen solas de la bolsa. Y mientras remuevo la tierra, pienso en los niños, qué futuro les aguarda y en qué estarán pensando, y aunque sé que Sergio y Rubén están encantados con la aventura, pronto empezarán las preguntas y las impacencias, las ganas de salir de aquí y sus miedos.

Hace un frío que corta hasta la cara. Ya estamos en el mes de enero de 2011, hemos cambiado de año sin apenas darnos cuenta. Por primera vez desde que tengo uso de razón, España no se ha comido las uvas al son de las campanadas de la Puerta del Sol.

Cuando era pequeño siempre me imaginaba cómo sería el futuro; cuando estaba en los años noventa escuchaba eso del «año dos mil» y yo decía: «en el año dos mil los coches ya deberían volar».

Pues no sólo no vuelan, sino que ya prácticamente no existen, o más bien lo que no existe son las personas para conducirlos.

No sé cómo, pero hoy necesito un poco de alegría para poder dejar de pensar en tanta tontería como estoy haciendo.

—Tito, esta noche en los palcos vamos a juntarnos unos cuantos, a ver si podemos pasar el rato con unas cartas o algo parecido, ¿te parece? —le propongo al alma de las fiestas en el estadio.

—Pues claro que sí, Alfonsito, todo lo que sea cachondeito es bien recibido. Si quieres, aviso a los demás y el que quiera que se apunte —responde un alegre Tito.

—Ok, tú mueve tus hilos, que eres el relaciones públicas del Bernabéu —le digo con una sonrisa en los labios.

—Los moveré, pero ahora dale a la azada y remueve toda la tierra que puedas, que no tardará mucho en ponerse el sol y tendremos que salir de aquí guiados por las luces de las linternas. —Tito me devuelve a la dura realidad de un plumazo.

—Lorena, cuando terminemos me gustaría que diésemos una vuelta por el césped.

Me apetece que hablemos tranquilos antes de subir a los palcos —le digo en voz baja.

—Vale, mi niño, también me apetece pasar un ratito a solas contigo, sin ningún militar de esos rondando cerca —responde Lorena con gesto relajado.

Los rayos solares abandonan la ciudad lentamente, desapareciendo entre los cristales rotos de los edificios madrileños, dejando tras de sí una inmensidad de oscuridad, gemidos y muerte.

Deben de ser por lo menos las diez. Los niños ya están durmiendo en su departamento, mientras los demás estamos en los palcos VIP que el Real Madrid tenía a disposición de unos cuantos privilegiados. Sus cómodos sillones, sus increíbles vistas al terreno de juego y su servicio de *catering* le hacían ser uno de los mejores estadios españoles de fútbol.

Pero ahora su utilidad es bien distinta, aunque no menos importante, ya que sus paredes cobijan a mucha gente del frío y la lluvia, sus sillones hacen las veces de camas, y sus vistas ofrecen una visión muy diferente a la de antaño.

Tito e Ixa acaban de llegar, acompañados por el marido de esta, Oskar, también natural de San Sebastián. Enseguida llega también Jorge.

Mientras tanto, los demás ya empiezan a contar qué han hecho en el día de hoy. Las caras de la gente son iluminadas por las velas que dan luz a la sala, unas velas que dan un aspecto un tanto siniestro y lúgubre a los presentes.

—Bueno, Alfonso, ya que estamos unos cuantos, dinos qué se cuece por el centro de mando del estadio, ya que tienes tanta confianza con el teniente Salvatierra —comenta Jorge con un gesto burlesco.

—Pues no tengo mucho que decir, la verdad, no te creas que tengo confianza con él, y menos desde el incidente del rescate de las chicas, desde ese día está bastante distante conmigo —respondo.

—Normal, tío, es que te pasaste tres pueblos largándote por tu cuenta —añade Pedro.

—Bueno, no empecemos con este tema otra vez. Además, hemos quedado para pasar un buen rato, no para sacar el cajón de la mierda —protesto.

—Tranquilo, Alfonso, no te molestes, ya sabes que Pedrito tiene su particular visión de las cosas —comenta Tito.

—No me enfado, Tito, de verdad, pero a veces las formas no son las adecuadas, nada más —respondo.

—Bueno, chavales —dice Tito levantándose con una vela en la mano—, vamos a cambiar de tercio. Si queréis, podemos empezar por conocernos un poco mejor; al fin y al cabo, somos la nueva generación de este puto planeta, somos el futuro.

—¿Estás seguro de que somos el futuro, Tito? —pregunta Lorena.

—Completamente seguro, y te digo por qué: somos más de doscientas personas aquí metidas, ya tenemos varios niños, y muchas sois mujeres y no muy mayores. Además, contamos con provisiones para aguantar hasta que seamos capaces de sobrevivir con nuestros propios medios. También tenemos armas y el apoyo de unos militares que defenderán el refugio en caso de que sea necesario —Tito explica la situación bajo su punto de vista.

—Eres la viva imagen del optimismo, Tito —comenta Marta—. Tienes mucha esperanza de salir adelante, pero tienes que ser cauto con tus explosiones de alegría,

ya que puedes crear falsas esperanzas en la gente, y eso puede llevar a que se relajen en sus trabajos diarios y olviden por lo que están luchando.

—Visto así, Marta, quizá tengas razón, pero no creo que eso ocurra. Además, yo soy así, era así también antes de que todo esto ocurriera, y ahora no voy a cambiar. De todas formas, me contendré dependiendo de a quién tenga delante —responde Tito.

La gente está demasiado relajada, demasiado; y ahí fuera, una autentica legión de muertos vaga a sus anchas por nuestra ciudad, por nuestro planeta.

Es bueno tener estos momentos, pero sin olvidar que ya nada volverá a ser lo mismo y que probablemente nuestros ojos no vuelvan a ver el mundo tal y como lo conocíamos.

De pronto, un tremendo ruido metálico retumba por todo el estadio, el eco es ensordecedor, causando estupor y desconcierto en los presentes.

A continuación, un sonido inconfundible, siniestramente familiar en los últimos meses: gemidos.

Todos salen de la sala, sumergiéndose en la profundidad de la oscuridad de los pasillos. Algunos gritan, otros mantienen la calma, pero todos tienen la misma cara de miedo.

—Lorena, quédate en el palco, no se te ocurra salir de aquí. Voy a ver qué ha sido ese ruido, parece que se han escuchado los gemidos de esos bichos aquí dentro. Marta y Soraya, quedaos con ella, por favor, ahora vuelvo. —Y con estas palabras, linterna en mano, salgo del palco en dirección a las escaleras.

Se escuchan las botas militares de los soldados a la carrera, voces, el inconfundible sonido metálico de las armas.

Trato de llegar abajo, enfocando cada rincón que me sale al paso, sin ver nada anormal. La gente ha desaparecido engullida por la negrura de los pasillos que dan acceso a sus departamentos. De pronto es como si estuviera solo en el estadio, no sé a dónde dirigirme, no sé qué ha pasado, pero no me gusta un pelo.

Por fin, la imagen de un soldado aparece ante mí.

—¿Qué haces aquí? Vete a tu habitación inmediatamente, tenemos una incidencia que resolver —me increpa el soldado muy borde.

—¿Incidencia? ¿Qué tipo de incidencia? Hemos escuchado gemidos y sonaban dentro del estadio, todo el mundo está muy asustado.

—Te repito que te vayas a tu departamento y no hagas más preguntas, aquí no estás seguro.

—Déjale, Paco. Vete con los demás, ahora voy yo —interrumpe Iker.

—¡Iker! Me alegro de verte. Dime qué está pasando, y dime la verdad, por favor.

—Eres demasiado insolente, Alfonso, pero es lo que más me gusta de ti. ¿Te acuerdas de lo que vimos desde la torre, cuando me viniste a buscar?

—Sí, estaban llegando desde todos los puntos hacia el estadio.

—Pues esta tarde han seguido llegando sin parar, tantos que el ruido que has

escuchado ha sido una de las puertas laterales. La han derribado de la presión que han ejercido durante toda la tarde y ahora están dentro...

—¿Cómo que dentro? —interrumpo.

—Déjame acabar y tranquilízate. Han entrado, pero no tienen acceso a la zona donde estamos nosotros. La sala donde están es una de las que no tenemos habilitadas para la gente que vive aquí y, por lo tanto, no la teníamos reforzada, por eso la puerta ha cedido a la presión —me intenta tranquilizar Iker.

—¿Estás seguro de eso, Iker? —pregunto nervioso.

—Completamente, te lo juro. Tú mismo lo puedes comprobar, vente conmigo y cógete este fusil por si las cosas se ponen feas.

Iker me acerca uno de los fusiles que utilicé en el aprendizaje de tiro y unos cuantos cargadores.

—Sígueme. —Me invita a acompañarle con un gesto de su mano.

Salgo tras él y, alumbrados por las linternas, atravesamos un largo pasillo, vamos dejando puertas metálicas tras nuestros pasos, creo que es la zona de la lavandería del estadio, no muy común para el tránsito de civiles. Al fondo, un grupo de soldados esperan al teniente, agachados y con las linternas apagadas.

—Chicos, novedades —ordena Iker.

—Teniente, los bichos están dentro del almacén A. Son muchos, pero no representan ningún peligro, al menos aparentemente —responde Paco.

—¿Pero los habéis visto? —pregunta Iker.

—Sí, el almacén tiene el techo alto, como en las fábricas, y desde aquí se puede acceder subiendo por una escalera de mantenimiento —responde Paco—. El problema es que nos huelen cada vez que nos acercamos y están muy nerviosos, pero no tienen forma de acceder a nuestra zona; tendrían que atravesar el muro y no creo que sean capaces de hacerlo.

Iker sube despacio por la escalera de mantenimiento, me pide que le siga con un gesto, la linterna está apagada, y al llegar arriba, nos escondemos tras unas enormes tuberías de refrigeración.

Y ahí están. Son muchísimos, más de los que me imaginaba, andan de un lado al otro del almacén, sin rumbo, desorientados, pero levantando todos al unísono la cabeza, olfateando el ambiente; saben que estamos cerca, pero no nos pueden ver.

Si siguen entrando tantos, podrían llegar a amontonarse unos encima de otros, y quizá, llegar hasta aquí, pero sería una auténtica carambola macabra del destino.

Otro gesto de Iker me indica que se acaba la visita al almacén, por lo que bajamos despacio de nuevo.

—Bueno, en principio, son muchos pero no representan peligro alguno, están prácticamente encerrados allí, y si tenemos suerte y no hacemos ruido, quizás acaben por largarse —comenta Iker más tranquilo.

—Pero seguirán oliéndonos, Iker. Nada les va hacer moverse de ahí, es más, seguirán entrando como borregos al olor de la hierba fresca —comento.

—No si logramos desviar la atención en otra dirección, entonces podremos sellar esta entrada para que no vuelva a suceder otra vez —contesta Iker.

—¿Y me puedes explicar cómo piensas hacer algo así? —le pregunto intrigado.

—Pues de la misma manera que bloqueamos la entrada al garaje de la urbanización de tu hermana: con uno de los tanques.

—Muy bien, pero primero tendremos que sacarles de ahí, digo yo, ¿no?

—Sí, Alfonso, pero eso tenemos que estudiarlo y ver la manera más segura de hacerlo. Lo primero ahora es regresar a la zona segura y tranquilizar a la gente, que debe de estar bastante nerviosa con la situación.

Y tras estas palabras, los soldados desaparecen en la oscuridad de los pasillos, mientras el teniente y yo nos dirigimos a la salida más cercana, guiados por la luz de las linternas.

Todos están reunidos en el césped del estadio, tal y como tenían ordenado en caso de emergencia, ya que a menudo se practicaban simulacros. Están situados en el centro del campo, rodeando el helicóptero, y en sus caras se puede apreciar el miedo y la incertidumbre, causados por aquella extraña sensación de inseguridad que les provocó el ruido de la puerta al caer, pero sobre todo, los gemidos escalofriantes.

—Vamos a ver, lo primero, ¿habéis hecho recuento de personas los que estáis aquí? —pregunta Iker dirigiéndose a los presentes.

—Sí, teniente, estamos todos los civiles menos Alfonso, pero veo que viene con usted —contesta Soraya.

—Le dije que viniera conmigo. Me imagino que querrán saber qué ha pasado esta noche y qué ha sido ese ruido, ¿verdad?

—Hombre, pues si tiene usted el detalle, se lo agradeceríamos —replica Lorena.

—Procure bajar el tono de su conversación, Lorena, todos nos hemos asustado de la misma manera. —Y dirigiéndose a todos, continúa—: El ruido ha sido provocado por los infectados, han logrado derribar una de las puertas de uno de los almacenes que dan a la zona restringida del estadio.

—¿Están dentro? ¡Dios mío, están dentro! —grita asustada Soraya.

—Están dentro, pero en realidad no suponen ningún peligro para nosotros, así que pido cautela y dejadme que os cuente —Iker trata de tranquilizarles—. La zona donde están ahora mismo está aislada, y aunque estén dentro del estadio, no pueden pasar de ahí. Es como si se hubieran metido en una jaula, y si les logramos cerrar la puerta de nuevo, podremos librarnos de unos cuantos de esos seres.

—¿Y malgastar munición a lo tonto? —increpa Pedro.

—¿A lo tonto? ¿Crees que matar a unos centenares de infectados es malgastar munición? ¿Entonces para qué la tenemos? No caigamos en demagogias baratas, y ahora todo el mundo a sus cuartos. Pueden estar tranquilos, he doblado la seguridad en aquella zona, y si hubiese alguna incidencia, no se preocupen que inmediatamente procederíamos a su aislamiento y seguridad.

—Muy bien, teniente, pero le voy a decir una cosa, y espero que no se moleste.

Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, sobrevivir, y no queremos que se nos oculte absolutamente nada, ¿entendido?

—Entendido, Pedro, pero ahora váyanse y duerman tranquilos, mañana hablaremos de este tema más tranquilamente después del desayuno.

Iker se retira acompañado por otros soldados, metiéndose por la boca de vestuarios, en dirección a su despacho.

—Pues se nos ha jodido la fiesta —replica Tito.

—Bueno, mañana la seguimos, ahora es mejor que obedezcamos al «militroncho» si no queremos otro tipo de fiesta —comenta Ixa—. Hasta mañana a todos.

La gente se dispersa por el césped, cada uno hacia su habitación. Las luces de las velas y alguna linterna iluminan esta gélida y oscura noche madrileña.

Lorena permanece a mi lado mientras los demás desaparecen en la oscuridad.

—Hace mucho frío, Alfonso, vamos a dormir —me insiste temblando.

—Espera un poco, mira al cielo, Lorena.

Lorena mira hacia el negro cielo de Madrid, y contempla asombrada el manto estrellado que lo cubre en su totalidad.

—Jamás había visto tantas estrellas. Entre tanta muerte y miedo, nunca había reparado en este tipo de cosas. —Lorena está maravillada.

—La ausencia de luz artificial hace que se vean de esta manera, y precisamente desde Madrid no se podían apreciar. ¿Te gusta?

—Me encanta, de verdad, es precioso.

Y abrazados, avanzamos despacio hacia el túnel de vestuarios, sin dejar de contemplar el cielo y con la mente puesta en un futuro, ni bueno ni malo, simplemente un futuro.

—¡Alfonso! Despierta, vente conmigo.

Es la voz de Iker, sin duda, aunque no sé si aún estoy soñando o no. Todo está oscuro, Lorena duerme como un bebé; desde luego ya se puede caer el estadio abajo que ella seguiría durmiendo.

—¿Qué pasa, teniente? ¿Ha pasado algo? —pregunto medio dormido.

—Vístete y déjate de preguntas, ahora te lo explico, no quiero que despertemos a todo el mundo.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana, está amaneciendo. Date prisa, te espero en cinco minutos en mi despacho —ordena el teniente.

Iker sale de nuestra habitación, está vestido y parece que no ha dormido en toda la noche.

Como puedo, trato de vestirme sin encender ninguna vela y sin hacer ruido; no quiero asustar a nadie, bastante tuvieron ayer. Al salir procuro no cerrar fuerte la puerta, aunque estas botas militares no es que sean silenciosas precisamente, y me encamino hacia el despacho del teniente.

—Hola, Alfonso, entra y cierra la puerta —me pide.

Está sentado en su mesa, junto con los soldados más cercanos a él; ya les conozco de sobra, alguna vez que otra hemos hablado largo y tendido de nuestras vidas y de los proyectos que se quedaron interrumpidos por culpa de esta mierda de pandemia. Ellos son Víctor y Paco, que junto con el fallecido Aitor, formaban el grupo de confianza de Iker.

—Siéntate, tenemos que hablar —ordena el teniente.

Su gesto me recuerda al de un pavo en vísperas de Navidad; tiene el rostro serio, su mirada está fija en un aparato de radio que tiene sobre la mesa. Me siento a su lado.

—Si estás aquí es porque confío en ti, lo hice desde que llegaste, creo que tu ayuda podrá sernos útil a todos, pero me tienes que responder, Alfonso, devolverme la confianza.

—Sé que cuento con tu confianza, Iker, pero me resulta extraño que me levantéis tan temprano para que me sueltes esta charla paternal.

—No es una charla paternal lo que te quiero decir, es una cuestión de supervivencia, y creo que tenemos una novedad.

Al decir esto, el aparato de radio emite un chasquido, como una interferencia, para luego enmudecer de nuevo.

—De esto quiero hablarte, Alfonso. La radio lleva varios días mostrándonos interferencias, eso creo que ya lo sabías, ¿no es así?

—Sí, ya me lo dijiste —respondo.

—Esta madrugada, en una de las interferencias, hemos detectado algo nuevo: nos

ha parecido distinguir una voz humana.

—¿Cómo? ¿Estáis seguros de eso?

—Sí, casi con total seguridad. La voz ha aparecido y desaparecido varias veces, aunque no hemos podido distinguir nada, pero sí que era humana, de eso no tenemos duda. Creemos que alguien se está intentando comunicar con nosotros desde algún punto de Madrid o de España. Tenemos constancia de que los satélites aún funcionan, al menos alguno de comunicaciones, dado que se alimentan por células fotovoltaicas directas del sol. Nuestro localizador GPS detecta señal, aunque no sabemos por cuanto tiempo.

—Una voz humana... Eso quiere decir que no estamos solos, hay más gente que ha logrado sobrevivir. ¡Esto es un notición!

—No tan rápido, amigo Alfonso, no sabemos nada aún. Si confirmáramos que es una voz humana, no tenemos claro si sus intenciones son buenas o malas. Cualquiera daría un brazo por tener el refugio que nosotros tenemos, y ya se sabe cómo nos las gastamos entre nosotros, somos la peor especie de la Tierra sin lugar a dudas.

—Teniente, no se ponga en ese plan, dudo que alguien en esta situación quiera meterse en problemas con nosotros, bastante tendrán con lo que tienen a su alrededor, que supongo que no serán turistas precisamente.

—No te fíes del ser humano, Alfonso. Yo he visto muchas cosas, hemos hecho misiones por Afganistán e Irak, y te quedarías helado de cosas que hemos tenido que consentir por no poder hacer nada al respecto, cosas muy duras.

—Bueno, yo también he visto por la tele cosas fuertes, pero creo que ahora la situación es distinta.

—No, te equivocas otra vez, ahora se trata de sobrevivir, y cuando tu vida depende de ello, no te importa quién se ponga por delante, aunque matándonos a todos se quedasen solos en este infierno de mundo.

Iker tiene razón en parte, tenemos que tener cuidado con cualquiera que se pueda presentar aquí, pero no deja de sorprenderme la frialdad con la que habla de estas cosas.

—¿Se lo piensa decir a los demás? —le pregunto.

—Aún no. Hoy vamos a estar pendientes de la señal de radio y quiero que te quedas conmigo; según me comentaste una vez, algo entendías de estos trastos, ¿no es así?

—Bueno, en su momento lo estudié. No sé si me acordaré de algo, pero lo puedo intentar.

—Ok. Luego, cuando haya amanecido, sube a tu cuarto y coméntale a tu chica que vas a estar conmigo aquí hoy, que no se preocupe y que, cuando desayunen, se pongan con el campo. —Y dirigiéndose a uno de los soldados, añade—: Víctor, pasa revista a los soldados que han hecho guardia esta noche y supervisa el cambio de turno.

—Como mande, teniente. —Víctor abandona la sala.

Paco se queda con nosotros, toma una silla y se coloca al otro lado de la mesa. Su gesto también es serio, pero no tanto como el de Iker; he tenido ocasión de tener alguna que otra risa con él, es un tipo simpático y extrovertido, la formación militar no le ha hecho olvidarse de su personalidad fuera del ejército y eso es de agradecer.

—Señores, intentemos permanecer atentos a la radio. Alfonso, trata de sintonizar bien la señal que llega, intenta ajustar los parámetros a ver si desaparecen las interferencias —ordena el teniente.

Iker me pide un imposible, no he visto un aparato así nada más que en los libros del instituto, y ni siquiera hicimos prácticas con uno de ellos. Actuaré por lógica, siguiendo nociones básicas de la electrónica; daría lo que fuera porque estuviera aquí mi profesor de las prácticas.

Muy lentamente, trato de girar la ruedecita que hace oscilar la manecilla de la radio, y según va sonando el aparato, voy regulando. Esto es como aprender a tocar un instrumento «de oído», sin formación ninguna, ser un auténtico autodidacta.

Las interferencias son ligeramente menos ruidosas, al menos he conseguido coger mejor la señal, aunque sea lo que sea lo que estaba intentando mandar una señal lo ha dejado de hacer.

Han pasado ya dos horas desde que Iker me llamara para que bajase con él, y ya me ha dado tiempo de subir a despertar a Lorena y de desayunar con ella. Bueno, esto último no ha sido una orden del teniente, pero qué demonios, me apetecía y punto.

Después de que me viniera a buscar Paco, y la correspondiente charlita de Iker por mi retraso, aquí seguimos como tres idiotas, pendientes de la dichosa radio en busca de una señal que no creo que vuelva a llegar; seguramente quien fuese ya no sabrá ni hablar, sólo gemir y caminar renqueante por toda la eternidad.

—GGGGSSSGGGGG... ¿Hola?... GGGGGGGGGGGSSSGGGSS...

El sonido nos hace despertar a los tres del letargo en el que estábamos sumergidos desde hace ya unas horas, Iker incluso tira la silla al levantarse bruscamente.

—¿Lo habéis oído? Alguien ha dicho «hola» —comenta Iker exultante.

—Sí, yo lo he oído claramente, y esta vez ha sonado bastante más nítido que esta madrugada —añade Paco.

—GGGGGGGGG... Emitimos desde... GGGGGGGGGGGSSSSSS... ...en nos escucha?

Iker coge el micrófono con fuerza y se lo lleva a la boca.

—¡Hola! Estamos en Madrid. ¿Quiénes sois? —pregunta Iker.

La espera se hace muy tensa, son unos minutos de silencio, ni siquiera suenan las interferencias, creo que hemos perdido la señal.

—Iker, creo que hemos perdido la señal, vuelve a intentarlo más tarde —trato de calmarle.

—¡No! Espera un momento, un poco más, es probable que nos hayan escuchado.

Ya ha pasado media hora desde la última señal, los ánimos han desaparecido, es evidente que no nos han escuchado, al menos lo hemos intentado.

—GGGGGGGGG... Te... recibo... GGGGGGGGGG... anta Bárbara...  
GGGGGGGSSSSSS... SSSSGGGGGGGGGGGG...

Iker vuelve a coger el micro.

—Te recibimos muy mal. Aquí Madrid, Madrid, somos muchos supervivientes. ¿Me recibes bien? ¿Hola? ¿Hola?

La conexión no es buena pero lo que sí es cierto es que nos han escuchado y ahora ellos también saben que estamos vivos, y digo «saben» porque ha dicho «emitimos desde».

—¡Mierda! ¡Putada mierda de radio! —protesta Iker. Está muy nervioso, sabe que tiene algo importante, pero aún desconoce qué es exactamente—. De aquí hoy no se mueve ni Dios hasta que logremos contactar correctamente con esa gente, nuestro futuro depende de esta conexión. ¿Lo tenemos claro, verdad?

—No se preocupe, teniente —obedece Paco.

—Pues yo tengo algo que objetar, Iker. Yo no soy militar y tampoco estoy a tus órdenes, no me puedes obligar a permanecer aquí encerrado hasta que a ti te parezca oportuno, ahí fuera tengo a mi familia y a mi novia, y cosas que hacer más importantes que estar pendiente de una radio.

Iker me agarra del traje por el cuello y me empuja contra una de las paredes muy bruscamente.

—Tienes suerte, chaval, de tener aquí a tu familia, yo ni siquiera sé si vive o no la mía, ni la de Paco, así que deberías ser más agradecido y mostrarte más cauteloso con tus palabras. Sé que no eres militar, pero este estadio lo dirijo yo, te guste o no, y la protección que le ha dado mi equipo no te la va a dar nadie ahí fuera. Así que, por favor, siéntate otra vez y reflexiona lo que acabas de decir. Estamos todos muy nerviosos y entiendo tu reacción, pero si de aquí sacamos algo en claro, será un acontecimiento muy importante, de eso puedes estar seguro —ladra Iker pegando su nariz con la mía en un gesto de rabia.

Y soltándome, se da media vuelta y se vuelve a sentar en su silla.

Paco me mira sorprendido; desde luego, si me mirara en un espejo, mi cara sería todo un poema.

Me vuelvo a sentar colocándome la camisa arrugada por la fuerza de Iker, nadie habla, no me mira, sus ojos están clavados en el dichoso aparato de radio.

—Perdona, Alfonso, no quería asustarte, estoy nervioso por la señal recibida.

El teniente sigue sin mirarme, pero su arrepentimiento evidencia un cansancio arrastrado por toda una noche sin dormir, y la tensión y responsabilidad que tiene encima.

—No pasa nada, Iker, entiendo tu nerviosismo. Me quedaré con vosotros, pero hasta mediodía, después de comer me iré con Lorena al campo a seguir con mi trabajo, ¿vale?

—Vale, no te voy a forzar a quedarte, pero ahora, por favor, intenta otra vez encontrar la señal más nítida.



## 4I

Han pasado ya dos días desde que recibimos por última vez la señal de radio, y el ritual se repite diariamente: Iker y Víctor sentados frente al aparato tratando de conseguir que vuelva a emitir algo. De vez en cuando me llaman para intentar captar la frecuencia por donde llegó la señal, sin éxito. Esperan que ese dichoso trasto escupa algún sonido inteligible que vuelva a llenar de esperanza el corazón ya medio congelado del teniente.

Nadie sabe nada de todo esto, salvo Lorena, claro, no pude evitar contárselo porque me parecía demasiado importante como para tenerlo oculto. Es más, enseguida supo que algo pasaba; menos mal que me ha prometido mantener silencio absoluto, más nos vale.

Estamos abandonando ya el mes de enero, y el frío es muy intenso. Ayer estuvo toda la mañana nevando, lo que nos obligó a tapar con la lona que cubría el helicóptero el terreno sembrado, para evitar que se congele lo poco que ha salido de la tierra.

Hoy la nieve se ha convertido en lluvia, por lo que el trabajo en el campo se ha hecho prácticamente imposible, hay mucho barro y grandes charcos, pero al menos estamos logrando llenar varios contenedores con el agua de la lluvia, lo cual es de agradecer. Alguien ahí arriba nos está echando una pequeña mano, al menos de sed no moriremos, no por ahora.

La mayoría de los habitantes del estadio prácticamente no hacen mucho, se ocupan de mantener todo un poco limpio y ordenado, pero sin matarse en el empeño. La apatía se está apoderando de la gente, muchos de ellos han caído en depresiones y se niegan a trabajar, se pasan el día lamentándose en cualquier rincón.

Y la famosa chica que rescataron antes que a nosotros está dando «señales de vida»; de vez en cuando se la ve andando por el césped, aún metida en su mundo, pero por lo menos ha salido de su madriguera por primera vez desde su llegada al Bernabéu.

Esa chica me despierta una gran curiosidad, no sé qué le habrá pasado para que esté en ese estado de shock tan duradero. Todos hemos vivido escenas traumáticas, pero ella ha tenido que vivir algo más, algo peor; sus ojos siempre están perdidos en lo más profundo de su alma y a veces, al verla caminar, me da la sensación de que estoy viendo a uno de «ellos».

Hoy he decidido abordarla en pleno paseo para intentar averiguar algo más de ella, no sé si querrá colaborar conmigo. Hace un rato la vi pasar por las escaleras, debe de estar ya en el campo.

Efectivamente, allí está, caminando bajo el aguacero que está cayendo sobre Madrid, sin importarle lo más mínimo empaparse de esa manera más absurda. Menos mal que tengo mi chubasquero militar, al menos yo no me mojaré tanto.

Me sitúo a su altura y me uno a su paso lento. Al principio no sé cómo empezar a

hablar, ella ni me ha dedicado una mirada, sigue con su cabeza incrustada en el pecho como si la tuviera pegada con Super Glue.

—Hola. —Espero una respuesta que sé que no llegará.

Silencio, el ruido de la lluvia es el protagonista de este absurdo intento de conversación.

—Perdona, no te quiero molestar, te he visto pasear y he pensado que podría acompañarte... si no te molesta, claro. —Segundo intento.

Me siento ridículo, soy consciente de que muchos otros, incluyendo a Iker, han intentado antes sacar algo de los labios de esta pobre alma atormentada, sin éxito alguno. Pero a cabezón no me gana nadie.

—Yo me llamo...

—Alfonso —me interrumpe la chica, dejándome perplejo.

—Sí... pero... ¿cómo lo sabes? Es la primera vez que hablo contigo.

La chica se para repentinamente sin dejar de mirar a la hierba mojada.

—Aquí todo el mundo te conoce —comenta ella.

Y reanuda la marcha. Tiene las manos en los bolsillos de su abrigo militar, la ausencia de capucha le hace tener el pelo empapado, las gotas de lluvia le resbalan por la cara, pero no parece importarle mucho.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

De nuevo me ignora, pero al menos ya sé que no es muda, como pensaba Iker.

Otra vez se para, pero esta vez se vuelve hacia mí y levanta la cabeza clavando sus ojos en los míos como si fueran dos puñales.

—Llevaba mucho tiempo esperando a que vinieses a hablar conmigo; te ha costado superar tu timidez, Alfonso —dice.

Ahora sí que no entiendo nada. ¿Cómo que esperaba que me acercara a ella?

—Perdona, pero no te entiendo. ¿Me conoces de algo? —le pregunto.

—No, pero tú y yo tenemos mucho en común, aunque tú todavía no lo sabes... pero lo sabrás pronto. El que hayas venido a hablar conmigo no ha sido casualidad, tarde o temprano sabía que vendrías porque eres como yo.

Las gotas de lluvia siguen resbalando por sus mejillas, sus ojos siguen escaneando los míos, la profundidad de sus pupilas me obliga a tener que apartar la mirada.

—Sigo sin entenderte. ¿Podemos meternos dentro para hablar más tranquilamente? Me estoy empezando a empapar —le indico amablemente.

—Dentro hay mucha gente y muchos oídos indiscretos. Si quieres hablar conmigo, tendrás que mojarte —su respuesta es contundente. Desde luego, si quiero saber quién es y de qué me está hablando, no me queda otra que seguirle la corriente.

—¿Podríamos ir a uno de los banquillos al menos? Allí no nos molestará nadie, te lo aseguro.

No me contesta, pero su cambio de dirección hacia la zona de los banquillos me confirma que está de acuerdo.

Me siento en el banquillo donde, apenas unos pocos meses antes, Mourinho

pegaba botellazos contra el lateral de metacrilato cada vez que el árbitro pitaba algo que no le gustaba. Ella se sienta a mi lado, está completamente mojada, su mirada ahora parece más dulce, quizá sea por la ausencia de agua resbalando por toda su cara.

—Me llamo Carolina, pero me puedes llamar Carol si quieres, que es como me llamaban mis amigos.

—Pues encantado, Carolina... bueno, Carol, y gracias por tu confianza.

—Supongo que no sabrás de qué te he hablado antes, ¿verdad? —pregunta Carolina.

—Pues la verdad es que me has dejado un poco helado, y no precisamente por la mierda de día que hace hoy —contesto.

He logrado que sus labios esbocen una mínima mueca de sonrisa, enseguida abortada para mirar otra vez al frente.

—¿Qué crees que está pasando, Alfonso? —pregunta Carolina.

—Pues no sé. ¿A qué te refieres exactamente?

—Sabes de sobra a lo que me refiero: a lo que le ha pasado a nuestro mundo, a nuestra ciudad y a nuestra gente —contesta la chica volviéndome a taladrar con sus ojos.

—Lo que sé es lo que sabemos todos: un virus nos ha destruido, nos ha aniquilado como a simples hormigas —contesto.

—Esa es la realidad oficial, la realidad que todos creen saber y por la que estáis luchando. Pero el verdadero enemigo no está ahí fuera arrastrando los pies e intentando entrar para arrancarte las entrañas y poder saciar su hambre.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Acaso la lluvia ha calado en tu cerebro? —le digo molesto.

—Ellos son sólo una consecuencia de la maldad de otros, son un arma lanzada contra la humanidad para sentenciarnos y condenarnos a todos —continúa Carolina su discurso.

Me quedo mirándola fijamente, no sé si ha sido una buena idea hablar con esta chica, creo que tiene algún tipo de trastorno o algo parecido. Será mejor que me despida de ella educadamente para no molestarla.

—Ni tengo trastorno alguno ni ha sido una mala idea hablar conmigo, créeme. Y nadie te obliga a estar aquí haciéndolo —interrumpe mis pensamientos repentinamente.

—Pero... ¿cómo sabías lo que te iba a decir? ¿Quién eres en realidad? —le pregunto extrañado.

—Ya te he dicho que me llamo Carolina, y también te he dicho que tú y yo somos iguales, aunque tú aún no sepas diferenciarlo. Pero ya te darás cuenta, no te preocupes. Ahora me voy a mi cuarto, hablamos en otro momento.

Y sin dejarme contestar, abandona el banquillo para introducirse en el túnel de vestuarios en busca de su mazmorra, de donde apenas ha salido.

¿Qué coño querrá decir con eso de que somos iguales? No entiendo nada, y será mejor que esto sí que no se lo diga a Lorena, seguro que lo interpretaría de otra manera.

Su sombra desaparece en la oscuridad del túnel, y tras de sí deja la duda y el miedo causado por sus palabras, tan profundas como ilógicas. Ha conseguido que algo dentro de mí se remueva, lo que ha dicho sobre lo que está pasando me desconcierta, y una sensación de malestar se apodera de mí.

Me vuelvo a poner la capucha. Será mejor que me vaya de aquí porque al final voy a coger una pulmonía, y no es que vayamos sobrados de medicamentos precisamente.

Me dirijo al despacho de Iker, quiero saber si hay alguna novedad respecto a la radio.

Tras unos toquitos con el nudillo, un breve «adelante» me indica que puedo pasar.

—Hola, Iker. ¿Cómo va la búsqueda de señal? —pregunto amable.

—Va como estos últimos días, o sea, mal. Creo que estamos perdiendo el tiempo, es posible que si eran supervivientes, ya no lo sean, o vete tú a saber.

Iker está visiblemente cansado. Su imagen se ha deteriorado bastante en estos últimos días: se nota que apenas ha dormido, su cara refleja el cansancio acumulado, y su barba de tres días indica dejadez y falta de ilusión por continuar adelante con todo esto.

—Iker, no te tienes que desanimar; tú eres el que está al mando de todo esto, la gente no te puede ver en este estado, vas a conseguir contagiarles tu pesimismo. No sé si sabes que aquí hay mucha gente que ya ha bajado los brazos, y que tú eres el encargado de que eso no ocurra. Te has obsesionado con la dichosa radio, y aún no te has enterado de que ahí fuera ya no hay nada, ¿me entiendes? Nada. Sólo muerte y dolor. Has conseguido con mucho esfuerzo reunir aquí dentro a un montón de supervivientes, y debes seguir luchando por ellos. No les puedes abandonar, y lo sabes.

Iker me mira fijamente con los brazos extendidos sobre la mesa, sabe que tengo razón, y que ha tenido que ser un civil el que le ha tenido que poner los pies en la tierra de nuevo.

—Alfonso, probablemente, de todos los que estemos en este estadio, eres de las mejores personas. Y no te falta razón en lo que me has dicho. Sé de sobra que hay mucha gente aquí dentro que ha dejado de luchar, que se ha rendido y está esperando a que todo acabe, cobardes por no hacerlo ellos mismos. Pero también te digo que no les he abandonado ni lo pienso hacer. A pesar de mi rango y de la responsabilidad que tengo, también tengo límites, y quizás estoy llegando a ellos.

—Bueno, pues quizás es hora de que delegues en tus compañeros ciertas responsabilidades y descanses un poco, Iker, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que tengo en un almacén reunidos a cientos de muertos

tratando de llegar hasta nosotros, una radio que cuando le da la gana emite señal, y un campo de siembra que ahora mismo más que una huerta parece un barrizal, así que, si crees que es buen momento de irme a tomarme unos días, tú mismo, Alfonso — contesta el teniente malhumorado—. Y ahora, por favor, si no te molesta, vete con tus compañeros y entretente con lo que sea, ya que ahí fuera, mientras siga diluviando, no podéis hacer nada. Cierra al salir.

Salgo de la sala sin contestarle y, tras un sonoro portazo, me dirijo a mi habitación en busca de Lorena, que según me comentó antes, estaría con mi madre, Araceli y los niños, jugando un poco con ellos.

Quizás es lo mejor que puedo hacer hoy, porque entre la conversación con Carol y aguantar los malos modos de Iker, lo mejor es disfrutar un poco de la inocencia de los niños, probablemente lo más puro en este infierno en el que vivimos.

Junto con los primeros rayos del sol, aparecen también las primeras órdenes de la mañana.

Después de unos cuantos días bastantes desapacibles, hoy el cielo de Madrid nos ha dado una pequeña tregua, por lo que podremos trabajar un poco mejor.

El campo de fútbol es un auténtico barrizal. En algunas zonas los charcos son bastante considerables, tanto que parecen pequeñas lagunas de donde emergen las hierbas altas y demás hierbajos que crecen desproporcionadamente a sus anchas.

Iker por fin ha salido de su madriguera, en la que ha permanecido los últimos días, parece que se ha dado por vencido y ha dejado la radio aparcada en su despacho, castigada por no darle lo que quería escuchar.

Víctor le sigue a todas partes como si de su sombra se tratara, el teniente no da un paso ni da una orden sin su ayudante cerca.

La vigilancia es extremadamente fuerte, apenas se ven soldados por las zonas comunes, ya que la mayoría de ellos están apostados en diferentes zonas vigilando las hordas de muertos que tratan de penetrar en nuestro refugio.

Entre nosotros ha crecido un miedo añadido al que ya teníamos, algo dentro de nuestros corazones nos hace estremecer de una manera que nos hace presagiar lo peor.

Vestida con su traje verde, Carolina pasea ajena a nuestros miedos por el centro del campo, rodea al helicóptero una y otra vez, trazando la perfecta circunferencia que antes marcaban las líneas de cal.

La observo desde el ventanal de mi cuarto, uno de los palcos que usamos para nuestro descanso. Lorena se ha percatado de que algo no va bien, y se acerca al cristal para buscar el motivo de mi atención.

—¿Es la chica que me dijiste anoche? —pregunta.

—Sí, es ella. Y mírala, ahí sigue, dando vueltas como si le faltara un tornillo, lleva así desde hace media hora por lo menos —respondo.

—Bueno, tú, por si acaso, no te acerques mucho a ella, no vaya a ser que esté enferma o loca y trate de agredirte.

—Tranquila, mi amor, no tiene ninguna maldad esta chica, simplemente creo que todo lo que ha debido de vivir le ha hecho perder un poco la cabeza, nada más —le comento mientras le aparto el pelo cariñosamente de la cara—. Vamos a desayunar, desde aquí puedo oír a los críos que ya están bajando como fieras.

Lorena se enfunda su enorme chaquetón de camuflaje, siempre ha sido una friolera, incluso en verano le he visto ponerse alguna chaquetita fina porque, según ella, «refresca por la noche en agosto». En fin.

No le queda del todo mal el verde caqui, acostumbrado a verla siempre con algo rosa de Hello Kitty, ya sea una camiseta, pendientes o sus enormes colgantes.

Según la veo bajar las escaleras con su tranquilo y lento caminar, la pena me va

invadiendo; ella no se merece tener que vivir este drama, siempre le ha dado miedo todo lo relacionado con el género de terror, ya sea cine o libros. Y ahora es una de las protagonistas de una cruel realidad de la cual no puede escapar, ni taparse los ojos para que todo pase rápido, como cuando veíamos una peli de miedo y no podía mirar a la pantalla.

No sé aún cómo lo haré, pero no permitiré que todo esto acabe en este sitio y de esta manera, no mientras yo esté vivo.

—Alfonso, vamos, que han preparado café, hacía ya mucho tiempo que no lo hacían —Lorena me despierta de mis pensamientos.

Me siento a su lado, intentando salir de las profundidades de mi cabeza. Los niños berrean al otro lado de la mesa. Araceli y Pedro tratan de poner orden en vano.

Javi se sienta junto con mi madre, que no presenta muy buena cara. No está logrando conciliar el sueño en este lugar; es una persona ya mayor, y tener que vivir esto es superior a sus fuerzas.

—Me tendríais que haber dejado en casa, yo allí me apañaba con lo que tenía, y al menos podía descansar un poco —replica refunfuñando.

—No digas tonterías, mamá, sabes de sobra que no lo hubieras conseguido tú sola —le contesta Javi.

—Pues mejor así. Si me hubiera quedado en casa, no os molestaría más, aquí soy sólo un estorbo y una boca más que alimentar.

—No te pongas en plan vieja que no te pega, mamá —contesto esta vez yo.

—Qué sabréis vosotros dos. Yo ya soy mayor para tener que estar jugando a los soldaditos, he vivido ya lo suficiente y os he visto ya criados a los cuatro hermanos. No tendría que estar aquí, debería de estar con tu padre y tu tío.

—¿Muerta y vagando por las calles? ¿Crees que te mereces acabar así? —le reprocho.

—Por lo menos no me enteraría de nada, y mi alma estaría descansando aunque mi cuerpo se siguiera moviendo. Y no quiero seguir con el tema, me duele la cabeza.

Mi madre prosigue con su tarea de mojar las galletas en el café, no se ha parado a pensar ni un minuto en si, con lo que ha dicho, nos ha hecho daño o no. Prefiero dejarlo estar, no ha dormido en muchos días y hoy se ha debido de levantar de mala leche.

—Alfonso, en cuanto termines de desayunar vente al despacho del teniente, por favor —me dice Víctor agarrándome del hombro suavemente antes de salir de la sala.

Soltando las galletas contra la mesa, Lorena estalla:

—¡Otra vez ese pesado! ¿Se puede saber por qué tienes que ser tú el que siempre tenga que ir?

—Iker confía en mí, cariño, no te enfades. No te preocupes, que desayunaré tranquilo, no tengo ninguna prisa por ver qué quiere esta vez.

Todos permanecemos en la mesa, cada uno inmerso en sus pensamientos; la poca alegría que había al bajar y ver que había café se ha desvanecido como el humo.

En la mesa de enfrente están sentados Marta, Soraya, Cristian y los demás compañeros de trabajo. Cristian me dedica una mirada conciliadora, sabe que tengo un papelón entre la familia y lo referente a lo laboral dentro del estadio. No puedo dedicar todo el tiempo que quisiera a los niños o hermanos, Lorena reclama continuamente atención y creo que es la que más me necesita aquí dentro. Espero que no me estalle todo en las manos, sólo intento hacerlo lo mejor que sé, nada más.

—Vuelvo enseguida, cielo. —Me despido de Lorena con un beso en los labios.

Abandono la sala en dirección al despacho de Iker, donde la puerta está abierta.

—¿Se puede? —pregunto mientras asomo un poco la cabeza al interior.

—Pasa, Alfonso, y siéntate, por favor —contesta Iker—. Bueno, ayer te vieron pasear junto con la chica de la pancarta. ¿Qué me puedes decir al respecto?

—¿Chica de la pancarta? —pregunto extrañado.

—Sí, la llamamos así porque, como todavía no ha abierto la boca, de alguna manera tendremos que llamarla. Y lo de la pancarta se refiere a que, cuando la encontramos, tenía una pancarta en el balcón pidiendo auxilio, por eso subimos.

—Pues la «chica de la pancarta» en realidad se llama Carolina y, por lo que veo, ha roto su silencio conmigo... y aún no sé muy bien por qué, si es lo que quieres saber —respondo.

—Pues sí, era lo que quería saber. Y dime, Alfonso, ¿qué más te ha dicho, aparte de cómo se llama?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Lo que me ha dicho no tenía demasiado sentido, creo que está bastante trastornada aún y todo lo que diga no puede tomarse en serio.

—Tú dímelo, Alfonso, luego ya consideraré yo si tiene sentido o no —me recrimina Iker.

—Me dijo que los muertos que pueblan las calles no son el verdadero enemigo, que son sólo armas lanzadas contra nosotros... así que ya ves, como un cencerro está la tía.

—Eso te dijo, ¿eh? —Iker se levanta de la silla, con la mano frotándose la barbilla en un claro gesto de incertidumbre—. Pues a mí me resulta interesante la historia. Llama a Víctor y que se persone de inmediato aquí, por favor.

—Ahora vuelvo.

Abandono el despacho en busca del segundo oficial al mando, la última vez que le vi salía del comedor.

Desde una de las ventanas de un palco le veo en el helicóptero, está sentado dentro. Según me voy acercando, veo que está comprobando si todo funciona correctamente; las últimas lluvias y nevadas han podido dañar los sistemas de despegue, motores y demás relojos que tiene ese trasto en su interior.

—Víctor, el teniente te reclama, tienes que ir a su despacho.

Asoma la cabeza entre los asientos delanteros, tiene la nariz negra de suciedad y el mono verde lleno de polvo.

—¿Ahora? Le dije que hoy me dedicaría toda la mañana al mantenimiento del

Tigre. Qué pesadito está últimamente. Y tú no vayas repitiendo conversaciones, que luego tengo que aguantarle yo el mal humor.

Víctor sale de un salto del helicóptero, cerrando tras de sí el portón del mismo.

—Luego le pondré la lona —reza por lo bajo.

Al poco entra al despacho de Iker limpiándose las manos de la mugre que acumulaba el enorme helicóptero. El teniente se encuentra mirando un cuadro que adorna su despacho, se trata de la plantilla del Real Madrid de la última temporada, probablemente la última en su historia.

—¿Vosotros qué creéis que habrán hecho estos para sobrevivir? —nos pregunta sin dejar de mirar el cuadro.

—Sinceramente, supongo que alguno estará en alguna isla de esas que tienen compradas, y otros probablemente no lo hayan conseguido. El dinero no da la supervivencia —contesto.

—Nosotros tenemos a un chaval que sale en esta foto. Cuando todo se perdió definitivamente se encontraba de camino al estadio para firmar unos papeles y le obligamos a permanecer dentro por su seguridad. ¿No sabéis quién es? —pregunta Iker, esta vez mirándonos fijamente.

—No tengo ni idea, Iker. Yo conozco a los futbolistas, pero no he visto a ninguno por aquí —respondo.

—Es un chaval de la cantera que de vez en cuando subía al primer equipo, se llama Morata. ¿No os suena de nada? —insiste.

—Ah, sí, a mí sí me suena, pero no le había reconocido, apenas veía el fútbol —responde Víctor—. De todas formas, ¿para eso me haces venir, Iker? Estaba limpiando el Tigre, ayer te lo comenté.

—Evidentemente, no te he llamado por eso. Siéntate, que te comento. Tú también, Alfonso.

Tomamos asiento mientras Iker juguetea con la ruedecita que sintoniza la radio, se ha convertido en su principal entretenimiento.

—Alfonso me ha contado una cosa que me ha parecido bastante interesante. Por lo que me ha dicho, ha logrado hablar con «la chica de la pancarta», ya sabes, la que rescatamos en la avenida Ciudad de Barcelona. Bueno, ella se llama Carolina, y ha tenido una charlita con Alfonso.

Víctor se vuelve hacia mí con una mueca de pícaro.

—Si es que las tienes a todas loquitas, Alfonsito —me dice soltando una sonora carcajada.

—No me gustan esas bromas y lo sabes —le recrimino su actitud.

—El caso es que la chica le ha dicho que nos enfrentamos a algo más que a los infectados, o algo parecido. Y aunque pienso que está bastante loca, quiero hablar con ella. Víctor, vete a buscarla y tráela aquí, necesito oír de su propia boca lo que va diciendo por ahí.

Víctor sale de la habitación maldiciendo entre susurros el tiempo que le hace

perder el teniente, que con todo el trabajo que queda por hacer se preocupa por verdaderas tonterías.

Al cabo de unos minutos, aparece de nuevo con la chica, quien muestra su particular mirada perdida y su atuendo descuidado al igual que su aspecto físico.

Se sientan. Yo permanezco en mi silla mirando a Carol de reojo, buscando una mirada cómplice por parte de ella para intentar transmitirle tranquilidad, pero no levanta la cabeza de su pecho.

—Hola, Carolina, ¿cómo estás? Alfonso me ha dicho que por fin has hablado. Eso es una muy buena noticia, es señal de que te vas recuperando —comenta Iker en tono conciliador.

La chica no responde, ni siquiera hace el amago de mirarle, simplemente se encuentra sumergida en la oscuridad más extrema de sus pensamientos.

—Carolina, no tienes que tener miedo, esta es tu casa, igual que la de todos nosotros y, por lo tanto, somos tu familia. Nadie va a hacerte daño —insiste.

Nada, ni un gesto, parece que está esculpida en mármol. Iker me mira intentando decirme algo, interpreto que quiere que sea yo el que trate de hacerla hablar.

—Carol, soy Alfonso, ayer estuvimos dando un paseo por el campo y hablamos, ¿recuerdas?

De pronto la chica gira la cabeza en dirección al aparato de radio y permanece unos minutos observándolo detenidamente, parece que nunca ha visto uno en su vida.

—Pronto te volverán a llamar, teniente —comenta la chica con una voz casi imperceptible.

—¿Cómo? ¿Quién me va a llamar? —pregunta Iker nervioso.

—Pero mientras tengas mal sintonizada la frecuencia, pocos mensajes podrás recibir, teniente —vuelve a comentar Carolina—. ¿Me permites?

Ella estira el brazo para alcanzar la radio, Iker permanece atento a la jugada al igual que nosotros. La chica conecta el aparato y estira completamente la antena. A continuación comienza a manipular la rueda de la frecuencia con sus ojos fijos en la flecha que va buscando los canales.

El aparato empieza con su característico sonido de interferencias hasta que, al cabo de unos cinco minutos, el ruido cesa completamente.

Y tendiéndole el micrófono a Iker, la chica le mira fijamente y le dice:

—Prueba ahora, teniente.

Iker le aguanta la mirada unos segundos, pero la fuerza de esos ojos le hace enseguida agachar la cabeza para mirar a la radio. Toma el micrófono y, apretando el botón de conversación, emite una llamada.

—Aquí emitiendo S.O.S desde Madrid. Somos muchos supervivientes. ¿Alguien me recibe? —Iker le habla al aparato un tanto incrédulo.

Silencio, no se percibe ningún ruido, ni siquiera el de las dichas interferencias. Iker lanza una mirada asesina a la joven, que permanece impertérrita observando cómo el teniente se enerva por momentos.

—S.O.S. Somos supervivientes, estamos en Madrid ¿Hay alguien ahí? —insiste el teniente.

Iker se encuentra ridículo hablando a un aparato muerto, es evidente que la chica se ha burlado de todo un mando militar y el hecho de pensarlo hace que le hierva la sangre.

—Hola, hola, te recibimos alto y claro, Madrid. ¿Nos escuchas?

La radio ha respondido. La cabeza de Iker gira inmediatamente hacia el aparato, sus ojos parecen dos globos a punto de estallar y su expresión de asombro le delata.

—¡No me jodas! ¡Ha funcionado! ¿Pero qué cojones has hecho, niña? —pregunta Iker exultante.

—Será mejor que responda, teniente —apunta Carolina.

—Te hemos recibido. Estamos en Madrid, somos más de doscientas personas, permanecemos encerrados en un recinto grande, podemos ofrecer seguridad y alimentos. ¿Dónde estáis? —pregunta Iker.

—Estamos en la ciudad de Alicante, también somos bastantes, un centenar más o menos, y estamos apostados en el interior del castillo de Santa Bárbara —responden desde la radio.

Iker nos mira, su cara se ha desinflado con este último mensaje, pensaba que estarían más cerca.

—Alicante... ¿De qué nos sirve que estén allí si no podemos hacer nada al respecto? —sentencia Iker.

—Primero tendríamos que saber en qué condiciones están allí, porque si están dentro de un castillo, supongo que más protegidos que nosotros estarán, ¿no? —le respondo.

—¿Más seguros? ¿Cómo van a estar más seguros que aquí? Seguramente estén allí encerrados sin apenas recursos —replica Iker.

—Dame el micro un momento, por favor —le pido amablemente al teniente. Luego digo—: Alicante, aquí Madrid, necesitamos saber en qué condiciones os encontráis de víveres y seguridad.

—El castillo es lo más parecido a una fortaleza medieval, es imposible el acceso a menos que sea a través del monte donde está situado, y os aseguro que esas cosas no saben escalar.

—¿Pero contáis con comida y bebida? —pregunta el teniente Salvatierra.

—Sí, la que queramos. Aprovechamos túneles que se hicieron en la Guerra Civil que unen el castillo con una pequeña montaña que da al mar. Desde allí pescamos, cogemos marisco y ponemos trampas para atrapar gaviotas y demás aves de la zona. El agua la sacamos de pozos subterráneos que recorren todo Alicante —responden.

Automáticamente, todos nos miramos; lo que nos están diciendo es evidentemente mejor que lo que tenemos nosotros. No sólo tienen la protección de unos muros de piedra y un monte, sino que pueden trabajar en la pesca, incluso cazar algún animalillo o ave. Nosotros dependemos de latas de conservas y de lo poco que

da la tierra.

—¿Tú cómo sabías hacer funcionar la radio? —dice Iker mirando a Carol.

—Es usted demasiado curioso, teniente. ¿Me puedo ir ya? —responde ella.

—Puedes irte, pero esta tarde a las seis te quiero ver otra vez aquí, porque tú y yo tenemos que hablar largo y tendido. Y no me gustaría tener que mandar a una persona a por ti, ¿entendido?

—Usted es el mando al cargo, teniente, por lo tanto, usted manda. Con permiso.

Carolina se levanta de su silla y sale del despacho entremezclándose con la negrura del pasillo, haciendo casi imperceptibles sus pasos.

Iker prosigue sus conversaciones con Alicante, mientras Víctor anota en un cuaderno lo más trascendente.

Es una sensación nueva el saber que no estamos solos, que el sol también sale en otro sitio para darnos luz en estos días oscuros.

Son ya las seis y veinte de la tarde e Iker empieza a impacientarse ante la tardanza de Carolina. Le dejó bien clarito que fuera puntual o no le quedaría más remedio que ir a por ella.

Víctor se encuentra de pie frente al cuadro de la plantilla del Real Madrid, parece como si repasara la alineación uno a uno, recordando quizá cómo eran las cosas antes de que todo se fuera a la mierda.

Y una vez más, aquí estoy yo, perdiendo el tiempo y poniendo en peligro mi relación con Lorena por tanta ausencia sin tener una explicación lógica para justificarme. «Son órdenes de Iker», siempre la misma excusa, pero en realidad no me queda otra cosa que decir. La verdad a veces puede tener peores consecuencias que una mentira piadosa.

Pasando las siete menos cuarto aparece la chica ataviada con su enorme abrigo verde caqui de camuflaje, fácilmente dos tallas más grandes que la suya. Calza unas botas militares negras y un pantalón verde con bolsillos laterales. El mismo look de siempre. Su melena desaliñada y pelirroja le recorre medio rostro, dejando entrever solamente su pronunciada nariz y su mueca de ausencia.

Sin mediar una sola palabra, se sienta frente al teniente, que la observa sin decir tampoco nada. Ella levanta la cabeza, los mechones pelirrojos que cubren su cara se desplazan a los laterales para mostrar esos ojos vacíos de expresión y de un color indefinido, quizá negros, quizá marrones. Su mirada está clavada en la de Iker, que la aguanta heroicamente en un gesto de autoridad. Son unos minutos de incertidumbre, de ver quién aguanta más.

Gana ella, como lo hizo en las anteriores ocasiones.

Víctor ya se encuentra sentado al lado de Iker, mientras yo prefiero permanecer de pie en un segundo plano, a la espalda de Carol.

—Teniente, usted está al frente de este estadio y ha ofrecido protección y alimentos a mucha gente, lo cual le honra. Pero usted no tiene la culpa de estar luchando contra algo que desconoce totalmente —comenta Carolina.

—¿A qué te refieres con que desconozco la situación? —pregunta Iker intrigado.

—La gente fallecida que tiene ahí fuera intentando entrar a toda costa no son víctimas de un virus, ni de un experimento, ni nada que se le parezca —añade Carolina—. Ellos son armas, simplemente armas. Los han utilizado contra nosotros mismos, han hecho que nos autodestruyamos.

—¿Pero qué estás diciendo, Carolina? Creo que no estás aún recuperada del todo y es posible que tengas secuelas de lo ocurrido —comenta Iker.

—No me trate como a una loca, se lo advierto. Probablemente esté más cuerda de lo que usted lo ha estado en toda su vida. Tenemos que irnos de aquí y tenemos que hacerlo cuanto antes, si de verdad quiere usted guiar a su gente hacia la supervivencia. Aquí sólo conseguirá crear una enorme trampa mortal.

Una vez más, Carolina consigue dejar a Iker sin saber qué decir, sus palabras no son de una persona que no esté en sus cabales precisamente. Se le nota una seguridad y una templanza en sus palabras que me causan escalofríos.

—Carol, vamos a suponer que lo que dices es verdad. ¿Qué propones tú para salir de aquí? ¿A dónde vamos? —pregunto acercándome a ella.

—La radio ya os ha dado la solución, pero no lo habéis querido escuchar —responde ella con contundencia.

—¿La radio? ¿Pretendes que pongamos a doscientas personas en marcha hacia una muerte segura? Alicante está a más de cuatrocientos kilómetros de aquí, no tenemos medios para desplazarnos todos —grita Iker visiblemente enojado.

—¿Y qué hay de esos autocares que dijiste aquella vez que utilizarías en caso de que surja una emergencia? —pregunto mirando al teniente.

—Ese plan requiere un gran esfuerzo militar y la utilización del helicóptero, y Aitor era nuestro piloto, el único piloto que teníamos. Cuando cayó en la urbanización de tu hermana, perdimos toda esperanza de salir de aquí en busca de ayuda —responde el teniente.

—¿Pero tú no sabías pilotarlo? Lo dijiste en una de las reuniones hace ya un tiempo —le pregunto extrañado.

—Mentí para tranquilizaros. ¿Qué sabía yo de la situación que ahora tenemos? —responde un Iker abatido.

—A mí me gusta mucho el juguetito que tiene en el centro del campo, es de los últimos modelos Tigre que compró el ejército español a los Estados Unidos. Yo estaba acostumbrada al modelo antiguo —interrumpe Carolina.

—¿Acostumbrada al modelo antiguo? Explícate mejor, por favor —le ruega Iker.

—Yo sé pilotar el trasto ese, y cualquier cacharro que me ponga usted delante. De donde yo vengo, usted se quedaría llorando como una niña —contesta Carolina.

El teniente gira la cabeza buscando la mirada de Víctor, quiere entender lo que acaba de decir la chica y necesita una explicación.

Yo tampoco entiendo nada, lo único que me viene a la cabeza es que sea también militar o miembro de algún cuerpo de seguridad nacional o extranjero. O simplemente está como un cencerro. Preferiría la primera opción.

—Veo que le cuesta creerme, teniente, pero eso tiene fácil solución. Lléveme hasta su pajarito y verá como lo hago volar —sugiere Carolina.

—De acuerdo, así salimos de dudas, porque ya estoy empezando a estar harto de esta situación y de tanta fantasía. Usted primero —dice Iker, indicando con la mano la puerta de salida.

Los tres se levantan al mismo tiempo, a la vez que Víctor recoge las llaves del helicóptero y se las pasa a Iker discretamente. Salen por el pasillo en dirección a los vestuarios para subir las escaleras que dan acceso al campo.

Aún perdura la luz solar, pero no tardará mucho en anochecer, por lo que deberíamos darnos prisa.

Iker llega primero al gran aparato, seguido de Víctor. Carol llega a los pocos segundos con su típica pose, manos en los enormes bolsillos y cabeza pegada al pecho. La chica extiende la mano hacia Iker, quiere las llaves del helicóptero. El teniente vacila unos instantes, y tras una mirada fugaz a Víctor, se las entrega.

—Yo entraré con usted, y se lo advierto: no haga ninguna tontería si de verdad sabe pilotar este trasto —advierte Iker.

—Tranquilo, teniente, creo que está usted demasiado susceptible —responde ella.

Una vez accionado el motor de arranque, Carolina empieza a comprobar los niveles mientras se coloca los cascos. Las hélices comienzan a girar muy lentamente y Víctor me aparta del helicóptero hasta alejarme lo suficiente como para que no ocurra nada.

Las aspas ya han alcanzado una velocidad endiablada, y toda la hierba seca y el polvo empiezan a agitarse y levantarse en todas direcciones. La polvareda es inmensa, apenas me deja ver más allá de un metro. La gente empieza a asomarse al campo por el tremendo ruido del helicóptero.

El Tigre empieza a elevarse de una manera torpe, cogiendo altura muy despacio. El depósito está lleno, cargado al comienzo de la crisis en un gesto de prevención.

—No está mal el trasto este —comenta Carolina mientras observa lo que deja abajo—. ¿Le parece que demos una vuelta por los alrededores para ver cómo está la ciudad, teniente?

—Pon rumbo hacia la estación de Chamartín, quiero ver si aún permanecen allí los autocares que vimos al principio del mes de noviembre. Y quiero pedirte disculpas por dudar de tus palabras, pero, como comprenderás, era complicado creerte —contesta Iker.

—No tiene por qué pedirme perdón, y ahora dígame si ve sus autocares ahí abajo.

El helicóptero ha desaparecido de mi campo de visión, aunque puedo percibir su motor todavía, no está muy lejos. Sólo espero que no nos haya engañado a todos y lo utilice para escapar ella sola.

La gente ya se encuentra en el césped tratando de averiguar por qué el helicóptero ha despegado y con qué fin. Lorena es una de ellas, y se dirige directamente hacia mí.

—¿Qué está pasando, Alfonso? —pregunta intrigada.

—Están probando el helicóptero, creo que van a realizar una misión de reconocimiento o algo así —miento.

—Pues me han pegado un susto de muerte, el sonido del motor nos ha hecho salir disparados a todos.

Víctor, consciente de la expectación causada y atento a mis palabras, trata de disuadir a todo el mundo haciéndoles entrar otra vez en el estadio.

—Son sólo unas pruebas de reconocimiento, métanse al estadio, pronto volverá a aterrizar —grita Víctor, haciendo gestos con los brazos mostrando el túnel de vestuarios.

Poco a poco la gente va entrando dentro, cuchicheando entre ellos ante tan

imprevista prueba.

El sonido del helicóptero es cada vez más lejano, por lo que aumenta mi preocupación. La cara de Víctor también es un poema; no sabe qué hacer y ha optado por la prudencia. Hace bien, no sería una buena idea que cundiera el pánico por algo que a lo mejor es una tontería.

Iker observa desde el aire la magnitud de la catástrofe. Multitud de incendios asolan los edificios de la periferia de Madrid, alguno se muestra ya totalmente calcinado tras el paso inexorable del fuego.

En alguna azotea se pueden apreciar señales de auxilio: algunas pintadas con los restos de algún bote de pintura guardado para realizar alguna obrilla en casa, otras con ropa o sábanas formando las palabras «S.O.S.», muchas de ellas desbaratadas por el viento.

Los cuerpos tirados y pudriéndose al sol muestran que las señales fueron ignoradas o simplemente no hubo lugar a que se pudieran ver.

En otras terrazas se puede apreciar que la infección llegó antes que la ayuda, y al paso del helicóptero, los pobres seres alzan los brazos desesperados por el hambre.

Llegando a la zona de plaza de Castilla, se puede comprobar cómo miles de infectados salen de todos los rincones atraídos por el ensordecedor ruido del helicóptero.

El obelisco creado por el famoso arquitecto Santiago Calatrava, que presidía majestuoso el centro de la plaza, se muestra totalmente abatido y en ruinas, víctima de un proyectil del ejército para tratar de parar el avance de los muertos que llegaban desde el hospital La Paz, a unos pocos metros de su ubicación.

Tampoco ha corrido mejor suerte el depósito de agua que tantos años ha adornado el paisaje de tan emblemática plaza madrileña.

—Aquí tuvimos uno de los peores enfrentamientos con los infectados. Llegaban por todas partes, tuvimos demasiadas bajas y nos retiramos hacia el estadio debido a la ineficacia de nuestras armas contra ellos —comenta Iker sin quitar la mirada del dantesco paisaje que tiene ahí abajo.

El helicóptero gira aproximándose a la estación de Chamartín y comienza a perder altura para poder tener una mejor visión de la situación por la zona. Iker trata de encontrar con la mirada los autocares que vio la última vez que estuvo por allí.

Lentamente van acercándose más, las aspas del aparato provocan un enorme remolino de papeles y polvo acumulado de varios meses.

—¡Allí, en la zona del aparcamiento! —Iker señala con el dedo un enorme aparcamiento en donde se distinguen claramente dos enormes autocares, los dos de la misma compañía de transportes y con su característico color verde—. Acércate un poco más.

La chica orienta el aparato ajustándose a las posibilidades que tiene, no puede acercarse mucho más debido a la proximidad de cables y el techo que cubre parcialmente el parking. Mantiene el helicóptero en suspensión, mientras Iker saca de

uno de los bolsillos laterales una hoja y un bolígrafo.

—¿Ahora se va a poner a hacer dibujitos, teniente? —bromea Carolina.

—No, voy a intentar realizar un plano orientativo de dónde están los autobuses y cómo llegar hasta ellos.

Después de unos momentos trazando líneas y escribiendo anotaciones, el teniente vuelve a doblar el papel y lo introduce en su bolsillo de nuevo.

—Vámonos a casa —ordena Iker.

El helicóptero se zarandea lentamente, cogiendo altura, hasta que ya, por fin, vira hacia el sentido contrario de la estación y encara el paseo de la Castellana en dirección al estadio.

Una auténtica horda de infectados alza los brazos con la esperanza de alcanzarles, los pobres infelices siguen el ruido del helicóptero como si fueran lobos tras los pasos de un asustado conejo.

—Están tardando demasiado, Víctor, no me gusta un pelo —protesto.

—Si esa chica hiciera el intento de huir, te aseguro que Iker, antes de permitirlo, derribaría el aparato con los dos dentro —Víctor trata de calmarme. Su cara no concuerda con sus palabras, pero la responsabilidad que le ha caído en ausencia de Iker le hace ser prudente.

De pronto, el inconfundible sonido del helicóptero se hace presente cada vez más cerca. Miramos al cielo como si fuésemos campesinos esperando a la lluvia durante el mes de agosto.

Y tras un rato angustioso, las enormes aspas aparecen surcando el cielo madrileño, provocando de nuevo la salida masiva de supervivientes al césped.

Una vez posado con suma precisión de nuevo en el centro del campo, las aspas comienzan a ralentizar su frenético girar hasta detenerse completamente.

Las puertas se abren, y tras ellas aparecen Iker y Carolina. La chica baja del aparato mirándome fijamente con un gesto de satisfacción. La media sonrisa la delata, sabe que ha dejado en evidencia a Iker y esperará paciente su momento para echárselo en cara.

Se aproxima hacia mí, Lorena permanece a mi lado. Al llegar a mi altura se detiene sin mirarme, permanece mirando al frente.

—Aún tenemos una conversación pendiente. Cuando quieras ya sabes dónde encontrarme —me dice al oído. Y tras estas palabras continúa su marcha hacia la salida de los vestuarios, seguida de Iker y Víctor.

Lorena se me queda mirando con cara de pocos amigos, no le ha hecho ni la más mínima gracia el comentario.

—Alfonso, espero que esa tía no intente nada contigo, porque si es así y me entero, tendremos un problema serio y una superviviente menos, no sé si te ha quedado claro —me dice clavándome como un puñal la mirada.

—Muy claro, pero puedes estar tranquila, sólo quiere contarme una cosa, y si dependiera de mí, tú estarías delante —la tranquilizo.

Toda la gente se arremolina en torno al helicóptero, todavía caliente por los motores. Todos cuchichean e intercambian impresiones de lo acontecido, muchos de ellos me dedican miradas indiscretas. Saben que mi relación con el teniente es fluida y no dudarán en intentar sacarme información.

Como imaginaba, es Tito el primero en acercarse.

—Alfonsito, guapo, ¿a que les vas a decir a tus compañeros de trabajo lo que está pasando aquí? —me dice, tratando de sonsacarme.

—Tito, sabes que sé algo, pero también sabes que no te puedo decir nada. Esperaos un poco, te prometo que pronto os daré alguna novedad, pero lo único que te puedo decir es que son buenas noticias —respondo.

Ixa y Jorge están junto a Tito, y parece que la respuesta les ha dejado igual que estaban. Sus caras reflejan la extrañeza del momento, saben de sobra que algo está pasando y quieren saberlo.

Sé que me tienen mucho aprecio, las largas jornadas de trabajo pasando frío han hecho fraguar nuestra amistad. Han logrado hacerse un hueco en mi círculo más cercano, uniéndose a Cristian, Marta o Soraya. Creo que sabemos todo de todos: gustos, defectos, aficiones, e incluso amoríos. Ojalá logremos todos salir de aquí y llegar hasta ese lugar que promete la libertad que tanto anhelamos.

Ha pasado ya una semana desde la primera vez que contactamos por radio con los supervivientes de Alicante.

Desde entonces Iker no ha dejado de hablar con ellos, recopilando información sobre su situación, elaborando informes y manteniendo interminables reuniones con todo su equipo militar en la sala de prensa. Son tan habituales esas reuniones que incluso las labores de vigilancia las han tenido que realizar civiles, incluido yo.

La sala donde entraron los infectados sigue tal cual, algunas veces más llena, otras apenas caminan por su interior cuatro o cinco seres. Todo depende del ruido que perciban en esos momentos. Pero siempre están ahí, no se alejan más de diez metros de la puerta derribada, y mucho menos del estadio. Yo creo que la gran mayoría de ellos están en los alrededores.

En la pequeña excursión que realizaron con el helicóptero Iker y Carolina, pudieron comprobar la increíble masa de cuerpos putrefactos que abarrotaban las manzanas colindantes al Bernabéu. Según Iker, perfectamente podría haber más de un millón de muertos por los alrededores.

No logro entender por qué tienen que venir hasta aquí, hace mucho tiempo que hemos restringido varias actividades ruidosas para evitar atraerles más. Pero cuanto más pasamos desapercibidos, más se agolpan a las entradas del estadio.

Puede que el ruido del helicóptero haya podido influir, pero me parecen exageradas las hordas que abarrotan las calles. Es como si alguien les indicara el camino hacia su comida.

Me da miedo pensar si algún día tenemos que salir de aquí. Desde luego, con los coches no lograríamos ni siquiera llegar hasta la esquina; la masa de cuerpos detendría en algún momento los vehículos, siendo cuestión de tiempo que rompieran los cristales y se deleitaran con nuestra carne. Y los tanques son fuertes, pero no podrían albergar en su interior ni a una veintena de supervivientes, solamente con los militares estarían completos.

Creo que su idea de los autocares es completamente absurda y kamikaze; en el caso que salir de aquí con el helicóptero, volver con esos enormes trastos sería morir en el intento. Prefiero no pensarlo, sinceramente.

Llevo toda la semana trabajando en el césped, recogiendo algún que otro tomate que asoma perezoso en la cepa. No son gran cosa, pero por fin empiezan a darnos alguna que otra alegría nuestro esfuerzo y dedicación. Comer algo que no está enlatado se convierte en un lujo muy apreciado entre los supervivientes, y debe ser racionado convenientemente para que haya para todos.

Entre Tito e Ixa plantaron semillas de varias hortalizas y patatas, toda la banda del fondo sur está completamente sembrada y lista para empezar a dar resultados. Jorge, Soraya y Marta se afanan por completar todo el lateral izquierdo del campo, para así completar y dejar sembrados todos los fondos.

Unos kilos de tomates y alguna patata esmirriada han sido los resultados del esfuerzo. Supongo que con el tiempo nos haremos unos expertos agricultores.

El desfile de trajes de camuflaje dispersándose en varias direcciones del estadio me hace suponer que la reunión ha terminado por fin. Me muero de curiosidad por saber de qué han hablado.

Sigo discretamente a Víctor, pero enseguida se percata de mi presencia y se gira bruscamente hacia mí.

—¿Qué quieres? —me pregunta malhumorado.

—Sólo quiero saber qué estáis tramando, y no me digas que nada, sé que algo os traéis entre manos —contesto.

—Eso pregúntaselo al teniente Salvatierra, yo tengo que organizar de nuevo la vigilancia, si me disculpas. —Víctor sigue su camino a paso firme y rápido, desapareciendo entre los pasillos.

Me ha dejado preocupado, su cara no era de alegría precisamente, y la prisa que llevaba no es muy lógica.

Me dirijo al despacho de Iker, supongo que habrá ido hacia allí. Está abierto y me asomo discretamente. Y allí sentada se encuentra Carolina, mirando hacia la puerta como si me estuviera esperando. Iker no está.

—Pasa, Alfonso —me dice con una sonrisa en la cara.

Sin decir una sola palabra, me siento frente a ella, mirándola extrañado.

—Sabía que vendrías, te estaba esperando —comenta.

—¿Cómo lo sabías? He venido por un impulso, por saber qué está pasando —le digo.

—Alfonso, sabrás qué está pasando, no te preocupes. Ya te dije una vez que yo sé muchas cosas, y también que tú no eres diferente a mí. Sólo que tú todavía no eres capaz de ver más allá de lo que ven tus ojos. Pero aprenderás como yo aprendí.

—Me estoy empezando a cansar ya de estos juegos de palabras que te traes conmigo. Habla claro de una vez, por favor —le digo bastante enfadado.

Iker interrumpe la conversación repentinamente entrando en la habitación. Se queda parado observándonos con cara de extrañeza. Me mira a mí concretamente.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—Creo que tengo derecho a saber qué está pasando con tanta reunión secreta, yo y todos los que vivimos aquí dentro. ¿Acaso crees que son ciegos y no se dan cuenta de lo que pasa? —respondo.

—Eres demasiado impaciente, Alfonso, pero no te preocupes que te lo explicaré, aunque también lo podría hacer perfectamente Carolina.

—¿Carolina? —pregunto extrañado.

—Ella ha participado en todas las reuniones, era necesaria su presencia —contesta el teniente.

Ahora ya sí que me he quedado sin palabras. ¿Qué pinta ella en una reunión en teoría secreta? Yo me he ganado la confianza de Iker desde que entré en este maldito

estadio y no ha contado conmigo.

Trato de calmarme porque ahora sólo me saldrían palabras demasiado fuertes y prefiero no echar más leña al fuego.

El silencio ahora es el protagonista de la improvisada reunión, permanezco de pie dando vueltas de un lado a otro de la habitación.

—Siéntate y cálmate, Alfonso —ordena Iker.

Obedezco, pero aún estoy bastante «calentito» con la situación.

—A ver, lo que no logro entender es por qué no confías en mí después de tanto tiempo aquí y de las cosas que hemos vivido —comento a Iker.

—No es falta de confianza, es miedo a que lo que se hable en estas reuniones se escape y llegue hasta los oídos de los demás. Se crearía mucha incertidumbre, pero sobre todo, miedo. El miedo se apoderaría del estadio —contesta Iker.

No le falta razón, sabe que se lo contaría todo a Lorena, y ella no sé si podría aguantar sin contar algo tan «gordo» a sus más allegados, como Marta o Soraya.

—Vale, lo entiendo, pero ¿y ella? —señalo a Carolina con la mano.

—Ella es nuestra única esperanza, tenía que estar aquí, no tenemos más remedio que confiar en ella.

Carolina permanece atenta a la conversación pero con la mirada fija en la mesa, su boca esboza una tímida sonrisa al escuchar al teniente.

—Alfonso, nos vamos de aquí —añade Carolina sin dejar de mirar a la mesa.

—Creo que vamos a tardar un poco. Cierra, Alfonso, por favor —comenta Iker señalando la puerta.

Cierro, y las palabras de Carolina aún retumban en mi cabeza: «nos vamos de aquí». Ahora el que no sabe cómo reaccionar soy yo. Sentado y con las manos detrás de la cabeza, permanezco perdido dentro de mis pensamientos, mirando a ningún sitio.

No me imagino poniendo en marcha de nuevo a mi madre, a los niños, a todos los que están aquí y que tanto les costó llegar. Muchos de ellos sacrificaron muchas cosas para poder sobrevivir, escapando sin poder mirar lo que dejaban atrás, gente que no lo consiguió y a los que no pudieron ayudar.

—Alfonso, lo que ella quiere decir es que hemos tomado la decisión de evacuar el estadio y dirigirnos a Alicante. Hemos tenido contactos con ellos y nos han detallado las condiciones en las que viven. Creemos que aquí no tenemos muchas posibilidades; la tierra no está dando todo lo que esperábamos y las latas de conservas tarde o temprano acabarán por terminarse. Hace tiempo que no podemos salir en busca de provisiones dada la afluencia masiva de muertos y el peligro que ello conlleva.

—¿Pero al final iréis a por los autocares? —pregunto.

—Sí, la habilidad que tiene Carolina con el helicóptero nos ha hecho replantear la posibilidad de estudiar el plan que teníamos hace meses —contesta.

—¿Y para cuándo? —pregunto, ya más tranquilo.

—Pues después de estas reuniones, hemos decidido que en una semana saldremos con el helicóptero para hacernos con los autocares. Mañana reuniremos a todo el estadio en la sala de prensa y lo comunicaremos oficialmente.

Sólo el imaginarme el caos que se va a producir entre todo el mundo ya me hace ponerme a temblar. La gente nerviosa, tratando de recoger todos los objetos que pudieran valer, la incertidumbre de si realmente conseguirán llegar hasta aquí con los autocares.

Tengo ganas de contárselo a todo el mundo, pero tengo que tener paciencia, de lo contrario el teniente no volverá a confiar más en mí.

—Iker, quisiera saber quiénes vais a ir en el helicóptero para coger los autocares y, sobre todo, quién los conducirá —le pregunto intrigado.

—Evidentemente, el helicóptero lo pilotará Carolina, y dentro iremos Víctor, que conducirá uno de los autocares, junto con el soldado Paco y yo, que iremos en el otro —responde Iker.

—Yo quiero ir con vosotros, por favor —suplico.

—De ninguna manera, Alfonso, tú te quedarás aquí. Además, alguien se tendrá que quedar para organizar a la gente para nuestra llegada, para que estén preparados —contesta contundentemente.

—Tengo que ir con vosotros, necesitaréis ayuda por si la cosa se pone fea. Te juro que no te fallaré esta vez, déjame ir. Tengo que ir, Iker, de verdad.

—¿Por qué tienes que ir?

—Porque se lo debo a todos, te lo debo a ti —respondo.

—Iker, déjale, yo también quiero que esté conmigo en esta misión. Será él el encargado de la ametralladora que está instalada en el helicóptero.

El teniente se queda mirando a la chica con cara de sorpresa, no entiende el interés repentino por mi presencia en el helicóptero.

—Carolina, pero si no sabe utilizar ese arma, no lo ha hecho en su vida —apunta Iker.

—No creo que le cueste mucho aprenderlo, sólo tiene que apuntar a sus podridas cabezas. Alguna acertará —contesta Carolina sarcásticamente.

Iker se levanta frotándose la barba de una semana con su mano derecha, está pensando los pros y los contras. No entiende el interés que tiene Carolina en que yo vaya con ellos. Trata de buscarle la lógica, pero no la encuentra. Preferiría que me quedara junto con el resto de los supervivientes, organizándolo todo en el estadio.

—Está bien, vendrá con nosotros, pero si accedo a ello, es porque aquí hay algo que no sé todavía. Y espero saberlo pronto —replica Iker.

—Teniente, todo a su tiempo. No tenga prisa por saber, que el tiempo se lo dirá. A veces es mejor vivir en la ignorancia —contesta Carolina.

—No te voy a defraudar, Iker, te juro que lo haré lo mejor posible. Tengo que irme, ya me diréis a qué hora daréis el comunicado mañana.

Salgo del despacho en dirección a mi habitación; tengo que decírselo a Lorena,

aunque esta vez soy capaz de coserle la boca para que no meta la pata.

—¡Alfonso, espera! —Carolina me ha seguido.

—Dime, pero date prisa, que tengo que subir a los palcos.

—Iker sospecha de mí, es un tipo inteligente. ¿Tú qué piensas en realidad?

La observo por unos instantes pensando la respuesta.

—Pienso que tiene toda la razón. Todavía no sé nada de ti. Te encuentran en un piso encerrada en un armario entre charcos de sangre, te tiras dos meses sin hablar y sin apenas moverte, y de repente, no sólo hablas, sino que hasta pilotas helicópteros. Como comprenderás, tenemos motivos para sospechar de ti.

Carolina sonrío con un gesto que me asusta, tiene fijos sus ojos en los míos, me está escaneando, incluso diría que sabe lo que estoy pensando.

—Alfonso, efectivamente, el que yo esté en el estadio no es en absoluto casualidad. Tenía que estar aquí, al igual que tú. Tú lo tuviste bastante más fácil que yo para llegar hasta la salvación.

—No te entiendo, habla claro de una vez —le recrimino.

—Ellos vinieron directamente a por mí, pero me dio tiempo a permanecer oculta en mi habitación. Mis compañeros de piso no tuvieron la misma suerte, de ahí los charcos de sangre.

—¿Cómo que vinieron a por ti? ¿Quiénes? —le pregunto.

—Los infectados, Alfonso. Entraron en mi edificio y arrasaron con todo lo que encontraron a su paso, fueron piso por piso hasta que entraron en el mío. No hubo posibilidad para escapar, eran más de doscientos. No lograron dar conmigo porque permanecí inmóvil en el armario, el olor a perfume barato de una de mis compañeras logró despistarles. No sé cuántas horas pase allí, perdí toda noción del tiempo. Después no me acuerdo de más; lo siguiente que recuerdo es estar en este estadio, desnuda y siendo aseada por una soldado.

—¿Y la pancarta? —pregunto.

—La pancarta logré colgarla momentos antes de que la horda de muertos apareciera por todas las calles de los alrededores. Sabía que vendrían a por mí.

Trato de entender lo que me dice y, en cierto modo, tiene su lógica, ya que es normal que intenten subir en busca de personas vivas atraídos por su olor o por el ruido. Pero lo que no entiendo es la parte en la que insiste en que iban directamente a por ella.

—Sé perfectamente que no entiendes nada de lo que te estoy diciendo. Al principio yo tampoco lo entendía, pero pronto lo hice y no me quedó más remedio que admitirlo —comenta la chica.

Mañana será un día bastante duro para todos, no me apetece seguir escuchando a Carolina y sus fantasías. Prefiero despedirme de ella educadamente antes de tener que decirle una grosería.

—Carolina, me tengo que ir. Luego nos vemos, ¿de acuerdo?

—Vale, pero huyendo de tus dudas no vas a conseguir nada. Ya sabes dónde estoy

si de verdad quieres saber contra quién luchamos. Chao.

Carolina se marcha, volviendo la cabeza hacia mí antes de torcer la esquina y desaparecer. Otra vez ha conseguido dejarme helado, cada vez que habla logra que me invada una sensación angustiosa.

Será mejor que me reúna con los míos, ahora más que nunca quiero pasar el mayor tiempo posible con ellos.

Son las tres de la madrugada. Lorena permanece mirando la luz de la vela que ilumina nuestra habitación, parece hipnotizada. La luz le parpadea en la cara, y sus ojos azules brillan ante el movimiento de la llama, provocado por su respiración.

Permanece así desde que le he comunicado las intenciones de los militares, no ha articulado palabra alguna, está sumergida en sus propios pensamientos, a saber cuáles serán.

Una manta cubre su cuerpo para protegerla del frío y, como cada noche, mira la foto de su tía Rosi, colgada en la pared con cinta adhesiva. Dos lágrimas afloran de sus ojos, resbalando por la mejilla hasta acabar en la mullida manta. El recuerdo de su tía junto con el miedo le hacen emocionarse.

—Lorena, no llores. No va a pasar nada, te lo juro —trato de animarla.

—¿Nunca vamos a poder estar tranquilos? ¿Qué se nos ha perdido en Alicante?

—Cariño, allí podremos empezar de cero, tenemos muchísimas posibilidades más de sobrevivir que aquí encerrados —contesto.

Por mucho que le diga ahora mismo, no aliviará su tristeza. Necesita dormir un poco, ya es muy tarde y mañana será un día difícil.

La acuesto tapándola con la manta mientras cierro el saco doble de dormir que nos prestó el ejército nada más llegar aquí. Permanezco a su lado dentro del saco, apago la vela y me vuelvo hacia ella, que enseguida adopta su postura preferida para dormir: la posición fetal. La abrazo por detrás entrelazando las manos con las suyas; hace frío y el calor corporal se agradece.

La oscuridad es total, no se escucha apenas ruido, solamente algún golpe lejano provocado por algún infectado tropezando con algo. Se me cierran los ojos.

Los primeros rayos de luz se abren paso por los cristales del palco, iluminando la habitación y mostrando el desorden que tenemos alrededor. La temperatura ya es más agradable y Lorena duerme con medio cuerpo fuera del saco y la manta a los pies.

Recojo un poco el caos del cuarto antes de que ella despierte; si Iker entrara ahora, nos echaría una buena bronca.

—¿Ya es de día? —pregunta Lorena con un ojo cerrado y tratando de abrir el otro. La luz le molesta.

—Sí, cariño, son las nueve de la mañana, tenemos que bajar a desayunar. ¿Qué tal has dormido?

—No muy bien, he tenido pesadillas con lo que me dijiste anoche. Y mucho frío.

—Bueno, luego nos lo aclarará todo Iker. Vístete, te espero abajo, voy a ver a los niños.

Salgo de la habitación ya vestido y me encuentro con Rubén corriendo hacia mí.

—¡Tío! ¿Hoy va a volar otra vez el *helicóptero*? —pregunta emocionado.

—No, pero pronto lo hará. No te preocupes, que te avisaré.

—¡Bien! —Y dándome un beso, sale disparado hacia la escalera, sus galletas le

esperan.

Araceli sale de su habitación seguida de Pedro, Sergio y Eva. Se me acerca con cara de pocos amigos.

—Vaya novecita, hermanito, aquí el «enano» no ha dejado dormir a nadie con el dichoso helicóptero. En qué hora lo hicieron volar —comenta Araceli.

—Déjale, nunca ha visto uno y está emocionado. Id bajando, que voy a ver a mamá —me despido de ellos.

La habitación de mi madre, que comparte con Javi, está al final del pasillo, es el último palco y da a la pared lateral, lo que lo refugia un poco más del frío que al resto.

Al llegar, la puerta está abierta, pero ella no se encuentra dentro, sólo veo la ropa de mi hermano esparcida por el suelo; hay cosas que no cambiarán nunca por lo que veo.

—Mamá ya ha bajado —me comenta Javi, llegando por detrás de mí.

—Qué madrugadora, anda que le van a quitar el sitio —protesto.

Al atravesar el pasillo en busca de las escaleras, aparece Lorena aún medio dormida saliendo de la habitación, y se une a nuestra comitiva en busca de algo que echarnos a la boca.

Nada más bajar, nos encontramos a Iker y Víctor de pie frente a las mesas, parecen esperar a que estemos todos.

Mi madre está sentada con los niños, pero no hay sitio cerca de ellos, por lo que nos sentamos en un esquinazo que nos han dejado.

—Bueno, no estamos todos, pero da igual. Al que no esté ahora comunicádselo, por favor —señala Iker observando toda la sala.

Todos callan y miran al teniente atentos, son conscientes de que algo está pasando últimamente en el estadio y quieren explicaciones.

—Dentro de dos horas nos reuniremos todos en la sala de prensa, tenemos que comunicaros algo muy importante. Por favor, hacedles llegar este mensaje a los que no estén. Sed puntuales, pasaremos lista. Muchas gracias, podéis seguir desayunando tranquilos.

Iker se marcha seguido de Víctor, dejando tras de sí un murmullo de todos los presentes.

Empieza a ser bastante desagradable tantas voces hablando al mismo tiempo, necesito salir de aquí.

—Lorena, desayuna rápido y vámonos al césped, me estoy agobiando muchísimo —le comento.

—Vale, pero déjame tomarme el café tranquila —responde ella, llenándose un vaso de café humeante.

Mientras todos siguen hablando y exponiendo sus opiniones sobre la misteriosa reunión, noto una sensación que jamás había notado antes. Es como si de repente no escuchara a nadie, como si se hubiese detenido el tiempo.

Necesito mirar hacia atrás, es como si algo me empujara a hacerlo. Lo hago y ahí está ella. Carolina permanece mirándome fijamente esbozando una sonrisa pícaro, parece que esperaba que lo hiciese.

Dentro de mi cabeza escucho su voz clara y nítida, es como si hablara a mi oído:  
«Ya empiezas a darte cuenta de que no eres como los demás, Alfonso».

Un escalofrío recorre mi espalda, las manos comienzan a temblarme hasta tal punto que el vaso se me resbala hasta romperse en mil pedazos al contactar con el suelo.

—¿Qué te pasa, Alfonso? De pronto te has quedado callado y ni me respondías ni nada —me pregunta angustiada Lorena.

—¿Eh? No, nada, de verdad, me he quedado un poco en Babia, no pasa nada.

Vuelvo la cabeza otra vez para buscar a Carolina, pero ya no está. Noto de nuevo la misma sensación, todo se ha vuelto a quedar en silencio.

«Ahora que ya percibes lo mismo que yo, queda una conversación pendiente».

La voz de Carolina ha vuelto a resonar en mi cabeza, pero esta vez no sé dónde está. Luego, todo vuelve a la normalidad, pero no puedo permanecer aquí más tiempo.

—Lorena, yo voy saliendo, te espero fuera.

Me levanto de la mesa y salgo disparado hacia el campo, me dirijo hacia el helicóptero.

El sol calienta considerablemente, el invierno empieza a desaparecer para dar paso a la primavera. El cielo es de un azul muy intenso y no se ve ni una sola nube. Bastantes palomas y gorriones merodean por la hierba del estadio en busca de algo que echarse a la boca, pero son los enormes mirlos negros los que se llevan la mejor parte.

La hierba está muy alta, me tumbo en ella, me sirve como improvisado colchón y las briznas verdes me hacen cosquillas en la cara. Ante mí, el azul celeste me hace evadirme por unos instantes de todas mis preocupaciones.

—¿Qué te pasa, Alfonso? —Lorena interrumpe mi relajación repentinamente.

—Ya te he dicho que nada, simplemente me estaba agobiando un poco, sólo eso.

—Es que te he empezado a hablar y tú ni caso. Si hasta se te ha caído el vaso de la mano y ni te has dado cuenta —sigue protestando.

—Lorena, para ya. Siéntate conmigo aquí y esperemos a que llegue la hora de la reunión. —Le señalo a mi lado alisándole la hierba.

Lorena se sienta junto a mí, aún me mira extrañada, sabe que algo me pasa, me lo nota en los ojos.

Los dos nos tumbamos con las manos detrás de la cabeza, el sol nos da en la cara y la sensación es bastante agradable, tanto que Lorena ya se ha quedado dormida. Qué facilidad tiene, ojalá tuviera esa capacidad yo también.

Un graznido ensordecedor me hace levantarme asustado. Unas cuantas decenas de mirlos merodean a nuestro alrededor, seguramente para cerciorarse de si estamos

muertos o no. No debe de haber mucha comida ahí fuera para ellos.

Me he quedado dormido y Lorena aún lo está. Miro el reloj y ya han pasado casi las dos horas.

—Lorena, despierta que tenemos que ir a la reunión.

Le muevo levemente un brazo. Ella se incorpora lentamente, estirándose exageradamente, y tras mirar a su alrededor, se queda mirándome con cara de chiste.

—Te has quemado la cara, estás como un tomate —se ríe de mí.

—Tú también estás roja, así que no te rías tanto.

Le ayudo a levantarse y nos vamos hacia la puerta del túnel de vestuarios, y de ahí, a la sala de prensa.

Llegamos tarde, están prácticamente todos, incluidos los militares, sólo falta algún despistado y nosotros. Por supuesto, todos nos miran al entrar en la sala.

Iker está sentado en el centro de la mesa, que está situada en un alto. A su lado, Víctor, Paco y Alberto. Los demás militares permanecen de pie tras ellos, y los que faltan están en sus labores de vigilancia.

Mi familia está sentada en primera fila junto con Cristian, Marta y Soraya; nosotros nos tenemos que conformar con un rincón al fondo de la sala.

Iker carraspea y empieza a hablar:

—Voy a ser breve, y por ello quiero que presten mucha atención. Hemos tomado una decisión respecto a nuestro futuro en este estadio. Después de meditarlo largo y tendido, hemos acordado abandonar el refugio y viajar hasta la ciudad de Alicante.

El murmullo es ensordecedor. Todo el mundo comienza a protestar airadamente, alguno incluso se pone en pie alzando los brazos a la vez que suelta improperios por la boca.

—¡Un segundo, por favor, déjenme explicarles! —grita Iker. La muchedumbre calla un instante para dirigir su mirada furiosa hacia el teniente Salvatierra.

—Vamos a ver, si hemos tomado esta decisión, ha sido porque tenemos una base sólida. Hace un tiempo que mantenemos contacto con un grupo de supervivientes en Alicante, y sus condiciones de vida son bastante mejores que las nuestras.

—¿Qué tipo de condiciones? —grita Ixa poniéndose en pie de nuevo.

—Ellos podrán empezar de cero si todo esto pasa, con eso lo digo todo —responde Iker contundente.

La gente vuelve a murmurar hablando unos con otros, como si tuvieran que emitir un veredicto al respecto.

—Supongamos que tienes razón. ¿Cómo coño vamos doscientas personas a Alicante? —pregunta de nuevo Ixa.

—En dos autocares que traeremos para la ocasión. Los tenemos localizados y listos para traerlos hasta aquí. Sólo tenemos que recoger entre todos lo más importante, comida y armas, y salir de aquí.

—¿Dos autocares? ¿Pero dónde están ahora esos dos autocares, por el amor de Dios? —vocifera Araceli.

—Están en la estación de Chamartín. El otro día, con el helicóptero, lo confirmamos. Sólo tenemos que ir hasta allí y traerlos. Llevaremos el combustible suficiente como para que arranquen, y una vez aquí, los llenaremos con lo que nos queda de gasolina para el viaje.

—¿Y los putos muertos? Creo que es un detalle importante, ¿no? —protesta Pedro.

—Todos estaréis armados para recibir a los autocares. Os pondréis en el garaje para cuando las puertas se abran, para evitar que los infectados entren y causen problemas.

—Pero si aquí hay gente que no ha visto un arma ni en foto. ¿Se te ha ido la cabeza, Iker? —sigue protestando Pedro.

—¿Se te ocurre algo mejor? —responde el teniente.

—Estáis locos. Espero que estéis completamente seguros de lo que vais a hacer, porque si sale mal, esto se convertirá en un matadero —añade Pedro.

Las palabras de Pedro vuelven a enervar a todo el mundo, que empieza a perder los nervios y a elevar cada vez más el tono de voz.

Lorena me agarra con fuerza la mano, le suda bastante, y yo no hago más que buscar a Carolina por toda la sala.

A Iker se le está yendo la situación claramente de las manos, no es capaz de articular palabra sin que se le eche todo el mundo encima. Y lo entiendo, lo que les está proponiendo es que abandonen la protección del estadio para salir al infierno en busca de algo que no saben si realmente existe.

De nuevo me sacude la misma sensación que horas antes me hizo temblar. Sólo veo a gente agitarse y haciendo aspavientos con los brazos a modo de protesta, bocas moviéndose aceleradamente, y algún militar tratando de poner orden. Pero no escucho nada.

Otra vez siento la necesidad de girarme. Sus ojos se clavan en los míos, casi duele. Carolina mantiene su media sonrisa escondida por los mechones pelirrojos que caen descuidadamente por su rostro.

«Estate tranquilo, Alfonso, ellos no pueden escucharnos. Sólo tienes que pensar y yo te recibiré».

No estoy alucinando, la escucho perfectamente dentro de mi cabeza.

Carol, ¿qué está pasando? ¿Quién eres?, pregunto con mi pensamiento.

«Todavía no, Alfonso, tendrás que averiguarlo por ti mismo. Pero por suerte para todos, ya lo estás consiguiendo», responde.

El ruido vuelve a mis oídos como si de una explosión se tratara. Nada ha cambiado, todos siguen discutiendo cómo realizar la misión de la mejor manera posible. Y entre los que más voces dan se encuentra Lorena, que discute airadamente con Pedro.

Prefiero mantenerme al margen, al fin y al cabo yo participaré en la misión activamente y no quiero que se me eche todo el mundo encima.

Noto un frío recorriendo mi espalda, soy capaz de escuchar claramente todas las conversaciones que hay en la sala, incluso físicamente me encuentro como nunca. Algo me está pasando y eso es lo que tengo que averiguar.

Una vez más la mañana amanece bastante soleada, cada vez se nota más la presencia inmediata de la primavera.

Llevo ya bastante rato observando los alrededores del estadio desde un punto alto, en el mismo sitio donde hablé con Iker sobre el avance de los infectados hacia el campo. El militar que hace guardia siempre me permite subir; no me considera una molestia y además le hago un rato compañía.

Desde aquí se vislumbra parte de la ciudad de Madrid, los edificios más emblemáticos e importantes. El sol se refleja en los cristales de las Torres de Europa, deslumbrándome de tal modo que necesito ponerme la mano en la frente a modo de visera. Muchos de esos cristales permanecen rotos o presentan el tono negruzco de algún incendio en alguna planta del edificio.

La calle está cada vez más limpia de hojas y de porquería, el viento y la lluvia han contribuido a ello. Pero lo que no cambia es el panorama: ellos siguen ahí, incansables, hambrientos y con la misma fuerza del primer día.

Con los prismáticos observo que muchos de ellos se han descompuesto de tal manera que casi no se distingue si son hombres o mujeres, sin ropa y sin casi piel parecen sacados de una de las películas de terror más horribles jamás filmada.

—¿Dan miedo, eh? —pregunta Alberto, el militar de guardia.

—A mí, más que miedo, lo que me inspiran es lástima, sinceramente —contesto.

—Pues a mí me dan asco, además cada vez están más deteriorados y horribles. Si no fuera por las órdenes de Iker, me entretendría en volarles la cabeza desde aquí con mi fusil con mira telescópica —añade Alberto.

—Perderías el tiempo, son miles y miles.

—Por eso Iker nos lo tiene prohibido, aunque si te cuento un secreto, alguna vez que otra he puesto el silenciador y me he cargado a más de uno. Pero no le digas nada que, como se entere, me manda a limpiar retretes.

—Tranquilo, lo último que me apetece es verle más enfadado de lo que está con el tema de la evacuación —contesto.

Poso los prismáticos en el suelo y dejo a Alberto con su aburrida guardia y sus ganas de jugar al tiro al blanco. Voy a ver si Lorena está ya en el césped; todo el mundo ha quedado con Iker y Víctor para comenzar con la instrucción necesaria para manejar un arma. Las tareas propias del día a día han sido sustituidas por entrenamiento militar, ya no se trabaja en el campo cultivando ni sembrando nada.

Por lo que veo están todos y, una vez más, el que llega tarde soy yo. Iker ya me está dedicando su típica mirada de siempre, la de «otra vez llegas el último».

Todos tenemos un arma asignada y una cantidad contada de munición. A partir de ahora no debemos abandonar nuestra arma bajo ningún concepto y siempre debemos tenerla preparada y cargada.

Las tendremos que dejar en nuestras habitaciones para no llevarlas encima, por el peligro que podría suponer un disparo accidental. Tres veces al día, revisarán todas las habitaciones para hacer el recuento de los fusiles y comprobar si están operativos o no.

Con todas estas normas tan radicales, Iker pretende hacernos ver que en cualquier momento se puede producir la huida y quiere que todo el mundo esté atento.

Ayer hicimos varios simulacros, teniendo que subir a nuestras habitaciones corriendo a coger nuestras armas y bajando luego al garaje del estadio para ponernos en posición para la supuesta apertura de puertas que dé entrada a los autobuses.

Los resultados no han sido lo esperado por el teniente, que, enfurecido, nos repetía una y otra vez que debíamos ser más rápidos y estar más sincronizados.

Sigo sin entender todo este entrenamiento. Si pusieran una fecha concreta a la salida del estadio, no haría falta todo este juego de tener que llevar un arma encima, sobre todo con niños andando por ahí... cualquier día vamos a tener un disgusto.

Lo que sí veo necesario es entrenar el disparo; aquí nadie ha disparado un arma, aunque Tito sí que ha cazado en Galicia alguna que otra vez con su padre.

Los movimientos de Iker son estudiados al milímetro por cada uno de nosotros, tanto si sale como si entra es motivo más que suficiente para sospechar de la inminente salida del estadio.

Y por supuesto, mi relación personal con él no pasa desapercibida, me siento en ocasiones acosado por las miles de preguntas que la gente me hace pensando que sé demasiadas cosas. Y nada más lejos de la realidad. Ojalá lo tuviera claro, de esa manera tendría a los míos preparados y concienciados para lo que se nos viene encima.

De pronto noto una sensación extraña y nueva para mí. Tengo los ojos abiertos pero no distingo lo que tengo enfrente. Todo está borroso y mi rostro percibe una ligera brisa fresca acompañada de un agradable olor a flores. Es una sensación muy placentera, aun sin ver me siento como si estuviera en una pradera llena de flores y naturaleza.

Pero todo desaparece tal como llegó, en un instante cambio del olor a rosas al olor a putrefacción y la agradable brisa se transforma en un frío invernal.

Noto mucho dolor, tanto que no puedo evitar caer de rodillas al suelo, terribles imágenes pasan dentro de mi cabeza como si de secuencias de películas se trataran.

Muerte y más muerte, oscuridad y ese dolor que no cesa.

Estoy a punto de perder todas las fuerzas y el conocimiento... No veo nada...

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

La luz ha vuelto a mis ojos, tan cegadora que apenas puedo abrirlos del todo. Me encuentro tirado en el césped, escucho unas voces que pronuncian mi nombre constantemente, pero apenas tengo fuerzas para incorporarme y ver qué es lo que pasa.

Una cara me resulta familiar, es Lorena, está de rodillas tratando de despertarme.

—¿Qué... qué ha pasado? —pregunto desconcertado.

—De repente te has desvanecido y te has pegado un buen golpe. ¿Estás bien? —pregunta Lorena asustada.

—Me siento confundido, no sé qué me ha podido pasar, no lo entiendo —respondo.

—Entra conmigo y subamos a la habitación, necesitas descansar. Son demasiadas tensiones y apenas comes.

Lorena me levanta con la ayuda de otros. Estoy rodeado de gente, todos muy asustados, como es lógico, y pendientes de mi estado.

Recuerdo perfectamente qué es lo que me ha hecho perder el conocimiento, aún creo percibir ese terrible dolor que he sentido, pero no sé qué ha significado todo eso.

—¡Teniente! ¡Rápido, venga, por favor! —grita Víctor desde la entrada al túnel de vestuarios.

—¿Qué pasa ahora, Víctor? —responde Iker malhumorado.

—Es Carolina, teniente, ha caído fulminada al suelo, estamos tratando de reanimarla —contesta Víctor con una evidente cara de susto.

—¿Otra? ¿Pero qué está pasando? Víctor, ven aquí y ayuda a Lorena con Alfonso, voy a ver qué coño pasa aquí.

Iker corre hacia los vestuarios. Llega hasta la zona donde Carolina ha caído, está junto con un par de militares y con Ixa.

—Teniente, no sé qué le ha pasado, de pronto se ha echado las manos a la cabeza y ha perdido el conocimiento —explica Ixa sosteniendo la mano inerte de la chica.

—A ver, dejadle aire para que respire y levantadle las piernas. Por favor, traedme un paño o algo mojado, deprisa —ordena Iker a uno de los militares.

Lentamente, Carolina recupera la consciencia, su cara muestra una tranquilidad inusual para alguien que acaba de perder el conocimiento por alguna causa física.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta Ixa, acariciándole la mejilla con suavidad.

—Sí, perfectamente, no te preocupes. Me pasa a menudo —contesta con mucha frialdad.

—Pues Alfonso acaba de desplomarse en el césped también. Debe de ser el tiempo o la comida, porque dos personas al mismo tiempo me parece mucha casualidad —protesta Iker.

Carolina esboza una media sonrisa, y aunque trata de disimularla, Iker la percibe de inmediato.

—¿Algo de lo que he dicho te ha hecho gracia? Lo pregunto para que nos lo cuentes y así nos reímos todos —vuelve a ladrar Iker.

—Disculpe, teniente. Me ha hecho gracia la coincidencia, nada más —contesta, incorporándose ella sola.

Sin mediar palabra, sale del vestuario en dirección a su habitación. La sonrisa sigue dibujada en su cara, pero no la puede disimular; sabe que todo acaba de empezar.

Entre Tito y Lorena me han subido a mi habitación. Permanezco tumbado en la cama con un trapo húmedo en la frente, aún me duele todo el cuerpo y las imágenes que he visto pasan una y otra vez por mi cabeza.

Mi madre se ha enterado y ya la tengo pegada a mi cama con cara de angustia y siendo la protagonista de la situación. Javi y Araceli, que lamentablemente han presenciado mi numerito en el césped, también se encuentran a mi lado.

—Pues la chica de la pancarta, la rara esa que no hablaba con nadie, es que no sé cómo se llama, también ha perdido el conocimiento en los vestuarios. Creo que ha sido al mismo tiempo que tú —comenta Araceli.

—¿Carol? ¿Qué le ha pasado? —pregunto asustado.

—Pues sólo eso, que se ha desmayado, pero no sabemos cómo está —responde Araceli.

—¿Podéis enteraros, por favor? —les pido preocupado.

—Ahora bajo a los vestuarios y me informo. Si quieres que te suba algo de comer, dímelo, ¿vale? —comenta Javi.

—No tengo hambre, gracias.

Javi sale de la habitación en busca de la información que le he pedido, quiero saber si le ha pasado algo a Carolina.

Sé que lo que nos ha pasado está relacionado, pero quiero saberlo con exactitud. Ahora me encuentro muy mareado para bajar, pero en cuanto esté mejor saldré a hablar con ella.

Siento como si me pesara todo el cuerpo, apenas tengo fuerzas y sigo mareado. Javi todavía no ha venido y las visitas me están empezando a molestar un poco.

A la media hora, por fin llega a paso tranquilo, como si todo fuera normal y nada hubiese pasado.

—¿Y bien? —pregunto impaciente.

—Pues nada, Alfonso, que yo haya comprobado, ella está perfecta. Ha subido a su habitación y allí sigue. Ixa me ha dicho que se ha levantado tan tranquila, como si estuviera acostumbrada a desmayarse —contesta Javi.

—Joder, pues yo me siento fatal, parece que me han dado una paliza.

—Lo que tienes que hacer es descansar, porque te esperan unos días muy duros y tienes que relajarte. Yo creo que te ha pasado esto por toda la presión a la que has sido sometido —protesta Lorena.

—Bueno, ahora, por favor, dejadme solo, estoy un poco agobiado y necesito respirar. —Señalo la puerta amablemente.

Todos abandonan la habitación despacio y sin decir una sola palabra. Lorena aún permanece de pie junto a mí, no deja de mirarme con cara de preocupación, mantiene los brazos en jarras y parece pensar sobre qué decirme.

No le voy a dejar la opción.

—Lorena, por favor, déjame solo. Vuelve si quieres en una hora, pero ahora necesito relajarme, en serio.

—Como quieras, pero todo esto me está empezando a mosquear bastante, algo raro te está pasando. Luego te veo —contesta algo molesta.

Lorena sale de la habitación y cierra la puerta dejándome por fin solo. Sé que me ha sucedido algo relacionado con Carolina, pero necesito saber qué me ha pasado; tanto dolor, tanta angustia, no es normal.

Me levanto de la cama para asomarse a la cristalera del palco, hay mucho revuelo en el césped. Iker y Víctor tratan de enseñar el correcto funcionamiento de los fusiles a unos asustados supervivientes.

La imagen se muestra cómica en ocasiones, desde aquí se aprecian los aspavientos que el teniente hace con los brazos en protesta por algún pobre que ha fallado el tiro.

Tendrá que tener paciencia si quiere que todo salga bien, todos están muy asustados y con ganas de que todo acabe de una vez.

Poco a poco voy recuperándome, el shock ha sido muy fuerte y las imágenes que he visto sólo me han dicho una cosa: muerte.

Voy a aprovechar que todos se han ido para ir en busca de Carolina, sólo ella podrá decirme la verdad.

Apenas me separan unos metros de la puerta de Carolina, llevo apoyado en la pared unos minutos dudando, no sé si estoy haciendo lo correcto.

Acaba de pasar uno de los militares y me ha tocado interrogatorio, que qué tal estoy, que qué hago aquí y demás. Menos mal que no me ha obligado a bajar con él, se supone que debería estar en la instrucción de tiro.

El poco ruido que percibo desaparece... No... ¡Otra vez no!

«Pasa, Alfonso, que no te dé corte entrar, te estoy esperando».

La voz es de Carolina, ha sonado alta y clara en mi cabeza, sabe que estoy aquí y es tontería esperar más. Entro.

—Hola, Alfonso, siéntate. —Me recibe mirando por el ventanal de su cuarto que da también al césped.

—Carolina, tenemos que hablar muy seriamente. ¿Qué me está pasando? Quiero que seas sincera y no me voy a ir de aquí hasta que me lo digas.

Ella sigue mirando por la ventana, las manos las tiene entrelazadas en la espalda en un gesto de absoluta tranquilidad.

—¿Carolina? ¿Me quieres hacer caso? —Me estoy empezando a cansar.

Por fin se vuelve, su rostro muestra una paz y una tranquilidad inusuales. Viste una camisa blanca que le queda grande y parece un camisón, debajo lleva unos pantalones militares que la enorme prenda apenas deja ver.

—Alfonso, no tendrías que estar sintiendo lo que estás sintiendo, al menos no ahora, no era tu tiempo. Pero las circunstancias lo han precipitado todo.

—¡Háblame claro, por favor, Carolina! —le digo bastante enfadado.

—Los muertos no se han levantado por un virus de una farmacéutica, Alfonso —contesta Carolina.

—¿Cómo? —pregunto extrañado.

—Mira, lo que te voy a contar no te lo vas a creer, pero con todo lo que has sentido estos días, espero que al menos me escuches sin interrumpirme.

—Te prometo que no te voy a interrumpir —le digo.

—Esta es una lucha muy antigua, más antigua que el propio hombre. Siempre hemos estado combatiendo con ellos, en todas las épocas y en todos los lugares. Sus argucias han sido las más sucias y ruines; han llegado a combatirnos matando inocentes, han provocado catástrofes naturales, siempre en los lugares más pobres y sin recursos. Haití, Chile, Nueva Orleans... nada de eso es casualidad.

»La muerte es su fuerza y no pueden vivir sin ella. Hasta ahora, de alguna manera, siempre hemos conseguido detenerles, aunque hayan conseguido su objetivo en muchas ocasiones. Pero ahora es diferente: lo han logrado y a nosotros no nos ha dado tiempo de reaccionar.

»El famoso virus no es más que uno de sus maquiavélicos planes para llevar al mundo a la destrucción. Han utilizado a la humanidad como armas, armas entrenadas

y aleccionadas para cumplir su único fin: matar.

—Un momento... ¿me quieres decir que tú no eres humana? ¿Y a los que te estás refiriendo constantemente como «ellos» quiénes son? —pregunto con muchas dudas.

—Demonios. Tan antiguos como las estrellas y tan despiadados que no te lo podrías ni imaginar por mucho que hagas el esfuerzo. Y has acertado: no soy humana, al menos no ahora. Dejé de serlo hace muchísimos años cuando fui reclutada. Soy un Ángel.

El silencio se apodera del cuarto, sus palabras me han caído encima como una losa. A pesar de lo increíble de la historia, todo empieza a tener algo de sentido.

—¿Y yo qué pinto en toda esta historia? ¿Por qué me pasa esto a mí? —pregunto desconcertado.

—Tú estabas destinado a ser como yo, pero no en este tiempo. Naciste para serlo y en unos años empezaría tu entrenamiento, pero esto lo ha precipitado todo... y no somos muchos precisamente.

—Espera, espera... ¿ahora me dices que yo también soy un Ángel? —pregunto asustado.

—Todavía no, pero pronto lo serás, en cuanto aprendas lo que tienes que aprender —contesta Carolina.

—No puede ser. ¿Y qué pasa con mi familia? ¿Y Lorena?

—Alfonso, tú mismo lo viste. Has tenido tu primera visión, tus primeras sensaciones. Todo ha comenzado para ti, justo a tiempo.

—¿Les voy a perder? Dímelo, por favor —le suplico.

—Te repito que tú mismo lo pudiste ver al igual que lo vi yo, no te voy a decir más al respecto —contesta.

No puedo evitar las lágrimas, no me puede estar pasando esto a mí, y menos después de todo lo que nos ha pasado en estos meses.

Sé a lo que se refiere, lo vi perfectamente dentro de mi cabeza, pero no lo quiero aceptar. Sentí ese dolor, vi sus caras.

Tengo ganas de salir corriendo y huir de aquí de una vez, ir a mi casa y meterme en mi cama. Y cuando despierte, pensar que todo ha sido una horrible y desagradable pesadilla.

—Alfonso, todos hemos tenido que renunciar a nuestras vidas, tarde o temprano ocurriría de todas formas —repite Carolina.

—¡Déjame en paz! Ahora no necesito consuelos tontos, lo que necesito es que nada de esto esté pasando de verdad, despertar en mi cama, en mi casa, en mi barrio —le contesto entre sollozos.

—Alfonso, escúchame. Tú has nacido para esto al igual que yo, fuiste elegido y eso conlleva una gran responsabilidad y pagar un alto precio. Pero piensa que a partir de ahora serás capaz de hacer el bien y luchar contra ellos, pronto podrás comprobar de lo que eres capaz y tu recompensa serán tus alas.

Al decir estas palabras, la habitación se ilumina con una luz blanca y brillante.

Mis ojos están completamente cegados ante el fulgor, trato de poner la mano a modo de visera para ver si puedo ver algo, pero es imposible.

La intensidad disminuye pero continua brillante, y entonces puedo verlo claramente. Tras el impresionante resplandor, aparece una silueta blanca que se va haciendo más clara según se aproxima a mí. Dos enormes alas blancas aparecen tras ella, y lentamente la luz va cediendo, pero sin desaparecer del todo. Su vestimenta ahora es una túnica blanca como la nieve, está descalza y sus cabellos pelirrojos ondean como si hubiese viento dentro de la habitación.

—Yo las conseguí hace muchos años, tantos que no consigo recordar cuántos. Sé que necesitabas ver para creer.

No puede ser cierto lo que estoy viendo, verdaderamente es un Ángel y está delante de mí, no sé si reír o llorar. La duda que siempre he tenido de si habría vida tras la muerte se acaba de aclarar y de qué manera.

—Carolina, es... es impresionante, no sé qué decir. —Estoy muy nervioso.

—Eres el primer mortal que las ve, pero la ocasión merece la pena y me han autorizado a ello. Sabían que tendría que hacerlo para que definitivamente creyeras en mí y en ti mismo —contesta ella.

Se escuchan pasos en el pasillo y la puerta se abre bruscamente, me vuelvo asustado pensando que nos acaban de descubrir. Iker entra seguido de Víctor y Paco, han visto la luz desde el césped y quieren saber qué pasa.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué ha sido esa luz? —grita Iker de malos modos.

Sin contestar miro hacia Carolina, que presenta su aspecto normal, las alas han desaparecido así como la luz que la acompañaba. Ha sido rápida.

—¿Luz? ¿Qué luz, teniente? —contesta sarcásticamente.

—Desde abajo se ha visto una luz muy brillante que salía de aquí, no os hagáis los tontos —vuelve a ladrar Iker.

—Pues no lo sé, habrá sido el reflejo del sol en el ventanal. ¿Con qué podríamos hacer esa luz que usted menciona? —vuelve a contestar Carolina insolentemente.

—Bueno, es igual. ¿Cómo estáis de vuestra indisposición? —pregunta el teniente. Se ha quedado sin argumentos ante la respuesta de Carolina, sabe que tiene razón y que ha podido ser el reflejo del sol.

—Estamos bien, Iker, gracias por preguntar —contesto en tono conciliador.

—Bien, cuando podáis, venid a mi despacho, que tenemos que repasar el plan. Bueno, mejor venid esta tarde después de comer.

El teniente sale de la habitación, y tras él, Víctor y Paco. Este último, antes de salir, se nos queda mirando con cara de no haberse creído una sola palabra de las que hemos dicho. Finalmente abandona la habitación cerrando la puerta con un sonoro portazo. Me vuelvo hacia Carolina.

—Sé lo que me vas a decir. Que casi nos descubre, ¿verdad? —se anticipa a mi pregunta.

—Pues sí, ha faltado poco —respondo.

—En realidad no había peligro. Estoy continuamente informada, sólo que he esperado hasta el último momento —responde ella. Luego continúa—: Alfonso, tenemos que seguir al pie de la letra el plan que Iker ha trazado, no podemos influir en su decisión.

—Pero si va a salir mal... las imágenes que vi en mi cabeza no eran precisamente buenas —contesto.

—Puede ser, pero nosotros no hemos venido aquí a cambiar el destino de nadie. Si lo has visto, es porque tiene que pasar, así que tú actúa como si nada —comenta ella.

—Tengo mucho miedo, no sé qué hacer, Carolina.

—No tienes que hacer nada, el miedo forma parte de la vida y tienes que aprender a controlarlo, te enfrentarás a situaciones mucho peores que esta a lo largo de tu existencia. Confía en ti mismo, eres muy poderoso aunque todavía no lo sepas controlar. Ahora vete con tu gente, nos vemos esta tarde.

Tras darle un pequeño abrazo, salgo de su cuarto para ir en busca de Lorena, a la que no veo por los alrededores.

Voy hacia mi habitación y ahí está, sentada en la cama, esperándome y con una evidente cara de enfado. Al entrar me dirige una mirada fulminante; si estuviera leyendo un cómic, al personaje le saldrían culebras de los ojos.

—¿De dónde vienes? ¿Para eso querías estar solo? —pregunta enfadada.

—De dar una vuelta, ya te dije que necesitaba estar solo, pensar —miento.

—¿Estás mejor del mareo? —Lorena ya pregunta en un tono más conciliador.

—Sí, me he despejado un poco. Si quieres, podemos subir un rato a uno de los puestos de vigilancia. De vez en cuando, subo y miro al horizonte, me relaja.

—Vale, pero no hagas bromas que sabes que tengo un poco de miedo a las alturas —contesta más calmada.

Subimos por las escaleras hacia el puesto de vigilancia, Alberto sigue ahí como si fuera una gárgola de la catedral de Notre Dame de París. Aún no se ha percatado de mi presencia, está distraído apuntando con su fusil telescópico a esas bestias, como si estuviera cazando venados en algún monte.

Sigilosamente me asomo hacia la calle sin que se dé cuenta Alberto de que estoy tras él. Ahí abajo, unos cuantos cuerpos yacen tumbados rodeados de una sangre negruzca, como coagulada, por lo menos hay un par de docenas. Por lo que veo, las órdenes de Iker se las pasa un poco por donde le apetece, ya que tiene prohibido gastar munición sin motivo justificado.

En ese mismo instante, Alberto efectúa otro disparo y, gracias al silenciador, apenas es audible a unos metros de distancia.

Lorena observa la acción con cara de asombro, le indico con el dedo que no haga ningún ruido, quiero que el soldado se lleve el susto del día.

—¡Toma ya! —Se ríe a carcajadas—. ¡Veinticinco! ¡Besad el suelo, podridos hijos de puta! —grita, levantando el fusil para volver a cargar.

Al darse la vuelta casi se le cae el arma de la mano al vernos, su cara muestra el típico gesto de un niño al que acaban de pillar saltando en la cama con los zapatos puestos.

—¡Joder, Alfonso! Qué susto me has dado, creí que eras Iker. —Alberto respira aliviado.

—¿A ti no te habían dicho que no malgastaras munición? ¿Es que no sabes lo que nos espera en unos días? —le pregunto.

—Pues claro que sé lo que nos espera, por eso lo estoy haciendo. Cuantos más podridos caigan, mejor será la huida de este antro —contesta.

—Pero las órdenes son las órdenes —le replico.

—Un momento, quizá tenga razón Alberto, ¿no? —comenta Lorena.

—No entiendo, explícate —miro a Lorena con extrañeza.

—Cuando salga el helicóptero en busca de los autocares, en vez de esperarles abajo, un grupo de tiradores podría dedicarse desde aquí arriba a derribar a todos los infectados que puedan, así conseguirían reducir su número aunque sea en unos cientos de ellos.

Los tres callamos pensando en la posibilidad; desde luego, Alberto está convencido de ello y piensa defenderlo ante su teniente. A mí no me parece del todo mala idea, pero no creo que consigamos que caigan muchos hasta que vuelvan con la ayuda.

—Lo hablaré con Iker después de comer que tenemos reunión, te lo prometo —le digo a Alberto.

—¿Otra reunión? Desde luego, otra cosa no será, pero pesado es un rato el tal Iker este —protesta Lorena.

—Bueno, que habíamos subido a estar un rato tranquilos. Alber, tío, deja el arma un ratito mientras estemos aquí —le comento al militar.

—No te preocupes. Aprovechad, que esta el día muy bonito —responde Alberto.

Ayudo a Lorena a subir a uno de los altillos de cemento que cubren la pequeña terraza. El sol me azota fuerte en la cara, lo que daría por recuperar mis gafas de sol. Las cristaleras de los enormes edificios que sobreviven intactas brillan como diamantes. Las torres KIO parecen más inclinadas de lo normal, da la sensación de que acabarán por caerse del todo, aunque supongo que será un efecto óptico.

—Impresionante, ¿verdad? —le pregunto a Lorena observando el horizonte.

—No veo casi nada con el sol. Esto está muy alto, me da vértigo —contesta asustada.

—No te acerques mucho al borde entonces, a ver si les vas a servir de cena a esos cabrones —le respondo con ironía.

Al escuchar estas palabras, Lorena se retira y se baja del altillo, no le ha hecho gracia la idea de verse devorada. Alberto ríe a carcajadas tras mi comentario, lo cual provoca una mirada asesina de Lorena.

—¿No tienes otra cosa que hacer que cotillear las conversaciones ajenas? —

protesta.

—Perdona, chiquilla, sólo me ha hecho gracia el comentario de tu novio, nada más —responde contrariado Alberto.

—A ver, que no llegue la sangre al río, chicos. Estamos todos un poco nerviosos. Alberto, ¿no tendrás unos prismáticos por ahí, verdad? —pregunto.

—Sí, ¿por? —me contesta, señalando a su cinturón multiusos del ejército.

—Déjamelos, por favor, me ha parecido ver algo.

Alberto me lanza los prismáticos y los agarro al vuelo. Allá arriba, en la azotea de una de las Torres de Europa, me ha parecido que algo se movía. Aumento la lente dirigiéndola hacia lo más alto de la torre, el reflejo del sol en los cristales me ha debido de jugar una mala pasada.

Cuando voy a desistir lo veo. Una persona se asoma de vez en cuando por el borde de la azotea, sólo se le ve medio cuerpo debido al muro que hace de barrera. Me suena bastante la ropa que lleva, pero no logro acordarme de quién es.

Vuelve a asomarse, esta vez consigo verla más detenidamente. Es una mujer, el pelo vuela alborotado por el viento, y su chaqueta roja le ondea en el cuerpo como si de una bandera se tratase.

—¿Qué coño estás mirando ahí arriba? —me pregunta delicadamente Lorena.

—Un momento. —Prosigo observando.

Ya me acuerdo, esa mujer es la reportera que salió emitiendo por televisión desde la torre por última vez hasta que se perdió definitivamente la señal. No puede ser que aún esté viva, a menos que sea uno de ellos.

—Alberto, dame tu arma un momento —le pido.

—Ni hablar, el arma es como la novia, no se le deja a nadie —responde contundente.

—¡Que me la des un momento, coño! Con los prismáticos no alcanzo a ver una cosa y con la mira telescópica de tu fusil, que tiene más alcance, sí puedo... —contesto enfadado.

—Bueno, bueno... Toma, pero date prisa. —Alberto me alcanza el arma.

Apunto con el fusil hacia el ático, es impresionante lo que alcanza la mira de este «bicho». Al cabo de unos minutos vuelve a aparecer la figura de la reportera y esta vez no hay dudas: es uno de ellos. Su cara ensangrentada y la falta de un buen trozo de mejilla me dan las explicaciones que quería. Pasará deambulando por la torre el resto de la eternidad.

Se me ocurre una idea.

—Alberto, si te pido un favor, ¿me lo harás? —le pregunto con mi cara de pedir favores.

—A ver, dime —contesta expectante.

—Ahí arriba tenemos a un podrido que quiero que derribes. ¿Podrías dispararle desde aquí?

—Por supuesto que podría. Dame mi arma y verás qué rápido acabo con ese hijo

puta.

Le devuelvo el arma a su dueño. Comprueba el cargador y el silenciador. Todo está a punto.

Apunta hacia la torre colocando la mira telescópica en su ojo derecho con una técnica envidiable. Al cabo de unos segundos, su gesto se transforma en una mueca de satisfacción.

—Ya lo veo, va de rojo, ¿verdad? —pregunta Alberto.

—Sí. No falles —le respondo.

—No te preocupes, esta noche bailará uno menos en el infierno.

Alberto sigue el movimiento del infectado y, sacando la lengua a modo de concentración, aprieta el gatillo.

La bala sale disparada hacia su objetivo, dejando atrás una vida plena, plagada de satisfacciones, una infancia llena de felicidad, una carrera de periodismo conseguida a base de esfuerzo y dedicación.

La bala sigue su avance implacable, sin darse cuenta de que su destino es la cabeza de una pobre chica que quiso contar al mundo lo que pasaba, sin pensar que pronto sería parte de la noticia.

A punto de alcanzar el objetivo, toda su vida pasa por mi cabeza pudiendo comprobar lo injusto que es este mundo.

Por fin todo acaba para ella, Ana cae fulminada desde lo alto de la torre hasta el duro asfalto madrileño, aplastando en su camino a varios de los podridos que rondaban por la zona.

Ahora sé que estás donde deberías, Ana, donde pronto te podré ver.

Ya son más de las siete de la tarde y me he recorrido el pasillo que da al despacho de Iker varias veces. Paco y Víctor se encuentran parados charlando en la misma puerta, dedicándome de vez en cuando alguna que otra mirada sospechosa.

Se supone que Carolina está citada con nosotros, tenemos mucho de qué hablar y preparar.

Por fin aparece Iker por el fondo del pasillo, llega con su paso firme y ruidoso debido a las botas militares. Pasa por mi lado sin decirme nada y se detiene a hablar con los otros dos hombres. Tras unos segundos, introduce la llave en la cerradura de su despacho y entra en la sala seguido de Víctor y Paco.

Ante la indiferencia mostrada hacia mi persona, decido entrar por mi cuenta.

En el centro de la mesa se encuentra la radio, indispensable para la reunión, ya que durante estos días se han seguido manteniendo las conversaciones con Alicante. Paco está de pie, mientras que Víctor e Iker están sentados esperando a que dé comienzo la reunión.

El teniente me mira fijamente y, tras unos instantes, comenta:

—Alfonso, ¿sabes algo de Carolina? Se supone que también está citada.

—Sé lo mismo que tú, ya sabes que siempre llega a la hora que ella cree conveniente —contesto.

—Pues esta vez empezaremos sin ella, ya me estoy cansando de la indisciplina que demuestra día a día —comenta Iker malhumorado.

—Es usted un impaciente, teniente.

Carolina aparece apoyada en la puerta de entrada al despacho. Todos la miran perplejos por lo silencioso de su llegada, Iker se levanta de su asiento para dirigirse a ella.

—Está usted resultando demasiado impertinente, ¿no le parece, señorita? —comenta él sarcásticamente.

—Puede ser, pero es mi forma de ser, creo que tengo ya unos años para cambiar ahora —contesta la chica.

La tensión se masca en el ambiente, ambos se miran a los ojos con ganas de seguir la pelea verbal, pero Iker, en un gesto de autocontrol, se da media vuelta y vuelve a sentarse en su silla.

—Por favor, sentaos todos y comencemos de una vez —ordena.

Todos obedecemos y ocupamos nuestros asientos en torno a la radio.

—Estos días he seguido manteniendo el contacto con la gente de Alicante y les he comunicado oficialmente el plan y el día en el que lo llevaremos a cabo. El plan no hace falta que lo repita, ya que todos sabemos muy bien lo que tenemos que hacer, pero falta por comunicaros el día —comenta el teniente.

—¿Y bien? —pregunta Carolina.

—Ahora la impaciente es usted, señorita —responde irónicamente Iker—. El día es mañana, lo haremos a primera hora para aprovechar toda la luz solar posible. En cuanto terminemos la reunión, convocaremos a todo el mundo en la sala de prensa para comenzar el protocolo que hemos ensayado tantos días; comenzarán a recoger todo lo acordado y se mantendrán alerta desde las doce de la noche de hoy.

—¿Mañana? ¿Te has vuelto loco, Iker? ¡La gente se te va a echar encima! —le recrimino.

—Creo que cuanto antes mejor, Alfonso, no tenemos más opciones. Todo el mundo ha dejado de trabajar ya en el campo, apenas tenemos recursos de agua y latas de conservas. No te preocupes por la gente, yo daré la cara y trataré de tranquilizarles —responde el teniente.

—Les vas a conducir a su muerte —reacciona Carolina.

—¿Su muerte? Si nos quedamos aquí, moriremos de todos modos —responde Iker.

El silencio se apodera del despacho, Víctor y Paco no dicen nada, creo que ya sabían los planes del teniente y prefieren mantenerse callados.

—A las siete de la mañana Víctor y Paco saldrán con las armas y munición hacia el helicóptero, y a esa misma hora te quiero sentada dentro del mismo comprobando que todo esté en orden, Carolina —comenta Iker.

—Usted manda, teniente, a esa misma hora me tendrá sentadita en mi puesto de piloto. Pero sigo pensando que no va a salir bien —responde la chica.

—Lo que usted piense, como comprenderá, me da bastante igual. A parte de ella, ¿alguno de vosotros tiene algo que objetar? —pregunta Iker.

—Sí, yo tengo una cuestión que tratar contigo —le indico.

—Dime, Alfonso, te escucho.

—Esta mañana he tenido una idea al subir a uno de los puestos de vigilancia. Pienso que, si en el momento del despegue del helicóptero, la gente estuviera apostada en los altos del estadio, podrían disparar contra los infectados tratando de reducir el máximo número posible de ellos para facilitar el regreso de los autocares, ¿no te parece?

—¿Francotiradores? Pero si esta pobre gente no acertaría a esa distancia ni a un elefante. Se tendrían que encargar mis hombres en todo caso y no pienso dejar solos a los civiles. Olvídalo, Alfonso —responde con contundencia el teniente.

—Pero piénsalo antes de tomar ninguna decisión, por favor, Iker. Creo que es una buena idea. Aunque sea a ráfagas de ametralladora, alguna bala acertará en la cabeza —insisto.

—¡Que no me parece buena idea y punto! Tema zanjado, seguimos el plan establecido y punto, no tengo más que hablar. Víctor, convoca a todo el estadio en la sala de prensa, que dejen lo que estén haciendo, en quince minutos bajaré.

Y tras estas palabras, Iker ordena con un gesto que salgamos de la sala y luego cierra la puerta con un sonoro portazo tras nuestra salida.

Víctor sale disparado junto con Paco escaleras abajo para cumplir con la orden dada por el teniente y, mientras, me quedo a solas con Carolina. Su rostro refleja la imagen de la decepción, sabe de sobra lo que va a pasar, pero no puede hacer nada al respecto.

El silencio más absoluto vuelve a mis oídos, ya reconozco esa sensación.

«Alfonso, tu idea no es mala, pero no lograría salvarles. No te tortures y estate preparado para lo que se te viene encima».

Ya no me asusta recibir los mensajes de Carolina dentro de mi cabeza, es más, me llenan de una paz difícil de explicar. Ella no deja de mirarme, tiene los ojos fijos en los míos, pero en realidad no me mira a mí, observa mi alma, todo lo que yo estoy sintiendo y pensando, me siento como si estuviera totalmente desnudo frente a ella.

«Ya estás preparado, pronto lo sabrás, pero el precio es muy alto, demasiado alto, y lo sabes».

Sé que lo que me dice es verdad, pero no quiero pensar que ocurrirá, tengo que luchar contra ello con todas mis fuerzas hasta que no pueda más.

Oigo jaleo ahí abajo, deduzco que Víctor ya está reuniendo a todo el mundo y supongo que mi gente estará preocupada por la reunión sorpresa.

—Carolina, me voy con mi familia, te veo abajo.

—Vale, tranquilízales —contesta ella.

Bajo las escaleras tratando de disimular mi malestar por mi tensa reunión con Iker, busco a Lorena y a mis hermanos que deben de estar ya por la zona.

Allí, sentada en una de las sillas, veo a mi madre, es una de las primeras en llegar a la sala. Tiene en su regazo al gato de Javi, al que acaricia lentamente el lomo provocando que Kiko se estire aún más para notar sus uñas.

Por el ruido de risas y el trotar por las escaleras, deduzco que los niños están al caer; enseguida compruebo que no fallo en mi predicción, ya que a los pocos segundos aparecen en escena corriendo, persiguiéndose entre ellos. Araceli y Pedro vienen detrás de los traviosos niños y, junto a ellos, llega Javi, quien muestra una cara de recién levantado impresionante. Pero no veo a Lorena.

Todos los demás supervivientes van llegando poco a poco mientras la sala se va llenando de militares. Iker está sentado manejando unos cuantos papeles como si tratara de calmarse ordenándolos.

De pronto, unas manos cubren mis ojos.

—¿Quién soy?

La voz es inconfundible.

—Lorenita, cómo no —contesto esbozando una sonrisa.

—Premio para el caballero. No ha tardado mucho la reunión, ¿no?

—No había mucho que decir, la verdad. Mira la que está liando —contesto malhumorado.

—¿Qué pasa, Alfonso? ¿A qué vienen tantas prisas? Han levantado de la siesta a medio estadio —pregunta Lorena.

—Espera y verás, que ahora lo aclarará el teniente —contesto.

—¡Teniente! Todo listo, el recuento está completo, estamos todos —grita Paco desde el fondo de la sala.

El murmullo de los presentes se intensifica a medida que los segundos pasan, todos se miran contrariados mientras Iker sigue revolviendo sus papeles como si en uno de ellos se encontrara la solución a sus problemas.

Por fin, mira al frente y carraspea profundamente.

—Bien, supongo que se acordarán del plan establecido para la evacuación del estadio, ¿verdad? —comienza.

Todo el mundo asiente extrañado.

—Pues el día señalado es mañana. A primera hora del día despegará el helicóptero en dirección a la estación de Chamartín para coger los autocares y traerlos al estadio. Durante ese trayecto, todo el mundo deberá permanecer en el garaje con su fusil preparado para nuestra llegada y así garantizar el éxito de la operación.

La gente empieza a protestar por la celeridad de la misión, sólo se escuchan voces y más voces entremezclándose entre ellas.

—¡Un momento, por favor! No se alteren. Hemos estado ensayándolo durante mucho tiempo, todo va a salir bien, no se preocupen —Iker intenta tranquilizarles.

—¿Que no nos preocupemos? Usted se ha vuelto completamente loco, teniente, su plan es suicida, nos va a condenar a todos —grita Ixa desde su asiento, poniéndose en pie.

—No es así, el plan está estudiado al milímetro y no va a haber ningún problema, pongo la mano en el fuego por la misión. Por favor, tranquilícense todos —Iker vuelve a pedir calma.

El griterío de la muchedumbre es elevado, todos discuten unos con los otros sin apenas entenderse nada. Iker pide orden pero no consigue que le hagan caso, la gente comienza a enfadarse considerablemente y a levantarse de sus asientos.

La cosa se está poniendo bastante fea, hay incluso algunos que tratan de abandonar la sala de prensa para dirigirse a sus habitaciones, pero los militares intentan impedirlo forcejeando con ellos.

De pronto, suena un disparo que provoca que todo el mundo se quede mirando hacia su origen. Iker mantiene su pistola apuntando al techo de la sala, aún sale humo del cañón y un buen trozo del falso techo ha caído sobre la mesa.

—¡Ya está bien! —grita muy enfadado.

Todo el mundo está perplejo ante la reacción del teniente Salvatierra y, lentamente, vuelven a ocupar sus asientos en un sepulcral silencio.

—Bien, espero que ahora atiendan y no vuelvan a provocar tanto jaleo —añade Iker—. Repito, mañana a las siete saldremos en dirección a Chamartín, cogeremos los autocares y vendremos hacia el estadio para recogerles y salir de aquí. El helicóptero acompañará la operación desde el aire para garantizar la protección de la misma y, si es necesario, abrirá fuego contra todo aquello que trate de impedir que la misión salga

adelante. ¿Está claro?

Esta vez la gente calla por miedo a la reacción de Iker, alguno asiente con la cabeza, otros permanecen cabizbajos mirando al suelo.

—Portaremos en el helicóptero combustible para los autocares y herramientas por si las baterías fallaran por su falta de uso. También llevaremos munición suficiente para evitar imprevistos y armamento pesado para el helicóptero. Ahora, que cada uno recoja sus pertenencias en mochilas del ejército que les facilitaremos a continuación y váyanse a descansar, mañana será un día muy duro para todos pero el principio de nuestra libertad —e Iker se levanta de su asiento para dirigirse a su despacho.

Paco y Víctor sacan dos cajas grandes de debajo de la mesa principal y comienzan a llamar por orden de lista a todos los presentes. El reparto de mochilas se efectúa con una calma tensa, cada uno recoge la suya en silencio y se marcha hacia su cuarto.

Lorena ya tiene la suya, al igual que el resto de mi familia, que se reúnen a mi alrededor con cara de circunstancias.

—Hijo, dime que todo va a salir bien —me dice mi madre cogiéndome de la mano.

—No lo sé, mamá. Si lo supiera, te lo diría, te lo juro —contesto.

—Soy una persona mayor y torpe, yo no puedo hacer nada de lo que está preparado, tengo mucho miedo —comenta ella.

—No te preocupes, tú estate preparada y mantente al margen de la entrada de los autocares. Cuando esté todo despejado serás la primera en subir a ellos junto con los niños, te lo prometo.

—Esta noche quiero que la pasemos todos juntos, quizá sea la última —pide mi madre.

—No digas eso ni en broma, mamá. Estaremos todos juntos esta noche si quieres, pero no pienses así —contesto.

—Me parece bien, yo desde luego me sentiría bastante protegida y además me apetece mucho —comenta Araceli.

—Pues, venga, id a vuestras habitaciones y recoged lo más necesario que tengáis, dormiremos juntos en la habitación de mamá que es la más grande.

Se va cada uno hacia su cuarto. Lorena se queda abrazada a mí y, en silencio, aprieta más de lo normal; está asustada y se siente reconfortada en mis brazos.

Me gusta que sea así, mañana verá cosas que jamás olvidará y esas imágenes le perseguirán toda la vida.

Cinco y media de la mañana. Lorena aún duerme como una niña y mis sobrinos respiran tranquilos en un rincón de la habitación, arropados los tres juntos con una enorme manta verde militar. Al lado de ellos, Araceli descansa abrazada a un almohadón con la boca entreabierta pero sin la compañía de su marido.

Pedro está despierto y observando por el ventanal cómo poco a poco el amanecer en Madrid hace acto de presencia, aunque aún tendrá que esperar un rato, la oscuridad todavía reina en todos lados. No puede dormir.

Le entiendo, yo tampoco puedo, apenas me queda media hora para tener que estar vestido y preparado en el despacho de Iker.

Puede que sea la última vez que pueda estar tranquilo con mi familia, o quizá peor: que pueda estar con ellos.

Comienzo a vestirme en silencio, la luz de la linterna me ayuda a no meter la pierna en la abertura de la manga de mi uniforme militar. Mi fusil está preparado desde anoche, cuando me entretuve unos minutos limpiándolo como me enseñó Víctor y cargándolo de munición. A mi cintura le añado una correa cargada de más balas y una pistola. Si alguien me viera con esta pinta hace apenas un año, me preguntaría si he perdido completamente la razón.

Una pequeña mochila me acompañará durante la misión cargada de munición para el fusil y la pistola, así como de un par de granadas de mano por si la cosa se pone muy fea. Espero no tener que usarlas nunca.

Aún retumban en mi cabeza las palabras de Carolina y esa imagen... No logro olvidar sus enormes alas blancas tan relucientes. Aún no me lo creo del todo.

Son ya las seis, hora de salir, y ya tengo a Luna y Bitxo a dos patitas subidos a mis piernas reclamándome mimos. Ahora no puede ser, amigos.

Me acerco a Lorena para despedirme. No quiero despertar al resto, todavía les quedan unos minutos de sueño.

—Cariño, me tengo que ir ya —le digo a Lorena, besándole en la frente.

—¿Mmmm? ¿Ya? —contesta, aún dormida.

—Sí, cariño. A ti todavía te queda un ratito, descansa y luego nos vemos, te lo prometo.

Lorena me da un beso todavía con los ojos medio cerrados y se da media vuelta buscando su postura preferida. La arropo para que no tenga frío y me pongo en pie.

—Ten cuidado, Alfonso —dice Pedro desde el fondo de la habitación.

—Gracias, Pedro. No te preocupes, que lo tendré.

Y tras estas palabras salgo de la habitación provocando los lloros de Luna por no sacarla a dar un paseo por el césped, como muchas mañanas hemos hecho.

La luz de la linterna me guía por las escaleras y me protege de cualquier tropezón tonto.

Con el silencio de la noche pueden escucharse perfectamente los horribles

gemidos de las hordas de muertos que rodean el estadio, sobre todo los que están dentro del almacén. Se me ponen los pelos de punta, dentro de poco tendré que enfrentarme a ellos cara a cara como ya hice en plena Castellana con mi hermano Javi.

Giro por el pasillo y veo a Víctor y Paco charlando con Iker, todos portan sus mochilas y sus armas reglamentarias, tal y como pidió el teniente para esta misión. Los tres se quedan observando en silencio mi llegada mientras Iker abre la puerta de su despacho con la llave.

—Llevas puesto el jersey al revés —comenta Paco, provocando la risa irónica de Víctor.

Me observo con la linterna; efectivamente, tiene razón, los nervios acompañados de la poca visibilidad han provocado la mofa de estos dos.

—Pues bien empieza el día —comento por lo bajo mientras me coloco bien el jersey.

Los tres entramos en el despacho y ocupamos los asientos. Iker está muy serio y pensativo, sus ojos muestran miedo e incertidumbre, como si no supiera exactamente si su plan podrá funcionar en realidad. Mira a su alrededor y suelta un sonoro suspiro de indignación.

—¿Y Carolina? Le dije que precisamente hoy no llegara tarde —protesta.

—Supongo que estará al caer, teniente —responde Paco.

De pronto, el sonido de las palabras de los militares y el ruido de fondo se vuelven mudos para mis oídos. Ya sé lo que pasa.

«Alfonso, diles que estoy ya en el helicóptero comprobando los niveles, podéis venir cuando queráis».

El sonido vuelve bruscamente a mis oídos como un petardazo, Iker sigue protestando por la impuntualidad de Carolina.

—Teniente, Carolina está en el helicóptero, me la he encontrado bajando hacia aquí y me lo ha dicho —interrumpo sus protestas airadas.

—¡Joder! ¡Mira que es cabezota la niña! Le dije que primero tendríamos una pequeña reunión aquí antes de salir. Bueno, durante el vuelo ya hablaremos. Vámonos.

A su orden, salimos de la sala en dirección al césped del estadio Santiago Bernabéu.

Aún no se ve nada, pero el amanecer está mostrando tímido sus primeros claros. El helicóptero se muestra majestuoso en el centro del campo. La lona que normalmente lo cubre está caída sobre el césped, y en su interior se distingue una luz que se va moviendo nerviosa.

Carolina está manoseando la maraña de válvulas y botoncitos que tiene el frontal del enorme aparato, sujetando con los dientes la linterna para poder guiarse entre ellos.

—Todo listo, teniente, podemos salir cuando quiera —grita Carolina, enfocando

el rostro de un Iker molesto con su actitud.

—Hablaemos en el aire, señorita. Saldremos a las siete en punto.

Desde abajo se observa cómo, poco a poco, las linternas y luces van abriéndose paso en la oscuridad de los palcos que hacen las veces de habitaciones. La gente se está desperezando lentamente para ocupar sus posiciones para la difícil misión que les espera.

El resto de los militares se encarga de despertar a los perezosos y de bajarles al garaje. Entre esas personas se encuentra Lorena. La imagino abrazada a su almohada cerrando fuertemente los ojos para tratar de imaginarse que todo lo que está pasando a su alrededor es una pesadilla y que, cuando los vuelva a abrir, se verá acostada en mi cama de Vallecas, como tantas otras veces había amanecido, abrazada a mí.

Siento en el alma no poder abrazarme a ella, seguramente estará muy asustada y nerviosa. Espero que mi familia la arroje y proteja para cuando vuelva poder hacerlo yo.

Las primeras personas van apareciendo lentamente por el túnel de vestuarios, algunas abrigadas con mantas para protegerse del frío mañanero de Madrid.

A una orden de Iker, Carolina enciende los motores del helicóptero mientras Paco y Víctor van introduciendo las garrafas de combustible para los autocares y las herramientas necesarias.

Intento ver en la oscuridad si ya está mi familia en el campo, pero es imposible distinguir a nadie a esta distancia y sin apenas claridad.

Son las siete menos cuarto, quedan quince minutos para salir y los primeros destellos de luz asoman en el cielo madrileño.

—Alfonso, sube al helicóptero y ocupa tu sitio —ordena Iker.

Obedezco, los nervios apenas me permiten articular palabra. Carolina se encuentra a los mandos del aparato y con el casco y los auriculares puestos, ya que estaremos en contacto permanente con ellos por medio de los *walkies* que tenemos para cuando desciendan del helicóptero.

Carolina se vuelve y me dedica un gesto cómplice de tranquilidad, sabe que lo necesito. Lo consigue.

Vuelvo a mirar al césped desde la ventanilla y ya puedo ver que ha llegado casi todo el mundo, están recibiendo las últimas instrucciones de Iker. Puedo ver a Javi sujetando a mis perros con sus correas, eso me tranquiliza.

—¡Nos vamos! Os informaremos sobre la marcha de lo acontecido —grita Iker al grupo de militares que quedan en el estadio.

Se introduce en el helicóptero y cerramos puertas, las aspas comienzan a girar muy lentamente hasta empezar a coger una cierta velocidad.

Es la primera vez que subo a uno de estos «bichos» y la verdad es que me da mucho respeto.

Poco a poco, el aparato se va elevando hasta levantar unos palmos del césped, nos movemos bruscamente de un lado a otro por el traqueteo de los motores.

—Carolina, controla al Tigre —ordena Iker.

—No se preocupe, teniente, solamente lo estaba poniendo a prueba —responde la chica tranquila.

El helicóptero empieza a coger una altura considerable, hasta ponerse a la altura de los palcos, y es entonces cuando una figura asoma por una de las ventanas. Es Lorena. Sus manos apoyadas en el cristal sujetándose la cabeza muestran su tristeza por mi marcha, y en un gesto espontáneo, levanta su mano derecha a modo de despedida. Le devuelvo el saludo tragándome las lágrimas para no preocupar a los demás mientras voy dejando atrás lentamente a la chica de mis sueños.

Lo que vemos a continuación es dantesco. Miles y miles de esos seres abarrotan los alrededores del Bernabéu, paradójicamente parecen los prolegómenos de un partido del Real Madrid de los llamados «de alto riesgo». Todos miran hacia arriba en busca del ruido que provocamos, levantando los brazos en un gesto absurdo de intentar atraparnos.

Avanzamos evitando los edificios más altos del corazón financiero de Madrid para poder volar un poco más bajo y así poder observar cómo se encuentran las calles próximas al estadio.

—Esto es increíble. Va a resultar muy difícil, teniente —comenta Víctor cabizbajo.

—No les mires a ellos, observa bien las calles por donde vas a tener que conducir el autocar —responde Iker.

El helicóptero gira hacia la estación de Chamartín, donde se observa bastante menos movimiento que en las calles más cercanas al estadio.

Antes de aproximarnos, damos un rodeo por los alrededores para estudiar detenidamente la operación.

—Bien, preparaos que vamos a bajar. Ya sabéis, rapidez de movimientos y vigilad siempre la espalda, cualquier cabrón de esos puede atacaros por sorpresa —ordena Iker—. Allí están los autocares. Carolina, aproxímate por favor.

La chica comienza la maniobra lentamente, provocando una gran polvareda y una lluvia de papeles y suciedad acumulada en la estación desde hace meses.

Paco y Víctor se deslizan por una cuerda atada a un arnés anclado en el helicóptero hasta llegar al suelo. Iker hace lo propio y, al tocar suelo, suelta la cuerda y se arrodilla con su arma en ristre.

Saben que hemos provocado mucho ruido y, como consecuencia, habremos atraído a cientos de infectados hacia la zona, por lo que no disponen de mucho tiempo para actuar.

El helicóptero se aleja, cogiendo la suficiente altura como para no interferir en la misión de interceptar los autocares.

Con un gesto de la mano, Iker ordena a los otros dos militares que avancen hasta un muro cercano. Cada uno de ellos porta su mochila y las garrafas de combustible que harán falta para poner en movimientos los pesados vehículos.

Todo parece inusualmente despejado, Iker se asoma por la pared de ladrillos para apreciar si tienen el camino libre o no. Parece que no están solos, tres o cuatro muertos merodean por los alrededores de los autocares con un paso lento y pesado.

El teniente se arrodilla y coloca su fusil apoyando el brazo en su rodilla derecha. Apunta con mucha tranquilidad y dispara. El pobre infeliz cae desplomado como un árbol recién talado. Los otros tres muertos se vuelven inmediatamente hacia ellos soltando un abominable gemido.

Otro gesto de Iker ordena la marcha inmediata hacia los vehículos situados a unos cien metros de su posición. Los tres echan a correr dejando atrás a los infectados, ya se ocuparán de ellos cuando se acerquen más de la cuenta.

Víctor ya está delante del autocar que tiene que conducir; ha tenido suerte, la puerta está abierta de par en par. Con mucho cuidado sube apuntando con el fusil, no se ve nada en el interior, solamente desorden y suciedad.

Inmediatamente se pone manos a la obra, saca de su mochila un punzón y unos alicates y arranca parte del salpicadero del vehículo. Un montón de cables se descuelgan de su soporte, no será difícil, ya que anteriormente había realizado varios puentes.

Logra hacer contacto y el motor tose bruscamente para después callarse de nuevo. No tiene gasolina, tal y como esperaba.

Vuelve a coger el fusil para bajar hasta el depósito del combustible. Nada más salir del autocar se topa con un infectado que le agarra del brazo tirándole la garrafa al suelo.

Víctor consigue empujarlo hasta que le hace caer golpeándose la cabeza contra una de las ruedas y, tomándose su tiempo, apunta tranquilamente a su cabeza y aprieta el gatillo. Uno menos.

Aún con el corazón latiéndole a cien por hora, consigue llenar el depósito con la garrafa y volver a subir al autocar. Repite la operación con los cables hasta que de nuevo el motor vuelve a carraspear, pero esta vez provocando el rugido del vehículo. Ahora sólo queda cerrar puertas y ponerse en la posición ordenada por Iker.

Paco y el teniente ya han abatido a varios de ellos que se habían acercado a su posición. Cada vez llegan más y es vital que se den prisa para llegar a su autocar y ponerlo en marcha.

Entre disparo y disparo logran llegar hasta él pero las puertas están cerradas y el botón exterior de apertura no responde. Iker saca de su mochila un trozo de hierro alargado que introduce en el filo de la puerta del conductor. A continuación, coge un pequeño martillo y propina un golpe seco al hierro hundiéndolo en la puerta y provocando que se abra lo suficiente como para introducirse en el vehículo.

Sin darle tiempo a darse la vuelta, el que antes era conductor del autocar se le abalanza tirándole al suelo, soltando dentelladas en todas direcciones buscando el objetivo de la carne del teniente.

Este le introduce al infectado el hierro en la boca, lo que provoca que los dientes

se le rompan al morder con fuerza el metal. Por supuesto, eso no detiene al podrido, que se revuelve en el suelo moviendo a Iker de un lado a otro como si de un muñeco se tratase.

De pronto se oye un disparo que resuena dentro del autocar. El infectado cae encima del teniente, aún con los ojos abiertos y con su mochila entre las manos. Paco ha estado rápido.

—Muchas gracias, amigo, no me ha dado tiempo a poder reaccionar, casi me mata —comenta Iker, aún en el suelo.

—Para eso estamos, teniente —responde el chaval orgulloso.

—Por lo menos hemos tenido suerte, tiene las llaves del autocar colgando de su bolsillo —comenta Iker señalando el bolsillo del muerto.

Paco coge las llaves para introducirlas en el contacto. Nada, el motor tose roncamente para acabar ahogado y en silencio.

—¡Joder! Según las lucecitas, batería aún tiene, pero el tanque de gasolina está más vacío que ese jodido podrido que acabas de matar —protesta Iker.

Otro intento para confirmar lo inevitable. De nuevo el motor hace un amago de vida pero fallece al instante.

—Tenemos que echar la garrafa que traemos. Paco, date prisa, por la derecha se aproxima un grupo muy numeroso de infectados, no tenemos ni cinco minutos para realizar la operación —grita Iker.

Los dos militares bajan a toda prisa del autocar garrafa en mano, el grupo de muertos avanza a paso lento pero constante, uno de ellos mantiene un paso bastante más rápido que los demás, es como si fuese el jefe.

Paco abre el depósito de la gasolina e introduce una boquilla a modo de surtidor para volcar el contenido de la garrafa en el mismo. Iker mantiene su fusil apuntando a las cabezas de los nerviosos y hambrientos seres que cada vez se van acercando más.

Ante la proximidad del que va delante, Iker dispara sin contemplaciones, haciéndole volar la cabeza en mil pedazos al pobre desgraciado.

—Eso te pasa por correr más que los demás —susurra Iker irónico—. ¿Qué pasa con esa gasolina? ¿Está listo o no? —grita sin quitar el ojo de la mira telescópica de su arma.

—Un segundo, teniente, ya casi está —contesta Paco.

El soldado se afana en terminar de volcar la pesada garrafa para apurar hasta la última gota de gasolina y, cuando por fin la logra vaciar, vuelve a tapar el depósito para después tirar el envase lejos del autocar.

—¿Qué haces, desgraciado? La garrafa no la tires, no tenemos muchas en el estadio. Déjala donde está y sube al autocar, larguémonos de aquí —ordena Iker enfadado.

Suben al autocar, que mantiene la puerta abierta. Paco tira el cuerpo del conductor fuera del vehículo mientras Iker vuelve a comprobar el estado del motor.

Introduce la llave y, al girarla, el motor carraspea como un viejo moribundo, el

autocar entero tiembla hasta el punto de obligar a agarrarse a una de las barras a Paco. El motor vuelve a detenerse, algo está fallando y no es la gasolina.

—¡Mierda! ¡Hay que joderse! Este trasto está muerto —protesta Iker

—Pues salgamos de aquí porque los infectados están llegando ya y tras ellos vienen bastantes más. Estamos rodeados, teniente, pida ayuda a Víctor y al helicóptero.

Rápidamente salen del vehículo para encaramarse encima del techo, saben que a pie no tienen posibilidad, ya que no tienen salida posible. Paco saca el *walkie* y comienza a emitir.

—Atención, Víctor, nuestra misión ha fracasado, necesitamos ayuda inmediata. Necesitamos el apoyo aéreo, contestad por favor —grita.

Los muertos ya están rodeando el autocar y, con los brazos en alto, tratan en vano de alcanzar a los dos asustados soldados. Varios de ellos han entrado dentro y lo recorren de un lado a otro.

—Teniente, esto es el fin, estamos perdidos, hemos fallado a todo el mundo —comenta Paco compungido.

—De eso nada, amigo. Saldremos de esta, ya lo verás —responde Iker dando una palmada en la espalda a su asustado compañero.

Entre el horrible jaleo de gemidos y ruidos metálicos provocados por los muertos dentro del autocar, se distingue el inconfundible ruido del motor del helicóptero.

—Mira, Carolina, están ahí —señalo con el dedo la posición de los compañeros.

—Ya los he visto, muchacho, están jodidos por lo que veo —contesta tranquila.

—Acércate todo lo que puedas, voy a ver si desde aquí puedo disparar contra esas bestias —le indico a Carolina.

El helicóptero hace la maniobra de aproximación mientras Paco hace aspavientos con sus brazos en nuestra dirección en un claro gesto de pánico.

Cojo un megáfono que el aparato tiene incorporado en el fuselaje.

—Atención, procurad manteneros agachados, vamos a abrir fuego —les advierto.

—Ten cuidado, Alfonso —me avisa Carolina.

Como durante tantos días hemos ensayado en el estadio, agarro la ametralladora del helicóptero y ajusto la mira telescópica en dirección a los infectados. Inmediatamente abro fuego, saliendo una ristra incesante de casquillos por el aire mientras los fogonazos de los disparos iluminan todo el interior del aparato.

Unos cuantos podridos caen fulminados por la cruel dictadura de las balas mientras otros son alcanzados y derribados pero sin darles en la cabeza. Por supuesto, no tardan en volver a levantarse y lanzar unas amenazadoras dentelladas al aire.

Vuelvo a la carga, los brazos los tengo tan entumecidos por el retroceso que el arma realiza con cada disparo que el hombro derecho apenas lo siento. Aprieto los dientes y trato de apuntar mejor, esta vez cae un mayor número de infectados, lo cual hace posible la huida a pie hasta un punto donde poder recogerles.

Cuando me dispongo a avisarles de que por la parte trasera del autocar ya tienen

vía de escape, a lo lejos distingo una enorme masa de cuerpos que lentamente se acercan a la estación de Chamartín, seguramente atraídos por los disparos y el helicóptero.

—¡Joder! —exclamo en voz alta.

—¿Qué pasa, Alfonso? —pregunta intrigada Carolina.

—Mira hacia allí. No lo vamos a conseguir. —Señalo al punto donde la horda avanza.

—Madre mía, tenemos que neutralizarlos antes de que se aproximen más.

Carolina vira el aparato, se eleva hasta coger la altura necesaria y se pierde entre unos edificios acristalados.

Iker y Paco se quedan contemplando la escena atónitos, no entienden por qué de pronto el helicóptero huye del lugar. Por radio intentan pedir explicaciones.

—Carolina, ¿se puede saber por qué os vais? —grita Iker.

—Teniente, manténgase en el techo del autocar y no baje; hemos eliminado a la mayoría de ellos, pero hemos visualizado que se acerca un auténtico ejército de infectados a tan sólo una manzana de su posición. Vamos a por ellos —contesta.

—¡Date prisa, joder! —grita Paco, arrebatando el *walkie* de la mano de Iker.

Los dos soldados permanecen sentados en el techo del autocar a la espera de ser rescatados, no saben qué ha pasado con Víctor y su autocar, pero por la falta de noticias, lo más probable es que tampoco lo haya conseguido.

Todo se ha ido a la mierda, sin los vehículos no podrán huir del estadio y la esperanza de sobrevivir habrá desaparecido.

El ruido inconfundible de un motor sobresalta a Paco, que permanecía tumbado observando el reflejo del sol en los acristalados edificios que rodean la estación de Chamartín. De un salto se incorpora y saca rápidamente de su mochila unos prismáticos. Desde detrás del aparcamiento un autocar se aproxima a toda velocidad hacia ellos.

—No me lo puedo creer, teniente, ¡es Víctor! —comenta un emocionado Paco.

—Ves, amigo, te dije que todo saldría bien.

Paco comienza a agitar su chaqueta en el aire para hacerse ver mientras el autocar se acerca lo más que puede y se detiene.

Sin bajarse del vehículo, Víctor comienza a disparar con su fusil a las docenas de infectados que aún quedan en pie, logrando derribar a la mayoría. Ya no queda ninguno por la zona, salvo los dos o tres que han salido airoso del tiroteo.

Víctor baja del autocar y saca su pistola de la cartuchera, la amartilla y se dirige andando hasta el estropeado autocar de Iker y Paco. Con sangre fría, dispara a pocos metros de distancia a los tres infelices y se introduce dentro del autocar para comprobar que todo ha acabado.

Vuelve a salir y se dirige a sus compañeros:

—Podéis bajar, está todo despejado.

De pronto, uno de los infectados derribados por el helicóptero se revuelve en el

suelo y muerde con saña la pierna de Víctor, destrozando el pantalón de camuflaje y provocándole un desgarrador grito. Este grita, dejándose caer al suelo por el terrible dolor que el mordisco ha provocado, mientras el infectado se ensaña con la pierna del soldado inconsciente.

Paco, desde arriba, dispara en la cabeza al muerto, que cae ante la espeluznante herida de la pierna de Víctor.

Iker y Paco bajan del autocar rápidamente para interesarse por su compañero.

—Paco, comprueba que están todos muertos, no quiero más sustos —ordena el teniente.

Este obedece y con miedo va tocando con su arma los cuerpos destrozados de los infectados para comprobar si realmente no van a volver a sembrar el terror.

—¡Víctor! Vamos, despierta, amigo mío, ya ha pasado todo —grita Iker.

El teniente Salvatierra trata de despertar a Víctor dándole manotazos en la cara, sin éxito.

Prueba con un poco de agua de su cantimplora, se la acerca a los labios y le echa un poco por la cara. Parece que reacciona, pero al instante vuelve a emitir un desgarrador grito de dolor intentando tocarse la pierna herida.

—Chssss, amigo, no te toques, tranquilo —susurra Iker tratando de tranquilizarle.

—¡Dios! La pierna me abrasa, no puedo soportarlo.

Víctor se revuelve en el suelo. La herida es tremenda, se le ve el hueso roído por los dientes del infectado, la sangre sale a borbotones, apenas le quedan unos minutos de vida.

—Escúchame, Víctor, te tengo que dejar aquí y lo sabes. Toma tu pistola, está cargada. Depende de ti el cómo quieres acabar —susurra Iker al oído del soldado.

Este agarra la pistola con fuerza y se la lleva al pecho con las dos manos, la abraza como si de un oso de peluche se tratara.

—Marchaos de una puta vez o acabaréis como yo —grita Víctor, sudando por la fiebre.

—Paco, vámonos de aquí inmediatamente, sube al autocar —ordena el teniente.

Ambos suben al vehículo que trajo Víctor y cierran las puertas, Paco no puede dejar de mirar a su amigo, tendido en el suelo rodeado de cadáveres.

El motor aún está en marcha gracias al puente que su compañero realizó anteriormente. Lentamente, el autocar se pone en movimiento y se dirige a la salida del aparcamiento de la estación. Cruza la entrada principal cuando el sonido de un disparo retumba entre los edificios.

Todo ha terminado para Víctor.

El helicóptero sobrevuela la zona donde Iker y Paco se encontraban hace apenas unos minutos. Ahí abajo sólo veo muerte por todos lados, pero un detalle me hace prestar más atención.

—Carolina, acércate un poco al autocar —le pido a mi compañera.

—¿Has visto algo? —pregunta ella.

—Uno de los cuerpos va vestido de militar, pero no logro distinguir quién es.

En ese momento suena la radio, es Iker.

—Volvemos al estadio. Diríjios al césped y esperad nuestra llegada. Sólo hemos conseguido un transporte. Hemos perdido a Víctor.

Según escuchamos sus palabras, podemos comprobar de primera mano que sus malas noticias son ciertas. Entre tanto cuerpo tiroteado se encuentra el de Víctor, tendido boca arriba y con un tiro en la cabeza. Aún mantiene el arma en su mano derecha.

Compruebo el motivo del disparo: una herida le cubre media pierna, seguramente del mordisco de algún infectado.

El silencio se apodera del helicóptero, apenas noto el ruido del motor que producen las hélices. Carolina contempla la imagen sin apenas pestañear, una leve sonrisa le brota de la cara.

—No te preocupes, Alfonso, él ya está bien y con su gente. Pronto podrás comprobarlo por tus propios medios.

—¿Lo has visto? —pregunto nervioso.

—Desde el momento en que cayó. Ahora vámonos al estadio.

El helicóptero coge altura y vira en dirección al Bernabéu. Mientras, mantenemos comunicación por radio con el autocar.

—Teniente, ¿necesita apoyo aéreo para su entrada al estadio? —pregunta Carolina.

—Negativo. Diríjanse al estadio y avisen de nuestra llegada.

—Pero, teniente, tendrán problemas, son muchísimos los que están allí concentrados —insiste ella.

—He dicho que se dirijan al estadio. Es una orden —contesta malhumorado.

Carolina obedece de mala gana, aumentando la velocidad para llegar cuanto antes.

—Es un testarudo, yo ya le he avisado —protesta.

Poco a poco nos aproximamos al Santiago Bernabéu, es impresionante la enorme concentración de cadáveres andantes que pueblan las calles adyacentes. La zona donde se encuentra el portón de entrada al garaje está repleta de ellos, realmente lo van a tener muy complicado.

Después de casi una hora de arriesgada misión, por fin descendemos hasta el destrozado césped del estadio. Un grupo de militares corre hacia nuestra posición

protegiéndose del tremendo vendaval que provocan las aspas del aparato.

Lentamente, el motor muere y, con él, las revoluciones de la hélice.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta uno de los militares.

—Sólo hemos conseguido uno de los transportes, viene de camino —respondo.

—¿Y los compañeros? ¿Están todos bien? —insiste el militar.

—Lamentándolo mucho, no. Hemos perdido a Víctor. Lo sentimos mucho — responde esta vez Carolina.

Todos se miran entre sí sin dar crédito a lo que acaban de escuchar. Uno de ellos se agacha mirando al césped tratando de disimular el llanto; es Iván, compañero de habitación de Víctor y buen amigo. Los demás guardan un respetuoso silencio por el caído, alguno mira al cielo tratando de pedir explicaciones a un Dios que les ha abandonado.

—Lo siento mucho, Iván, de verdad. Pero ahora tienes que ser más fuerte que nunca, nos queda lo peor y el autocar viene por la Castellana en dirección al estadio, en cuestión de minutos estarán aquí —intento animar al chaval.

—Venga, vámonos al garaje, todo el mundo está ya preparado ahí abajo —grita Iván, tragándose las lágrimas y poniéndose de nuevo en pie.

Todos salimos corriendo hasta la entrada al túnel de vestuarios para bajar al aparcamiento, pero antes de salir del campo observo cómo Carolina aún permanece en el helicóptero.

—¡Venga! Date prisa, Carolina —le grito.

—Ya voy, estaba dejándolo todo preparado —contesta.

La espero apoyado en la entrada, se acerca por fin a paso ligero y con cara de circunstancias.

—¿Se puede saber qué es eso de «dejándolo todo preparado»? —pregunto intrigado.

—Ya lo sabrás... aunque deberías saberlo ya —contesta bastante borde.

Baja las escaleras sin esperarme y, tras ella, abandono el césped, quizá haya sido la última vez que lo vea.

Llegamos al garaje, todos los supervivientes se encuentran apostados tras los tanques y el camión cisterna con su fusil en la mano. Cada uno de ellos porta una mochila y en sus caras se muestra el vivo reflejo del pánico. Sus ojos desprenden miedo, incertidumbre. Muchos de ellos no pueden disimular el temblor de sus piernas o el castañetear de sus dientes.

Los niños están subidos en un pequeño altillo que servía para almacenamiento de material de entrenamiento del equipo. Me parece bien que estén ahí: si todo sale mal, al menos tendrán una oportunidad de salir con vida.

Lorena me busca con la mirada, ha oído el helicóptero y sabe que ya estamos en el estadio. La bajada de los militares la ha puesto aún más nerviosa si cabe. No quiero hacerla sufrir más y me dirijo hacia ella, está junto a mi familia.

—¿He tardado mucho? —la sorprende llegando por la espalda.

—¡Alfonso! —grita abrazándome.

Los demás se acercan, y con ellos, algún superviviente para enterarse de cómo ha ido todo allá fuera.

—Dime que todo ha salido bien, Alfonso, por favor —me pregunta Lorena angustiada.

—Tenemos transporte, pero sólo viene un autocar, el otro ha sido imposible. Ya vienen a por nosotros, cariño.

El murmullo se expande por todo el garaje a la velocidad de la luz, todos comentan con el de al lado la nueva noticia del éxito de la misión.

Iván se sube a uno de los tanques y levanta los brazos pidiendo silencio.

—Atención todo el mundo. En cuestión de cinco minutos entrará el autocar que nos sacará de aquí de una vez por todas. Sólo viene uno por razones que no vienen al caso, por lo que viajaremos un poco incómodos y tratando de llevar con nosotros sólo lo estrictamente necesario. Tenemos a un compañero apostado en la parte más alta del estadio que da al paseo de la Castellana; en cuanto vea aparecer el transporte, me avisará por radio y comenzará el baile. Todo lo que hemos aprendido estos días tenemos que ponerlo en práctica, no podemos fallar o todo se habrá acabado. ¿Entendido?

Todo el mundo asiente con la cabeza. Alguno no puede soportar la presión y se sienta en el suelo, derrumbado; otros amartillan su arma con ganas de que empiece el espectáculo.

Me vuelvo hacia los míos para dirigirles las últimas instrucciones.

—No os hagáis los héroes, el cementerio está lleno de ellos. Javi, Pedro, Cristian y yo permaneceremos en primera línea. Marta, Araceli, Lorena y Soraya, quedaos con vuestro fusil detrás de nuestra posición y disparad en caso de que entren infectados al garaje. Y tú, mamá, súbete con los niños al altillo, por favor.

—Creía que no podía, Iker dijo que los adultos permaneciéramos juntos — responde mi madre.

—Iker no está aquí. Súbete con ellos, anda —le respondo.

Y tras darle un beso y un largo abrazo, la ayudo a subir con los niños, quienes se alegran profundamente de contar con la visita de la abuela. Aunque no estaban solos, mis perros y el gato de Javi, que acaba de llegar asustadísimo, ya les estaban haciendo compañía.

De pronto, una señal de radio alarma a Iván.

Gggggggggggggii

—Aquí Joe desde la torre dos. El transporte se aproxima por la Castellana. Bajo hasta vuestra posición. Preparaos para abrir el portón en cinco minutos.

—¡Ya lo habéis oído, todos preparados! —grita Iván muy nervioso.

La gente corre hacia sus posiciones y con su fusil apuntan hacia la puerta que da salida al exterior.

Inmediatamente bajo del altillo para unirme a mis compañeros, amartillo mi fusil

y compruebo que está cargado. Un sudor frío me recorre la mejilla, el temblor de mis manos apenas me deja centrarme en un punto fijo con la mirilla de mi arma.

Carolina apunta firme en la misma dirección que casi doscientas almas, y los niños se agachan instintivamente para protegerse de algo que aún no saben qué es.

Se puede escuchar perfectamente en el exterior cómo los gemidos de los infectados aumentan considerablemente, el autocar debe de estar aproximándose. El ruido comienza a ser aterrador, una mezcla de desgarradores gritos muertos y de pies arrastrándose al unísono.

Se escucha un claxon bastante grave. Es el autocar, es la señal de apertura de puertas.

Dos militares quitan las barras de acero que refuerzan el portón y tiran de él para abrirlo. Lentamente se eleva, proyectando una brillante luz solamente entorpecida por un enjambre de pies que van de un lado a otro.

La puerta ya está casi a la mitad de su altura cuando los primeros infectados entran como fieras al interior del garaje.

Una ensordecedora ráfaga de disparos sale de los fusiles derribando a la mayoría de ellos. Muchos han hecho blanco en sus cabezas, otros sólo han conseguido desplazar unos metros los cuerpos que después vuelven a levantarse.

El autocar se abre paso entre los cuerpos aplastados que van dejando tras de sí sus enormes ruedas. En él se puede apreciar cómo Paco conduce e Iker dispara indiscriminadamente a las cabezas de los podridos.

La avalancha de cuerpos que sigue al autocar es inmensa, da miedo verles avanzar tratando de entrar por todos los medios al garaje.

El autocar gira, intentando ocupar la mayor parte posible de la entrada para evitar que sigan entrando más infectados, pero colisiona con uno de los muros laterales provocando un enorme desconchón.

Los disparos no cesan. Alguno trata de cargar inútilmente de nuevo su arma, pero los nervios le juegan una mala pasada.

Unos cien muertos entran en tromba, provocando la retirada de algunos de los supervivientes que, presas del pánico, huyen escaleras arriba.

Pero las puertas están cerradas por Iván en un gesto de prepotencia, seguro de que la misión saldría perfectamente.

—¡Son demasiados! ¡La gente está asustada, no lo conseguirán muchos de ellos!  
—grito a Iker, que sigue disparando sin parar.

Nadie me presta atención. Algunos infectados ya han alcanzado a varios compañeros que tratan de librarse de ellos dándoles culatazos con su arma, pero ya es demasiado tarde. Entre forcejeos, suenan gritos de dolor, están siendo mordidos salvajemente. Otros infectados se unen al festín ante la atónita mirada de los demás supervivientes, que han dejado de disparar ante el terrible espectáculo de sangre y dolor que están presenciando.

—¡Seguid disparando! —grita Iván desesperado.

En ese momento le alcanza un infectado, mordiéndole en el cuello y provocándole un desgarró espeluznante. Iván cae literalmente muerto, la herida le ha seccionado la yugular. Ya en el suelo, varios infectados dan buena cuenta de él.

Los disparos vuelven a retumbar en la sala. Algunos utilizan el modo de repetición en sus fusiles para intentar derribar al mayor número posible de infectados, desperdiciando así muchísimas balas.

Me vuelvo y veo que Lorena ha soltado su fusil y se encuentra agazapada en un rincón con los ojos completamente desorbitados. Voy hacia ella cuando, de pronto, el silencio se apodera del lugar.

Busco con la mirada a Carolina, pero no la veo, sé que algo me trata de decir.

«Alfonso, esto fue lo que viste aquel día y este es el dolor que sentiste. No podemos hacer nada por ellos. Tenemos que salir de aquí, nos vemos en el campo».

El ruido vuelve a retumbar en mis oídos. El mensaje de Carolina no deja lugar a dudas, todo ha salido mal y la misión ha fracasado, pero me resisto a abandonar a mi familia.

Cojo de la mano a Lorena y le obligo a incorporarse, subo con ella por las escaleras que dan a la puerta de salida del garaje y la dejo apoyada en la pared.

—Ni se te ocurra moverte de aquí bajo ningún concepto, ¿me has oído?

—Va... vale... —responde sin poder apenas articular palabra.

Salgo corriendo escaleras abajo, disparando esta vez con las pistolas a todo infectado que trata de morderme.

Subo al altillo, los niños y mi madre están tirados en el suelo tapándose la cabeza con las manos a modo de protección.

—¡Mamá! Veníos conmigo, ¡rápido! —Les tiendo la mano para ayudarles a incorporarse.

Todos me siguen agachados ante los disparos, trato de proteger con mi cuerpo a los niños. Suben hasta donde está Lorena, que sigue paralizada por el miedo. Rubén la abraza en un bonito gesto de cariño.

—¡La puta puerta está cerrada! ¿Pero quién coño la ha cerrado? —grito nervioso—. ¡Apartaos!

Apunto a la cerradura y disparo varias veces hasta destrozar la puerta, luego doy una patada para abrirla del todo.

—¡Venga, id al campo a toda prisa y no miréis atrás! —les ordeno gritándoles.

Salen corriendo hacia el campo.

Araceli se ha percatado de mi acción y abandona su puesto para intentar subir también. Su reacción le hace bajar la guardia y un infectado la aborda sin que se dé cuenta, mordiéndole en el antebrazo derecho y provocando que deje caer su arma por el dolor.

Inmediatamente apunto a la cabeza del muerto y le derribo sin contemplaciones.

—¡Araceli!

Corro hacia ella. Permanece agachada agarrándose la herida y llorando

desconsoladamente.

—Alfonso, ¡me han mordido! ¡Estoy muerta! —grita despavorida.

Trato de taponarle la herida, pero no deja de sangrar. No sé qué decirle, la ayudo a levantarse.

Pedro se acerca sin dejar de disparar y, al observar el brazo de su mujer, baja el arma en un gesto de desolación.

—Pedro, súbela al campo, están allí los niños. Aquí ya no tenemos nada que hacer —le digo.

—¡Joder, Araceli, no me jodas, ahora no! —protesta Pedro. La coge en brazos y sube las escaleras a trompicones abandonando rápidamente el garaje.

Intento buscar a mi hermano, pero no lo veo. Cientos de infectados abarrotan todo, los disparos cada vez son más esporádicos. Muchos han caído y los muertos se están pegando un buen festín a costa de ellos, por lo menos permanecen distraídos durante unos instantes.

Subo al altillo para poder hacer mejor blanco y comienzo a disparar uno a uno intentando no fallar. Por la mira telescópica apunto a la cabeza de una mujer que anda trastabillando, tiene un buen desgarrón en su pierna. Su ropa me suena mucho. Al girarse hacia mí el corazón me da un vuelco: es Soraya.

—Dios mío, Soraya... —susurro angustiado.

No me queda más remedio que poner fin a su sufrimiento. La bala sale de mi cañón a una velocidad endiablada, alojándose en lo más profundo de los pensamientos de la que era una de mis mejores amigas. Cae fulminada ante un espectáculo dantesco de sangre y cerebro esparcidos por todos lados.

—Lo siento mucho, Sory.

No puedo evitar llorar, esto es demasiado duro. Ya tuve que hacer lo mismo con mi padre y no tardando mucho tendremos que hacerlo con Araceli.

Las lágrimas no me dejan ver con claridad, trato de secarlas con la manga de mi jersey. Por fin puedo distinguir en un rincón a mi hermano, está bien protegido tras uno de los blindados pero sin poder disparar.

La única manera que tengo de llamar su atención es disparando cerca de él.

Apunto al lateral de la pared donde está apoyado, lo suficientemente lejos como para no cometer el error de alcanzarle. Disparo y la bala se incrusta en el ladrillo provocando un desconchón en la pared.

He logrado llamar su atención; mira hacia todos lados en busca del tirador hasta que el movimiento de mis brazos agitándose le hace fijarse por fin en mí. Con señas le hago entender que venga hacia mi posición lo más rápidamente posible y parece que me ha entendido.

Le cubro en su huida, disparando a todo infectado que trata de agarrarle para arrancarle la vida. Sube corriendo al altillo y se agacha a mi lado, yo hago lo mismo, aún permanece con su arma pegada al pecho, su respiración es muy agitada.

—Cristian... Cristian ha muerto —me comenta a duras penas.

—No me jodas, Javi. ¡Esto es una carnicería! ¡Maldita la hora en que se nos ocurrió esta mierda de plan!

Los dos permanecemos en silencio. Ya apenas me salen lágrimas, el sentimiento que inunda mi corazón me confunde, no sé distinguir entre el dolor y la tristeza. Siento rabia e impotencia, no he sido capaz de salvarles ni de ayudarles si quiera. Todo ha acabado para nosotros, no tenemos ninguna posibilidad de sobrevivir, ninguna.

Me incorporo levemente para ver cómo está la situación, y lo que ven mis ojos es lo que me imaginaba: centenares de cuerpos vagan a sus anchas por todo el garaje, apenas se distingue vida entre tanta muerte.

Solamente veo a Iker, que sigue disparando desde lo alto del autocar, ya que el interior del mismo está lleno de ellos, y supongo que Paco formará parte del siniestro grupo de pasajeros.

—Javi, vámonos de aquí. Los demás han subido al campo, tenemos que ir con ellos —le comento a mi hermano.

—He perdido a Kiko, hace un rato que salió corriendo y se ha escondido en algún sitio, se asustó con el ruido de las balas.

—Javi, olvídate del gato y vámonos de una vez —protesto.

Nos levantamos de golpe y nos dirigimos hacia la escalera que sube hasta la puerta de salida. Apenas nos quedan unos metros cuando un grito me llama la atención: es Iker. Desde su posición nos hace señas, no le entiendo muy bien pero parece que quiere que le esperemos.

—¡Alfonso! —grita desesperado.

—¡Iker! Intenta llegar hasta nosotros —le contesto gritando.

No puede bajar del autocar, está rodeado, cientos de muertos alzan sus brazos al cielo para intentar hacerse con el apetitoso cuerpo del teniente Salvatierra. La única salida que tiene es saltar desde el techo donde está hasta uno de los blindados más próximos. Con impulso lo lograría.

—¡Salta al tanque, Iker! ¡Salta! —le grito.

Con un gesto levantando el pulgar, me confirma que me ha entendido y, colgándose el fusil a la espalda, da unos pasos hacia atrás para coger impulso.

Iker pega un buen salto hasta caer sobre la escotilla del blindado; sabe que desde ahí no puede llegar hasta nuestra posición, por lo que decide bajar e introducirse en el tanque.

—¿Qué está haciendo, Alfonso? —pregunta un extrañado Javi.

—Va a venir hasta aquí dentro del tanque. Es muy listo, hermanito.

Efectivamente, el enorme blindado arranca. Unos cuantos infectados se han logrado subir al Leopard, pero la escotilla permanece cerrada. El tanque lentamente comienza a moverse y a tomar nuestra dirección.

Levanto mi fusil para disparar a los viajeros no deseados del tanque que, uno a uno, van cayendo víctimas de mi puntería.

El blindado llega hasta nuestra posición, los infectados ahora vienen hacia nosotros en masa. La escotilla se abre y sale Iker rápidamente, encaramándose sin pausa a la escalera.

—Muchas gracias, chicos. Vámonos de aquí.

Salimos del garaje y nos dirigimos al campo. Algún infectado comenzaba a subir las escaleras torpemente por lo que debemos tener cuidado, tarde o temprano subirán todos aquí.

Lo que nos encontramos a continuación es desolador. Los niños están dentro del helicóptero distraídos, jugando con Carolina como si no hubiese pasado nada. Unos metros más lejos, Araceli permanece tendida sobre el césped, rodeada por Pedro, Lorena y mi madre.

Corremos hacia ellos y me agacho para ver su estado. Está sudando mucho, tiene mucha fiebre. La herida ha dejado de sangrar, pero su aspecto es muy feo.

Pedro le coge una mano y mi madre no para de llorar.

Lorena me mira con ojos de impotencia, están rojos de tanto dejar escapar lágrimas.

Araceli gira su cabeza hacia mí y hacia Javi.

—Siento mucho fallaros, chicos. Pronto me reuniré con Lola y Paula, y con papá. Tengo mucho miedo —comenta entre sollozos.

—No digas eso, Ara, tú no has fallado a nadie, hiciste lo que tenías que hacer —le contesto, tratando de hacerle sentir mejor.

—Por favor, no dejéis que los niños me vean así, y mucho menos convertida en uno de esos monstruos —suplica Araceli.

—No te preocupes, eso no sucederá —contesta Pedro.

Los gemidos comienzan a ser más cercanos, han logrado llegar hasta los vestuarios, sólo es cuestión de minutos que den con nosotros, no tenemos posibilidad alguna. Ahí abajo se ha desatado una autentica carnicería, nadie ha conseguido salir con vida.

—Tenemos que irnos, subid al helicóptero —grita Carolina desde el aparato.

—Un momento, Carolina, no podemos subir así a mi hermana y lo sabes.

—Lo sé, y es duro decidir, pero es ella o todos nosotros —añade fríamente.

—Tiene razón, Alfonso, marchaos, al fin y al cabo yo ya estoy muerta —dice Araceli.

Lorena sube al helicóptero, Javi y mi madre permanecen junto a mi hermana que agoniza. Iker se sube también y se coloca en el puesto de copiloto, no quiere inmiscuirse en un asunto familiar.

—Mamá, no deberías estar aquí, sube al helicóptero, por favor —le susurro al oído.

—¡No! Marchaos de aquí, yo me quedo con ella hasta el final —responde muy segura.

—¿Tú estás loca, mamá? ¡Vamos ahora mismo! —grita Javi muy enfadado.

—Javi, tengo más de setenta años, ya he perdido a dos hijas, a tu padre y a tu tío. No quiero seguir viviendo en este horrible mundo, ya he vivido demasiado, ¿no te parece? —responde tranquila.

—Pero, mamá... no quiero perderte... —le suplico.

—Alfonso, cariño, estoy muy orgullosa de ti, cielo, has logrado poner a salvo a la mayoría de nosotros. Nos has defendido de lo indefendible. Ahora te toca a ti y a tu hermano hacerlos cargo de todos ellos.

La emoción y la pena apenas me dejan permanecer en pie, no puedo convencerla de que venga, pero sí puedo garantizarle una muerte digna.

—Está bien, mamá, tú lo has decidido así. Pero aquí no te vas a quedar para que sirvas de alimento a esas bestias —comento resignado.

Trato de levantarla del césped a duras penas mientras Pedro coge en brazos a Araceli. Carolina y Lorena tratan de desviar la atención de los niños, pero Sergio no es tonto y no hace más que asomarse por la puerta del helicóptero para ver qué está pasando con su madre.

Pedro corre hacia la grada del estadio para subir con ella a una parte más alta, donde no puedan alcanzarla los infectados. Javi y yo hacemos lo mismo con nuestra madre, pero su torpeza debido a la edad lo hace mucho más complicado.

—¡Pedro! Necesitamos ayuda, no podemos subirla —grita Javi.

—¡Voy! Un momento, Ara, aguanta un poco, por favor —suplica Pedro.

Tiende sobre unos asientos a Araceli y baja rápidamente para echar una mano; entre los tres conseguimos subirla y ahora sólo es cuestión de dejarlas allí a esperar lo inevitable.

—Mamá, por favor, entra en razón y vente con nosotros —pide Javi con lágrimas en los ojos.

—He dicho que no, me quedo con mi hija hasta el final, no me da la gana de que se vaya sola y de esta manera. Marchaos de una vez —comenta muy segura.

—Mamá... por favor... hazles caso... —Araceli tose bruscamente hasta quedarse totalmente quieta.

Pedro inmediatamente toma el pulso de su mujer, sus peores presagios se han cumplido: mi hermana ha muerto.

—¡Joder, no me dejes solo, Araceli! —Pedro llora apoyado en el pecho de ella.

Mi madre apenas deja escapar las lagrimas, ya no le deben de quedar, simplemente coge la mano de Araceli y la acaricia suavemente.

Un nudo me aprieta la garganta y no me deja apenas respirar, la pena que siento no es comparable a nada de lo que haya sentido hasta ahora en mi vida.

Javi permanece de pie mirando fijamente a su hermana fallecida, parece completamente perdido y desorientado, apenas parpadea.

—¡Están subiendo por los vestuarios! ¡Venid de una vez! —grita Iker desde el helicóptero.

—Pedro, se va a volver a levantar en apenas unos minutos y atacará a mi madre,

tenemos que hacer algo y rápido. —Y dirigiéndome a mi madre, le suplico—: Mamá, ya has estado con ella hasta el final. Por favor, ella misma te lo ha pedido, vente con nosotros.

—Está bien, pero no dejéis que se convierta en uno de esos monstruos.

Javi y yo ayudamos a mi madre a descender por las escaleras que bajan al césped desde la grada, sólo queda volver al campo y llegar hasta el helicóptero.

—Yo me quedo para terminar con su sufrimiento. Ahora voy —dice Pedro.

—¿Estás seguro de ello? ¿No quieres que lo haga Carolina? —pregunto.

—Estoy seguro, marchaos de una vez —replica Pedro.

Araceli permanece inerte sobre unos asientos azules, su rostro completamente pálido y su pelo rubio rizado revolotean ligeramente por el viento que se ha levantado en Madrid.

Pedro desenfunda su pistola y comprueba si está cargada. Por desgracia, sí lo está. Le dedica unos últimos minutos a su mujer, da una última caricia a su frío rostro para despedirse cuando, de pronto, sus ojos se abren bruscamente inyectados en sangre.

Pedro se echa para atrás instintivamente, cayendo varios asientos abajo y perdiendo su arma. La que antes era mi hermana se abalanza hacia él emitiendo un terrible gemido que nos llama la atención a los demás.

—Javi, sube a mamá al helicóptero, date prisa —le pido.

Iker baja del aparato para ayudar a mi hermano a subirla y ponerla a salvo por fin.

Salgo disparado hacia la grada, Pedro está en serios apuros y se ha pegado un buen golpe. La nueva inquilina del cuerpo de Araceli trata a la desesperada de llegar hasta un aturdido Pedro, que está tendido boca abajo en la parte trasera de las vallas que antes mostraban la publicidad en los partidos.

La torpeza del cuerpo de Araceli me da una pequeña ventaja, se me ocurre una idea.

—¡Eh! ¡Aquí! —grito todo lo que puedo para llamar su atención.

Ella gira espasmódicamente su cabeza como si de un robot se tratara y cambia de rumbo, esta vez hacia mí. En su lento caminar me muestra sus dientes desafiantes, soltando dentelladas al aire.

Levanto mi pistola ya amartillada y apunto a su cabeza. Cuando estoy a punto de apretar el gatillo, suena un disparo. El cuerpo de Araceli se desploma sobre los asientos del Bernabéu liberándola por fin de su sufrimiento definitivamente.

Miro hacia atrás y veo a Carolina aún apuntando con su fusil a unos metros del helicóptero. Ha tomado la precaución de cerrar la puerta del aparato para así evitar que los niños presenciaran la escena.

—¡Vamos, Alfonso, están ya ahí! —Carolina señala el túnel de vestuarios.

Efectivamente, se aprecian sombras moviéndose en todas direcciones, es cuestión de segundos que entren al campo.

Carolina enciende los motores y las enormes aspas comienzan a girar lentamente, la puerta del aparato se abre y en su interior asoma la cabeza de un Sergio conocedor

de todo lo que ha pasado. Su rostro refleja el dolor por la pérdida, pero la vida le ha hecho madurar mucho estos últimos meses y sabe que ahora tiene que cuidar de sus hermanos. Y eso es lo que hace, permanece abrazado al pequeño Rubén con fuerza.

Corro hasta donde se encuentra Pedro tendido, ha conseguido sentarse pero está muy desorientado, una enorme brecha preside su frente y la sangre no deja de salir.

—¿Estás bien? ¿Puedes andar? —le pregunto.

—Sí... eso creo —responde confundido.

Con mi ayuda se incorpora a duras penas y pasamos con cierta dificultad al césped. Sólo nos quedan unos metros para salir de este infierno. Los primeros infectados hacen acto de presencia atraídos por los múltiples ruidos que hemos provocado.

El helicóptero ya está preparado para despegar, las aspas giran a una velocidad endiablada. Iker se asoma por la puerta del aparato y comienza a disparar contra la decena de cuerpos que avanzan hacia ellos. Trata de cubrirnos y darnos un poco de tiempo.

Una auténtica horda de muertos se abalanza contra la puerta y entran al césped gimiendo todos a la vez, sus brazos se extienden hacia nosotros y sus bocas piden a gritos un trozo de nuestra fresca carne.

Iker deja de disparar para ayudar a Pedro a subir al helicóptero, que se ha elevado ya unos centímetros del suelo. El aire apenas me deja ver con claridad a qué distancia se encuentran, pero un grito de Iker me despeja la duda.

—¡Sube de una puta vez, que los tienes encima! —grita desesperado.

Me agarro a una de las barras del helicóptero y este inmediatamente coge altura. He podido sentir el aliento de alguno de ellos, ha faltado muy poco.

—¿Y Ara? Dime que no forma parte de ese grupo, por favor —pregunta Pedro.

—No, ella está ahora mucho mejor que nosotros, te lo aseguro —responde Carolina.

Lorena trata de frenar la masiva salida de sangre de la herida que Pedro presenta en la cabeza poniéndole a modo de presión una toalla que tenía en su mochila.

—Esta brecha es de puntos, no sé cómo detener la hemorragia —dice.

El helicóptero se eleva en el cielo de Madrid dejando tras de sí meses de angustia y esperanza, truncadas por un plan que nunca debió llevarse a cabo. Desde el aire se aprecia cómo el campo de fútbol del Santiago Bernabéu está completamente plagado de esos horribles seres.

Al mirar hacia el estadio una imagen inesperada me hiela el corazón. Marta corre desesperada por el césped, alzando sus brazos hacia nosotros, perseguida por miles de muertos que tratan de alcanzarla.

—¡Marta! ¡Da la vuelta, Carolina! —ordeno muy nervioso.

—Lo siento mucho por ella, sabes que no podemos hacer nada ya —responde sin quitar la vista de lo que tiene enfrente.

Vuelvo a mirar hacia el estadio, ya no la veo, sólo veo un autentico enjambre de

infectados agachados y amontonándose unos con otros. Han cazado a Marta.

Ya no me quedan lágrimas que dedicar a mi amiga, sólo me queda el fuerte dolor en el pecho que me ha producido ver cómo gritaba desesperada.

Lorena llora la muerte de una de sus amigas, ya está acostumbrada a ello y parece que lo afronta con más tranquilidad, pero no con menos dolor.

Por suerte, Araceli descansa tranquila y en paz en la grada, lejos de ellos y sin posibilidad de que accedan a ella.

Según salimos de la ciudad de Madrid, nos damos cuenta de que probablemente jamás podremos regresar y de que, a donde nos dirigimos, siempre viviremos con el peligro en nuestras espaldas.

«Ya has superado la prueba. En tu destino recibirás tus alas y comenzará tu verdadera batalla contra ellos. Esto no ha hecho más que comenzar, Alfonso».

La voz de Carolina retumba en mi cabeza más dulce que nunca, no sé si estoy preparado para afrontar mi destino.

Abandonamos por fin la ciudad para poner rumbo a Alicante, donde un numeroso grupo de supervivientes nos espera impaciente.

La radio desde donde pudimos contactar con ellos la transporta Iker, que se afana por hacerla funcionar de nuevo. Un leve ruido de interferencias hace despertar al viejo aparato. Un molesto ruido sale a trompicones del altavoz.

—Soy el teniente Salvatierra. Nos dirigimos hacia vosotros, en un par de horas llegaremos. ¿Me recibís?

Ggggggggggggiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiigggggggggggggggggggggg...

—Aquí Alicante. Os esperamos con los brazos abiertos, amigos. Tened buen viaje.

Todos permanecemos callados, un silencio incómodo sólo roto por el jadear incesante de Luna y Bitxo.

Mañana amanecerá un nuevo día en el que la muerte volverá a estar presente. La lucha ha empezado, hemos perdido una batalla.

La guerra está aún por decidir.

David baja la escalera despacio, no tiene ninguna prisa porque todo le da ya igual. Atrás deja sus esperanzas y sus ilusiones, sus amigos... y a saber dónde estará su familia.

Ha llegado al portal que da acceso al patio de la urbanización; antes de cruzar el umbral de la puerta se para a pensar cómo puede hacer para frenar todo esto. Sabe que no puede hacer nada, pero se resiste a la idea de que ya está muerto. La herida que tiene en el brazo no deja de sangrar y, aunque la intenta taponar con su propia camiseta, presenta un aspecto muy feo.

Aquel mordisco le ha sentenciado; no lo vio venir, le pilló completamente desprevenido y sin tiempo de reacción. Qué más da ya. Ahora sabe que es uno de

ellos y que es cuestión de tiempo que pase el resto de sus días deambulando durante toda la eternidad por las calles que le vieron crecer y ser feliz.

Tiene mucho frío, la fiebre empieza a hacer presa de él, sabe que es el principal síntoma de que pronto todo acabará.

Atraviesa el patio de la urbanización, el ruido es ensordecedor, los gemidos son incesantes, la valla que cubre todo el recinto detiene a las masas de muertos que tratan de entrar para devorar al pobre David.

Se detiene a pocos metros de ellos, que ansiosos y rabiosos meten sus brazos entre los barrotes de la verja metálica tratando en vano de hacerse con su presa. David les observa detenidamente, les mira a sus ojos inyectados en sangre y completamente desorbitados. Muchos de ellos están deformados e irreconocibles por tremendos mordiscos.

Por su cabeza no pasa nada, prácticamente ya se siente uno de ellos aunque todavía le queden unos instantes de su corta vida.

¿Qué hacer? ¿Dejarse devorar o esperar a morir con dignidad? A David le da todo igual, pero tampoco quiere sufrir y notar más dolor del que ya siente.

Decide dar media vuelta y salir del patio en dirección al garaje, ha prometido a su amigo de la infancia que trataría de llegar hasta sus padres y una promesa es una promesa.

Lo tiene muy complicado, ya que su coche lo dejó en la casa de su amigo, justo al otro lado de las vías del tren.

Las puertas que dan al garaje están abiertas y, afortunadamente, la puerta de salida de vehículos está entreabierta por culpa de un montón de cuerpos aplastados que la frenan.

David se tumba en el suelo para reptar y salir por el pequeño hueco, los cuerpos destrozados los va dejando muy cerca. Uno de ellos reacciona a su paso abriendo sus ojos rojos de par en par, pero sin posibilidad de llegar hasta él. Por fortuna tampoco puede gemir, ya que carece de buena parte de la garganta.

La calle parece despejada; todos los infectados están reunidos en torno a la verja de la entrada, por lo que echa inmediatamente a correr hacia las vías del tren.

Un grupo de muertos ha salido tras él, pero su ritmo es bastante inferior y no representa peligro alguno para David.

Logra saltar la valla de alambre y, tras mirar instintivamente a ambos lados por si llegara algún tren, se para un momento para reír irónicamente, se siente ridículo por su gesto.

La siguiente valla es un muro de ladrillo bastante considerable; lo saltaría sin problemas de no ser por la herida del brazo, que no deja de sangrar ni de doler.

A la derecha observa una valla de obra, perfecta para usarla a modo de escalera. A duras penas la logra levantar y apoyarla contra el muro. Tras él, cientos de muertos se agolpan en la primera valla de alambre, han sido atraídos por el olor a carne fresca y no cesarán hasta alcanzarle.

David mira hacia atrás conoedor de que no tiene mucho más tiempo. Lentamente sube por la valla hasta encaramarse al muro. Desde arriba observa lo que hay al otro lado, no hay ningún infectado pero la altura es considerable.

No tiene fuerzas para volver a coger la valla, por lo que decide saltar asumiendo todas las consecuencias.

David salta, cayendo al suelo y rodando hasta golpearse con un coche aparcado. Durante unos instantes queda un poco aturdido, quedando a merced de cualquiera que pueda estar cerca. Por suerte aún está solo y ahora le queda llegar hasta su coche, aparcado justo en la esquina de la calle.

Tiene el mando en el bolsillo, el cual activa a una distancia prudencial para evitar sorpresas inesperadas.

Todo despejado. David entra dentro de su coche cerrándolo inmediatamente. Arranca sin problemas y sale de la calle en dirección a casa de sus padres. No viven muy lejos de allí, tardará apenas unos quince minutos en llegar si no encuentra ningún problema en el camino.

A su paso sólo ve destrucción y muerte, cuerpos mutilados moviéndose por impulsos, otros agachados devorando los restos de algún pobre infeliz.

David llega hasta la calle de sus padres, dejando el coche en medio de la carretera. Antes de salir procura mirar bien por si no está solo.

Todo parece despejado, sale del coche con las llaves de casa de sus padres en la mano, se aproxima al portal sin apenas notarse sus pasos. Se detiene un momento por el dolor que cada vez es más intenso, las piernas le tiemblan y está a punto de perder el conocimiento.

No quiere morir en la orilla después de nadar durante horas, y un esfuerzo de lo poco que le queda de humano le hace levantar la llave hasta el bombín de la puerta del portal.

La puerta chirría al abrirse y de la oscuridad del portal un cuerpo se abalanza sobre él tirándole al suelo.

El infectado le muerde repetidamente en los brazos mientras otro de ellos sale de la oscuridad para agacharse y unirse al festín.

David, en su último hilo de vida, abre los ojos.

Sus padres le están devorando.

# AGRADECIMIENTOS

Llevo tanto tiempo soñando con este momento que ahora no me salen las palabras. Sentado frente a mi ordenador me viene a la cabeza la cantidad de veces que he escrito estos agradecimientos mentalmente.

Pero hoy es una realidad porque tú acabas de terminar mi primera novela y yo estaré en cualquier rincón de Madrid nervioso por saber si te ha gustado. Si es así, espero verte de nuevo en la segunda parte de *De Madrid al Zielo*, que estoy terminando en estos momentos.

Y dicho esto, empiezo por los agradecimientos tal y como siempre he querido hacerlo:

Ha sido un recorrido largo, tan largo que mi niño ha crecido al mismo tiempo que la novela. Ahora ambos tienen ya dos años y pico. Y cómo no podía ser de otra manera, mi primer agradecimiento es para ti, Iker. Tu llegada a este mundo fue tan esperada que jamás ningún padre se alegró tanto por el nacimiento de su hijo. Recuerdo tu cara cuando la enfermera te dejó en mis brazos, no parabas de llorar y tenías ese gorrito tan poco favorecedor. Tu madre, mientras, trataba de recuperarse de una dolorosa cesárea tras varias horas esperando a un anestesista que no llegaba.

Lorena, tú me has dado lo mejor de mi vida y sigues dándomelo cada día. El apoyo que he recibido por tu parte para seguir en mi empeño de convertirme en un escritor, tu apoyo para que no cayera ante una mala crítica, tu paciencia en mis largas horas nocturnas de escritura molestándote con la lucecita del portátil mientras dormías... Gracias, cariño.

A mis padres, por darme la vida. Mi madre siempre me ha dicho durante este trayecto que me «bajara de la nube», que no todo el mundo puede publicar una novela. ¿Veis como era cierto? ¡Lo conseguí, mamá!

A mis hermanas y hermano, Araceli, Loli y mi gemelo Javi. Siempre me habéis apoyado y animado a seguir adelante.

A mis cuñados, Pedro y Pablo, que también han leído la obra y me dieron sus puntos de vista.

A mis sobrinos Sergio, Eva, Rubén y Paula, por ser los niños más maravillosos del mundo, y sobre todo a Eva, por hacer de lector cero con la novela y darme ideas junto con Sergio para la segunda parte.

A mi tío Goyo por ser como un segundo padre para mí.

A mis suegros, Ana y José, por acogerme como a un hijo y por su apoyo incondicional.

Y por último, a toda mi familia de San Sebastián y de Madrid por ser los mejores.

Y después de mencionar a los míos, llega el turno de mis amigos y compañeros:

En primer lugar, quiero agradecer a Alejandro Castroguer su magnífico prólogo, con el cual da comienzo mi novela. Desde el primer momento ha seguido mi trayectoria y gracias a sus consejos pude mejorar el libro considerablemente. Un beso

a Vanessa y Nora.

De igual manera, agradezco a Macu Marrero su molestia por leer el borrador de la novela y aportar cosas nuevas a la historia. Te mereces el éxito que estás teniendo, ¡pedazo de escritora!

Juan Antonio Román. Amigo, compañero y gran persona. Nuestra andadura en este mundo literario la hemos vivido prácticamente de la mano. Juntos hemos fundado la asociación ESMATER, la cual nació de la ilusión de dos jóvenes escritores que querían apostar por la literatura de terror nacional. Hoy, la asociación ya cuenta con más de treinta socios gracias al esfuerzo de sus miembros.

Y entre ellos destaco a José Javier Arce Cid, productor y cinéfilo sin remedio, y a Carolina Cristóbal Palacios, una artista de la fotografía y buena escritora y la persona que me inspiró para el personaje de Carolina en la novela.

Pero no me puedo olvidar de los demás socios: Laura Luna, Vlad Temper, Laura López Alfranca, Irene Comendador, Karol Scandiu, Javier Trescuadras, Daniel Expósito Zafra, Óscar Pascual Lidón, Chabi Angulo, Tania Álvarez Alcusón, Francisco Javier Camúñez «Selin», Isabel Pedrazuela, Ricardo Manzanaro Arana, Magnus Dagon, Jordi Llaboré, Dani Guti, Victoria Vílchez y José Ibarz González, Miguel Aguerralde, Joe Álamo, Laura López, David Ruiz, Voro Luzzy y AC Ojeda. (Que me perdonen los socios que por orden de llegada no aparezcan aquí...)

Mención especial a Carlos Sisí, por su forma de ser, humildad y honestidad. Por guiarme siempre hacia el buen camino y por escucharme cuando he necesitado consejo.

Fernando Martínez Gimeno, corrector de esta novela y una de las personas más respetadas en el mundo literario, tanto como corrector, como reseñista y lo que le echen encima. Ha sido un verdadero honor haber trabajado contigo.

Escritores como Ángel Villán «Skass», Manel Loureiro, David Mateo, Javier Herce, Víctor Blázquez, Juande Garduño y tantos otros que me han aportado grandes cosas a la hora de escribir.

Athman Charles, por su tremendo apoyo siempre y por sus geniales iniciativas desde Athnecdotario incoherente.

Álvaro Fuentes, mi agente, por aguantarme desde hace más de dos años mis dudas, mis miedos, mis paranoias. Gracias por acompañarme en esta aventura, sabes que era mi sueño y ya formas parte de él.

José Miguel Rodríguez, tu consejo me animó a lanzarme al vacío y todo salió muy bien. Te debo mucho y lo sabes.

A fieles seguidores como Akinha Cano Medina, Pilar Hajar, Tony Jiménez, Iván Aguilera, Carlos JackWinchester, Luis Joel Cortez y su famoso blog All zombies (¡viva México, cabrones!), Javier Arnau, Cristina Jimeno, Arantxa Utrilla, Joaquín Rodríguez, Inflikted, Marta Retana, Miriam del Sol, Dioni Redondo, José Miguel Llorente, José Luis Llorente y tantos que es imposible nombrarles a todos.

Agradecer también al gran Alejandro Colucci por este pedazo de portada y a mi

editor, Jorge Iván Argiz, por confiar en mí y en el libro.

A Daniel Expósito por esa tremenda ilustración promocional de la novela y por su implicación en el proyecto.

A Abraham Febrer por rescatarme en un momento muy delicado en mi vida y depositar su total confianza en mí.

A David López Esteban, de Multicopia Madrid S.L, por su paciencia a la hora de imprimir los más de trescientos folios que componían la novela y encuadernarlos (unas cuantas veces). ¡Te prometí que irías en los agradecimientos y aquí estás!

Y en definitiva, a todo aquel que de una manera u otra me ha apoyado o seguido en esta inolvidable andadura literaria.

Y por supuesto, a ti, lector, que ahora mismo cerrarás mi novela y por tu mente pasarán las imágenes descritas entre sus páginas. Espero y deseo de corazón que te haya gustado; desde luego, me he dejado el alma en ella. Ya formas parte de mi sueño. Gracias.

PD: Aunque va en contra de mi forma de pensar, he de nombrar a esa indefinida «personita» que crece en estos momentos en el vientre de mi mujer. Deseadnos suerte...

Alfonso Zamora Llorente



ALFONSO ZAMORA LLORENTE. Nacido en Madrid (Vallecas) el 10 de Diciembre de 1980.

A pesar de ser gemelo es el menor de cuatro hermanos, criados en una familia humilde pero trabajadora.

Desde pequeño siempre dejó volar su imaginación, escribiendo los guiones de juegos en convivencias y campamentos.

Ya en el colegio consiguió su primer premio con un cuento infantil. Con los años y la madurez, el cine de terror y sobre todo apocalíptico alimentó aún más si cabe su imaginación hasta explotar su faceta como escritor.

Autor de numerosos relatos de terror, la mayoría publicados por diversas antologías. Esta es su primera novela, surgida a través de su blog personal.

Alfonso es presidente y cofundador de ESMATER, asociación de escritores e ilustradores de terror, que aboga por los autores españoles y miembro de NOCTE.

Actualmente, Alfonso trabaja como asesor comercial en una empresa y vive en su barrio de toda la vida junto a su mujer y su hijo.